

KELLY ORAM  
AUTORA BEST SELLER

cinderella

HOLLYWOOD

OZ  
EDITORIAL

# **CINDER Y ELLA**

**KELLY ORAM**

**Traducción de Tamara Arteaga y Yuliss M. Priego**



# CINDER Y ELLA

V.1: enero, 2018

Título original: *Cinder & Ella*

© Kelly Oram, 2014

© de la traducción, Tamara Arteaga y Yuliss M. Priego, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Publicado mediante acuerdo con Bookcase Literary Agency.

Diseño de cubierta: Joshua Oram

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-89-0

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

# Cinder y Ella

**¿Qué harías si tu mejor amigo virtual fuese una estrella de Hollywood?**

**E**llamara vive en Boston con su madre, está en su último año de instituto y le encantan los libros de fantasía, en especial la saga de *Las crónicas de Cinder*. Eso la llevó a abrir un blog donde reseña libros y películas. El día de su cumpleaños, Ella sufre un grave accidente que tendrá profundas consecuencias en su vida.

Brian Oliver es el actor de moda de Hollywood. Tiene legiones de seguidores y, para que alcance los galardones más preciados del cine, sus representantes deciden organizar un falso romance con Kaylee, su compañera de reparto. Todo va según lo previsto hasta que Brian recibe un correo electrónico de una vieja amiga a la que conoció por internet...

«Una historia muy completa. En nada, Dreamworks hará una adaptación cinematográfica de esta novela.»

**Anna Katmore, autora de *Juega conmigo* y *Neverland***

«Pura perfección. Una historia magnífica de una joven que se enfrenta a la adversidad, y un romance a la altura del clásico que evoca, *Cenicienta*.»

# **Young Adult Books Central**

# CONTENIDOS

*Portada*

*Página de créditos*

*Sobre Cinder y Ella*

*Dedicatoria*

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32

*Nota de la autora*  
*Agradecimientos*  
*Sobre la autora*

*Para mi hija, Jackie. Porque todas las chicas  
se merecen su propio cuento de hadas.*

# Prólogo

El problema de los cuentos de hadas es que la mayoría empiezan con una tragedia. Entiendo el razonamiento que hay detrás de ello. A nadie le gustan las heroínas mimadas. Un buen personaje necesita pruebas que superar: experiencias que le den profundidad, que lo hagan vulnerable, que hagan que merezca la pena contar su historia y que guste. Los buenos personajes necesitan vivir dificultades para ser fuertes. La idea tiene sentido, pero es un rollo si la heroína eres tú.

Mi vida nunca había sido como un cuento de hadas. No se me había cumplido ningún deseo mágico, aunque tampoco había sido una tragedia. Mi padre tuvo un lío con otra mujer y nos dejó a mi madre y a mí cuando yo tenía ocho años, pero, aparte de eso, mi vida era bastante buena.

Podría decirse que soy bastante guapa; tengo el pelo largo, negro y ondulado, y una piel suave y bronceada, gracias a los genes chilenos por parte de mi madre. Pero tengo los ojos grandes y azules de mi padre. Soy más o menos inteligente, casi siempre saco sobresalientes sin apenas estudiar mucho. Y también me considero bastante popular; no soy la reina del baile, pero nunca me faltan amigos ni planes los sábados por la noche.

Puede que creciera sin padre, pero mi madre era mi mejor amiga, y eso era suficiente para mí. La vida, en general, me iba bastante bien. Entonces, el pasado noviembre, mi madre decidió darme una sorpresa con un viaje a Vermont por mi cumpleaños, y fue ahí cuando recibí mi primera dosis de tragedia.

—He reservado para las dos el *pack* completo de *spa* para poder descongelarnos en el *jacuzzi* y que nos den masajes cuando volvamos

doloridas después de haber pasado el día esquiando —confesó mi madre mientras nos marchábamos de Boston. Estaríamos fuera cuatro días.

—¡Guau, mamá! No es que no te lo agradezca, pero... ¿podemos permitirnoslo?

Mi madre se rio de mí. Me encantaba el sonido de su risa. Era ligero y nervioso, y me hacía sentir como si pudiera perderme en él. Siempre se reía. Era la persona con más vitalidad que conocía. Para ella, la vida no podía ser mejor.

—Escúchate, Ella. Cumples dieciocho, no cuarenta.

Sonreí.

—¿Como tú el mes que viene?

—¡Cállate! Es nuestro secreto. Si alguien pregunta, cumplo treinta y nueve todos los años que me queden de vida.

—Claro que sí. Espera... ¿eso que veo son... patas de gallo?

—¡Ellamara Valentina Rodríguez! —Mi madre suspiró—. Son líneas de expresión y estoy extremadamente orgullosa de ellas. —Me mira y el contorno de sus brillantes ojos se arruga y las «marcas» se le acentúan—. Contigo como hija, me ha costado bastante que me salgan patas de gallo en vez de canas.

Resoplé y me giré para coger el móvil. Me estaban llegando mensajes.

—Sé amable con tu madre o te avergonzaré de forma horrible frente a todos los chicos guapos que veamos este fin de semana.

Tenía una respuesta ingeniosa preparada, pero se me olvidó al ver el mensaje en el teléfono.

**Cinder458:** Tu *bloganiversario* es ya mismo, ¿verdad?

Cinder458, o Cinder a secas para mí, es mi mejor amigo aparte de mi madre, aunque nunca nos hemos visto en persona. Tampoco he hablado con él por teléfono. Nos hemos enviado correos electrónicos continuamente desde que se topó con mi blog, *Palabras de sabiduría de Ellamara*, hace un par de años.

En mi blog hago reseñas de películas y libros. Lo empecé cuando tenía quince años y mi tercer bloganiversario estaba a la vuelta de la esquina.

El nombre de «Ellamara» es en honor a mi personaje favorito de mi serie de libros preferida, *Las crónicas de Cinder*. Es una saga de fantasía escrita en los años setenta y que se ha convertido en una de las historias más queridas de la literatura moderna. Hollywood *por fin* hará la película del primer libro, *El príncipe druida*.

Me llamo Ellamara. Mi madre leyó los libros cuando era pequeña y le gustaron tanto que me bautizó con el nombre de la misteriosa sacerdotisa druida. Estaba orgullosa del nombre y también de mi madre, por preferir a Ellamara antes que a la princesa guerrera Ratana, que gustaba más a todo el mundo. Ellamara era un personaje mucho mejor.

Cinder, por supuesto, también es fan de la serie. Fue el nombre de Ellamara y mi *post* sobre por qué era el personaje más infravalorado del libro lo que atrajo a Cinder hasta mi blog. Adora los libros tanto como yo, así que me gustó al instante, aunque me escribiera para argumentar que la princesa Ratana era mejor para el príncipe Cinder. No ha estado de acuerdo con la mayoría de mis reseñas desde entonces.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿Sabes tus amigos de Hollywood que usas palabras como «bloganiversario»?

**Cinder458:** Por supuesto que no. Necesito tu dirección. Tengo un regalo para tu bloganiversario.

¿Cinder me había comprado un regalo?

El corazón me dio un vuelco.

No es que estuviese enamorada de mi mejor amigo internauta ni nada por el estilo. Eso sería completamente ridículo. El chico era engreído y cabezota, y me rebatía todo solo para molestarme. También tenía mucho dinero, salía con modelos, lo cual implicaba que estaba muy bueno, y mantenía en secreto que era un friki de los libros.

Divertido, rico, guapo, seguro de sí mismo y amante de los libros. No, no era mi tipo para nada. Qué va. En absoluto.

Vale, sí, muy bien, a lo mejor no era mi tipo por defecto porque vivía en California y yo en Massachusetts. En fin.

**Cinder458:** ¿Hola? ¿¿Ella?? ¿¿Tu dirección??

**EllaLaVerdaderaHeroína:** No doy mi dirección a tipos raros de internet.

**Cinder458:** Supongo, entonces, que no querrás esta primera edición en tapa dura y firmada de *El príncipe druida*. Qué pena. Le pedí a L. P. Morgan que lo firmara para Ellamara cuando lo vi la semana pasada en la FantasyCon, así que no puedo intentar impresionar a ninguna otra chica con él.

No me di cuenta de que estaba chillando hasta que mamá dio un volantazo.

—¡Por el amor de todo lo sagrado, Ellamara! No asustes a tu pobre madre así. Estamos en plena tormenta de nieve. Las carreteras ya son lo bastante peligrosas sin que te pongas a gritar como una *banshee*.

—Lo siento, mamá. Pero Cinder me ha dicho...

—Ay, muñeca, otra vez ese chico, no. —Reconocí su voz cansada. Estaba a punto de recibir uno de los sermones favoritos de mi madre—. Eres consciente de que es un desconocido, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—No lo es. Lo conozco mejor que a nadie.

—Nunca lo has visto en persona. Todo lo que te ha dicho podrían ser mentiras.

Admitiré que esa posibilidad ya se me había pasado por la cabeza, porque la vida de Cinder sonaba muy a estrella del rock, pero a estas alturas lo conozco lo bastante como para pensar que no es un mentiroso.

—No lo creo, mamá. Es posible que lo maquille todo un poco, pero ¿y quién no? ¿Y qué importa? Solo es un amigo de internet. Vive en California.

—Exacto. ¿Por qué pierdes tanto tiempo con él?

—Porque me gusta. Puedo hablar con él. Es mi mejor amigo.

Mi madre volvió a suspirar, pero me sonrió y suavizó el tono.

—Solo me preocupa que te enamores de él, muñeca. Y entonces ¿qué?

Esa era una buena pregunta. Razón por la cual Cinder *no* era mi tipo.

No era mi tipo.

No. Era. Mi. Tipo.

**Cinder458:** Dirección. Sustantivo. Lugar donde una empresa o persona puede ser localizada. (Y al que se pueden enviar regalos increíbles).

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿Tu coche te ha chivado eso?

Cinder tiene un Ferrari 458. Me lo dijo cuando le pregunté qué significaban los números de su nombre de usuario. Busqué el coche. Cuesta más de lo que ganaba mi madre en cinco años. Me gusta tomarle el pelo con sus manías excesivamente condescendientes. Y sí, el coche le habla.

**Cinder458:** No estoy conduciendo, así que me lo ha chivado el teléfono. Tu dirección, mujer. ¡Ya! O no te diré quién hará de Cinder en la película.

Estuve a punto de chillar otra vez. La película había recibido luz verde para producirse, pero el reparto aún no se había anunciado. El padre de Cinder es un pez gordo de la industria cinematográfica, así que Cinder se entera de muchas cosas antes que nadie.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¡No! ¡Dímelo! ¡¡¡Me muero de curiosidad!!!

Nunca llegué a averiguar qué actor iba a immortalizar a uno de los personajes más queridos de todos los tiempos porque un camión lleno de troncos de leña chocó contra un trozo de hielo en la carretera, se deslizó por la calzada y atravesó dos carriles directo hacia nosotras. Estaba mirando el teléfono cuando ocurrió, y no lo vi venir. Solo recuerdo oír gritar a mi madre y sentir el tirón del cinturón justo antes de que el airbag me explotara en la cara. Sentí un dolor tan intenso que literalmente me quedé sin aliento, y luego nada.

Desperté tres semanas después en la unidad de quemados de un hospital de Boston, donde los médicos me sacaron de un coma inducido. Tenía quemaduras de segundo y tercer grado en el setenta por ciento del cuerpo.

Mi madre había muerto.

# Capítulo 1

No recuerdo muchos detalles del accidente, pero el miedo que sentí aquel día se me quedó grabado en la memoria. Tengo pesadillas por las noches. Y siempre son iguales: unas imágenes borrosas y una sucesión de sonidos caóticos, pero estoy tan paralizada por el miedo que no puedo ni respirar hasta que me despierto gritando. El terror en sí mismo es el foco principal del sueño.

Si el sol no me hubiera quemado la cara de forma tan grosera y el cuerpo no me hubiese dolido por el vuelo de cinco horas y media desde Boston, habría pensado que estaba en una de mis pesadillas. Así de aterrada estaba cuando me senté en el camino de acceso al garaje para contemplar la que sería mi nueva casa.

Hasta entonces, solo había visto ese paisaje desde el coche, en el trayecto entre el aeropuerto y la casa de mi padre, en lo alto de las sinuosas colinas de Los Ángeles. Fue suficiente como para saber que Los Ángeles no se parecía en nada a Boston, a pesar de lo que el tráfico en la autovía me había hecho creer.

Ojalá solo me hubiese dado miedo el cambio de paisaje. Pasé ocho semanas en cuidados intensivos y, después, otros seis meses en un centro de rehabilitación. En total, ocho meses de hospitalización, y ahora iba a estar bajo el cuidado del hombre que me había abandonado hacía diez años; el suyo y el de la mujer por la que me dejó, junto a las dos hijas con las que me reemplazó.

—Debería advertirte que probablemente Jennifer te haya preparado una especie de bienvenida sorpresa.

—¿No será una fiesta? —ahogué un grito.

El miedo explotó en algo que por fin podría matarme. Nunca pensé que durante meses viviría un infierno que la mayoría de gente ni siquiera puede concebir justo al salir del hospital por culpa de un grupo de desconocidos que tan solo querían darme la bienvenida.

—No, por supuesto que no —me aseguró mi padre—. No es una fiesta. Tu nuevo equipo de rehabilitación pasó por casa la semana pasada y preparó a toda la familia. Jennifer sabe que conocer a mucha gente nueva sería abrumador para ti. Estoy seguro de que solo estarán ella y las chicas, pero seguramente habrá preparado una cena de bienvenida y te habrá comprado unos cuantos regalos, y también habrá decorado la casa. Tiene muchas ganas de conocerte.

Yo no podía decir lo mismo.

Al no responder, mi padre me miró con esa mirada de impotencia que tenía desde que salí del coma y lo vi sentado junto a mi cama en el hospital. Es una mirada con un setenta por ciento de pena, un veinte por ciento de miedo y un diez por ciento de incomodidad. Es como si no tuviera ni idea de qué decir ni de cómo actuar conmigo, probablemente porque lleva sin verme ni hablar conmigo desde que tenía ocho años.

Se aclaró la garganta.

—¿Lista, peque?

Nunca estaría lista.

—Por favor, no me llames así —susurré en un esfuerzo por hablar a través del nudo tan repentino que tenía en la garganta.

Soltó una gran cantidad de aire e intentó sonreír.

—¿Ya eres demasiado mayor?

—Algo así.

En realidad, odiaba el apodo porque me recordaba a mi madre. Ella siempre me llamaba «muñeca». Cuando tenía seis años, mi padre empezó a llamarme «peque». Decía que era porque también necesitaba utilizar un apelativo, pero creo que era porque estaba celoso de la relación que tenía con mi madre ya por aquel entonces.

—Lo siento —dijo mi padre.

—No pasa nada.

Abrí la puerta del coche antes de que la incomodidad nos asfixiara hasta la muerte. Mi padre rodeó el coche para ayudarme a salir, pero rechacé la ayuda.

—Se supone que debo hacerlo sola.

—Cierto. Lo siento. Toma.

Mientras movía las piernas despacio, me tendió el bastón y esperó a que, poco a poco, me pusiese en pie.

Para mí supuso un gran esfuerzo, y no fue un camino de rosas, pero al fin logré volver a caminar. Estaba orgullosa. Los médicos decían que no las tenían todas conmigo, pero soporté el dolor y recuperé buena parte de la movilidad. Tener cicatrices ya era bastante malo, así que no quería, además, pasarme la vida en una silla de ruedas.

Me alegré de que camináramos poco a poco hasta la puerta. Así tuve tiempo de prepararme mentalmente para lo que me esperaba dentro.

Mi padre hizo un gesto con la mano para señalar la casa que teníamos frente a nosotros.

—Sé que no parece mucho desde aquí, pero es más grande de lo que aparenta y las vistas desde atrás son espectaculares.

¿Que no parecía mucho? ¿Qué esperaba mi padre que pensara de la casa posmoderna, multimillonaria y de dos plantas que tenía delante? Él había visto el pequeño apartamento de dos habitaciones donde mi madre y yo vivíamos en Boston. Fue él quien lo vació tras el funeral de mamá.

Como no sabía qué decir, simplemente me encogí de hombros.

—Te hemos preparado un dormitorio en la planta baja para que no tengas que caminar por las escaleras, excepto para llegar al salón principal. Solo tienes que bajar unos pocos escalones. También tienes tu propio cuarto de baño y lo hemos reformado. Todo debería estar adaptado para ti, pero si vemos que la casa no es funcional, Jennifer y yo ya hemos hablado de mudarnos a otro sitio, puede que en Bel-Air, a los pies de la colina, donde podríamos comprar una buena casa, a un rancho.

Cerré los ojos y respiré hondo en un intento de no fulminarlo con la mirada ni de decir nada borde. Hablaba como si fuera a quedarme aquí para siempre, pero me iría en cuanto me dieran permiso.

Tuve un momento de debilidad en un período muy duro de mi rehabilitación e intenté quitarme la vida. Llevaba tres meses en el hospital y

no veía ninguna luz al final del túnel. Apenas podía moverme, acababa de salir de mi decimoséptima operación, me habían dicho que no volvería a caminar, echaba de menos a mi madre y el cuerpo me dolía tanto que solo quería acabar con todo.

Nadie me culpó por mis acciones, pero, desde entonces, todo el mundo cree que soy una amenaza para mí misma. Había pensado quedarme en Boston, terminar el instituto a distancia y, luego, ir a la Universidad de Boston cuando estuviese lista. Tenía dieciocho años y había ahorrado dinero, pero cuando mi padre se enteró de mis planes, hizo que declararan legalmente que no gozaba de plenas facultades mentales y me obligó a venir con él a California.

No me resultaba fácil ser amable con él.

—Seguro que la casa está bien —refunfuñé—. ¿Podemos, por favor, terminar con esto de una vez para que me pueda ir a la cama? Estoy agotada y muy dolorida después de haber viajado todo el día.

La decepción apareció en sus ojos y me sentí mal por haber sido tan seca con él. Creo que esperaba impresionarme, pero no entendía que yo nunca había tenido tanto dinero y que nunca me había hecho falta. Estaba contenta con la vida humilde que tenía con mi madre. Nunca había gastado el dinero de los cheques que me enviaba todos los meses. Mi madre los ingresaba en una cuenta bancaria y, gracias a eso, ahora tenía bastante dinero ahorrado como para pagarme la universidad, otra razón por la que habría estado bien yo sola.

—Claro, cielo... —Hizo una pausa y estremeció—. Lo siento. Supongo que ese apelativo también está prohibido, ¿verdad?

Hice una mueca.

—¿Por qué no me llamas simplemente Ella?

Dentro, la casa estaba tan inmaculada como la unidad de quemados en la que había estado. Seguro que tenía alarmas que se activaban si un ácaro de polvo caía al suelo. Mi equipo de rehabilitación estaría maravillado. La casa era elegante y el mobiliario parecía de lo más incómodo. No me sentiría como en casa ni de lejos.

La nueva señora Coleman se encontraba de pie en una cocina enorme. Estaba colocando una fuente de plata llena de fruta y salsa en una encimera de granito cuando giramos una esquina y llegamos. Creo que la bandeja era

de plata auténtica. Cuando se percató de nuestra presencia, su rostro se iluminó por completo y esbozó la sonrisa más grande y brillante que le he visto a nadie.

—¡Ellamara! ¡Bienvenida a nuestra casa, cariño!

Jennifer Coleman era seguramente la mujer más hermosa de todo Los Ángeles. Tenía el pelo dorado como el sol, los ojos azules como el cielo y pestañas tan largas que llegaban a la luna. Tenía las piernas largas, la cintura diminuta y sus gigantescos pechos eran perfectamente redondos y resultones. «Explosiva» era la única palabra que me venía a la mente.

No sé por qué su belleza me resultó sorprendente. Sabía que era modelo profesional; de revistas y anuncios, no de moda. Hacía anuncios de champús y cremas para la piel, así que parecía sana de verdad y no más delgada que una adicta al *crack*.

A juzgar por el tamaño de la casa, debía de haberle ido muy bien, porque puede que mi padre sea un abogado importante, pero los fiscales no tienen sueldos tan exorbitados. Cuando vivía con nosotros, teníamos una casa normalita en las afueras, pero no conducíamos ningún Mercedes ni vivíamos en una vivienda unifamiliar en lo alto de una colina.

Jennifer dio un paso al frente, me abrazó con cuidado y besó el aire junto a mi mejilla.

—Estamos muy contentos de tenerte por fin con nosotros. Rich me ha hablado mucho de ti todo este tiempo y es como si ya formarás parte de la familia. Debe de ser un alivio volver a estar en un hogar de verdad.

En realidad, salir del centro de rehabilitación fue una de las cosas más aterradoras que he tenido que hacer en la vida y estar aquí me hacía sentir todo lo contrario a alivio. Pero, por supuesto, no se lo dije. Intenté pensar en algo que fuese cierto y no demasiado insultante.

—Es un alivio haberme bajado del avión.

La sonrisa de Jennifer reflejó compasión.

—Debes de estar cansadísima, pobrecita.

Me tragué el malestar que sentía y me obligué a sonreír. Odiaba la compasión de la gente tanto como sus miradas, si no más. Antes de tener que pensar en algo que decir, mis dos nuevas hermanastras entraron con estruendo por la puerta principal.

—Chicas, llegáis tarde. —Jennifer sonaba molesta, pero volvió a adoptar

una enorme y falsa sonrisa—. ¡Mirad quién está en casa!

Las dos hermanas chocaron la una contra la otra cuando se pararon de repente. Eran mellizas. Creo que no eran gemelas, pero se parecían tanto que, si no fuese porque llevaban cortes de pelo diferentes, apuesto a que aún las confundiría. Por las fotos que mi padre me había enseñado, sabía que Juliette era la del pelo largo y rubio que caía en cascada, mientras que Anastasia tenía el pelo liso y corto, que le llegaba a la altura de la barbilla. Lo llevaba peinado a la perfección, tanto que parecía que había salido directamente de una revista de peluquería.

Las chicas eran tan guapas como su madre; tenían el pelo rubio, los ojos azules y unos cuerpos perfectos. Y ambas eran altísimas. Yo medía uno sesenta y ocho, y me sacaban al menos una cabeza. Por supuesto, las dos llevaban unos tacones que les proporcionaban unos diez centímetros extra, pero apuesto a que medían casi el metro ochenta sin la ayuda de los zapatos. Yo les sacaba algo más de un año, pero seguro que podrían hacerse pasar por chicas de veintiuno.

Anastasia no se molestó ni siquiera en saludarme, simplemente se llevó una mano al pecho.

—Oh, Dios, cuánto me alegro de que no tengas la cara destrozada.

Juliette asintió con los ojos como platos.

—Ya ves. Buscamos imágenes en internet sobre personas con quemaduras y, bueno, *todas* tenían cicatrices horribles en la cara. Era asqueroso.

Mi padre y Jennifer soltaron unas risas nerviosas y se acercaron a las mellizas.

—Chicas —las amonestó su madre con suavidad—, no es de buena educación hablar así de las deformidades de la gente.

Me estremecí al oír aquel término. ¿Era eso lo que pensaba de mí? ¿Que era *deforme*? Puede que mi rostro hubiese tenido suerte, pero desde el hombro derecho hasta la mitad del torso, y de cintura para abajo, estaba cubierta de gruesas cicatrices rosas y abultadas que contrastaban con mi piel bronceada.

Mi padre se acercó a las chicas y les puso un brazo sobre los hombros a cada una. Con los tacones, medían casi lo mismo que él, un metro ochenta y cinco. Recordaba que era un hombre bastante guapo, pero junto a esta

familia de revista, parecía muy atractivo. Seguía teniendo la cabeza poblada de pelo castaño y, por supuesto, mis brillantes ojos azules.

—Cariño, estas son mis hijas, Anastasia y Juliette. Chicas, esta es vuestra nueva hermanastra, Ellamara.

Sonrió con orgullo y me dedicó su sonrisa perfecta de abogado mientras estrujaba a las dos chicas con los brazos. Las arrugas que tenía alrededor de sus ojos hacían que me doliese el corazón. Eran arrugas de felicidad. Estaba claro que se había pasado la vida riendo. También me percaté de que había llamado a las mellizas «sus hijas». No hijastras.

Ignoro el deseo de querer hacerme un ovillo en la cama y llorar. En lugar de eso, estiré el brazo para darles la mano.

—Soy Ella. Ella Rodríguez.

Ninguna me la estrechó.

—¿Rodríguez? —se mofó Juliette—. ¿No debería ser Coleman?

Bajé la mano hasta mi costado y me encogí de hombros.

—Me cambié el apellido por el de mi madre cuando tenía doce años.

—¿Por qué?

—Porque soy una Rodríguez.

Parecía que las hermanastras se hubieran ofendido de alguna forma. Tuve que tensar la mandíbula para evitar insultarlas. Desvié la mirada hacia mi padre.

—¿Dónde está mi maleta? Necesito tomarme los medicamentos y, luego, debería descansar. Tengo las piernas hinchadas.

\*\*\*

Jennifer discutió con sus hijas en susurros agitados mientras mi padre me guiaba por la planta baja de la casa hasta mi habitación. No me importó que se pelearan por mí. Solo me alegraba de haber terminado con las presentaciones. Con suerte, ahora podría evitarlas tanto como fuese posible.

Me senté en mi cama articulada, que se elevaba tanto por la parte de cabeza como por la de los pies, y me tomé un par de pastillas antes de observar mi nueva habitación. Las paredes estaban pintadas de un amarillo claro. Sin duda, lo habían hecho de forma intencionada, porque algún médico

le había dicho a mi padre que el amarillo era un color relajante y alegre. En realidad, no estaba tan mal, pero el mobiliario era de color blanco con adornitos que me hacían sentir como si volviera a tener seis años. Era horrible.

—¿Te gusta? —preguntó Jennifer, expectante. Había entrado en la habitación y se había colocado junto a mi padre. Él le rodeo la cintura con el brazo y la besó en la mejilla. Tuve que esforzarme por no hacer una mueca.

De nuevo, elegí las palabras con cuidado.

—Nunca había tenido cosas tan elegantes.

Mi padre agarró una especie de mando con pantalla táctil.

—Aún no has visto lo mejor. —Sonrió y empezó a pulsar unos botones—. Después te enseño cómo funciona. Desde aquí puedes controlar la tele, el equipo de música, las luces, el ventilador y las ventanas.

—¿Las *ventanas*? —¿Podía controlar las ventanas con un mando a distancia?

Mi padre sacó pecho y con un último toque en la pantalla, las cortinas blancas, que iban del techo al suelo a lo largo de toda la pared del fondo, se abrieron y revelaron una pared llena de ventanas con una puerta corrediza en el centro. Entonces, tocó otro botón y las persianas se elevaron. La luz inundó la estancia.

Mi padre abrió la puerta y salió al balcón de madera para adentrarse en el atardecer. Desde allí se veía toda la ciudad de Los Ángeles o, al menos, toda la ciudad que el ojo humano podía divisar. Más allá del balcón, el suelo desaparecía. Al parecer, la casa estaba junto a un acantilado.

—Estas son las mejores vistas de la casa. Tienes que salir y contemplar el paisaje por la noche. Vale la pena.

Dada la reputación de California en cuanto a terremotos, la perspectiva de salir a ese balcón se me antojaba un poco inquietante.

Papá volvió a entrar y, en cuanto las persianas y las cortinas volvieron a estar cerradas, se giró hacia mí. Su rostro reflejaba ilusión. Me pilló mirando el ordenador portátil que había sobre el escritorio. Era plateado y parecía tan fino como una tortita. Siempre había querido uno de esos, pero por alguna razón ya no me parecían tan atractivos.

Mi padre se acercó y abrió el portátil.

—Espero que no te importe el cambio. El ordenador que tenías en tu apartamento era una antigualla. Pensé que este te gustaría más. Me encargué de que pasaran toda la información a este disco duro antes de deshacerme de él. También te he comprado un móvil nuevo, ya que el tuyo se quemó. —Cogió lo que parecía un iPhone en una funda de color rosa chillón y me lo ofreció—. Te hemos añadido al plan familiar; lo tienes todo ilimitado, así que no te preocupes si tienes que llamar a tus amigos de Massachusetts. No hay ningún problema.

Me encogí de dolor. No me había puesto en contacto con ninguno de mis amigos desde el accidente. Cuando fui capaz de llamar a la gente, había pasado tanto tiempo desde el accidente que supuse que todos habrían pasado página. Tenía que mudarme a casa de mi padre y no volvería, así que me pareció que no tenía sentido mantener el contacto. Ahora que estoy a miles de kilómetros de distancia, sigo sin verle *el sentido*.

Mi padre debió de haberse percatado, porque se obligó a sonreír un momento y se rascó la nuca, como si de repente se sintiera extremadamente incómodo.

—Gracias —dije—. Y, eh, ¿dónde están mis cosas?

El rostro de mi padre se relajó. Era una pregunta fácil y sobre un tema mucho más seguro.

—Todo lo que había en tu dormitorio, excepto los muebles, obviamente, está guardado en cajas. Están en tu armario.

¿En mi *armario*?

—¿Cómo de grande es el armario?

A Jennifer le pareció graciosa la pregunta.

—No tan grande como el mío, pero supongo que no tienes la obsesión por los zapatos que tengo yo.

No quería decirle que tanto mi madre como yo teníamos una obsesión por los zapatos. Calzábamos el mismo número y, entre las dos, debíamos de tener un montón de pares. No es que vaya a ponérmelos otra vez. Para mí ya no existían las sandalias ni cualquier tipo de tacón; tenía los pies quemados y solo podía llevar zapatos ortopédicos que parecían de abuela. Me habían arreglado la mano y había recuperado bastante movilidad para volver a escribir... más o menos. Todavía estaba trabajando para lograr que mi caligrafía fuera legible, pero no pudieron salvar del todo mis dedos de los

pies.

—Lo dejamos todo en las cajas porque pensamos que preferirías sacar tú las cosas y colocarlas donde quisieras —comentó mi padre—. Pero si necesitas ayuda, estaremos encantados de hacer lo que necesites.

—No. Me las apañaré sola. ¿Y las cosas de mamá y del resto del apartamento?

—Guardé todo lo que parecía importante; fotos y otras cosas, y algunas de las pertenencias de tu madre que pensé que te gustaría conservar. No había mucho, solo un par de cajas. Están con tus cosas. Me deshice de todo lo demás.

—¿Y mis libros? —El corazón empezó a latirme con fuerza en el pecho. Las estanterías con mis libros no estaban en este cuarto y dudaba seriamente que estuviesen en el armario—. ¿Qué has hecho con todos mis libros?

—¿Todos los que había en el salón? Los doné.

—¿Que *qué*?

Mi padre se encogió de hombros cuando grité y su rostro volvió a adquirir una expresión de pánico.

—Lo siento, cariño. No pensé...

—¿Has *donado* todos mis libros?

A lo mejor era una estupidez perder los nervios después de todo el estrés emocional al que me había sometido durante ese día, pero sencillamente no podía lidiar con la idea de que mis libros hubieran desaparecido. Los había coleccionado durante años.

Desde que aprendí a leer, había sido mi afición favorita. Mi madre me regalaba libros por mi cumpleaños y en Navidad y, a veces, simplemente porque le apetecía. Lo hizo durante tantos años que se había convertido en una tradición.

Había acudido a firmas de libros y convenciones por todo el nordeste del país, y había conseguido que un montón de mis autores favoritos me dedicaran libros. Cada vez que miraba con pena a mi madre, se reía y decía: «¿Adónde hay que ir esta vez?». En cada firma, pedía a alguien que nos hiciera una foto a mi madre y a mí con el autor y la pegaba en la primera página del libro.

Ahora, los libros, las fotos y los recuerdos... habían desaparecido. Igual

que mi madre. Nunca los recuperaría y nunca podría reemplazar lo que había perdido. Era como volver a perderla.

El corazón se me partió en un millón de trozos diminutos, y lo hizo de forma irremediable. Empecé a sollozar desmesuradamente, rodé por la cama y me hice un ovillo pequeñito mientras deseaba que el dolor desapareciera de algún modo.

—Lo siento, Ellamara. No tenía ni idea. No estabas despierta y no pude preguntarte. Pero te compraré libros nuevos, si quieres. Iremos a la librería esta semana y podrás comprar lo que quieras.

La idea de mi padre intentando reemplazar esa colección hizo que se me revolviera el estómago.

—¡No lo entiendes! —grité—. Por favor, marchaos.

No oí cerrarse la puerta, pero nadie me molestó hasta la mañana siguiente. Lloré durante horas hasta que me quedé dormida debido al agotamiento.

## Capítulo 2

Lo único que diré de California es que todo el mundo es atractivo. Por un lado es un rollo, porque eso hará que mis cicatrices destaquen cuando todo el mundo parece tan perfecto. Aunque, por otro, me gusta pasar tiempo con chicos guapos, como a cualquier chica de mi edad, y los miembros de mi nuevo equipo de rehabilitación son muy atractivos. Me gusta, porque eso hará que el tiempo que pase con ellos sea más agradable.

Mi dietista y mi enfermero son dos tíos buenos treintañeros. Mi dietista también es entrenador personal a tiempo parcial. Nunca he sido muy deportista, pero ese hombre hace que me entren ganas de apuntarme a un gimnasio. Mi fisioterapeuta solo tiene veintiocho años y se me cae la baba con él. Parece que debería trabajar en la tele y no en mi salón, y me obliga a ejercitarme hasta que tengo ganas de llorar. En estas últimas dos semanas casi he tenido ganas de que llegasen las sesiones de fisioterapia. Casi.

Jadeé al sentir un dolor inesperado y aguanté la respiración para no gritar.

—Venga, Ella, solo una vez más. Sé que puedes hacerlo. Hasta los pies esta vez.

Quería llorar, pero me toqué los pies una vez más porque Daniel me había sonreído con tanta seguridad que no podía decepcionarlo. Y juro que pestañeó con rapidez. Toqué el suelo con los dedos y estiré mi nueva piel en algunas de las partes de mi cuerpo más tensas. Sabía que las sesiones de fisioterapia serían duras, por algo dicen que «sin sacrificio, no hay gloria», pero no alcanzaba a tocarme las zapatillas con los dedos. Me ardía todo el cuerpo. Las lágrimas se agolparon en mis ojos y me incorporé.

—Lo siento. No puedo. Es como si mi cuerpo fuera a abrirse en cualquier momento.

Daniel frunció el ceño, no por frustración o decepción, sino porque estaba preocupado. Ese gesto fue para derretirse.

—El lunes te tocaste los pies una vez. ¿Haces los ejercicios todos los días, como hablamos?

—Sí, pero creo que mi piel odia el aire californiano. Me ha molestado toda la semana.

—Déjame ver —ordenó Daniel. Me levanté un poco la camiseta para que pudiera inspeccionarme la espalda y me remangué los pantalones para que también me viese la corva de las rodillas—. ¿Por qué no has dicho nada antes? No debería haberte forzado tanto. No te estarás rascando, ¿no?

—Intento no hacerlo.

—¿Y qué hay de lo de tomar sol? ¿No tomas el sol en el patio de atrás? ¿No vas a la playa?

—Sí —me burlo—. Desfilas en bikini delante de la gente encabeza mi lista de cosas que hacer. Ni siquiera he salido de casa desde que estoy aquí. Ahora soy prácticamente un vampiro.

Daniel dejó de mirarme la piel y volvió a fruncir el ceño. Me había metido en problemas.

—Punto número uno: la playa es genial y te encantaría. El próximo verano, cuando tengas la piel más fuerte, yo mismo te llevaré. —¿Daniel el Delicioso vestido solo con un bañador? Por eso casi valdría la pena aguantar todas las miradas—. Y punto número dos: ¿cuándo llega tu enfermero?

—El lunes.

—Eso es muy tarde. Estás demasiado seca. Tu piel aún se está acostumbrando al cambio de clima. California es mucho más seca que la costa este.

—Mi pelo está de acuerdo contigo.

Daniel se rio y empezó a rebuscar en su mochila con ahínco.

—¡Bingo! He traído un poco. —Sacó una botella de aceite mineral y sonrió—. Cámbiate de ropa y te daré un masaje. Tu madre tiene una camilla, ¿no? Creo que lo mencionó la última vez que estuve aquí.

No me di cuenta de que me había quedado paralizada hasta que la sonrisa

juguetona de Daniel desapareció.

—No es mi madre —dije, aunque no tenía el estómago revuelto por eso—. Y sí, hay una camilla en casa, pero no tienes por qué hacerlo. Me las apañaré hasta el lunes.

Daniel ya había visto mis cicatrices, pero un brazo o una pierna era diferente a verlo todo a la vez.

Me miró a los ojos, como si supiese por qué dudaba.

—Ella. —Su voz era suave pero severa—. Si no hacemos nada, de aquí al lunes sangrarás y tendrás grietas. No podemos arriesgarnos a que se te abran los injertos. No quieres que te operen de nuevo, ¿verdad?

—No. —Mi voz tembló mientras luchaba contra mis emociones.

—Si estás tan incómoda conmigo, puedo llamar a Cody o pedirle a uno de tus padres que lo haga, pero necesitamos que sea hoy.

No pensaba dejar que mi padre ni Jennifer lo hicieran.

Odiaba que Cody, mi enfermero, tuviese que verme casi tanto como cuando Daniel lo hacía, así que no hacía falta llamar a Cody. Tomé aire y asentí.

—Lo siento. Tienes razón. Vale. Voy a cambiarme.

—Buena chica. —Daniel me sonrió con tanta sinceridad y tanto orgullo que me removió por dentro—. Eres una de mis pacientes más valientes, ¿sabes?

Logré reírme.

—Apuesto a que le dices lo mismo a todos tus pacientes.

Daniel sonrió.

—Así es, pero contigo lo digo de verdad.

—Apuesto a que eso también se lo dices a todos tus pacientes. —Puse los ojos en blanco y me dirigí a mi habitación para ponerme el temido bikini.

Cuando por fin tuve el valor de salir de mi cuarto, Daniel ya había instalado la camilla en el salón. Contuve la respiración, pero cuando me miró, sonrió como si nada fuese diferente. No vaciló ni un segundo. Ni siquiera se estremeció. Simplemente dio una palmadita a la camilla.

Por eso me encantaban los médicos. El equipo de la unidad de quemados de Boston era igual que Daniel. Para ellos, yo era una persona más. Mientras estuve ingresada allí, llegué incluso a fantasear con que la vida no sería tan

mala.

En el viaje de Boston a Los Ángeles llevaba zapatos, pantalones y una camiseta de manga larga. Solo se me veían las cicatrices de la mano derecha. Y había cojeado, claro. La gente me miraba como si fuera un extraterrestre con tres cabezas. Susurraban, me señalaban y se giraban. No podía imaginar lo que sería salir de casa con una camiseta de tirantes y pantalones cortos.

Me armé de valor y me dirigí hacia él, pero cuando entré en el salón, Jennifer me vio. Llevaba un par de vasos de limonada y, cuando sus ojos se toparon con mis cicatrices expuestas, jadeó y empezó a llorar. Apoyó los vasos y se sentó.

—Lo siento —susurró—. Rich dijo que lo habías pasado mal, pero no tenía ni idea... lo siento mucho, Ella. —Me miró y se encogió de hombros—. Disculpadme —dijo, y subió a su habitación a toda prisa.

Yo cerré los ojos y tomé aire. Daniel me dio un minuto para recomponerme y después me dio la mano con suavidad.

—¿Necesitas que te ayude a subir a la camilla?

Normalmente lo habría intentado yo sola, pero esa vez dejé que él me ayudara. Me eché boca abajo porque no estaba preparada para mirarlo. No podía hacerlo después de haber conseguido que mi madrastra se marchara corriendo del salón.

—No sé por qué mi padre ha contratado estos servicios en casa —gruñí mientras Daniel empezaba a mojar mi piel sensible con el aceite mineral—. La unidad de quemados no está tan lejos. Habría preferido ir allí para hacer todo esto.

Daniel se quedó callado un momento y después comentó:

—Ojalá pudiera decirte que las cosas mejorarán. Pero no será fácil, Ella. La gente siempre reaccionará, algunos peor que otros.

—Al menos las *brujastras* no están en casa. Puede que Jennifer no tenga tacto, pero intenta ser amable. Las brujas número uno y número dos hacen que el diablo parezca un corderito.

Daniel suspiró.

—Mira el lado positivo. Siempre sabrás quiénes son tus verdaderos amigos. Algún día, cuando decidas sentar cabeza y formar una familia, tendrás a lo mejor de lo mejor como marido.

Hice una mueca. No había ninguna posibilidad de que alguien saliese conmigo en ese momento, y mucho menos de que se quedara a mi lado el resto de su vida.

—No te atrevas a reírte de la idea de que alguien te quiera, Ella. Date la vuelta —ordenó. Cuando me puse bocarriba, él intentó poner cara de enfadado, pero no lo hizo muy bien—. Eres inteligente, ingeniosa y fuerte. Y eres preciosa.

—Lo dicho, eres mi fisio. Decir eso forma parte de tu trabajo.

Daniel no se rio. Me miró fijamente con el semblante más serio que le había visto jamás.

—Eres increíblemente preciosa —insistió—. Tienes unos ojos que perseguirían a los hombres en sueños.

Quise hacer una broma, pero vi algo en la cara de Daniel y me resultó imposible, así que solo susurré «gracias» y me ruboricé.

—Habrà gente capaz de ver más allá de tus cicatrices y encontrar a la chica que eres de verdad —dijo Daniel—. Pero no la encontrarás si te escondes en esta casa día y noche. No creas que me olvido, señorita. Te advierto que me chivaré a la doctora Parish.

Gemí. Las sesiones con mi psicóloga eran casi tan dolorosas como las de fisioterapia.

—No pongas esa cara. Es por tu bien. No deberías pasarte el día en esta casa, y lo sabes. Puedes retroceder, Ella. No querrás desperdiciar los últimos meses de trabajo duro.

—Pero hago mis ejercicios todos los días. Lo prometo.

—No es lo mismo. Necesitas estar activa. Necesitas variar los movimientos. Hacer todo lo que hacías sin pensar siquiera en ello. Además, si continúas así, te deprimirás y dejarás de esforzarte. Y entonces parecerá que yo no hago mi trabajo y tu padre me despedirá. Puede que quieras deshacerte de mí, pero te prometo que el sustituto que encuentre te torturará tanto como yo, aunque no será tan guay.

Tenía razón. Si todos fueran la mitad de guais que Daniel...

Entonces mi padre entró en el salón y examinó mi piel en silencio mientras Daniel terminaba de hidratarla. Frunció el ceño y me señaló el cuerpo.

—¿Por qué está así? —Mi padre había sido testigo de muchos masajes cuando estaba ingresada en el hospital de Boston, así que apreciaba la diferencia.

Como mi padre miraba a Daniel, dejé que respondiese él.

—Ella está acostumbrada a la humedad de Boston. Debería asegurarse de que el enfermero eche un vistazo más a menudo a su piel hasta que su cuerpo se acostumbre al clima de California.

Papá asintió.

—Llamaré a Cody hoy mismo. ¿Puede salir de casa? Necesito llevarla al instituto para hacer la matrícula.

Uf. Fisioterapia, asustar a mi madrastra hasta hacerla llorar, piel seca, visita extra de mi enfermero y, a pesar de todo, mi día acaba de empeorar por arte de magia. Genial.

Daniel, que sabía que hablar de la gente como si no estuviera delante era más que maleducado, se dirigió a mí cuando respondió a mi padre. Me guiñó el ojo y dijo:

—El aire fresco te vendrá bien.

\*\*\*

Mi padre me matriculó en el mismo centro privado y pijo al que iban las mellizas. Lo más cerca que había estado de un instituto privado había sido al ver las series de televisión juveniles. El centro afirmaba que el 98 por ciento de sus alumnos iba a la universidad. Mi instituto de Boston tenía detectores de metal y un porcentaje de graduados del 63 por ciento.

Como si eso no fuera lo bastante malo, el instituto obligaba a los alumnos a vestir uniformes. Optaron por polos blancos tradicionales, o jerséis de cuello alto en invierno, y faldas plisadas en tono azul marino. Yo me había pasado el verano encerrada en casa y las pocas veces que mi padre y Jennifer me habían obligado a salir me había cubierto de pies a cabeza. ¿Y ahora esperaban que fuese al instituto en manga corta y con una falda que me llegaba hasta las rodillas? ¿No entendían lo mezquinos que eran los adolescentes?

Mi padre sonreía al volver al coche tras la reunión con el director.

—¿Qué me dices? ¿Estás contenta? Está bien, ¿verdad?

Estaba *demasiado* bien. El centro, que se encontraba en un extenso terreno, tenía unas enormes vallas de hierro y una garita de seguridad. Estaba formado por varios edificios más pequeños conectados mediante pasajes abovedados cubiertos, lo que me recordaba a las antiguas misiones. Me costaba creer que ese lugar fuera un instituto.

Ya en el coche, mientras mi padre salía del aparcamiento, el corazón empezó a palpitarme de una forma familiar que reconocí como un ataque de pánico. Me puse de lado en el asiento y le agarré el brazo.

—Papá, no me hagas ir allí, por favor.

Él se asustó por mi repentina vehemencia.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—El instituto ya será duro de por sí. Por favor, no hagas que sea todavía peor. Ese lugar es una locura. Al menos en los institutos públicos sabía dónde me metía; es la misma mierda. Los médicos dijeron que necesitaba estar en un ambiente «familiar». Eso —dije, y señalé el instituto a nuestras espaldas— *no* es un ambiente familiar. No puedo hacerlo. No me obligues a ir allí.

Mi pánico era cien por cien real, pero mi padre tuvo el descaro de reírse. Le restó importancia.

—No digas tonterías. Estarás bien, ya lo verás.

—¿Por qué no puedo hacer las clases a distancia? Podría recuperar el tiempo perdido y sacarme el título en varias semanas en lugar de repetir todo el último año.

—Ya sabes por qué no. Tus médicos te han explicado la importancia de recuperar una rutina normal lo antes posible. Cuanto más tiempo pases encerrada, más duro será vivir una vida normal.

Bufé.

—¿Crees que volveré a tener una vida normal?

—¿Qué quieres que haga, Ella? Me limito a seguir las instrucciones de los médicos. Intento hacer lo mejor para ti.

Quería gritar. Él no tenía ni idea de lo que era mejor para mí.

—Vale. ¿Puedo ir por lo menos a un instituto público?

Mi padre parecía horrorizado ante la sugerencia.

—¿Por qué diablos querrías hacer algo así?

—Eh, para empezar no te obligan a llevar uniforme, y la gente puede expresarse de forma individual. Habrá muchos más raritos. Tendría más posibilidades de pasar desapercibida.

—Tú no eres una rarita.

Miré a mi padre con incredulidad y lo reté a que lo repitiese. No lo hizo.

—Aunque no estuviese coja o no tuviera cicatrices, no querría ir a ese colegio. No soy como las hijas de Jennifer. No encajo en un instituto al que acuden niñatos ricos, malcriados y altaneros.

—Estás siendo muy crítica, Ella. Al menos dale una oportunidad antes de decidir que lo odias.

—Pero...

—Además, ninguna hija mía irá a un centro público si puedo ofrecerle una educación mejor.

Eso me pareció totalmente ofensivo teniendo en cuenta que siempre había estudiado en centros públicos.

—Eso no parecía preocuparte el año pasado —estallé—. Pero supongo que entonces no era tu hija, ¿o sí? Ni todos los años anteriores en los que también estudié en un colegio público.

Mi padre se quedó inmóvil y puso cara de póker. Supuse que le había cabreado o había herido sus sentimientos. Probablemente ambas cosas, pero a esas alturas no importaba. Estaba demasiado enfadada y asustada, y echaba demasiado de menos a mi madre como para preocuparme por lo que pensara el hombre que nos había abandonado.

—Ya estás matriculada. No pienso mandarte a un centro público. Se acabó la discusión.

Cerré la boca y volví a acomodarme en el asiento. Opté por quedarme callada y mirar por la ventanilla durante el resto del trayecto. ¿Se acabó la discusión? Vale. Me daba igual si esa era la última discusión que teníamos.

## Capítulo 3

### Brian

Me recosté en el asiento y conecté los auriculares al móvil. Puede que el nuevo disco de Katy Perry me ayudara a no morir de aburrimiento. Odiaba esas reuniones.

En cuanto la música inundó mis oídos, solté un pequeño suspiro. Mucho mejor. Nada calmaba mi alma como la voz *sexy* de Katy. Era tan guapa... Dejé que se me cerrasen los ojos e imaginé que rugía para mí en un concierto privado. Quizá saldría conmigo. Seguro que alguno de los idiotas de aquella sala sabía cómo ponerse en contacto con su agente. En cuanto dejasen de hablar, si es que eso sucedía *alguna vez*, preguntaría. Con suerte, podrían hacer algo útil por una vez.

Un dedo me tocó la espalda, pero lo ignoré.

—¡Brian!

Suspiré y me quité los auriculares de los oídos. Aquellos momentos de descanso nunca duraban lo suficiente. Abrí los ojos y vi que la mayoría de mi equipo de representantes me fulminaba con la mirada. Mi padre, el popular director Max Oliver, estaba sentado justo enfrente de mí en la larga mesa de conferencias y me miraba como si quisiera estrangularme. Genial.

Esa sería la última vez que trabajase con mi padre. Si no fuera por *Las Crónicas de Cinder*, no habría aceptado el trabajo. La familia y los negocios

no deberían mezclarse nunca, sobre todo cuando eso implica a *mi* familia, una panda de locos.

Mi nuevo asistente, Scott, me puso un papel delante y, después, se inclinó para pasarle otro montón a mi coprotagonista, Kaylee Summers. Gemí al ver la lista de fechas impresas en el papel. Lo arrugué en una pequeña bola, apunté y lo tiré. La pelota de baloncesto improvisada cayó en la basura al otro lado de la sala sin rozar el borde.

—¡Toma! ¡Dos puntos!

Alcé una mano para chocar los cinco y me giré hacia Kaylee.

—¿Has visto eso? Quizá haya encontrado mi vocación en esta temprana etapa de mi vida. Creo que intentaré jugar en los Lakers la próxima temporada.

Kaylee me obsequió con su mirada desdeñosa de siempre y me dejó colgado. Da igual. Scott me valdría. Me giré hacia él a continuación. Miró a su alrededor, nervioso, pero fue demasiado cobarde como para ignorar mi petición y me chocó los cinco.

Me reí ante el nerviosismo del tipo.

—Relájate, Scotty, soy el único de esta sala que puede despedirte, así que cuando dudes, hazme caso a mí, no a ellos. No te culparán.

—¿Has terminado de perder nuestro tiempo? —estalló mi padre.

La rabia se apoderó de mí, como solía pasar cuando mi padre estaba cerca. Agarré la copia de la programación de Scotty y la ondeé.

—Esta estúpida reunión es una pérdida de tiempo para todos.

Mi equipo de representantes se ofendió al oír mis palabras, pero fue Joseph, mi agente, quien habló.

—Ese es el programa de la gira promocional para *El príncipe druida*. Tienes que prestarle atención.

—¿Por qué? Para eso está Scotty. —Puse una mano alrededor de los hombros de mi asistente—. Este tipo tiene habilidades organizativas increíbles, por eso lo contraté. Lo más seguro es que ya haya impreso ocho copias diferentes de esta lista y las haya guardado en caso de emergencia. Él no dejaría que faltase a una reunión. Créeme, lo he intentado todo para perderme esta.

Joseph suspiró.

—Estás aquí porque tu asistente no puede aprobar el programa por ti.

—¿Necesitáis mi aprobación? —bufé—. Como si tuviera algo que decir al respecto.

—Claro que lo tienes.

Quise reírme, aunque no tenía gracia. No había podido decidir nada desde que mi primera película de cine adolescente alcanzó el número uno en taquilla. Agentes, mánager, publicistas, abogados, asesores de imagen, entrenadores personales, un millón de personas más... ellos controlaban mi vida ahora; lo que podía o no podía llevar, lo que podía o no podía comer, las galas a las que podía o no asistir, lo que podía o no decir. Joder, incluso habían organizado la gira promocional sin consultarme ni una sola vez. Lo que me habían entregado era un itinerario que ya estaba decidido.

Revisé la lista y vi que había semanas repletas de entrevistas, sesiones de fotos, eventos públicos, estrenos de películas y apariciones como invitado en programas de radio y televisión. Los Ángeles, Nueva York, Chicago...

Miré a Joseph a los ojos y alcé una ceja en señal de desafío.

—Estoy seguro de que ya tenéis las habitaciones de hotel y los vuelos reservados, así que ¿qué importa si apruebo esto o no? ¿Qué pasa si no apruebo una mierda? ¿*El show de Kenneth Long*? Ese tío es un completo idiota. No quiero ir.

Joseph hizo una mueca, pero su cara adoptó una expresión de determinación.

—*El show de Kenneth Long* es un programa de televisión por cable en horario de máxima audiencia. Tiene millones de espectadores. No puedes dejar pasar una entrevista con él porque no te caiga bien.

—Vale, pero ¿qué es esta mierda de *Cotilleos de Famosos*? Es prensa sensacionalista.

Mi publicista, otro completo idiota, se aclaró la garganta y defendió la programación.

—Es el tabloide más importante del mundo. Si les caes bien, te harán la persona más famosa del planeta y, si no, pueden convertirte en el hazmerreír más grande de Hollywood.

—Ya te vigilan, Brian —añadió mi mánager, Gary, y frunció el ceño—. Es mejor trabajar con ellos y estar de su lado que tenerlos publicando historias como esta por todos los medios cada semana.

Gary lanzó el último número de *Cotilleos de famosos* a la mesa y lo deslizó hacia mí. Leí el titular y sonreí con suficiencia. Conseguir que Adrianna Pascal volviese a casa conmigo el fin de semana pasado había sido lo que más había merecido la pena en todo lo que iba de *año*.

—Te liaste con la novia de Kyle Hamilton, una estrella de *rock* mundial, en su propia fiesta de cumpleaños.

Ya. Aquella noche hicimos más que liarnos. Miré a las personas de la sala con ojos grandes e inocentes.

—¿Aún estaban juntos?

—Por tu culpa han cancelado su maldita boda.

Me encogí de hombros.

—Ese tipo es un capullo egoísta. Además, si ella lo hubiese querido de verdad, no habría estado pendiente *de mí* toda la noche.

Finalmente mi padre perdió los papeles.

—¡Esa no es la publicidad que necesitas ahora mismo! —rugió—. ¿Crees que eres la primera estrella adolescente que lo intenta con la primera división? ¡Pues no! Hollywood ve gilipollas como tú año tras año. Si no puedes sentar cabeza, tu próximo proyecto será un *reality* televisivo dentro de veinte años sobre «antiguos famosos y qué fue de ellos».

Miré a mi padre con más odio del que creía *físicamente* posible. Mi padre nunca me había respetado, nunca había tenido fe en mí. Se reía de todas las películas que hacía. Me decía constantemente que me vendría grande «jugar en primera división» desde que le dije que quería seguir mi propio camino en la industria del cine en lugar de dejar que él me diese un papel en una de sus películas. Ahora solo esperaba que fracasara para restregármelo por la cara.

—Ya me he cansado de esta mierda. —Eché la silla hacia atrás y arrugué el segundo itinerario en otra bola. Esta vez estaba demasiado furioso como para concentrarme y la pelota no entró en la basura.

Antes de salir pitando de la reunión, Lisa, la productora ejecutiva de la película y la única persona aparte de Scott a la que soportaba, me bloqueó el camino hacia la puerta.

—Brian —dijo, y me cogió la mano. Su sonrisa era totalmente condescendiente, pero, aun así, me relajé—. Sabemos que te sientes frustrado. Este último año has tenido algo de mala suerte con los *paparazzi*,

pero esta gira promocional es importante.

¿Algo de mala suerte? Desde que me seleccionaron para interpretar a Cinder me convertí en el chico de oro de los *paparazzi* para el mercado femenino. Se pegaron a mí constantemente para vender millones de revistas a mujeres de entre doce y sesenta años. Me seguían a todos lados. Ni siquiera podía limpiarme el culo sin que alguna revista norteamericana lo publicase en portada. No había tenido un momento de paz en más de un año.

—Es importante para todos nosotros, Brian, pero sobre todo para ti —dijo Lisa—. Este papel ha sido como un regalo que te han dado. Cinder es un papel para toda la vida y tú lo has *clavado*. Todo el mundo, tanto críticos como aficionados al cine, quedará encantado con tu actuación. Si juegas bien tus cartas, podrías recibir una nominación a un premio de la Academia.

Eso hizo que me detuviese. Joseph se aprovechó de mi vacilación.

—Lisa tiene razón, Brian. Hay algunos rumores sobre eso.

Varias cabezas asintieron. Todos sonrieron excepto Kaylee, que probablemente no soportaba que la hubiese eclipsado en su película. No había rumores de un Oscar con su nombre.

Fui incapaz de contenerme y miré a mi padre. El tipo era uno de los grandes en Hollywood. Por mucho que lo odiase, era inevitable que intentara ganarme su aprobación.

Papá me miró a los ojos con el semblante serio.

—Lo has hecho muy bien.

El cumplido me sorprendió tanto que regresé a mi sitio.

—Gracias.

Mi padre asintió.

—Esta película podría hacerte ganar mucho respeto en la ciudad. Podría suponer tu transición de ídolo adolescente

a actor serio. —Cogió la revista de la mesa y añadió—: Pero la élite de Hollywood no deja entrar a gente que provoca este tipo de drama. No importa lo buen actor que seas, si no te respetan o creen que vas a causarles problemas, no seguirán trabajando contigo.

Desgraciadamente, tenía razón. Si mi equipo no mentía sobre los rumores, necesitaría esforzarme un poco más. Tendría que encontrar el modo para que la gente me tomase en serio. Y eso no era fácil cuando el mundo

solo me consideraba un chico guapo.

—¿Qué se supone que debo hacer? —Aunque en mi voz no se apreciaba el antagonismo, sí que dejé entrever amargura—. No puedo hacer nada si en las entrevistas la gente solo quiere hablar de mis abdominales y de si consideraría la idea de salir con una fan. No es culpa mía ser demasiado atractivo como para que me tomen en serio.

—¿Y si lo involucramos en una obra benéfica? —pregunta alguien.

—Atraería demasiada atención —responde otra persona—. Eso ya está muy visto. La gente se daría cuenta.

—¿Y si lo matriculamos en la universidad? —sugiere otro.

¡Sí! Eso sí que lo haría. Siempre he querido ir a la universidad. He tenido tutores toda mi vida. Lo más cerca que he estado de un centro de verdad ha sido cuando me ha tocado interpretar a un estudiante de instituto en una película.

—Sí, podría hacerlo. Podría ir a UCLA. ¡Vamos, Bruins! Me gustaría estudiar Literatura Inglesa.

Joseph negó con la cabeza y me lanzó una sonrisa compasiva.

—Es una muy buena idea, pero no tendrías tiempo.

—Pero ya hemos terminado *El príncipe druida* —razoné—. No tengo nada más de momento. Podría hacerlo. Puedo tomarme un descanso de un par de años e ir a la universidad. Eso me mantendría alejado de los problemas.

Todas las personas de la sala sacudieron la cabeza.

—¿Por qué no? —Me enfurecía que descartaran la idea tan rápido—. ¿Acaso hay algo mejor para demostrar que soy responsable que obtener un título universitario? Soy bastante inteligente, sacaría buenas notas.

Lisa sonrió con pena.

—Claro que sí, pero hay cinco libros en la serie de *Las crónicas de Cinder*. Cuando *El príncipe druida* llegue a los cines y rompa todos los récords de taquilla, que lo hará, el estudio dará luz verde a las otras cuatro películas. Ya están trabajando en el siguiente guion. Estarás grabando en primavera.

Me vine abajo. Debería haber supuesto que no me permitirían hacer algo normal como ir a la universidad. Agarré los auriculares de nuevo. Estaba

claro que mi opinión en esta reunión no era necesaria, y seguro que necesitaría que Katy me animara después de que idearan un plan.

—¿Y si se comprometiese con alguien?

Dejé caer el teléfono antes de que la música se reprodujera.

—¿Qué? —Miré horrorizado a mi publicista y esperé a que se rieran de la idea, pero nadie se opuso—. No podéis hablar en serio. ¿*Comprometerme?*

—De hecho, ¡es una idea brillante! —exclamó Joseph—. A este país le encantan las buenas historias de amor. Satisfará a los fans y mostrará al mundo que Brian Oliver ha crecido. Que está listo para sentar cabeza tras sus líos de chico malo y se toma la vida en serio.

Intenté no ofenderme. Siempre me había tomado en serio mi carrera. Había trabajado desde que era un niño y nunca había tenido la oportunidad de ser un adolescente normal porque había estado demasiado ocupado *tomándome la vida en serio*.

—Soy demasiado joven.

—Así es más romántico, y nadie te culpará cuando rompas con la chica luego.

—¿Con quién diablos sugerís que me comprometa? ¿Voy a tener que coger a una chica de la calle y ponerle un anillo en el dedo?

—Yo lo haré.

Toda la sala se quedó en silencio. Kaylee estaba mandando mensajes en su teléfono y no levantó la vista para mirar a nadie, pero se encogió de hombros cuando se dio cuenta de que era el centro de atención de toda la sala.

—Esta es mi primera película. La publicidad me vendrá bien.

Me encorvé y reprimí las arcadas. Si en algún momento la genética había decepcionado a la raza humana había sido en la concepción de Kaylee Summers. Era como los conejitos de chocolate que se venden en Semana Santa, deliciosos por fuera pero huecos por dentro, y Kaylee en cantidades elevadas te sentaba mal en el estómago. Ya era lo bastante horrible tener que ser agradable con ella en el trabajo. No podría fingir fuera del plató de ninguna de las maneras.

—¡Me encanta! —declaró Joseph.

—¡Una idea increíble! —añadió Gary.

Incluso mi padre sonrió con entusiasmo y dijo:

—Es perfecto.

—¡Dios, no! Si me tengo que comprometer con alguien, será con Katy Perry. No aceptaría a nadie más.

Kaylee alzó la vista lo suficiente como para reír.

—Sigue soñando.

—La única que sueña aquí, nena, eres *tú*.

Los ojos de Kaylee brillaron de rabia, pero su sonrisa se volvió agresiva.

—¿Qué pasa, cariño? Nos enrollamos una vez y no recuerdo que tuvieras ninguna queja. Venga, hagámoslo. Será divertido.

Me estremecí.

—Ni hablar.

Varias personas suspiraron, pero fue Lisa quien trató de hacerme claudicar.

—Brian, piénsalo —me urgió—. Una relación entre vosotros dos en la vida real, fuera de los platós, generaría millones en publicidad gratuita. A tus fans les encantaría. Sería genial para la película y tu carrera.

—¿Una relación en la vida real con *ella*? —repetí—. Creo que sobrestimas mi capacidad de actuar, Lisa.

Eso borró la sonrisa de superioridad de la cara de Kaylee.

—Cabrón.

Le devolví el insulto sin ningún reparo.

—Zorra.

—Actúa como un hombre —intervino mi padre—. Esto no solo te afecta a ti. *Todos* lo necesitamos. Sabes que esta es la primera película más seria que hago. Si mi protagonista recibiese una nominación de la Academia, conseguiría todos los trabajos que quisiera después de esto, no solo tendría que actuar en películas de acción.

—Solo tenéis que fingir —añadió Gary—. Y no durará para siempre. Solo un par de meses en los que os dejaréis ver en público y, una vez se estrene la película, podréis romper. Sin haceros daño. Podríais comprometeros rápidamente y decir que salíais en secreto mientras se rodaba la película. Las aventuras clandestinas son muy emocionantes. A la gente le encantará.

Miré a mí alrededor por toda la sala y sentí la necesidad de pegar un puñetazo a algo. Parecía imposible salir soltero de esa reunión. Kaylee sonrió burlonamente ante la derrota que se reflejaba en mis ojos.

—Reservaré mesa en algún sitio bonito. Oh, y más te vale que mi anillo sea de platino y de al menos tres quilates.

## Capítulo 4

La única mujer del equipo que se encargaba de mi rehabilitación era mi psicoterapeuta, pero hasta ella era joven y atractiva. Que fuese una chica era mejor, en realidad, porque esperaban de mí que formulara frases coherentes en las sesiones, algo que parecía misión imposible delante de Daniel el Delicioso.

La doctora Parish empezó el interrogatorio antes incluso de que hubiese tomado asiento en el enorme sillón de piel con orejas que tenía en la oficina.

—¿Cómo ha ido la semana, Ella? ¿Algún progreso que tengas que contarme?

Me encantaba el sillón, pero odiaba las sesiones semanales. Me incomodaban mucho y, cuando salía de allí, siempre me sentía fatal.

—Por fin me he puesto al día con los episodios de *Érase una vez*. —Ese era el único progreso que se me ocurría. Era, básicamente, lo único que había hecho en toda la semana.

—Me refería a tu familia, ya lo sabes.

—Esas personas no son mi familia.

La doctora Parish sonrió.

—Entiendo por qué te sientes así. No obstante, *son* tu familia y tienes que aceptarlo. Deberías encontrar la manera de crear lazos con ellos.

—No puedo crear lazos con gente a la que no le gusto y que no me quiere a su lado. El único momento en el que hablo con las mellizas es cuando me llaman para asegurarse de que estoy escondida en mi cuarto antes de traer a sus amigos a casa y me dicen que me mandarán un mensaje cuando la zona

esté despejada y sea seguro salir.

La doctora Parish nunca perdía los nervios. Sé que debía de sentirse frustrada, pero, de algún modo, siempre se comportaba y se mostraba verdaderamente aprensiva.

—Estoy segura de que malinterpretas sus intenciones. A lo mejor, cuando te llaman para decirte que van a traer amigos a casa, esa es su forma de intentar incluirte a ti también.

Resoplé. La doctora Parish era una mujer inteligente, pero demasiado optimista.

—Las palabras exactas de Anastasia cuando me llamó ayer fueron: «Hola, frikastra, voy a traer a algunos amigos a casa, y todos tienen... esto... una fobia horrible a los perros, así que asegúrate de quedarte encerrada en tu habitación esta tarde. Te avisaré cuando ya puedas volver a salir». Llámeme pesimista, pero no creo que malinterpretara eso.

La doctora Parish entrecerró los ojos, pero no dijo nada.

—Lo mejor —continué— fueron las risas que oí de fondo. Ya estaba con sus amigos cuando me llamó para contármelo. Esperó adrede a tener público.

—¿Has hablado con tus padres sobre el comportamiento de tu hermanastra?

Volví a reír con amargura.

—Me ha dicho cosas peores a la cara delante de mi padre o de Jennifer. Ellos se limitan a soltar una risita forzada y dicen «Ay, qué monas, las niñas se están tomando el pelo la una a la otra». Nunca le dicen nada. Los dos están en fase de negación. Les dan a esas niñas lo que quieran y les dejan hacer lo que les dé la gana. Al menos Juliette tiene la decencia de fingir que no existo si no me interpongo en su camino, pero Ana es una princesita mimada, mezquina y despreciable. No sería amiga suya ni aunque me diera la oportunidad. No es una persona con la que se pueda mantener una amistad sana. Es la chica mala por antonomasia, como las que salen en las películas.

La doctora Parish suspiró. Soltó el bolígrafo que usaba para tomar notas en las sesiones y se quitó las gafas para frotarse los ojos. Era evidente que estaba cansada de dar vueltas a lo mismo, así que cambió de tema.

—Hablemos un poco más sobre tu intento de suicidio.

Gemí y me tiré de las mangas de la camiseta. Tenía cicatrices por todo el

cuerpo, pero las de las muñecas eran distintas. Esas marcas fueron culpa mía. En ese momento de mi vida tomé una decisión de la que me arrepentí absolutamente. Son cicatrices de las que me avergüenzo.

—Eso fue un error —susurro—. Tampoco fue tan grave.

—He leído los informes, Ella, y he visto un montón de casos de intento de suicidio. Si hubieras tenido a mano algo más que un cuchillo de cocina, lo habrías conseguido. Y estuviste a punto de hacerlo. No te anduviste con tonterías.

—Vale, a lo mejor sí que iba en serio por aquel entonces, pero no pensaba con claridad. Estaba en una etapa bastante dura de mi vida, pero ya ha mejorado.

La doctora Parish no me creía.

—¡He vuelto a caminar! ¡Estoy aprendiendo a escribir con mi mano mala! Los médicos de Boston me dijeron que nada de eso sería posible. ¿Cree que me habría esforzado tanto y habría hecho algo tan doloroso para alcanzar esos objetivos si aún estuviese pensando en quitarme la vida? El mundo se me vino encima tras el accidente y perdí la cabeza durante un tiempo, ¡pero ya no tengo intención de suicidarme! ¿Por qué nadie me cree?

La doctora Parish se levantó del escritorio y me acercó una caja de pañuelitos. Tras coger uno a regañadientes, se sentó en la silla que había junto a la mía.

—Te creo, Ella —me aseguró—. Todavía tienes un largo camino por delante, pero sé que has progresado mucho desde que saliste de ese lugar oscuro de tu mente. Lo que no comprendes es que hasta que tu vida sea mucho más estable, sería facilísimo que cometieras de nuevo ese mismo error. Al menos ahora, que vives en la casa de tu padre, te sientas cómoda o no, tienes a alguien que te cuida, te quiere y busca lo mejor para ti.

Eso me cabreó tanto que empecé a temblar.

—¿Cree que ese hombre me quiere? ¿Cree que busca lo mejor para mí? ¡Ni siquiera me conoce! El otro día me matriculó en el mismo instituto al que van sus hijas. Es un centro pijo privado como los que salen en las series de televisión sobre niños ricos con vidas muy retorcidas.

—Probablemente sea un buen instituto, Ella.

—Es posible, pero eso no significa que sea el mejor *para mí*. Me llevó a ver el sitio cuando me matriculó y sentí que estaba en un planeta alienígena.

Crecí yendo a colegios públicos en Boston. Allí teníamos detectores de metal, no un restaurante de sushi. No voy a encajar en este instituto. Ni siquiera sabré interactuar con los demás. No tendremos nada en común. Todos serán como Anastasia y Juliette. Además, hay que llevar uniforme: ¡falda corta y polo! Será un infierno para mí.

La doctora Parish suspiró e intenté defenderme de un modo que no sonara a queja.

—Un instituto público me resultaría mucho más familiar. Habría más diversidad. Podría ponerme lo que quisiera sin tener que enseñar las cicatrices como si fuera un mono de feria. Encajaría mejor. Además, puede que haya otros alumnos que también estén siguiendo el mismo plan de estudios de cinco años que yo. ¿Cree que los chicos que van a un instituto como el Beverly Hills Prep Academy van a contenerse? Como si no tuviese bastante con lo que lidiar, ahora encima seré un año mayor que el resto de alumnos de último curso. Por no mencionar que ya tengo una archienemiga que no quiere que vaya allí y me ha prometido hacerme la vida imposible si me interpongo en su camino.

Esperé a que la doctora Parish dijera otra vez que estaba malinterpretando las amenazas de Anastasia, pero no lo hizo. Regresó a su silla y empezó a tomar más notas en el escritorio.

—¿Le has comentado alguna de estas preocupaciones a tu padre?

Volví a dedicarle otra risa llena de amargura.

—Tuve un ataque de pánico horrible cuando vi el instituto. Entiendo por qué usted no quiere que estudie a distancia, desde casa, así que le pregunté si al menos podía asistir a un instituto público. Le enumeré todas las razones que acabo de comentarle. Le dije que pensaba que me ayudaría a adaptarme mejor si me encontraba en terreno conocido y menos estresante. Se lo rogué. ¿Y sabe qué hizo? ¡Se rio de mí! Estaba sufriendo una crisis de ansiedad. Le supliqué que se pusiera en mi lugar para entenderme. No dejaba de llorar y él se rio. Me dijo que estaba siendo ridícula y que me encantaría estudiar allí. Que ninguna hija suya iría a un centro público mientras él pudiera permitirse una educación mejor para ellas.

Como solía sucederme en estas sesiones, empecé a llorar otra vez y tuve que coger otro pañuelo.

—Ese hombre no puede buscar lo mejor para mí porque no tiene ni idea

de qué es lo mejor para mí. No sabe nada de mí ni de lo que necesito. Es un esnob al que le han encasquetado a una rarita de una parte de su pasado que intentó enterrar muy hondo. Soy su secreto más oscuro, vergonzoso y profundo. Está más preocupado por quedar bien delante de sus amigos que por mí.

Me soné la nariz y logré controlar las lágrimas.

—Mire, sé que intenta ayudarme y todo eso —dije en cuanto pude volver a hablar de forma racional—, pero el hecho es que la casa de mi padre no es un ambiente sano para mí. Es incómodo y estresante, y hace que las cosas sean más difíciles. Todo el proceso de rehabilitación sería más sencillo si pudiese vivir sola.

La doctora Parish se quedó en silencio durante un minuto mientras meditaba sobre lo que había dicho.

—Si pudieses vivir sola —preguntó al fin—, ¿adónde irías? ¿Volverías a Boston?

Finalmente un tema que no me deprimía.

—No lo sé —contesté con sinceridad—. Perdí la plaza en la Universidad de Boston y todos mis amigos han pasado página. Las cosas no serían igual si volviera, así que probablemente elegiría un sitio distinto.

—¿Adónde irías? —volvió a preguntar la doctora Parish—. ¿Qué harías con tu vida?

—Primero, terminaría el instituto con algún programa de estudios a distancia. Si lo hiciera, empezaría ya y terminaría en un par de meses, en lugar de tener que repetir el año entero. Luego iría a la universidad. Quiero estudiar Periodismo. Supongo que solo me quedaría pensar dónde. Ahora mismo podría marcharme a cualquier lugar, pero quiero ser redactora y crítica cultural, así que lo más seguro es que me quedase aquí o que me marchara a Nueva York. Quizá iría a Nueva York, porque tengo debilidad por la costa este.

Supe que había dicho algo que no debía al ver que la doctora Parish abría los ojos de par en par.

—Te irías, ¿y ya está? ¿Te marcharías a la universidad, tú sola, en una ciudad donde no conocieses a nadie? ¿Donde no tendrías ningún amigo?

—Un montón de gente lo hace. —Me reprendí por haber sonado tan a la defensiva. Sabía que eso jugaría en mi contra, pero no pude evitarlo. Odiaba

cuando la gente me recordaba que no me quedaba nadie más en la vida.

—Un montón de gente que no se está recuperando de una experiencia tan traumática como la que has vivido tú, e incluso así, la mayoría de esa gente tiene un apoyo importante en casa.

—¿Y cree que yo tengo eso aquí? ¿Cree que mi padre y su familia son un apoyo para mí? —me burlé.

—No, no lo creo —dijo llanamente.

Su respuesta me sorprendió. Las personas que había conocido desde que desperté del accidente habían intentado forzar la presencia de mi padre y su familia en mi vida como si el hecho de que mi padre y yo compartiéramos la misma sangre implicase que íbamos a querernos y a convertirnos en amigos inseparables automáticamente.

—A lo mejor tienes razón en que vivir con tu padre y su familia no es lo mejor para ti —comentó despacio.

Mi corazón dio un vuelco al percibir ese pequeño rayo de esperanza, pero intenté controlarlo. Tenía que haber alguna trampa en sus palabras. No iba a darme el alta así como así, que era lo que necesitaba para librarme de la supervisión de mi padre y vivir sola.

La doctora Parish dejó el cuaderno sobre la mesa y se acomodó en el respaldo de su silla.

—Ella, sé que me ves como una carcelera, pero espero que entiendas que busco lo mejor para ti, de verdad. Mi trabajo consiste en ayudarte a entender qué es eso en realidad y a acompañarte a un estado mental donde puedas lograrlo por ti misma. Quiero que lo consigas. Me gustaría firmarte el alta, pero antes tienes que demostrarme que estás preparada para ello.

Así que no iba a sacarme de la casa de mi padre. Mi esperanza se evaporó al instante.

—¿Qué significa eso? —refunfuñé.

—Significa que si realmente irte a vivir sola es lo mejor para ti, entonces trabajaremos en ello. Pero no dejaré que lo hagas hasta que me demuestres que no estarás completamente sola. No creo que estés preparada para independizarte. Creo que eso te pondría en riesgo de sufrir otra depresión. Necesitas amigos. Necesitas apoyo sólido. Si crees que tu familia no puede ofrecértelo, entonces hay que encontrar otro modo. Haz amigos. Apúntate a algún grupo de apoyo. Intenta ponerte en contacto con tus antiguos amigos

de Boston. Aunque hayan pasado página y ya no vivas cerca de ellos, necesitas gente con la que hablar. Si construyes una red de apoyo, Ella, yo misma te acompañaré a ver pisos.

La promesa de la doctora Parish se me quedó clavada en la cabeza durante el resto del día. Necesitaba un apoyo sólido y solo se me ocurría un sitio por el que empezar.

## Capítulo 5

### Brian

Me tiré del cuello de la camisa cuando me detuve de camino al restaurante. Por supuesto, Kaylee había elegido The Ivy para nuestra primera «cita». Era uno de los restaurantes más conocidos de Los Ángeles, donde acudían un montón de famosos. Los fotógrafos acampaban en la acera todas las noches y hoy, evidentemente, no era una excepción. Los *flashes* empezaron a saltar cuando aún estábamos a una manzana de distancia porque los *paparazzi* reconocieron mi coche. Se volverían locos cuando descubrieran que iba a cenar con Kaylee Summers.

—¿Preparado, cariño? —se mofó Kaylee desde el asiento del copiloto.

Se me revolvió el estómago. Kaylee se había mostrado más ansiosa de lo normal con toda esta farsa del compromiso. Se me echó encima cuando nos conocimos y yo cometí el error de llevarla a mi casa. Solo me llevó un par de días darme cuenta de la estupidez que había cometido al meterla en mi habitación. No parecía entender que una noche de diversión para aliviar la tensión del rodaje no era más que eso: una noche de diversión. Necesité varias semanas para convencerla de que no estaba interesado en nada más, y hasta tuve que pasearme con una docena de chicas delante de sus narices para que lo comprendiera.

Volví a mirarla. Se aplicó una especie de brillo de labios y luego se rio.

—Parece que te acaben de sentenciar a unos cuantos años de cárcel.

Casi sonreí. Esa comparación era bastante certera.

—No sé por qué estás tan gruñón con este tema. La mayoría de tíos mataría por tener una relación conmigo.

Aunque Kaylee no fuese una zorra egocéntrica, conspiradora y cara de mantener más idiota que un pez, no saldría con ella de verdad. De hecho, yo no salía con nadie; al menos, más de una vez.

—No me van las relaciones.

—¿Por qué no? Yo creo que son divertidas.

Para mantener una relación de verdad, había que usar el corazón, y mi corazón ya no funcionaba. Llevaba sin funcionar más de ocho meses, pero no iba a explicarle eso a Kaylee.

—Simplemente no me van.

Kaylee dejó de acicalarse y se giró para escudriñarme. Al cabo de un momento, sus labios esbozaron una sonrisa de suficiencia.

—Qué irónico. El rompecorazones favorito de Hollywood no sale con nadie porque una chica le rompió el corazón.

Tensé la mandíbula y miré fijamente al parabrisas delantero. No hablaba de Ella con nadie, y muchísimo menos con Kaylee.

Kaylee se rio otra vez.

—Guau. Quienquiera que fuese, debió de dejarte hecho trizas.

La fulminé con la mirada.

—Este tema está vetado. Así que déjalo o te doy plantón ahora mismo y me busco a alguien más *sexy* que tú para que me distraiga esta noche.

La sonrisa de Kaylee desapareció y sus ojos brillaron con malicia.

—Esta relación disparará mi popularidad. No voy a dejar que lo estropees solo porque alguien te diera calabazas. Si te la cargas, arruinaré toda tu carrera. Para cuando haya acabado contigo, tendrás que mudarte al Polo Norte para escapar de todo el drama que voy a crear en tu vida.

Por mucho que odiara admitirlo, la amenaza de Kaylee era real. Aunque esta haya sido su primera película, sus padres eran dos personas muy influyentes en la ciudad y ella tenía amigos que también eran muy poderosos; eso explicaba por qué le habían dado un papel para el que no era lo bastante buena. Su padre dirigía el estudio que había dado luz verde a *El*

*príncipe druida.*

Yo mismo tenía contactos que me facilitaban el trabajo y habilidades como actor que no podían ignorarse, así que contaba con algo de margen para enfrentarme a Kaylee de vez en cuando, pero si la cabreaba lo suficiente, eso tendría un efecto negativo en mi carrera profesional. Estaba atrapado en esta pesadilla, al menos durante la temporada de premios y votaciones. Si me hubiesen nominado y hubiese podido demostrar a los grandes de Hollywood que merecía ser uno de ellos, entonces podría haberme deshecho de Kaylee y seguro que ellos me habrían felicitado por haber tomado una decisión tan inteligente.

Apoyé la cabeza en el reposacabezas, cerré los ojos y suspiré.

—A veces me impresionas, Kay. No conozco a nadie que sea, de una forma natural, tan zorra como tú.

—No tengo que ser una zorra, Brian.

Abrí un ojo con cautela y Kaylee me dedicó una sonrisa seductora.

—Puede que no te gusten las relaciones, cariño, pero ahora estás en una. —Se inclinó y me habló muy bajito al oído—. Puedo hacer que los próximos meses sean un infierno para ti. Pero también puedo hacer que sean muy, muy placenteros.

Dejó un reguero de besos sensuales por mi cuello a la vez que deslizaba una mano peligrosamente al interior de mi muslo. Con sus largas uñas me arañó a través de los vaqueros con la presión justa como para volverme loco.

Tomé aire. No quería ceder ante ella, pero esta Kaylee era muchísimo más placentera que la versión cruel y quejica con la que tendría que vérmelas si no le seguía la corriente. Con cuidado de no enfadarla más, aparté su mano de mi regazo.

—Si sigues así dos segundos más, no podré salir del coche. A menos que quieras saltarte la cena e ir directa a los postres, te sugiero que mantengas las manos alejadas.

Kaylee rio entre dientes mientras se colocaba de nuevo en su asiento del coche y volvía a pintarse los labios con el brillo.

—Qué tentador. Pero tienen que vernos juntos antes de pasar a la acción. Además, tengo hambre.

—Claro. —Como si fuese a tomar algo más que unas cuantas hojas de lechuga y una botella de agua—. En fin.

Solté otro suspiro y, finalmente, abrí la puerta. Esbocé mi «sonrisa para los fans» enseguida que la gente empezó a gritar para llamar mi atención. Todo pensamiento y sentimiento se desvaneció. El entumecimiento que me había ayudado a sobrevivir el último año se hizo con el control. Lo acogí, lo acepté.

El caos se desvaneció mientras sonreía a la multitud. Actuar se me daba bien, era un juego que me encantaba. Esta cita con Kaylee no era más que otra actuación, así que lo haría, y lo haría de puta madre.

Rodeé el coche y, cual perfecto caballero, le abrí la puerta a Kaylee. En cuanto la ayudé a bajar del coche, deslicé un brazo alrededor de su cintura.

—Sonríe a las cámaras, *princesa* —bromeé en voz lo bastante alta como para que nuestros espectadores lo oyeran y, luego, le di un suave beso detrás de la oreja, en una zona muy sensible.

Kaylee se estremeció de placer.

—Mmm, a lo mejor sí que te mereces un premio. Casi me creo que te gusto —susurró junto a mi cuello mientras entrábamos al restaurante.

¿Veis? Me merezco un Oscar.

Veinte minutos después, estaba tan aburrido que casi lloro de la alegría cuando mi teléfono móvil sonó. Me había llegado un correo electrónico. Probablemente era Scott, que me enviaba algún cambio en mi agenda, pero hasta eso era más interesante que escuchar a Kaylee hablar incesantemente sobre los detalles de nuestro próximo compromiso. Lo tenía todo planeado, desde la hora y el lugar en que iba a pedírselo, hasta la última línea que se suponía que iba a pronunciar. «Matadme, por favor», pensé cuando mencionó que teníamos que organizar una fiesta de compromiso.

Alargué el brazo hacia mi bebida al mismo tiempo que sacaba el teléfono del bolsillo. Entonces, al abrir la aplicación del correo electrónico, me quedé de piedra.

**Tienes un mensaje nuevo.**

**De: Ellamara**

**Asunto: ¿Cinder?**

—¡Hostia!

La copa se me resbaló de los dedos y cayó sobre mi plato. Nos salpicó tanto a Kaylee como a mí de vino tinto. Kaylee chilló y varios empleados del restaurante llegaron enseguida procedentes de todas las direcciones, pero yo apenas me percaté de su presencia. Era incapaz de apartar la mirada de la pantalla del teléfono.

—¡Joder!

—¡Brian! —chilló Kaylee—. ¿Qué narices te pasa?

La ignoré y, tras dedicarle un gesto desdenoso con la mano, abrí el correo electrónico y recé porque no fuera una especie de broma enfermiza.

**Para: Cinder458@gmail.com**

**De: EllaLaVerdaderaHeroína@yahoo.com**

**Asunto: ¿Cinder?**

Querido Cinder:

He tardado semanas en reunir el valor necesario para escribirte este correo. No tengo ni idea de cómo decir hola tras tanto tiempo. No te devolví el mensaje aquel día porque tuve un accidente de coche. Estuve en coma un tiempo y luego me quedé ingresada en el hospital bastantes meses.

No pude evitar ahogar un grito. Siempre pensé que había pasado algo así, pero tener la confirmación convertía la pesadilla en algo real, no como antes, que era una mera suposición.

Ellamara y yo habíamos sido amigos anónimos por correo electrónico, pero la última vez que hablé con ella, le pedí su dirección para enviarle algo. Era un enorme paso en nuestra relación, pero me encontraba en un punto en el que estaba dispuesto a arriesgarme. Necesitaba más de ella. Quería *ser más para ella*.

Decidí arriesgarme, le compré un regalo con el que esperaba ganarme su corazón y le pedí su dirección. Me dijo que era un tipo raro de internet, pero estaba seguro de que lo decía en broma... hasta que nunca más volví a saber de ella. Al principio supuse que el móvil se le había quedado sin batería y, luego, al ver que no respondió ese día, me preocupé ligeramente por si la había espantado. Pero no subió a su blog el artículo de «La primera frase del

viernes» al día siguiente y *supe* que había pasado algo.

Le mandé un montón de correos y esperé día tras día a que me respondiera, o al menos a que volviera a publicar en su blog, pero, al cabo de unas semanas, abandoné toda esperanza. Sabía que, aunque la hubiese espantado aquel día y no quisiera volver a hablar conmigo, Ella no habría abandonado nunca su blog. Jamás. A menos que estuviese muerta, que fue la conclusión a la que me resigné cuando pasó un mes entero sin tener noticias de ella. Durante meses, lloré la muerte de mi mejor amiga y la chica de la que me había enamorado, y seguía llorando su muerte hasta hacía cinco segundos.

Me tragué el nudo que de repente se había formado en mi garganta y leí el resto del mensaje.

Mi madre murió en el accidente, así que tuve que mudarme con mi padre y su familia. Él se encargó de empaquetar todo lo que había en nuestro piso y lo puso en venta mientras yo seguía ingresada en el hospital. No tuve la oportunidad de estar una última vez en casa. No volví a ver a ninguno de mis amigos. No pude despedirme de nadie. Ni siquiera de mi madre. Me perdí el funeral. Siento haber tardado tanto en escribirte este correo, todavía no sé si seré capaz de darle a ENVIAR. Ahora todo es muy distinto, y pensar en el pasado me dolía tanto que no era capaz de enfrentarme a él. No he hablado con nadie de mi antigua vida. Pensé en retomar mi blog, pero mi padre donó todos mis libros mientras estaba en coma y ahora ya no me siento con fuerzas como para seguir publicando entradas.

Siento muchísimo haber desaparecido. Lo siento si te hice daño. No era mi intención. Espero que puedas perdonarme. Solo quiero que sepas que tu amistad siempre significó mucho para mí (y todavía lo hace). Pienso en ti en todo momento.

Te echo de menos.

Ella

Me quedé sentado en la silla, mirando fijamente el mensaje mientras la estancia daba vueltas a mi alrededor. Ella estaba viva. Me había enviado un correo electrónico. Y *me echaba de menos*. Era casi demasiado milagroso como para ser cierto.

Volví a tragar saliva, pero esta vez fue para combatir las náuseas y las emociones. Estaba viva, pero había pasado por algo horrible. Había perdido a su madre y había tenido que mudarse con su padre, que la había abandonado hacía años. La idea de que Ella hubiese pasado por todo eso era horrible.

Las emociones se arremolinaban sin control en mi interior y eran casi imposibles de contener. No pude evitar sentirme eufórico, aliviado y feliz de saber que estaba viva, pero, al mismo tiempo, el corazón se me hizo añicos de nuevo. Estaba muerto de preocupación. Seguro que en todo ese tiempo se había sentido muy sola...

—¡Brian!

La aguda voz de Kaylee me sacó de mis pensamientos. Parpadeé unas cuantas veces y me encontré con su mirada envenenada al otro lado de la mesa.

Entonces, alguien dijo:

—¿Señor Oliver? ¿Se encuentra bien?

Sacudí la cabeza para aclararme la mente y alcé la mirada hacia la encargada del restaurante, que se encontraba junto a nuestra mesa. La mujer me tendía una servilleta de tela. No tomé consciencia de que había derramado el vino hasta que me animó a cogerla. La acepté y me sequé un poco.

—Lamento todo el jaleo.

—No pasa nada —contestó la mujer—. Estoy más preocupada por usted. Se le ve muy pálido. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita asistencia médica? ¿Llamo a una ambulancia?

—¿Qué? ¡Oh, no! Estoy bien. Solo me he sorprendido por algo. Lo siento. —Saqué del bolsillo de la camisa el recibo que me había dado el aparcacoches y se lo tendí a la mujer—. ¿Podría pedirle al aparcacoches que me traiga el mío? Me temo que tengo que irme. Y es urgente, así que...

La encargada asintió, pero la mirada de preocupación en sus ojos se intensificó y frunció el ceño.

—Por supuesto, señor Oliver, pero ¿está seguro de que se encuentra bien?

¿Que si me encontraba bien? Si esa mujer supiera... Me encontraba mejor que en los últimos ocho meses. La pieza que faltaba en mi corazón había regresado a mí. ¡Ella me había escrito! Y yo no le había respondido

todavía...

—¿Señor Oliver?

Resté importancia a la preocupación de la mujer con la mano y le di al botón de responder.

**Para: EllaLaVerdaderaHeroína@yahoo.com**

**De: Cinder458@gmail.com**

**Asunto: RE: ¿Cinder?**

*iiiiiiElla!!!!!! ¡ESTOY FLIPÁNDOLO AHORA MISMO!* Había salido a cenar con una amiga. Dame diez minutos. *iiiiiiNO* te vayas a ningún sitio!!!!!!

En cuanto le di a ENVIAR, me puse en pie y le di a la encargada algo de dinero en efectivo y una tarjeta.

—Este es el número de mi asistente personal. ¿Podría ponerse en contacto con él para que se ocupe de pagar la cuenta? Por la cena y por cualquier molestia que haya causado. Muchísimas gracias y, de nuevo, siento todo el jaleo.

No esperé a que me respondiera. Salí del restaurante todo lo rápido que pude y estaba a punto de sentarme al volante cuando Kaylee salió del restaurante en mi busca.

—¡Brian! —siseó. Se obligó a sonreír a todos los *paparazzi* curiosos y suavizó el tono de voz—. Cariño, ¿seguro que te encuentras bien? ¿Necesitas que conduzca yo?

Ah, claro. Cierto.

Me había olvidado de todo el tema de Kaylee, pero la mirada que me dedicó por encima del Ferrari me recordó la actuación que se suponía que iba a llevar a cabo frente al público. En realidad, me daba igual si Kaylee montaba una escena e intentaba hundirme. Lo único que importaba era que Ella estaba viva y que me esperaba para hablar con ella. Pero discutir con Kaylee me llevaría más tiempo que tenerla contenta, así que le dediqué una sonrisa mojabragas.

—Estoy bien, *cielo*. Pero me siento fatal por haberte destrozado ese

vestido tan *sexy*, y creo que es importante que te lo quite lo antes posible.

La sorpresa se reflejó en los ojos de Kaylee, pero su semblante se iluminó y me sonrió de oreja a oreja.

—Qué pícaro eres.

Soltó una risita y luego se giró para decir algo a los *paparazzi*, pero no me quedé para oír qué era. Me subí en el coche, me abroché el cinturón y bajé la ventanilla del copiloto.

—Cariño, deja de flirtear con las cámaras y mete tu precioso culo en el coche ya. ¡No aguanto más!

Kaylee dedicó otra sonrisa a los *paparazzi* y se subió en el coche. A medida que me alejaba del restaurante, empezó a soltar la diatriba que llevaba reprimiendo desde que habíamos entrado al local.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Qué narices ha sido eso? Nos has hecho quedar como unos estúpidos ¡y me has *estropeado* el vestido! ¡Los fotógrafos acaban de inmortalizarme manchada de *vino*!

—Me importa una mierda tu vestido. Ella me ha mandado un correo y necesito llegar a casa lo antes posible para hablar con ella.

Kaylee ahogó un grito.

Conducía demasiado rápido como para apartar los ojos de la carretera, pero sentí el calor de su mirada. Era tan caliente que temí que ardiera por combustión espontánea. Y si ardía y me estropeaba los asientos de piel, me cabrearía mucho.

—¿Todo esto es porque una chica te ha mandado un correo?

—Ella no es una chica *cualquiera*. Es *la* chica. La *única* chica.

—¡*Qué!*

—Kaylee, lo nuestro es un montaje en busca de publicidad. Es una *farsa*. No lo olvides.

—Es posible, pero si crees que voy a dejar que pases tiempo con una zorra desconocida cuando se supone que estás saliendo conmigo...

—¡Esto no tiene nada que ver *contigo!* —espeté—. Acabo de enterarme de que la persona más importante de mi vida *no murió* hace ocho meses. ¡Estuvo en un puto coma y acaba de mandarme un correo electrónico para contarme que está viva! Estoy un poco histérico ahora mismo, así que no me eches más mierda encima. Necesito hablar con ella.

Milagro. Conseguí que Kaylee se quedara boquiabierta.

Cinco minutos después, dejé atrás las puertas de seguridad de mi casa en Hollywood Hills. Cuando apagué el motor y me dispuse a salir del coche, Kaylee me miró boquiabierta.

—¿Vas a entrar y llamar a esa tal *Ella*, así, sin más? —Escupió el nombre con desprecio—. ¿Y yo qué hago entonces?

Y Como si me importara... Me encogí de hombros.

—Llama a un taxi.

—¿Un *taxi*? —chilló Kaylee, horrorizada—. ¿Esperas que me vaya a casa en *taxi*? Esta era nuestra primera cita en público. Sabes que nos han seguido desde el restaurante. Ni de coña voy a dejar que me fotografíen saliendo de tu casa nada más llegar aquí, sola y en un maldito *taxi*.

Kaylee estaba cabreada y buscaba claramente una pelea, pero no quería perder tiempo con ello.

—Entonces entra. Pasa la noche aquí, no me importa. Te llevaré mañana por la mañana a tu casa.

Kaylee me siguió hasta el interior de la casa, todavía enfadada.

—Hombre, por supuesto que me llevarás a casa mañana por la mañana. Después de que hayamos desayunado en un sitio bonito para compensar toda esta locura, y hasta me dejarás una camiseta para que no tenga que ir con esta ropa, tal y como haría un novio *de verdad*.

El enfado se me empezó a notar. Lo único que quería era hablar con *Ella*, y Kaylee seguía preocupándose por toda la mierda del montaje. Me quité la americana y luego la camisa por la cabeza, sin molestarme en desabrocharla.

—Disfrútala, *princesa* —gruñí mientras se la lanzaba—. Es lo más cerca que vas a estar de mí esta noche. La habitación de invitados está al fondo del pasillo a la derecha.

Me marché echando chispas hacia mi cuarto y, cuando llegué, cerré la puerta de un golpe y eché el pestillo.

## Capítulo 6

Lo hice. Le mandé un correo a Cinder. Y en menos de cinco minutos, me llegó una respuesta. En cuanto leí su mensaje mi cuerpo entero se relajó. Me sentí aliviada. ¡Era Cinder! ¡Había hablado con Cinder! Sonaba igual que siempre y parecía ansioso por hablar conmigo. Quizá sí que me quedaba un amigo en el mundo.

Un pedazo de mi corazón muerto volvió a la vida y, por primera vez desde el accidente, me pareció que tomé aire de verdad. Las manos me temblaron por los nervios al conectarme al ordenador y esperé. Mi estómago era una mezcla de todo tipo de mariposas: nervios, entusiasmo, miedo, felicidad...

Los minutos pasaron. Primero diez, después quince y, finalmente, veinte. Pensé que me volvería loca. Lo estrangularía a través del ordenador por tardar demasiado si me hacía esperar un minuto más. Y entonces se conectó.

**Cinder458:** Lo siento mucho. He tardado más de lo que pensaba en volver a casa.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿A casa? ¿Has dejado a tu amiga? No tenías que haber hecho eso.

**Cinder458:** ¿Bromeas? Ella, pensaba que habías *muerto*.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿En serio?

El corazón me dio un vuelco en el estómago. ¿Pensaba que estaba *muerta*? Me pregunté si todos mis amigos de Boston también lo creían. Me

pregunté también si debía hablar con ellos para decirles que estaba viva. No creía que pudiera soportar las preguntas.

**Cinder458:** ¿Qué se supone que debía pensar? ¡Desapareciste en mitad de una conversación! Te mandé un millón de correos. Me metí en tu blog y tu Twitter cada día durante meses para comprobar si había actividad. Era la única razón por la que se me ocurría que podrías haber dejado de escribir en tu blog.

Sé que no se pueden percibir emociones en un mensaje de chat, pero Cinder sonaba muy preocupado. Me sentí fatal por haberle hecho pasar por eso. Sé que si hubiese sido al revés, me habría vuelto loca.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Lo siento mucho. No debería haber dejado que te preocuparas durante tanto tiempo.

**Cinder458:** No te disculpes, Ella. No hay nada por lo que debas pedir perdón. Me alegro de que estés bien. Todavía no me creo que esté hablando contigo. Casi me he caído de la silla cuando he recibido tu correo.

**Cinder458:** Mi cita ha pensado que estaba loco, por cierto. Está claro que ya no va a pasar nada con ella, y está buena. Es todo culpa tuya.

Me eché a reír un segundo. Era el Cinder de siempre. Después caí en lo que había dicho y el corazón me dio otro vuelco.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿¿¿Estabas en una cita??? ¡Cinder! No me puedo creer que la hayas abandonado. Qué capullo.

**Cinder458:** Bah, de todas formas, es una chica cara de mantener.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¡¡¡Cinder!!!

**Cinder458:** Olvídalo, mujer. Era una estúpida cita. *Tú eres más importante.* Tu correo casi me ha hecho llorar. ¡Lágrimas, Ella! ¿Y por qué estamos hablando de mí? No me puedo ni imaginar por lo que has pasado. Sé lo bien que te llevabas con tu madre. ¿Y te has tenido que mudar con tu padre? ¡¡¡Pero si llevabas años sin verlo!!! ¿Cómo estás? ¿Hay algo que pueda hacer? ¿Quieres que vaya y te secuestre? ¿O que al menos le dé un

puñetazo? No puedo creer que haya donado tus libros.

El mundo parecía más brillante. La vida no era tan mala como hacía media hora. La soledad arrolladora que sentía se había esfumado. Aún no había una luz al final del túnel, pero al menos ya no estaba sola en la oscuridad.

Debería haber sabido que Cinder no cambiaría. Debería haberle escrito meses atrás, en el centro de rehabilitación, en cuanto recuperé la movilidad. Bueno. Obcecarse con el pasado no sirve de nada. Ahora lo tenía ahí de nuevo y eso era lo que importaba.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Nada de puñetazos. Mi padre es un fiscal. Te aplastaría en el juzgado, te mandaría a la cárcel y probablemente hasta te quitaría tu coche parlante.

**Cinder458:** Eh, eh, eh, ¡mi tesoro, no! Vale, vale, entonces, nada de pegarle o secuestrarte. Pero en serio, Ella, ¿qué puedo hacer? Me siento inútil. Dime algo.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** No quiero hablar. Estoy harta de hablar. Las únicas personas con las que hablo ahora son doctores, y se limitan a obligarme a *hablar*. No necesito otro doctor. Necesito a un amigo. Necesito a alguien que me haga reír y me ayude a despejar la mente. No me trates como si fuera a romperme. Grítame y no dejes que me salga con la mía cuando empiece a comportarme como una niñaata.

**Cinder458:** ¿Dejaría yo escapar la oportunidad de llamarte niñaata alguna vez?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** No. Por eso te necesito. Mi vida está patas arriba ahora mismo, y la verdad es que necesito algo familiar. Necesito normalidad.

**Cinder458:** Yo puedo ser normal.

Mi risa fue verdadera, feliz, liviana. Era mi primera risa *real* desde el accidente. No había nada de obligación o incomodidad en ella. No lo había hecho porque estuviera nerviosa por algo o intentara esconder mis sentimientos. Me reí porque estaba de buen humor (y porque lo que había dicho Cinder era ridículo).

La doctora Parish se alegraría. Quizá, si tenía suerte, dejaría de atosigarme para que pasara más tiempo con mi padre y las brujastras, pero lo dudaba.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Claro que sí, superestrella. No sabrías ser normal ni en mil años, guapo.

**Cinder458:** Nunca me has visto. ¿Cómo sabes que no soy feo?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Porque nadie feo tendría un ego como el tuyo.

**Cinder458:** Tienes razón. Soy atractivo. Y también demasiado increíble como para hacer algo normal, pero puedo apañármelas con lo de familiar. Has visto al reparto de *El príncipe druida*, ¿verdad? Me he vuelto loco al no poder hablar de ello contigo.

Me volví a reír. Esta situación me resultaba familiar. Mi mente retrocedió a los primeros meses en el hospital. Los doctores me mantuvieron en un coma inducido durante tres semanas porque sentía demasiado dolor y me operaron muchas veces. Tras despertar, me sentí confusa y atontada durante varias semanas, entrando y saliendo de la consciencia. El personal del hospital me contó que a lo largo de varias semanas estuve llamando a mi madre y a Cinder.

Un día, una de mis enfermeras reconoció el nombre de Cinder y me trajo una revista de ocio. En la portada destacaba un artículo sobre el actor del momento de Hollywood, que había obtenido el papel del príncipe más querido del mundo de fantasía. Supongo que pensar en la interpretación de Brian Oliver como el príncipe Cinder fue tan horrible que me sacó de mi estupor y me dejó en un estado de *agitación*, como lo denominó mi enfermera. Y eso fue *antes* de saber quién iba a dirigir la película.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Uf, ¡no me lo recuerdes!

**Cinder458:** ¿?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿Por qué Hollywood siempre tiene que arruinarlo todo?

**Cinder458:** ¿Crees que va a ser mala?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿Kaylee Summers hará de la princesa Ratana? ¡Si ni siquiera es actriz! ¡Es una supermodelo!

**Cinder458:** Quién sabe, quizá actuar sea lo suyo.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Y quizá Max Oliver solo pensó que estaba buena. Ni siquiera lleva vestido en la película. Viste ropa de cuero ceñida y provocativa, como en *Xena: la princesa guerrera*. Es vergonzoso. Y olvídate de que sean fieles a la historia. Max Oliver como director, será un montón de acción exagerada y sin sentido.

**Cinder458:** Vaya. Así que no eres fan de Max Oliver. Pensé que bromeabas cuando escribías críticas negativas de sus películas en tu blog.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Pensé que *tú* bromeabas cada vez que lo defendías. Max Oliver es el director que necesitas cuando quieres persecuciones de coches espectaculares, grandes explosiones y mujeres medio desnudas, lo cual sé que encaja con las películas que te gustan, pero vamos, no puedes negar que no es el adecuado para El príncipe druida. Y, claro, ¡tenía que hacer que *su hijo* interpretara a Cinder! ¿¿¿Por qué??? ¿¿¿Por qué me hacen esto???

**Cinder458:** ¿¡Qué!?! Pensé que te alegrarías. Brian Oliver será un excelente Cinder. Ese tío es genial.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Ja, ja, ja. No sabía que te gustaba Brian Oliver.

**Cinder458:** ¿Recuerdas lo que hemos hablado acerca de que eres una niñaata? No me gusta Brian de la forma que insinúas. Pero creo que es perfecto para el papel.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Claro, *físicamente*, pero hasta ahora solo ha hecho películas románticonas para adolescentes. ¿Quién sabe si podrá interpretar un papel dramático? Aunque no habrá ninguna clase de drama con su padre como director.

**Cinder458:** Admito que Max Oliver no es el adecuado para la película y Kaylee Summers tiene aire en lugar de cerebro, pero no creo que la película vaya a ser mala. Jason Cohen, que ha ganado un Oscar, ha adaptado el guion, y te equivocas con Brian. Puede hacerlo. Incluso hay rumores de que podrían darle un Oscar.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Puede que un premio Teen Choice Award, más bien. En las categorías de Mejor Beso y Abdominales Espectaculares.

Pero ¿mejor actor? Lo creeré cuando lo vea.

**Cinder458:** Ya, ya, niñata. Al menos lo nominarán, que conste que lo pienso. Participó en un drama *indie*, *El largo camino a casa*. Échale un vistazo y te prometo que dejaré que te humilles para pedir perdón cuando te des cuenta de lo equivocada que estás con él.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¡Ja! Vale. La veré. Aunque ahora debería desconectarme.

**Cinder458:** No te vayas todavía.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿Por qué?

**Cinder458:** No sé. No quiero.

Cinder podía ser dulce cuando quería, pero esa extraña confesión no fue lo hizo que sintiera una presión el pecho. Nadie me había querido a su lado desde el accidente. Mi padre me trajo a esta casa y él y Jennifer trataron de ser agradables, pero era evidente que no era parte de la familia.

A veces salía de mi habitación y Jennifer necesitaba algo de tiempo para forzar una sonrisa. ¿Y por qué me extrañaba? Yo era el pasado olvidado de mi padre. Era una perturbación en su perfecto y bonito mundo, y era una gran carga. Ella me soportaba y no creía que me odiase, pero tampoco le caía bien. Estaba claro que las brujas no me querían cerca. Me había convencido de que nadie volvería a quererme.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿Tienes miedo de que vuelva a desaparecer?

**Cinder458:** No tiene gracia. ¡Me asustaste muchísimo, señorita! Pensé que te había perdido para siempre. ¿Seguro que estás bien?

*Bien* era un término relativo.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Estoy mucho mejor ahora que hablo contigo. Te he echado de menos, de verdad.

**Cinder458:** Yo más. No puedes volver a desaparecer. Te necesito, Ella, oh, sabia y hermosa sacerdotisa mística del reino. Necesito tu guía y consejo.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Como si alguna vez escuchases lo que digo.

**Cinder458:** Siempre escucho. Pero raras veces estoy de acuerdo.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Porque eres estúpido y superficial, joven príncipe druida.

**Cinder458:** Has olvidado, guapo.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Y engreído.

**Cinder458:** Ay, cuánto he echado de menos que intentes bajarme los humos una y otra vez.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Es casi imposible porque el nivel es muy alto, pero lo hago lo mejor que puedo.

**Cinder458:** Supongo que debería dejar que te desconectaras. Si es tarde aquí, allí debe de ser casi por la mañana.

Vacilé a la hora de responder. Una parte de mí estaba desesperada por contarle la verdad, decirle que ahora vivía en Los Ángeles y pedirle que nos viéramos en persona. Quería ponerle una cara al nombre. Quería escuchar la risa tras todos los *ja, ja, ja* que escribía. Quería saber lo bien que sonaba su voz cuando me llamaba *señorita* cada vez que se sentía frustrado conmigo.

El problema era que cuando lo conociese, querría que él fuese mucho más. A mamá le daba miedo que me enamorase de Cinder algún día, pero eso ya había ocurrido. De hecho, sabía que estaba enamorada sin remedio. Siempre lo había estado.

Yo no le gustaría a Cinder. ¿A qué chico le gustaría yo cuando podría tener a cualquier chica guapa que quisiese? Estaba bastante segura de que Cinder seguiría siendo mi amigo aunque viese las cicatrices, pero ¿hasta qué punto? ¿Le avergonzaría? ¿Sería como mis hermanastras y no querría presentarme a sus amigos guapos? ¿Sería como Jennifer y le asustaría mirarme? ¿O como mi padre, encasquetado con un pariente incómodo porque se sentía obligado?

Si nos viéramos en persona, ya no podríamos dar vuelta atrás. Sin duda, lo cambiaría todo. No podía asumir ese riesgo cuando él era todo lo que tenía, así que no dije nada.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Gracias por escaquearte de tu cita para hablar conmigo esta noche.

**Cinder458:** De nada. ¿Hablamos pronto? ¿No volverás a desaparecer?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** No si puedo evitarlo. Veré la película y la comentaré contigo. Buenas noches, Cinder.

**Cinder458:** Buenas noches, Ella. Gracias por escribirme. Me alegro mucho de que estés bien.

Se desconectó y me sentí culpable. No contárselo parecía una mentira. «Quizás algún día», susurré para mí misma mientras cerraba el portátil. Esperaba reunir algún día el valor para contarle la verdad.

## Capítulo 7

**M**i primer día de instituto fue como esperaba. Todo el mundo me miraba. Llevé el uniforme de invierno aunque hacía calor porque cubría mi piel, pero daba igual que la gente no viera mis cicatrices. Me observaban cojear con mi bastón y se quedaban mirando mi prenda de manga larga y mis medias. Sabían perfectamente quién era y lo que escondía bajo la ropa.

Algunas personas trataron de ser discretas o no mirar, pero sus ojos volaron hacia mí de todas maneras. Eran los que se obligaban a sonreírme o a hablarme por educación cuando tenían que hacerlo. Otros alumnos me miraban abiertamente, se reían, me señalaban o se burlaban de mí en un intento de hacer que los demás se rieran.

Nadie intentó hacerse amigo mío. Nadie me defendió cuando se burlaron de mí. Algunos me miraban como si se sintiesen mal por mí, pero estaban demasiado asustados como para decir algo. Supuse que estos habían sido hasta entonces el objetivo de los abusos y ahora yo ocupaba su lugar. Ni siquiera esos alumnos me invitaron a sentarme con ellos a la hora de la comida. Estaban demasiado aterrorizados como para ser amables conmigo.

Intenté ignorarlos lo mejor que pude, pero necesitaría tiempo para que no me doliese, si es que eso era posible.

Mis hermanastras no me ayudaron. Tenía una clase con ellas y comimos a la misma hora, pero como sospechaba, utilizaron la táctica de «vamos a fingir que Ella no existe». La única vez que hablamos en todo el día fue en el aparcamiento, después de clase. Anastasia me fulminó con la mirada a modo de saludo mientras abría la puerta del asiento del copiloto de su escapotable.

—Aparcar en la plaza de discapacitados es vergonzoso.

Juliette tiró la mochila al interior del coche y se sentó tras el volante.

—Bueno. Es la plaza mejor situada. Está tan cerca que nos iremos antes de que haya mucho tráfico.

Anastasia resopló y echó el asiento hacia delante. Me hizo un gesto para que me sentase en la parte de atrás. ¿Bromeaba?

—Sabes que no puedo montarme atrás, ¿no?

Anastasia se encogió de hombros.

—Entonces vete a casa andando. No pienso viajar en la parte de atrás todo el curso.

Cerré los ojos al sentir las lágrimas de frustración que se me formaron al instante. Había sido un día terrible y solo quería llegar a casa.

—No lo hago por fastidiarte. No puedo subirme atrás literalmente.

—¡Ana! —siseó Juliette—. ¿Subes?

—No. Este es *nuestro* coche. No deberían castigarnos porque la bicho raro no pueda usar las piernas.

Había alzado la voz lo bastante como para llamar la atención de la mitad de los chicos que había en el aparcamiento. Si de verdad se sentía avergonzada, lidiaba con la situación de forma equivocada. Estaba claro que Juliette pensaba lo mismo. Fulminó con la mirada a su hermana y rodeó el coche para dejar caer las llaves en la mano de Anastasia.

—Gracias —murmuré cuando Juliette se montó en la parte de atrás y colocó el asiento en su posición natural para que pudiera sentarme.

—Da igual.

Anastasia nos miró y sacudió la cabeza en señal de desagrado. Tras sentarse al volante, se echó el pelo hacia atrás y miró a su hermana por el espejo retrovisor.

—No puedo creer que le hayas dado lo que quiere. ¿Te vas a sentar en los asientos de atrás todo lo que queda de curso?

—¿Quieres hacer el favor de arrancar? —estalló Juliette—. La gente nos está mirando.

Nadie habló durante el viaje de vuelta a casa, solo se oía la música pop del Top 40 que sonaba en el coche. Jennifer nos esperaba en casa para darnos la bienvenida con sonrisas enormes y un millón de preguntas. Yo quería

meterme en mi habitación y quedarme allí hasta el día siguiente, pero mi estómago ganó la pelea contra mi voluntad. No había desayunado ni comido, y me acabaría poniendo mala si no tomaba algo.

—¿Cómo ha ido vuestro primer día? —nos preguntó Jennifer a las tres mientras entrábamos en la cocina.

Como solo se preocupaba por sus hijas, dejé que ellas contestasen a las preguntas y me dirigí a la nevera.

—Ha sido una pesadilla —gruñó Anastasia detrás de mí—. Mamá, Ella caminaba como una zombi aunque la gente la señalara, se riera de ella y esas cosas. Era como si tuviese una enfermedad horrible. Se sentó en una mesa en la cafetería a la hora de la comida y la gente en su mesa se dispersó como si fueran cucarachas. El sitio estaba lleno, todas las sillas estaban ocupadas, pero nadie quería sentarse a su lado. Tenía toda una mesa para ella sola. Ha sido muy vergonzoso.

Incapaz de mantener mi carácter a raya, cerré el frigorífico de un portazo y me di la vuelta.

—¿Ha sido vergonzoso *para ti*?

—Pues claro —se burló Anastasia—. Todo el mundo sabe que vives con nosotras. Nos preguntaban una y otra vez por qué nuestra hermanastra era un bicho raro. Tardas un siglo en llegar a todos los sitios y llevabas manga larga a pesar de que estábamos a unos treinta grados.

Juliette resopló.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Ya le has visto las piernas.

No sabría decir si me estaba defendiendo o insultando, pero Jennifer pareció decantarse por lo primero, porque asintió como si estuviese de acuerdo.

—Ana, muestra un poco de compasión. ¿Cómo te sentirías si tuvieses que andar por el instituto cojeando y tuvieras su aspecto?

Me quedé con la boca abierta. Si esa era su forma de defenderme, prefería que no lo hiciese. Pero ella no tenía ni idea, así que no podía decir nada ni enfadarme con ella. ¿Para qué?

Jennifer me ofreció una sonrisa muy compasiva.

—No pasa nada por llevar manga larga y medias si eso te hace sentir más cómoda, Ella.

Guau, me sentía muchísimo mejor por tener su aprobación.

—¡Ay! Eso me recuerda algo. —La cara de Jennifer se iluminó de entusiasmo y me señaló con el dedo—. Te he comprado unas cosas hoy, cuando he ido de tiendas.

Tanto Anastasia como Juliette me miraron sorprendidas y con curiosidad al tiempo que Jennifer subía a su habitación, pero yo las ignoré. No tenía ni idea de qué hablaba. Cogí un zumo y unos palitos de queso de la nevera y me senté frente a la encimera.

Jennifer volvió antes de que terminase de merendar con varias bolsas en las manos.

—He pensado mucho en tus cicatrices —dijo mientras ponía un montón de cosméticos delante de mí—. Ya sabes que estoy metida en el mundo del modelaje, así que la belleza y la protección de la piel son mi especialidad. He hablado con un montón de amigos y te he comprado algunas cremas, aceites y cremas hidratantes que deberían ayudarte a reducir las cicatrices.

No sabía cómo reaccionar. El gesto era considerado de forma extraña, a lo Jennifer. Era incluso casi dulce, hasta que Ana se mofó.

—Siento decírtelo, mamá, pero no hay crema que arregle eso.

Yo pensaba lo mismo, pero, aun así, no fue bonito que lo dijese en voz alta.

Jennifer miró a Anastasia con el ceño fruncido y luego observó mi mano cicatrizada.

—Bueno, esto no es una cura ni nada. Tienes tantas cicatrices que nunca se irán del todo, pero algunos de estos productos pueden ayudarte con esas zonas raras con manchas y, tal vez, consigan alisar muchos bultos. Esos son los que destacan de forma tan desagradable. Si pudiésemos arreglar determinadas zonas y equilibrar el tono de tu piel, entonces las cicatrices no resaltarían tanto.

Dios mío, Jennifer pensaba que era fea.

—Siempre quedará la cirugía plástica.

—¿*Cirugía plástica?*

¿De verdad pensaba que era tan horrible como para necesitar operarme?

Jennifer no percibió el tono de terror de mi voz y asintió enérgicamente.

—Oh, claro. Le he hablado de ti a un amigo mío que es médico. Le he

mostrado algunas fotos tuyas del hospital y me ha dicho...

—¿Has hablado con alguien sin preguntarme? —Jadeé—. ¿Le has enseñado *mis fotos*?

Jennifer se encogió de hombros, sorprendida por mi reacción.

—No quería decir nada hasta saber si podía ayudarte. No quería que te ilusionaras. Pero, Ella, me ha dicho que puede para ayudarte. No siempre tendrás que estar tan mal como ahora.

Y eso fue todo. No podía soportar un segundo más de esa conversación.

—No puedo *creer* que hayas hecho eso.

—Solo intentaba ayudar.

—¿Diciéndome que soy tan fea que *doy miedo* y que necesito cirugía plástica?

Anastasia se atragantó de la risa y murmuró un «Bueno, es verdad».

—¡Anastasia! —gritó Jennifer, horrorizada—. No vuelvas a decir algo tan irrespetuoso nunca más. —Tras fulminar a su hija con la mirada, posó sus ojos frustrados en mí—. Eso no es justo, Ella. Sabes que no quería decir eso. Solo pretendía ayudarte a que te vieras mejor y, si hay cosas que podamos hacer...

—Ya me han operado lo suficiente, gracias.

Jennifer cerró los ojos y se frotó las sienes. Me hizo sentir como una estúpida. No tenía tacto, pero, en su modo raro e insensible, trataba de ayudarme de verdad. Intenté calmarme; estaba demasiado cansada tras aquel día horrible como para discutir con ella. Me bajé del taburete y cogí la bolsa de productos que me había dado.

—Le preguntaré a los miembros de mi equipo de rehabilitación si puedo usar esto, ¿vale? Tengo que pedir permiso antes de ponerme cualquier cosa en la piel.

Jennifer también se calmó y asintió. Cuando ya me iba, me dijo en voz baja.

—Solo trataba de ayudarte, Ella.

Uf. Y ahora encima me sentía culpable. Dejé de andar y me di la vuelta para mirarla.

—Lo sé. Lo siento. He tenido un día horrible y necesito un respiro. Voy a darme un baño.

—Echa un poco de aceite de lavanda en la bañera. Lo encontrarás en la bolsa. Ayuda a calmar los nervios.

\*\*\*

Permanecí en la bañera hasta que el agua se enfrió y lloré lo bastante. De hecho, no fueron las miradas de la gente o que me trataran como a una paria lo que me hizo llorar, sino saber que mi vida sería así a partir de ahora. Ana tenía razón: nada arreglaría mi cojera ni mis cicatrices. El día horrible que había tenido se repetiría una y otra vez.

Más tarde, mi padre llamó a la puerta de mi habitación y asomó la cabeza cuando respondí.

—Ella, saldremos a cenar en quince minutos. ¿Estarás lista...?

Supongo que aún se me notaba en la mirada que me había derrumbado, porque palideció y se acercó al extremo de mi cama, donde se sentó.

—¿Estás bien, cielo?

No me apetecía revivir mi horrible día para contárselo, así que me encogí de hombros.

—Bueno. No tengo ganas de ir a cenar.

—Claro, Ella —dijo Jennifer, que se unió a la conversación—. Puedes quedarte en casa si lo necesitas.

Mi padre miró a Jennifer y luego a mí un par de veces. Entonces frunció el ceño todavía más.

—No, no puedes —respondió—. Quedarte sola en casa esta noche no te hará sentir mejor. Necesitas venir con nosotros.

Antes de que pudiese responder, Jennifer colocó una mano sobre su brazo y exclamó:

—Tal vez lo mejor sea que se quede. El instituto no ha ido bien. Las chicas han tenido un día complicado y todas están un poco sensibles ahora mismo.

Como si fuesen las noticias más inesperadas del mundo, mi padre me miró sorprendido.

—¿Tan mal ha ido?

Lo miré con furia.

—¡Pues claro que ha ido mal! ¿Cómo pensabas que iría?

Mientras estiraba la mano para coger un pañuelo, Jennifer se inclinó hacia mi padre y bajó la voz.

—Por lo que me han contado Anastasia y Juliette, ha sido terrible. Rich, quizá *deberíamos* dejar que se quedara en casa y que haga las clases desde aquí, a distancia.

—Sí, *por favor* —rogó Anastasia al entrar en mi habitación con Juliette, como si aquello fuese una especie de reunión familiar.

Juliette asintió, también estaba de acuerdo.

—Creo que sería lo mejor para todos.

Mi padre observó todas nuestras caras y nos sorprendió con un estallido furioso.

—¡No!

—Pero, Rich...

—No, Jennifer. Sabes por qué no podemos. Su vida será así a partir de ahora. Tiene que acostumbrarse a ello.

Mi estómago vacío se revolvió. No quería que me mimasen, pero no mostraba ningún tipo de empatía. No reconocía lo duro que había sido ese día para mí. No había intentado consolarme de ninguna forma.

—Ya oíste lo que nos dijo su médico. Tiene que aprender a relacionarse con la gente. No puede aislarse o su situación empeorará.

—Pero nunca hará amigos —razonó Jennifer—. Estará marcada de por vida. —Jennifer cayó en la cuenta de que ya estaba marcada y se encogió de hombros—. Quería decir emocionalmente.

Su fe en mí era sorprendente. Pensaba que era el bicho raro que sus hijas creían. Que estaba tan mal que necesitaba operarme y que nunca tendría amigos. Mentiría si dijese que eso no me preocupaba, pero, como figura paternal, se suponía que Jennifer tenía que fingir que era posible. Un poco de optimismo habría estado bien.

—Quizá podríamos buscar un instituto especial para chicos como ella —sugirió Jennifer—. Hay escuelas para niños discapacitados. Tal vez se sentiría más feliz si estuviera con gente igual que ella.

Me quedé con la boca abierta. ¿*Gente igual* que yo? ¿Como si estar coja y tener cicatrices me hiciese a mí y a los chicos discapacitados personas

inferiores? Mi padre, el abogado, debería haber reaccionado ante ese comentario ignorante y discriminatorio, pero en lugar de eso, la miró con interés.

—Tal vez tengas razón. Preguntaré a los miembros de su equipo sobre esa posibilidad.

Estaba destrozada. Sabía que me había abandonado por esta gente hacía mucho tiempo, pero todavía me sentía traicionada. Era *mi padre*. Debería haberme defendido. Al menos debería haberse preocupado por mis sentimientos.

—¡Hola! —grité—. ¡Sigo aquí! Si vais a discutir sobre mí como si no tuviese cerebro ni sentimientos, ¿podrías al menos hacerlo a mis espaldas?

Jennifer palideció y mi padre levantó las manos para masajearse las sienes con el índice y el pulgar, como si le doliera la cabeza.

—Tienes razón, Ella. Lo lamento. ¿Por qué no vamos tú y yo a cenar y discutimos esto en privado?

—¿Qué? —gritó Juliette—. ¡Papá, no es justo! ¡Tenemos mesa reservada esta noche!

—Lo sé, cariño, pero Ella ha tenido un mal día. Creo que nos vendría bien pasar tiempo juntos.

—¡*Todas* hemos tenido un mal día! ¿Y qué pasa con nosotras? ¡Ahora todo depende de ella! La cena del primer día de clase es una tradición familiar. No puedes olvidar a tu verdadera familia porque su vida sea un asco.

No podía soportar un segundo más.

—Relájate, Juliette. No quiero robarte la noche. —Estaba demasiado cansada como para seguir enfadada con mi padre—. No tenéis que romper la tradición por mí. Id a cenar en familia, me da igual. Yo estoy bien.

—Ella —suspiró papá—, tú también vienes. Eres parte de la familia.

Estaba equivocada respecto a estar demasiado cansada como para enfadarme. La ira hirvió en mí y me dio fuerzas.

—No. *Fui* parte de tu familia. Me dejaste por esta otra.

—Cielo, eso no...

—No sigas, papá —lo interrumpí antes de que pudiera excusarse—. Ambos sabemos que si mamá no hubiese muerto, yo no sería más que un

recuerdo lejano, así que no finjas que te preocupas por mí.

Durante un momento pareció como si hubiera abofeteado a mi padre y, a continuación, perdió la paciencia.

—¡No puedo cambiar el pasado, Ella! Lo hago lo mejor que puedo y tendrás que conformarte con eso. Más vale que pienses en una manera de superar tu rabia porque, te guste o no, ahora *somos* tu familia. Te quedas con nosotros, así que te aguantas y te metes en el coche.

Quería decir que no. Quería ponerme firme y obligarlo a que me sacara a rastras, gritando y golpeándole. Me había hecho daño durante diez años. Ahora no podía regresar a mi vida y esperar que lo perdonase como si no hubiera pasado nada. Ni siquiera se había disculpado. Pero cuanta menos guerra diese, antes podría largarme de esta casa.

—Vale.

Mi padre tomó aire y se obligó a calmarse.

—Gracias. Date prisa y cámbiate. Tenemos que salir en diez minutos.

Miré mis vaqueros y la camiseta de manga larga que llevaba. Estaba presentable.

—¿Por qué necesito cambiarme?

—Providence es uno de los mejores restaurantes de Los Ángeles — alardeó Anastasia—. No te dejarán entrar si pareces un anuncio de un supermercado barato.

Hasta ese momento no me había percatado de que las mellizas iban muy bien vestidas. Mi padre y Jennifer también estaban elegantes. Genial. La presencia de mi padre exudaba respeto y Jennifer colgaba de su brazo como la perfecta mujer florero. Anastasia y Juliette completaban el cuadro, parecían un par de herederas consentidas. Esta familia merecía tener su propio *reality show*.

Después de que papá echara a todo el mundo de mi habitación para que me cambiase, miré mi armario durante una eternidad. Sabía que no encontraría nada que me hiciera encajar con los Coleman. Mientras pasaba la ropa colgada de un lado a otro, pensé en el vestido de noche amarillo de mi madre. Mamá y yo no teníamos la oportunidad de arreglarnos muy a menudo. No es que fuéramos pobres, pero debíamos tener cuidado con lo que gastábamos y ahorrar si queríamos hacer algo extravagante. Aunque una vez, cuando yo tenía unos trece años, salió con un bailarín profesional de

salsa durante varios meses y a él le encantaba sacarla a bailar, así que se permitió un capricho y compró el vestido.

Abracé el traje contra la cara y tomé aire. Ya no olía como ella, pero no importaba. De toda la ropa que tenía mamá, este vestido era mi prenda favorita. Siempre estaba preciosa con él. Lloré de alivio al rebuscar entre las bolsas que empaquetó mi padre y vi que lo había guardado.

—Te echo tanto de menos, mamá —susurré—. No es justo que tenga que hacer esto sola. *Te necesito*.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me había puesto el vestido por la cabeza. Me quedaba tan bien que parecía ser cosa del destino. El vestido tenía unos tirantes finísimos y me llegaba a las rodillas. Pensar en salir de casa enseñando las piernas me hizo sentir náuseas, pero la gente me miraría de todos modos, así que ¿por qué no llevar una parte de mi madre conmigo? Iba a necesitarla si quería sobrevivir a esa cena.

Me puse el collar de perlas que mi madre siempre llevaba con este vestido, me recogí el pelo como ella lo hacía y estudié mi reflejo en el espejo durante un largo rato. Si ignoraba las cicatrices, casi me sentía como un ser humano de nuevo. Era como ver a mi madre devolviéndome la mirada a través del espejo. Me parecía mucho a ella, excepto en los ojos.

—Te quiero, mamá —susurré mientras agarraba el bastón y salía para enfrentarme al pelotón de fusilamiento.

Llegué despacio a la entrada, donde todos me esperaban. Cuando giré la esquina, todos me miraron y se quedaron paralizados.

—Ah, no, ¡no vas a llevar eso puesto! —gritó Anastasia.

No pude evitar ponerme a la defensiva. Me encantaba el vestido.

—¿Qué le pasa? Todas lleváis vestidos.

—¡Mamá! —Anastasia lanzó una mirada suplicante a su madre.

—Es un vestido precioso, Ella —dijo Jennifer, rápidamente. Su voz era tan condescendiente que era como si yo tuviese cinco años—. ¿Pero estás segura de que quieres llevarlo?

—¿Y por qué no?

Jennifer se quedó inmóvil un momento y después se obligó a sonreír.

—Bueno, cielo, es que es un poco... revelador.

Aquello fue como un sopapo en la cara. Miré a Anastasia y Juliette y me

crucé de brazos.

—Es más largo que sus vestidos y deja el pecho a la vista.

—No, no, no me refería a eso. —Jennifer reculó—. Sé que el vestido no es inapropiado. No quería decir eso.

Era una idiota. No podía creer que me llevara tantísimo tiempo entender cuál era su problema.

—Ah, te referías a que no quieres que lleve el vestido porque se me ven las cicatrices. Estás tan avergonzada de mí como ellas.

Jennifer negó con la cabeza frenéticamente hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas. Volvió su cabeza hasta el hombro de papá entre sollozos. Él la rodeó con un brazo y me fulminó con la mirada.

—Ya basta, Ellamara. Que lo pases mal no significa que puedas pisotear los sentimientos de esta familia. Ya lo has dejado muy claro. Ahora no pongas las cosas más difíciles y ve a cambiarte de ropa.

No pensaba que mi corazón podía romperse más de lo que ya estaba. Incluso mi padre, tenía la misma sangre que yo, no quería que lo vieran conmigo si enseñaba las cicatrices.

—¡No me lo he puesto para dejar nada claro! Este vestido era de mi madre. Quería que *mi* familia estuviese presente en la cena de esta *familia*. No debería cambiarme porque os avergüence demasiado que os vean conmigo. No es culpa mía que os dé asco.

Mi padre maldijo en voz baja y cayó en la cuenta de su error. Su cara palideció hasta parecer la de un fantasma. Su voz se rompió al susurrar:

—Ellamara, lo siento. Pensaba...

—¡Sé lo que pensabas! —Su disculpa llegaba tarde—. No dejas de repetir que sois mi familia, pero no es así. Si mi madre me hubiese visto con este vestido me habría abrazado y me habría dicho lo orgullosa que estaba de mí por ser valiente, no me habría pedido que me cambiara de ropa. Es horrible. Ella no se avergonzaría de mis cicatrices. A ella no le importarían, porque me quería. *Ella* era mi familia.

Me di la vuelta y me dirigí a mi habitación. Deseé con todas mis fuerzas correr, pero no podía. No pensaba ir con ellos a ningún sitio. Mi padre tendría que llevarme a rastras y a la fuerza si quería que saliese de casa.

## Capítulo 8

### Brian

Sabía que no debería haberle dado las llaves de mi casa a Scott. ¿Cómo cojones se suponía que iba a evitar a la gente cuando había alguien que no me dejaba saltarme las reuniones?

—¿Brian? —gritó Scott cuando entró en casa. Tres segundos después, me encontró sentado en el sofá del salón—. Se suponía que tenías que estar allí hace más de una hora. Kaylee me ha amenazado con cortarme las pelotas si no te llevo en veinte minutos.

Bajé la mirada hasta la ventana de chat en el portátil y suspiré.

**Cinder458:** Por mucho que me encante ver cómo te rebajas, tengo que irme.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Sí, sí, tu viernes por la noche te espera, don Popular. Ve y pásatelo bien.

Sonreí. Supongo que ahora sí podía pasármelo bien.

Ella por fin había visto mi película, *El largo camino a casa*, tal y como le había pedido. Se quedó tan sorprendida que escribió una reseña graciosísima titulada «Mis más sinceras disculpas al señor Brian Oliver». Fue una reseña de la película como las que solía escribir para su blog antes del accidente,

solo que esta estaba escrita en forma de carta personal para mí y en ella se disculpaba por pensar que iba a destrozar el personaje de Cinder. Fue increíble.

Después de mandarme la reseña de *El largo camino a casa*, le respondí de inmediato e insistí en que retomara su blog. Sabía lo mucho que le gustaba y me mató cuando dijo que no iba a publicar nada más. Pasé semanas suplicándole, pero hoy, al fin, Ella había publicado su reseña. Incluyó una breve explicación para decir que había sufrido un accidente y había sido incapaz de continuar con su blog, pero gracias a una discusión con cierto «fan obsesionado», había regresado y tenía que empezar con su opinión sobre el reparto de *El príncipe druida*. Había iniciado con su carta de disculpa a Brian Oliver.

Cuando leí la publicación esa tarde, inicié sesión para darle la bienvenida de nuevo a la blogosfera y terminamos manteniendo otra discusión en la sección de comentarios sobre el vestuario de la princesa Ratana. Algunos de los lectores de Ella también habían visto su carta y se unieron al debate. Me encantó ver que mi bando le sacaba ventaja al suyo, a pesar del festival de bienvenida que Ella estaba recibiendo por parte de sus fans.

**Cinder458:** Será como mi sabia sacerdotisa desee. No me apetecía nada el plan de hoy, pero te prometo que me lo pasaré genial en honor a tu regreso al mundo bloguero.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Eres muy raro.

**Cinder458:** No es cierto. Me quieres.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Sí, sí que eres raro. Y sí, te quiero. Buenas noches, Cinder.

Un violento anhelo me invadió mientras miraba, sorprendido, la respuesta de Ella. Esperaba que dijera algo relacionado con mi desorbitado ego, pero, en cambio, había admitido que me quería. Nunca me había dicho nada así. Sabía que no podía quererme del mismo modo que yo a ella, porque solo yo estaba lo bastante loco como para enamorarme de una desconocida a la que había conocido por internet, pero al menos me quería de alguna forma.

**Cinder458:** Buenas noches, Ella.

Vacilé y luego escribí un último mensaje.

**Cinder458:** Yo también te quiero.

Solté el aire que guardaba en los pulmones y pulsé la tecla ENVIAR. Puede que fuese un mensaje instantáneo, que nunca llegara a conocer a Ella en persona y, tal vez pensara que estaba bromeando, pero nunca antes le había dicho esas palabras a una mujer. Para mí, este momento significaba muchísimo.

Un largo silbido me sacó de mi epifanía. Alcé la mirada y vi a Scott a mi espalda, leyendo la pantalla por encima de mi hombro con los ojos como platos.

Uf, había llegado la hora de volver a la realidad.

Después de estirarme durante un buen rato, cerré el portátil. Antes de que Scott preguntase algo sobre Ella y lo que acaba de ver en la pantalla, dije:

—Tú ganas. Ya voy. No puedo dejar que pierdas las pelotas por mi culpa.

\*\*\*

—Cuidado —me advirtió Scott mientras entrábamos al club—. Kaylee está cabreada porque no te has presentado esta noche.

Sonreí con suficiencia. Por supuesto que estaba cabreada. Hoy cumplía veintiún años y, según ella, era la noche en que supuestamente nos íbamos a prometer. Alquiló el club más exclusivo de Los Ángeles para la fiesta e invitó a todos los famosos que conocía. Y, al parecer, también a todos los *paparazzi* del estado de California.

Si Scott creía que Kaylee estaba enfadada ahora, que esperara a que rompiera con ella en vez de darle el anillo que se suponía que tenía que comprar y que, por supuesto, no había hecho.

—Un consejo, Scotty: huye mientras puedas.

Scott no fue lo bastante rápido. Kaylee se abalanzó sobre nosotros en cuanto cruzamos la puerta.

—¡Cariño! —chilló, restregándose contra mí—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

Sonaba contenta, pero el fuego de sus ojos dejaba entrever lo cabreada que estaba realmente. Se había traído a un séquito de amigos y de conocidos consigo. Después de saludarlos a todos de forma educada, cogí a Kaylee de la mano y pregunté:

—¿Podemos hablar en privado un momento?

El rostro de Kaylee se iluminó.

—¡Claro!

Miró a la multitud con una expresión que sugería que creía que iba a recibir una sorpresa de cumpleaños y, luego, dejó que la llevase a una mesa privada.

No perdí tiempo. En cuanto estuve seguro de que nadie nos oía, se lo solté.

—No quiero seguir con esto.

Kaylee puso los ojos en blanco.

—Sí, eso me lo has dejado muy claro desde que se sugirió en la reunión que nos hiciéramos pasar por novios.

—Deja que te lo repita de otra forma. —Mi paciencia estaba a punto de agotarse—. *No voy a seguir con esto.*

Kayle entrecerró los ojos.

—Y una mierda que no.

—Kaylee. —Me froté las sienes y respiré hondo. No iba a pelearme con ella si podía evitarlo—. Dame un respiro, ¿vale? Las cosas han cambiado para mí desde la reunión.

Si Kaylee fuese un gato, habría arqueado el lomo y levantado la cola. Pero se limitó a quedarse muy tiesa y se cruzó de brazos.

—¿Te refieres a esa chica?

¿Esa chica? Ella era mucho más que «*esa chica*».

—Sí, me refiero a Ella. Si hubiese sabido que estaba viva, nunca habría aceptado este estúpido plan, para empezar. Ahora que vuelve a estar en mi vida, no voy a estropear mi relación con ella por fingir que estoy prometido contigo.

Kaylee empezó a temblar ligeramente de la rabia que se acumulaba en su

interior. Iba a explotar en cualquier momento.

—¿Entonces vas a dejarme por ella? ¿Vas a pedirle a ella que sea tu falsa prometida?

Ese comentario me horrorizó tanto que perdí los papeles.

—¡No voy a seguir con esta mierda de farsa contigo! Tenemos que romper ahora mismo. Me voy a ir a Boston a conocer a Ella. Voy a decirle quién soy, y no quiero que piense que tengo novia cuando se lo diga. Quiero salir con ella, y me niego a mantenerla en secreto o a hacerla esperar mientras me paseo por Los Ángeles con mi falsa prometida frente a las cámaras.

No creía que los ojos de Kaylee pudiesen abrirse todavía más, pero me equivocaba. Los abrió tanto que casi se le salieron de las cuencas. También abrió la boca y se echó hacia delante sobre la mesa.

—Espera un momento. —Levantó una mano, como si fuese a señalarme con un dedo—. ¿No sabe quién eres? ¿Nunca la has visto *en persona*?

Me ardieron las mejillas por la vergüenza que sentía. Sabía que parecía una locura, pero también sabía lo que sentía.

—Mi relación con Ella es... complicada.

—Define «complicada».

No quería hablar de Ella con Kaylee. Nunca lo entendería. Ella era lo mejor de mi vida, y Kaylee solo querría privarme de ella. Era como un veneno. No dejaría que emponzoñase lo que compartía con Ella.

—No tengo que darte explicaciones.

—¡Pues sí, sí que tienes que hacerlo! —siseó Kaylee—. Estás rompiendo conmigo. Me merezco una explicación.

Tensé la mandíbula y, una vez más, intenté mantener la calma.

—No estamos rompiendo de verdad. Porque nunca hemos estado juntos de verdad.

—Pero es como si lo estuviésemos. Todo el mundo lo cree. ¿Y qué pasa con la promoción? ¿Y con nuestras carreras profesionales? ¿Y qué hay de aquello de demostrar que no eres un picaflor arrogante? ¿Qué pasa con nuestro *plan*, Brian?

—Si lo hacemos de forma amistosa y decimos que ha sido algo de mutuo acuerdo y que nos llevamos mejor como amigos, no será tan malo. Seguirías

teniendo un montón de promoción cuando se estrene la película, y yo me mantendré alejado de los problemas. No pasará nada.

—Claro que no pasará *nada* —convino Kaylee, escupiendo la última palabra como si le supiera amarga—. Pero piensa en lo bien que nos iría a los dos si nos ciñésemos al plan. Podríamos convertirnos en los próximos Kanye y Kim, ¡los próximos Brad y Angelina! Entre tu padre y el mío, y lo mucho que nos quiere todo el país, podríamos ser los amos de esta ciudad. La fama no es más que un concurso de popularidad, y somos el rey y la reina del baile. Estamos destinados a estar juntos.

Su ira se calmó un poco y su voz se suavizó.

—Juntos seríamos fantásticos. Si dejaras de resistirte y lo hicieras de una vez, tú también lo verías. Podría hacerte feliz, Brian.

Kaylee jamás podría hacerme feliz, pero me guardé ese pensamiento.

—No puedo hacerlo. Estoy *enamorado* de Ella.

La fuerza de mi afirmación nos pilló por sorpresa a los dos. Inspiré y expulsé todo el aire que tenía en los pulmones tras esa confesión, pero me sentí tan bien al decirlo en voz alta que lo repetí.

—La quiero, Kay. No puedo estar contigo. Ni siquiera puedo fingir ser tu chico cuando solo la quiero a ella.

Kaylee se reclinó en la silla y se quedó en silencio. Me sorprendió el dolor que se reflejaba en sus ojos. Esperaba que se cabreara por no salirse con la suya, pero nunca imaginé que se sentiría herida por mi rechazo.

Alargué el brazo por encima de la mesa y apoyé una mano sobre la de ella.

—Lo siento.

Tras un minuto, Kaylee alzó la mirada como si estuviese contemplándolo todo desde una nueva perspectiva. Sacó algo pequeño de su bolso —un anillo de compromiso— y me lo tendió para que lo viera. Lo deslizó por su dedo, como si quisiese ver cómo le quedaba, y suspiró con melancolía.

—Es precioso, ¿a que sí?

Oh, mierda. Yo era quien supuestamente tendría que haber comprado el anillo. ¿Qué narices hacía con eso?

—¿Por qué llevas ese anillo?

Kaylee apartó los ojos del diamante. La mirada que me dedicó hizo que

se me revolvió el estómago.

—No soy idiota, Brian. Sabía que tratarías de escaquearte esta noche.

De repente, su semblante cambió y se transformó en la malvada mujer que me había imaginado devorando a mi asistente.

—Me importa un bledo a quién quieras. No voy a dejar que lo estropees. No obstante, yo sí que voy a destrozarte la vida si no sigues interpretando tu papel ahora mismo. Y también destrozaré a tu padre. Habrá cuatro películas más de *Las crónicas de Cinder*, y los directores se pueden reemplazar fácilmente. Los dos *dependéis* de mi padre, y mi papi siempre me da lo que quiero. Me aseguraré de que ninguno de los dos vuelva a encontrar un trabajo de verdad en esta ciudad. Y luego, cuando estés acabado en Hollywood y huyas llorando a los brazos de tu preciosa y pequeña Ella, la destruiré a ella como no puedes imaginar.

Mi corazón dejó de latir al oír la amenaza y la sangre se me heló en las venas. Kaylee podría dañar considerablemente tanto mi carrera como la de mi padre, aunque dudaba que pudiese destruirla por completo. Pero sí que podría destruir a Ella. No importaba que no supiese quién era Ella; en cuanto yo la conociese en persona, el mundo también lo haría. El mundo siempre se enteraba de todo lo que hacía. En cuanto dejase atrás el estatus de amigo anónimo de internet, no sería capaz de mantenerla en secreto.

Kaylee era cruel y Ella había pasado por muchísimas cosas. Si Kaylee quería, encontraría la grieta en la armadura de Ella y usaría su tragedia para hacerla añicos sin ni siquiera haberla conocido en persona. No me cabía duda de que, si repudiaba a Kaylee ahora, haría exactamente eso.

—Ah —dijo Kaylee con satisfacción—. Ya veo que por fin nos entendemos, ¿no?

—Si se te ocurre meter a Ella en esto...

—Oh, no, tú ya la has metido, y si quieres que permanezca alejada de ella, debes centrarte cien por cien en el plan. Nada de apariciones a medias ni mala actitud. Coge ese amor patético y bobo de tu corazón y haz que el mundo se crea que es algo que sientes por mí. Haz que yo me lo crea, Brian.

Kaylee se puso en pie sin advertencia alguna, chilló con fuerza y empezó a brincar con vertiginosa emoción.

—¡Sí! —gritó—. ¡Sí, sí, y sí, con todo mi corazón! ¡Por supuesto que me casaré contigo!

Rodeó la pequeña mesa y saltó sobre mí antes de que me percatara de lo que estaba pasando. Me plantó un beso en los labios al tiempo que todos en la sala se acercaban a nuestro alrededor para aplaudir y animarnos.

En cuanto me deshice de sus labios, respiré hondo y tiré de Kaylee hacia mí para susurrarle al oído:

—No tienes corazón, zorra.

—Por supuesto que sí, cariño, y solo late por ti. —Estiró el brazo para enseñar el anillo a la multitud y gritó—: ¡Nos casamos! ¡El mejor regalo de cumpleaños de mi vida!

Kaylee me volvió a sonreír con malicia y pestañeó.

—Te quiero mucho.

Esperó a que respondiera con la misma frase, pero no me dio la gana. Nunca le diría esas palabras a ella, tanto si lo pensaba de verdad como si no. «Bien», respondí en su lugar, y me gané una buena risotada por parte de la multitud.

La ira se reflejó en los ojos de Kaylee, pero no podía decir nada con todo el mundo observándonos de cerca. Se obligó a sonreírme con más alegría y me volvió a besar. Lo odié, pero no tenía otra elección que devolverle el beso. No podía dejar que le hiciese daño a Ella. Ni siquiera iba a dejar que averiguase cómo había conocido a Ella. Solo tendría que esperar a contarle la verdad a Ella cuando Kaylee se cansase de mí. Rezaba porque los planes de Kaylee no incluyeran un viaje a Las Vegas y un certificado de matrimonio de verdad.

## Capítulo 9

Las semanas empezaron a pasar. Cada día se mezclaba con el siguiente y nada cambiaba nunca. Lo odiaba, pero aprendí a lidiar con ello. En general, ignoraba a la gente y ellos hacían lo mismo conmigo. Cuando los chicos del instituto me tomaban el pelo, nunca lo hacían de forma demasiado agresiva. Se metían conmigo de mí en la distancia. Yo los ignoraba lo mejor que podía. Mantenía la cabeza gacha, hacía mis cosas y nunca lloraba. Al menos, no en el instituto.

Siempre me las arreglaba para reservarme las lágrimas para cuando regresara a mi habitación. Me desahogaba y luego le mandaba un correo a Cinder. Él me contaba alguna historia ridícula, o decía algo completamente estúpido sobre algún libro o una película, y yo me sentía obligada a rebatirle. Fuera como fuera, siempre hacía que me sintiera mejor.

Cinder me preguntaba de vez en cuando sobre el accidente y sobre mi madre, y también acerca de la convivencia con mi nueva familia. Sabía que estaba preocupado por mí, pero no podía hablar de eso con él. Cinder era mi rayo de esperanza. Era lo único que me mantenía cuerda. No podía hacer nada para cambiar eso. Cuando preguntaba, me limitaba a decirle que estaba bien y ya está. Nunca me presionaba para que le contara más cosas. Cuando le decía que no quería hablar de temas tristes, él me decía que de acuerdo y, acto seguido, me distraía con cosas que sabía que me harían reír.

También me animó a retomar mi blog. Había visto aquella película de Brian Oliver que me recomendó y me sorprendió gratamente. Cinder tenía razón. Brian Oliver era más que una cara bonita. Su actuación tenía profundidad y cabía la posibilidad —una posibilidad muy remota— de que

podiese salvar *El príncipe druida* de ser una mierda de Hollywood. Cuando le mandé mi reseña a Cinder, le gustó tanto que insistió en que la publicara. Me tuvo que persuadir, pero al final lo hice. Después de aquello, escribir otras reseñas fue sencillo. Mis seguidores me dieron la bienvenida con los brazos abiertos y otro diminuto pedazo de mi corazón roto se volvió a fundir en él.

La primera vez que recibí en casa una caja de libros enviada por una editorial, tuve que explicarle a mi padre de qué se trataba. Le alivió saber que tenía otra afición aparte de esconderme en mi habitación. Salió directo de casa y me compró unas estanterías que llenó con libros, y también me compró un nuevo lector electrónico. Hasta consiguió que me incluyeran en una especie de lista de prensa para ir gratis a los estrenos de las películas. El hombre seguía sin gustarme, pero hasta yo admitía que fue todo un detalle por su parte.

Entre mi blog y Cinder, la vida se había vuelto, en parte, soportable. El tiempo pasó hasta Halloween y, luego, mi vida volvió a dar otro giro inesperado. Me encontraba en la segunda clase del día y mi profesora, la señora Teague, nos dejó acabar diez minutos antes. Saqué un libro y, en menos de un minuto, sentí que alguien miraba por encima de mi hombro.

Jason Malone, uno de los rolletes de Anastasia, me sonreía.

—¿Qué pasa, Ella? —preguntó cuando al fin cedí y alcé la mirada.

—Nada. —Sabía que no era un gesto amistoso. Jason había sido uno de mis más repulsivos torturadores este año—. ¿Qué quieres?

Se rio y se situó junto al lateral de mi pupitre.

—Solo me preguntaba qué harías esta noche, en Halloween. ¿Vas a ir al baile?

—No.

Volví a centrar mi atención en el libro con la esperanza de que se marchara. Por supuesto, no lo hizo.

—Qué pena —dijo—. Se celebrará un concurso para ver quién va disfrazado del monstruo más terrorífico. Tu hermana cree que podrías ganar.

Sabía adónde conduciría eso, así que no le seguí el juego.

—No es mi hermana —me limité a responder.

—Dijo que ni siquiera te haría falta un disfraz. Podrías venir en pantalón

corto y camiseta de tirantes y ganarías la corona. Comentó que la gente saldría corriendo despavorida al verte.

—Sí, suena a algo que diría ella.

Escruté el aula para mirar la hora y vi a Juliette sentada a unos cuantos pupitres, observándonos a Jason y a mí con el ceño fruncido. La miré fijamente a los ojos y ella apartó la mirada de inmediato e intentó fingir lo mejor que pudo que yo no existía.

No me sorprendió que no le pidiera a Jason que parara, aunque probablemente ella era la única chica de la clase que podría haberlo hecho. Íbamos juntas a dos clases y me había visto sufrir ese tipo de acoso todo el año. Nunca había dicho nada. Pero al menos no estaba junto a Jason, riéndose y alentándolo como habría hecho Anastasia si hubiese estado aquí.

Por suerte, la clase ya casi había terminado, así que me agaché para recoger mi mochila. Supongo que a Jason no le gustó que no me hubiese cabreado, porque me quitó el libro de las manos antes de que pudiese guardarlo dentro.

—Tengo curiosidad, Ella. ¿De verdad eres tan fea como dice que eres?

—Devuélveme el libro.

—¿Lo quieres? Enséñame tus cicatrices.

Me había convertido en una profesional de no reaccionar ante lo que me decía la gente, pero aquello me impactó tanto que ahogué un grito.

—¿Perdona?

Jason sonrió con suficiencia. Se había emocionado al ver que por fin había dado en el clavo.

—Siempre llevas camisas de manga larga y medias. Todo el instituto sabe lo que intentas esconder. Déjame verlas. Prometo no salir corriendo ni gritar. —Se rio—. A menos que sea verdad.

Elegí enfadarme porque, cuando me cabreaba, me resultaba mucho más sencillo controlar las lágrimas y *no* iba a llorar frente a este gilipollas.

—Vete al infierno. —La voz me tembló, pero no se quebró.

—¿Fue ahí donde te quemaste? ¿Por qué te devolvieron a la tierra? ¿Eres tan rarita que ni en el infierno te querían?

Empezó a temblarme todo el cuerpo. Tuve que apoyar mi mano mala sobre el pupitre para evitar formar un puño con ella y hacerme daño. Jason

observó el gesto y dijo:

—Vamos, Ella, enséñanoslas.

Alargó el brazo tan rápido como el rayo y levantó el mío de un tirón, listo para remangarme. No me agarró tan fuerte. A una persona normal no le habría hecho daño, pero yo no había recuperado aún toda la movilidad en el brazo derecho. No podía estirarlo por completo. Cuando Jason tiró de él, sentí que la piel que había cerca del codo se rasgaba.

Grité cuando el fuego me azotó el brazo y se expandió por todo mi cuerpo. Jason me soltó como si le hubiese quemado a él. Me agarré el brazo con la mano buena, pero eso no detuvo el dolor. Por primera vez desde que empecé el instituto, lloré frente a mis compañeros.

Juliette se acercó a Jason y a mí al mismo tiempo que la señora Teague. Vi la rabia en los ojos de Juliette, pero sentía tantísimo dolor que ni siquiera me sorprendí cuando apartó a Jason de mí y le gritó.

—¡Cabrón estúpido!

—¿Qué está pasando aquí? —exigió saber la señora Teague.

Juliette apartó a Jason y a la señora Teague de en medio y se arrodilló junto a mi pupitre.

—¿Estás bien?

—No. —Levanté la mano del brazo y le enseñé las manchas rojas que se filtraban por el cuello de cisne—. Ha roto el injerto de piel.

Juliette soltó una palabrota.

Jason parecía estar a punto de desmayarse, y el resto de la clase estaba entrando en pánico. Hasta la señora Teague se quedó mirando, boquiabierta y con los ojos abiertos como platos, asustada. Solo Juliette mantuvo la calma.

—Tenemos que llamar a tu enfermero. ¿Dónde tienes el teléfono?

—En la mochila —Jadeé—. La enfermera de la escuela debería de tener analgésicos. Me duele muchísimo.

Juliette asintió.

—Vamos. —Me ayudó a levantarme de la silla. En vez de darme el bastón, apoyó mi brazo bueno en sus hombros.

La señora Teague recogió nuestras mochilas y mi bastón.

—Llevaré todo esto a la oficina —dijo, y luego señaló a Jason—. ¡Usted,

venga conmigo ahora mismo!

## Capítulo 10

Mi padre estaba enfurecido. Al fin y al cabo, era fiscal. Vivía para amenazar. Se encontraba en el despacho del director con la puerta cerrada mientras yo estaba al final del pasillo, en la enfermería, pero, aun así, oía sus gritos amortiguados y furiosos. Hasta entonces había amenazado con meter a Jason en la cárcel, denunciar a su familia, denunciar al instituto y conseguir que despidiesen a la señora Teague.

Tras otro rugido, me encogí.

—Si me tienen que operar otra vez, arruinará al instituto.

Mi enfermero, Cody, me sonrió con tristeza al tiempo que terminaba de vendarme el hombro.

—No me extrañaría que lo necesitaras. Tu brazo no debería haberse torcido tan fácilmente. La cicatriz que tienes en el interior del codo es demasiado gruesa. Quiero que pidas cita con tu cirujano cuando vuelvas a casa, y deberás tomarte las sesiones de fisioterapia con calma durante un tiempo.

Cuando Juliette llamó a mi padre y le explicó lo que había sucedido, él llamó tanto a mi enfermero como a mi psiquiatra y les pidió que acudieran al instituto. No sabía si estaba paranoico o solo quería asustar aún más a los miembros del instituto.

En primer lugar, ya me sentía lo bastante idiota por haberme hecho daño. Y luego estaba el espectáculo que mi padre había montado y los médicos que se habían presentado en el instituto por mí. Me sentí un bicho raro más que nunca. Pero al menos Cody era guay. Estaba bien ver una cara amable entre

todo el caos.

—Le tendrás que decir tú mismo a Daniel lo de que me tengo que tomar con calma la rehabilitación —comenté a Cody—. A mí no me creerá. Le encanta torturarme.

—Lo sé —bromeó él—. He visto algunas de vuestras sesiones. El tío es un heraldo maníaco del dolor.

Cody y yo nos estábamos riendo cuando mi padre entró en la sala con la doctora Parish.

—¿Se *ríe*? —preguntó papá, sorprendido. Una sonrisa cruzó su cara—. Eres un obrador de milagros, Cody.

—No, solo le he dado un montón de medicación para el dolor.

—¿Así que ese es tu secreto? —preguntó la doctora Parish—. Yo nunca puedo sacarle una sonrisa.

—Porque usted le quita la diversión a todo —gruñí. La doctora Parish era una mujer amable, pero odiaba nuestras sesiones—. Siempre está muy seria.

—Tu salud mental es un tema serio, Ella. Desearía que te tomaras las sesiones con *más* seriedad.

—¿Está bien? —inquirió mi padre a Cody y, después, me miró—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Tendré que visitarla todos los días para controlarla hasta que la herida se cierre, pero debería estar recuperada en una semana o así. Necesita que un cirujano le eche un vistazo, para estar seguros.

—Lo programaré para esta tarde. ¿Ahora puede hablar? El director y la policía quieren charlar con ella.

—Se encuentra bajo una alta dosis de analgésicos, pero su juicio no debería verse muy alterado.

—Ojalá fuera así —murmuré mientras seguía a mi padre por el pasillo.

—Por aquí. —Mi padre abrió la puerta de una pequeña sala de conferencias—. ¡Juliette, tú también!

Miré hacia atrás al tiempo que Juliette se levantaba de una silla frente a la mesa de recepción. Aún no podía creer que me hubiese ayudado. La miré a los ojos cuando pasó por delante de mí en dirección a la habitación, pero ella desvió la vista enseguida. Estaba claro que haberme ayudado en una

emergencia no nos convertía en amigas.

Antes de entrar en la sala de conferencias, la puerta del despacho del director se abrió. Dos agentes de policía escoltaban a Jason, alicaído y esposado. Sus padres, enfurecidos, los seguían. Traté de entrar en la sala de conferencias lo más rápido posible, pero la madre de Jason me vio y me detuvo.

—¿Señorita Coleman?

Reprimí un suspiro y me giré.

—Mi apellido es Rodríguez, no Coleman.

La madre de Jason frunció el ceño, pero no preguntó.

—Mi hijo tiene algo que decirle.

Ella fulminó con la mirada a Jason hasta que murmuró una disculpa. Su «lo siento» fue tan sincero como mi «vale».

No podía apartar los ojos de mi brazo vendado. Cody había tenido que cortarme la manga por encima del codo para examinar la herida, así que mis cicatrices estaban a la vista. El hecho de que Jason las viera me hacía sentir como si hubiesen violado mi intimidad.

—Parece que al final has conseguido lo que querías —dije. Le enseñé mi brazo para que lo viese bien—. ¿Entonces es cierto? ¿Soy lo bastante horripilante como para ganar una corona?

Estaba tan enfadada que me olvidé de las otras cicatrices en la muñeca hasta que Jason emitió un grito ahogado. Seguí su mirada hasta las marcas que ilustraban mi intento de suicidio, al igual que sus padres. Todos repitieron el mismo grito ahogado.

Quise desaparecer. Quise correr, esconderme y llorar hasta marchitarme y morir, pero no podía. Ni siquiera podía mostrar más debilidad ahora que conocían mi secreto. En lugar de encogerme por el horror, me subí la manga del otro brazo y dejé que Jason viese todo lo que me avergonzaba.

—Asegúrate de mirarlas bien y mañana cuéntales todos los detalles a tus amigos. Estoy deseando escuchar los comentarios inteligentes que se os ocurrirán.

Le acerqué mis muñecas un poco más y él se alejó de mí.

—Joder, Ella. Lo siento, ¿vale?

Su disculpa parecía un poco más sincera, pero no me hizo sentir mejor.

—¿Quieres saber por qué nunca has sido capaz de hacerme llorar? — pregunté—. Porque intentas destruir a alguien que ya ha tocado fondo. No me puedes hacer sentir peor de lo que ya me siento. Eres patético, Jason, tú y todos los idiotas de este instituto que no tienen nada mejor que hacer que meterse con una persona coja.

Me di cuenta de que había ido demasiado lejos cuando la madre de Jason volvió a emitir un grito ahogado y se echó a llorar. Me sorprendió que mi padre no me detuviese, pero cuando alcé los ojos hacia él, vi que fulminaba a Jason con la mirada con tanta fuerza que supuse que no le importó lo grosera que había sido. Me miró a los ojos y me colocó suavemente una mano sobre el hombro.

—Ellamara, vamos, cielo.

Mi padre me dirigió a la sala de conferencias mientras los policías empujaban a Jason hacia la salida. Había otro par de agentes sentados en la mesa de conferencias con el director Johnson y la señora Teague. La doctora Parish y Cody también se encontraban allí, junto con Jennifer y Juliette.

En cuanto me senté, empezaron las preguntas. Se suponía que estas personas estarían de mi lado, como mi «fuente de apoyo», como le gustaba llamarlo a la doctora Parish, pero esto parecía la Inquisición española. Al final me sonsacaron todos los detalles de mi encuentro con Jason. Obvié a Anastasia de la conversación, pero cuando mi padre se enteró de lo del concurso de disfraces, se puso en pie y soltó unas cuantas amenazas más.

—¡Pensaba que en este instituto había tolerancia cero al acoso! ¡Creía que los estudiantes debían firmar un código de conducta personal al venir aquí! ¡Debería encargarme de que se le abra un expediente a esta institución!

Mi padre se dio la vuelta y se inclinó sobre mi silla, invadiendo mi espacio personal como si yo fuera uno de sus delincuentes.

—Quiero los nombres de todos los que te han molestado.

Resoplé sin darme cuenta y los ojos de mi padre brillaron.

—¡Esto no es una broma! —Me acercó papel y lápiz—. ¡Quiero los nombres, Ella! ¡Todos!

—No puedo escribir en una lista todos los que se han portado mal conmigo desde que empezaron las clases. Es medio instituto. Ni siquiera conozco a la mayoría.

—¿Medio instituto? —Su cara adquirió un tono rojo aterrador—.

Entonces dime quiénes son los cabecillas. Me encargaré de que los expulsen.

Suspiré.

—Si lo haces, empeorarás las cosas.

—Tiene razón —dijo Juliette, y habló por primera vez—. Si metes a la gente en problemas por molestar a Ella, la odiarán por ser una chivata.

—¡Estos chicos tienen que hacerse responsables de sus actos, si no, nunca se detendrán! —rugió mi padre.

—Vale, ¿quieres un nombre? —estalló Juliette—. Anastasia Coleman.

La sala entera se quedó de piedra. Mi padre se levantó lentamente hasta estar completamente erguido y se volvió para mirar a Juliette.

—¿Qué?

Ella se encogió de hombros, desafiante.

—Has preguntado quién es el cabecilla. Anastasia gana a todos, por goleada.

—¿Eso es cierto, Ella? —exclamó mi padre con un tono de voz extrañamente calmado.

Bajé la mirada hasta mi regazo y no dije nada.

—¿Quieres saber por qué Jason ha hecho lo que ha hecho hoy? —preguntó Juliette.

—Juliette, no. Empezaré a hacerme la vida imposible también en casa.

Juliette se acomodó y cerró la boca, pero ya era demasiado tarde. Papá nos miraba a la una y la otra, y con ello dejaba claro que le contaríamos todo lo que quería saber, *justo en este momento*.

—¿Qué tiene que ver tu hermana con lo que ha pasado hoy?

Juliette fue la primera en rendirse.

—¿Sabías que cortó con Jason la semana pasada? Bueno, él le pidió volver y que fueran juntos al baile de Halloween como pareja, y ella le dijo que solo accedería si conseguía que Ella mostrase sus cicatrices a todos.

Me quedé sin aire. Eso no lo sabía.

Parecía que papá estuviese contando hasta diez para no explotar. Un minuto después, preguntó:

—¿Durante cuánto tiempo llevan sucediendo cosas así?

De nuevo, la pregunta iba dirigida a mí, pero Juliette respondió.

—Desde el primer día, pero ha empeorado estas últimas semanas.

La sala permaneció en silencio. Parecía que esperábamos a que cayese el hacha, pero sin saber qué cabezas cortaríamos. Fue uno de los agentes de policía quien rompió ese incómodo silencio.

—Bueno... —Se aclaró la garganta y se levantó—. Creo que ya tenemos toda la información que necesitamos por ahora.

Su compañero hizo lo mismo y añadió:

—Estaremos en contacto, señor Coleman.

—No quiero presentar cargos contra Jason —exclamé rápidamente antes de que los policías se fuesen de la sala.

Los hombres se giraron y esperaron a que dijese algo más.

—¿A qué te refieres con que no quieres presentar cargos? —inquirió mi padre—. Ese chico te ha *atacado*. —Miró a los expectantes policías y comentó—. No vamos a retirar los cargos.

—Señor, su hija tiene más de dieciocho años. Si elige no...

—Ella está bajo mi custodia legal ahora mismo —les interrumpió mi padre—. Tengo todo el derecho de tomar esa decisión y quiero presentar los malditos cargos.

Ambos policías me miraron con sorpresa y la sala se quedó en el silencio más incómodo que se pueda imaginar. El policía más amable me sonrió con compasión y explicó:

—Si tiene su custodia legal, entonces debo acatar su decisión. Lo lamento.

Empezaron a marcharse y yo entré en pánico. Perdí los papeles y le grité a mi padre.

—¡Joder, papá! ¡Deja de preocuparte por tu maldito orgullo durante dos segundos y, por favor, hazme caso por una vez! ¡Por favor!

La ira de mi padre desapareció y se quedó observándome, pasmado.

—Jason me ha agarrado del brazo, eso es todo —continué desesperada—. Sé que ha sido desagradable y que estás enfadado por ello, pero él no sabía lo que me podía pasar. Ni *quería* hacerme daño. Estoy segura de que le habrán expulsado unos días o algo. Eso ya es castigo suficiente. Si quieres meterle en la cárcel o denunciar a su familia, empeorarás las cosas. *Por favor*, no me metas en más problemas.

Mi padre se recuperó de la sorpresa y frunció el ceño. Lanzó una mirada

fulminante a Juliette y ella asintió enérgicamente.

—Tiene razón. Empeorarás las cosas.

Me dolió un poco que mi padre necesitase que Juliette se lo confirmara y que no confiase en mi palabra, pero me alegraba que ella diese la cara por mí.

Mi padre tensó la mandíbula y tomó aire por la nariz.

—De acuerdo —gruñó—. Retiraremos los cargos. Pero más vale que me avises si vuelve a causarte problemas, Ellamara. —Miró a Juliette y añadió —: Y eso también va por ti.

Ambas asentimos.

—Necesitamos que firme algo de papeleo —exclamó uno de los policías.

—Pasaremos por la comisaría cuando terminemos aquí.

Mi padre estrechó la mano de los hombres y, en cuanto se marcharon, el director Johnson me miró.

—Y la pregunta que queda por contestar es: ¿qué hacemos contigo, Ellamara?

—¿A qué se refiere?

—No estoy seguro de que este instituto sea el mejor sitio para ti —respondió el director Johnson, despacio.

Mis defensas se irguieron hasta lo más alto. Odiaba este instituto a rabiar, pero me cabreaba que quisieran echarme.

—¿Quiere echarme? Pero yo no he hecho nada. No es que alente a la gente. Ni siquiera respondo.

—Lo sabemos, Ella —contestó la doctora Parish rápidamente—. No te has metido en problemas. Creo que el director Johnson solo está preocupado por ti. Es evidente que aquí hay algo que no funciona, y necesitamos descubrir qué es lo mejor para ti.

El director Johnson asintió.

—Tus padres y yo creemos que un instituto para discapacitados físicos es más adecuado para ti.

—¿Un instituto *especial*? —gritó Juliette, igual de horrorizada que yo.

Jennifer se lo había sugerido a mi padre una vez. Por lo visto, lo habían discutido más seriamente de lo que pensaba. Odié la idea entonces y la odiaba ahora.

—¿Cómo me ayudaría estar encerrada en un instituto así?

—Yo no creo que te ayude —respondió la doctora Parish—. No estoy de acuerdo con tus padres y con tu director con respecto a este tema.

—Solo queremos que estés más cómoda —insistió Jennifer—. No se meterían contigo de esa manera. No serías la única con una discapacidad. Tendrías tiempo para acostumbrarte a tu cuerpo y, quizá, incluso para hacer amigos.

La doctora Parish negó con la cabeza.

—Eso no la ayudará. —Me miró a los ojos y exclamó—: Te manejas bastante bien físicamente, y mentalmente no te pasa nada. Enviarte a una escuela especializada aumentaría tu ansiedad social y tu baja autoestima. Puede que tengas un año de respiro, pero, a largo plazo, no te beneficiará. Si acaso, me inclino por pensar que tendrás más dificultades para adaptarte después de graduarte.

—Pero tampoco puede seguir así —razonó mi padre—. Usted dijo que asistir al instituto la ayudaría a mejorar, pero no está mejorando.

—Estoy de acuerdo con el señor Coleman —añadió el director Johnson—. Ella no se está adaptando al instituto. No se esfuerza por integrarse. No habla con sus compañeros. No participa en clubs ni en actividades extraescolares. Durante los dos meses que ha estado aquí, se ha encerrado en sí misma cada vez más.

La doctora Parish suspiró.

—¿Les importaría dirigirse a Ella directamente y dejar de atacarla verbalmente? Entiendo que estén frustrados, pero lo sucedido hoy no ha sido culpa suya. Recordemos que ella es la *víctima*. Necesita su apoyo, no su ira.

Abrí los ojos como platos. ¡Así se hace, doctora! Nunca había visto a nadie hablar así a mi padre. Sonreí ante las expresiones avergonzadas de ambos hombres al sentir la ira de la doctora Parish por primera vez. La mujer era formidable. Puede que mi padre ahora entendiera un poco mejor por qué odiaba tanto las sesiones con ella.

Era dura pero eficaz. Tanto mi padre como el director Johnson se disculparon conmigo, y este me lanzó una mirada suplicante.

—Sé que algunas personas te han molestado, pero no *todas*. ¿Has intentado hablar con alguien? ¿Has tratado de comunicarte con algún estudiante?

No, y todos lo sabían. Apreté los dientes y odié que tuviera razón.

—Vale. No me he esforzado lo suficiente, pero esa no es excusa para echarme.

—Ella, prometiste que intentarías buscar una fuente de apoyo, y no lo has hecho —dijo la doctora Parish—. No te estás recuperando socialmente.

—Usted tampoco lo habría hecho si hubiera tenido que soportar la misma mierda que yo aquí.

Como siempre, la doctora Parish no se inmutó ante mi sarcasmo.

—Entonces, si aquí eres tan infeliz, quizá deberíamos mandarte a otro sitio. Creo que tenías razón al decir que un centro público sería un ambiente más adecuado.

Era una pena que la doctora Parish no hubiera venido el día de mi matriculación.

—Ahora ya es demasiado tarde para eso. No quiero volver a cambiarme. Odio estar aquí, pero al menos ya conozco el sitio. ¿Y si cambio y el plan de estudios es diferente? Ya llevo un año de retraso.

—Entonces ¿cómo podemos ayudarte? Tu depresión está empeorando. Lo has dicho en tus sesiones muchas veces.

Todas las personas que había en la sala fruncieron el ceño. Parecían descontentos conmigo, como si les estuviese decepcionando a propósito. Eso me enfureció.

—¡Claro que estoy deprimida! —grité—. ¡Usted también lo estaría si tuviese que vivir mi vida de mierda! ¡Incluso levantarme por las mañanas me resulta difícil!

Lo que dije no fue acertado. Los adultos de la sala intercambiaron tantas miradas cómplices que parecía que estuviesen manteniendo una conversación por telepatía.

—Richard —suplicó Jennifer en voz baja—. Ha llegado la hora.

—¿La hora de qué? —inquirió el director Johnson.

Me alegré de que lo hiciera porque quería saber a qué se referían, pero estaba demasiado asustada como para preguntar.

Mi padre me miró con expresión abatida.

—Ella, cielo, llevamos un tiempo preocupados por ti. No mejoras, no te adaptas y no sé qué más puedo hacer por ti. Creo que lo mejor es que te

llevemos a un lugar en el que puedas recibir la ayuda que necesitas.

Lo miré fijamente, desconcertada. No creía posible que este hombre me hiciera más daño del que ya me había hecho, pero sus palabras me atravesaron el corazón con tanta precisión que me tardé un minuto en sentir el agudo dolor que provocó su perforación.

—¿Quieres ingresarme?

—Solo quiero ayudarte.

Miré a Jennifer. Ella lo había sugerido. Su voz sonaba desesperada. Sacudí la cabeza.

—Quieres deshacerte de mí. Es lo que ambos pretendéis. Nunca me habéis querido.

Mi padre tragó saliva.

—Estás enferma, cielo. Necesitas ayuda antes de hacer algo que te vuelva a hacer daño.

Suspiré. Siempre acababa hablando de eso. Nadie me dejaría olvidarlo.

—No voy a hacerme daño. Y no quiero ir a un hospital. No lo haré. No puedes obligarme.

La cara de mi padre se inundó de pena.

—Puedo, Ella, y lo haré si es lo mejor para ti.

—¡Pero no quiero suicidarme! ¡Lo juro! —Dirigí una mirada acusatoria a la doctora Parish—. ¡Sabe que no lo soy! ¡Dígale que no voy a suicidarme!

—Sé que no lo harás —dijo la doctora Parish, y después se lo repitió a mi padre—. No creo que Ella esté en riesgo de hacerse daño a sí misma. —Suspiré aliviada, agradecida por que me hubiera defendido, pero después me miró seriamente—. Sé que no quieres suicidarte, pero también creo que un tiempo en un hospital puede venirte bien.

—¿Qué?

—Ella, no es algo negativo. Te sorprendería lo bien que te sentaría pasar un tiempo en un entorno controlado. ¿No querías ayuda? ¿No *quieres* sentirte mejor?

Para mi sorpresa, empecé a llorar.

—No quiero ir a un hospital psiquiátrico y tener un motivo más para que la gente se ría de mí. No quiero distanciarme del mundo otra vez. No quiero retrasarme más en el instituto. Por favor, no me obliguéis a hacerlo.

La sala estaba completamente en silencio excepto por el sonido de mis sollozos. El director Johnson me ofreció un paquete de pañuelos. No esperaba que me dieran una oportunidad, mis ilusiones ya se habían desvanecido. Pero, entonces, mi padre habló.

—De acuerdo, cielo. Si crees que no es buena idea, entonces confío en ti. Separé el pañuelo de los ojos y miré a mi padre.

—¿S-sí? —Era la última persona que pensaba que me defendería.

Mi padre me miró a los ojos con una disculpa muda.

—Sí.

Él fijó su atención en la doctora Parish y el director Johnson.

—Gran parte de esto es culpa mía. Necesito confiar más en su criterio. Si la hubiera escuchado cuando pidió asistir a un instituto público, seguramente no habríamos tenido estos problemas ahora. —Mi padre volvió a centrar su atención en el resto de personas en la sala—. ¿Hay algo que podamos hacer para que continúe en el instituto y no tengamos que enviarla a un hospital?

Tomé aire con fuerza, pero mis pulmones se negaron a soltarlo mientras esperaba a que decidiesen mi futuro.

—Me sentiría mejor si Ella accediera a verme cada dos días en lugar de una vez por semana —comentó la doctora Parish. Me miró con severidad y añadió—: Y no queremos que tu depresión empeore, así que por ahora tu habitación es zona prohibida excepto para dormir, e incluso entonces deberás mantener la puerta abierta todo el tiempo. También deberás intentar relacionarte más con tu familia y los alumnos del instituto. Nada de encerrarte en ti misma. Encuentra a alguien con quien comer. Haz amigos.

—Podrías apuntarte a un club —añadió el director Johnson, ilusionado—. El resto de estudiantes necesita ver que te esfuerzas por ser sociable. Puede que te sorprenda la cantidad de alumnos que simplemente se sienten intimidados por la situación. Estoy seguro de que alguien será amable si eres tú quien rompe el hielo.

—Quizá, si Ana les deja —gruñó Juliette en voz baja.

Lo dudaba, pero si apuntarme a un club me libraba de una clínica especializada en trastornos de depresión, entonces pensaría en algo. Quizá tenían un club de lectura o algo, o podría escribir para el periódico del instituto. Eso no estaría mal. Lo malo sería lo de no estar en mi habitación. Tras pasar varias semanas así, tal vez acabaría suplicando que me encerraran.

—¿Trato hecho, Ella? —inquirió la doctora Parish.

—¿Y si no puedo? ¿Qué pasa si no cambia nada?

Pegué un bote cuando alguien me dio la mano. Alcé la vista y vi a mi padre sonriéndome.

—Lo hará —prometió—. Superaremos esto juntos, ¿vale?

Sonaba tan cálido y seguro que no supe cómo responder. Lo observé como una idiota.

—Sé que no me crees, Ellamara —continuó, esta vez hablando con más delicadeza—, pero *te quiero*. Quiero que seas feliz. Quiero que te sientas cómoda en mi casa y con mi familia. Siento que mi hija te lo haya puesto difícil. Nos aseguraremos de que pare, y por ahora tú y yo podríamos pasar algo más de tiempo juntos antes de que te preocupes por Jennifer y las chicas. Eres mi hija, cariño. Me gustaría conocerte un poco más.

Volvió a sonreírme y fue la primera vez desde que nos habíamos vuelto a ver que sentí que me miraba como un padre. Notaba su preocupación, pero también su orgullo. Me miraba como si me conociera, como si no fuese una desconocida o alguien de quien tuviese miedo, sino alguien de quien se preocupaba de verdad.

Le solté la mano y cogí otro pañuelo.

Siempre había querido que mi padre me mirase así, pero ahora que lo había hecho, me asustaba. Claro que parte de mí quería entablar una relación con mi padre, pero la mitad rota de mi corazón no estaba segura de estar preparada para confiar en él. No estaba segura de poder perdonarle que me hubiese abandonado.

—No estuve contigo cuando debería haberlo estado —dijo mi padre—. Pero me gustaría estarlo ahora. Si me lo permites.

—Vale —murmuré. Sentí que se me encendían las mejillas, así que miré rápidamente al director Johnson y, después, a la doctora Parish.

—Lo intentaré, ¿vale?

## Capítulo 11

No tuve que volver a clase ese día, pero Juliette y Anastasia llegaron a casa antes que yo. Fui a la comisaría para retirar oficialmente los cargos contra Jason y, luego, mi padre me llevó a la unidad de quemados para hablar con mi cirujano. Cuando llegamos a casa eran más de las cuatro de la tarde.

Había tenido un día horrible y estaba exhausta. Me dirigí a mi habitación en cuanto crucé la puerta, pero por lo visto mi padre quería seguir a rajatabla las órdenes de la doctora Parish de controlarme en todo momento.

—Cielo, recuerda lo que ha dicho la doctora Parish. —Su voz estaba teñida de incomodidad.

—Solo voy a cambiarme de ropa y a coger el ordenador.

Dejó pasar la mentira y miró al salón principal, desde donde se oían las voces de la tele, que resonaban por las escaleras.

—¿Quieres que le diga a Jennifer y a las chicas que subamos aquí?

Negué con la cabeza.

—Puedo bajar las escaleras.

Me tomé mi tiempo para cambiarme el uniforme por unas suaves mallas y una camiseta holgada de manga larga, pero mi padre aún me esperaba al salir de mi cuarto. Si iba a merodear a mi alrededor todo el tiempo, no tardaría ni una semana en meterme en un centro para adolescentes suicidas. Al menos me ayudó y me llevó la mochila y el portátil por las escaleras.

Las mellizas estaban en el largo sofá modular haciendo deberes mientras veían *Access Hollywood*, y Jennifer estaba en un rincón de la sala, haciendo ejercicio en una elíptica. Con la cara enrojecida, sudando y vestida con un

sujetador deportivo y unos pantalones cortos, parecía salida de un anuncio de revista de equipamiento deportivo. Su cara se iluminó cuando mi padre entró en la sala.

—¿Y bien? —preguntó ilusionada—. ¿Buenas noticias?

Su voz atrajo la atención de las mellizas. Juliette alzó la vista brevemente y después volvió a concentrarse en su libro de Matemáticas, pero la mirada que me echó Anastasia indicó que ya le habían echado la bronca. A juzgar por la intensidad con la que me observó, le habían impuesto un castigo duro.

—La buena noticia es que el desgarro no ha sido tan malo —explicó mi padre—. La mala es que tendrán que operarle la parte interna del codo. Han dicho que podríamos postergarlo hasta después de vacaciones.

Jennifer me lanzó una mirada cargada de compasión que ignoré mientras me sentaba en el pequeño escritorio situado en el rincón más alejado de la sala.

—Puedes sentarte en el sofá, Ella, hay sitio —dijo mi padre, que colocó el portátil para mí.

—Estoy bien aquí.

Cuando Jennifer se aclaró la garganta, la miré, pero ella tenía los ojos clavados en Anastasia. Ana puso los ojos en blanco y dejó escapar un suspiro cargado de dramatismo al mirarme por encima del hombro.

—Lo siento.

Claro que lo sentía.

No fui la única a la que no había convencido.

—Ana —la advirtió Jennifer.

Volvió a poner los ojos en blanco. Otro suspiro.

—Lo siento, Ella.

Sonó igual de poco convincente, pero Jennifer no la presionó más. En lugar de eso, cambió de tema.

—Ella, ¿te gustaría venir al baile de Halloween esta noche? Tendrás la entrada de Ana, ya que ella *no* irá.

No es que no disfrutase que Ana estuviese castigada, pero ir al baile sonaba tan divertido como pasar otros seis meses en rehabilitación.

—No, no pasa nada. No tenía pensado ir, de todas formas. Nunca me han gustado los bailes.

No era del todo cierto; me encantaba, pero teniendo en cuenta que ya no podía bailar, su atractivo se había esfumado.

—No te preocupes —insistió Jennifer—. Todavía tenemos un par de horas para buscarte un disfraz, y estoy segura de que a Juliette no le importaría llevarte.

Bueno, si no pillaba la indirecta...

—Mira, agradezco el gesto, Jennifer, pero ¿qué haría allí? No puedo bailar con nadie. No puedo estar de pie mucho rato. No tengo una cita ni amigos que me hagan compañía, y no querría arruinar la noche de Juliette haciendo que tenga que sentarse conmigo. Me temo que los bailes no volverán a formar parte de mi vida. Pero no importa. Fui ir al baile de tercero y al baile de bienvenida de cuarto antes del accidente. Incluso fui princesa de la corte, así que no me pierdo nada.

—¿Fuiste princesa en el baile de bienvenida? —inquirió mi padre. Su tono de sorpresa me habría ofendido de no ser por el tinte de orgullo que percibí en su voz.

Ana, Juliette y Jennifer parecían pasmadas. Idiotas.

—Sorprendente, lo sé, pero así fue. De hecho, yo era normal. Tenía amigos, citas, vida... le caía bien a alguna gente.

Con eso tiré la conversación por tierra oficialmente y todos nos sumimos en un silencio incómodo. El único sonido de la sala provenía de Billy Bush, que hablaba monótonamente sobre el compromiso de Brian Oliver y Kaylee Summers en la fiesta de cumpleaños de ella la semana pasada. Por supuesto que iban a casarse.

Tenía que recuperar un día entero de trabajos de clase que me había perdido, además de los deberes para casa, pero vi que Cinder estaba conectado y no pude evitar mandarle un mensaje rápido.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Y la ficción se convierte en realidad...

**Cinder458:** No sé si preguntar.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Brian Oliver y Kaylee Summers se han comprometido. De nuevo, el príncipe se enamora de la princesa guerrera, solo que esta vez es peor. Al menos la princesa Ratana podía pelear. ¿Qué se le da bien a Kaylee Summers?

**Cinder458:** ¿El sexo?

Resoplé, pero dejé de sonreír cuando llamé la atención de todos los demás.

—¿Algo divertido?

Observé mi conversación en la pantalla y puse los ojos en blanco.

—Más bien algo trágico y típico.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Seguramente Brian Oliver sale con ella por eso. Me retracto sobre lo que he dicho acerca de que fuese una persona profunda. Es un idiota superficial al igual que el resto de tíos del planeta.

**Cinder458:** Excluido yo, ¿no?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿Bromeas? Tú eres peor que todos.

**Cinder458:** Ay. Alguien está de mal humor hoy.

Suspiré. Tenía razón. No debía desahogarme con él. No era culpa suya que no fuese inmune al cuerpo perfecto de modelo de bikinis de Kaylee Summers, al igual que Brian Oliver. Es decir, si yo tuviese la oportunidad de liarme con alguien tan atractivo como Brian, dudo que lo rechazase.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Lo siento. Tienes razón. Hoy ha sido uno de mis peores días y ahora estoy gruñona. Me han castigado sin entrar en mi habitación y me han obligado a convivir con mi nueva familia.

**Cinder458:** Te refieres a que te han castigado sin salir de tu habitación, ¿no?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** No. Entrar. No me dejan entrar sola ahora mismo, lo que significa nada de esconderme de las brujastras. Las autoridades han conspirado contra mí y me obligan a «integrarme» en mi familia O SI NO...

**Cinder458:** ¿Qué quieres decir exactamente?

Permanecí sentada mirando el ratón del portátil. Por primera vez me apetecía contarle a Cinder lo que me pasaba. No sabía por qué. Nunca había sido de las que llamaban la atención, pero mis dedos se encontraban sobre el

teclado y deseaban explicar mis problemas. Estaba muy afectada y sabía que Cinder me escucharía.

Al instante empecé a escribir.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Si no me empiezo a llevar bien con la familia de mi padre y a hacer amigos en el instituto, me encerrarán en un centro psiquiátrico.

Eso fue el equivalente a soltar algo deprisa utilizando para ello un teclado.

**Cinder458:** ¿Qué? ¡Menuda tontería! ¿Por qué harían algo así?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Es una larga historia.

**Cinder458:** Sigo esperando...

Reprimí un gruñido porque ya me arrepentía de mi momento de debilidad. De forma sutil, Cinder siempre trataba de hacerme hablar. Por supuesto que saltaría al recibir la pequeña dosis de información que le acababa de ofrecer. Había sido suficiente como para darle la excusa de instarme a ello.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Hoy un chico me ha molestado en el instituto y se ha ido de las manos.

**Cinder458:** ¿¿¿Qué ha pasado??? ¡¡¡voy a matarlo!!!

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Nada. Ha sido un accidente. Pero mi padre y el director han descubierto que me han estado acosando y han llamado a mi psicóloga. Ahora todos están preocupados por si intento suicidarme de nuevo, pero la verdad es que las cosas han sido así desde que empezó el instituto. La única diferencia es que ahora lo saben.

**Cinder458:** ¿¿¿A qué te refieres con intentar suicidarte *de nuevo*???

Solté una maldición y me tapé la cara con la mano. ¿Cómo se me había escapado eso?

No podía creer que lo hubiera admitido todo. Le había dicho al tío más

seguro de sí mismo en todo el mundo, un chico atractivo, popular y con una vida perfecta, que era una perdedora con tendencias suicidas a la que acosaban en el instituto. No volvería a hablarme nunca más.

Intenté remediar la situación como pude, pero probablemente ya era demasiado tarde.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Después del accidente las cosas no fueron bien durante un tiempo. Pero ya he aprendido la lección. No pasa nada, de verdad. Estoy mucho mejor. Todos son unos paranoicos y reaccionan de forma exagerada.

**Cinder458:** ¿Sí? No tienes ese tipo de pensamientos, ¿no?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¡¡¡No!!!

**Cinder458:** Lo digo en serio. Sé que nunca quieres hablar de tu familia, pero prométeme que no estás pensando en suicidarte. ¡Júramelo!

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Lo prometo, Cinder. Te juro que ya no estoy tan mal. Mi vida no es un cuento de hadas, pero ¿cómo querría acabar con ella si te tengo a ti para hablar cada día?

**Cinder458:** Esto no es una broma, Ella.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** No bromeo. En serio, hablar contigo es la mejor parte del día. Me alegro mucho de poder hablar contigo.

**Cinder458:** Entonces, ¿qué tal si hablamos de verdad? ¿Me llamas?  
(310) 555-4992

Me quedé sin respiración. ¿Me llamas? Esas dos pequeñas palabras detuvieron mi corazón. Leí las diez cifras una y otra vez. Verlas me aterrorizaba y me entusiasmaba a la vez. Antes del

accidente, había fantaseado con hablar con él por teléfono durante horas por la noche, pero nunca había tenido el valor suficiente de pedirle su número y él nunca me había pedido el mío. Y ahora, ahí estaba, observando la clave para escuchar su voz al fin.

¿Podría hacerlo? ¿Podría hablar con Cinder por teléfono?

**Cinder458:** ¿Ella?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** No sé...

**Cinder458:** Nos conocemos desde hace casi tres años. Creo que está bien que demos un paso más en nuestra relación y que hablemos por teléfono.

Una simple llamada no parecía mucho, pero en realidad se me antojaba algo enorme. Hablar con alguien por teléfono, escuchar su voz, suponía cierto nivel de intimidad. Convertiría a Cinder en algo más que un amigo virtual sin rostro.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** De algún modo parece diferente. Más íntimo o algo así.

Sabía que no me veía, pero me sonrojé al escribir eso último.

**Cinder458:** Así es. Por eso tienes que llamarme. Necesito saber que estás bien de verdad, si no me voy a volver loco. Necesito escuchar tu voz. Llámame ahora mismo, señorita. ¿¿¿Por favor???

Parecía desesperado. ¿Necesitaba escuchar mi voz? ¿Lo decía en serio?

—¿Ella? —Jennifer me sobresaltó tanto que dejé escapar un gritito y pegué un bote en la silla—. ¿Estás bien? Parece que hayas visto un fantasma.

Estaba tan ensimismada en la conversación que me olvidé de que me encontraba en la misma habitación que el resto. Y ahora todos me observaban. Estaba claro que las mellizas pensaban que era un bicho raro, y tanto papá como Jennifer me miraban como si temiesen que fuese a agarrar los cuchillos de la cocina en cualquier momento.

—No pasa nada —murmuré, y me sonrojé al sentirme observada.

**Cinder458:** Ella, mi teléfono no está sonando. ¿Por qué no suena?

Volví a mirar a mi padre, que me observaba de cerca. Parecía tan sincero como esta mañana en el instituto, como si estuviese preocupado de verdad por mí. Le había prometido que me esforzaría más. Que trataría de ser más sociable. Estaba bastante segura de que llamar a Cinder valdría.

Decidí ser valiente, esperé hasta que mi familia dejó de prestarme atención, cogí el móvil y marqué su número con manos temblorosas. Él contestó tras el primer tono.

—¿Hola?

Su voz era más profunda de lo que esperaba. Solo una palabra hizo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo. Pero sonaba... confuso. ¿Por qué sonaba confuso? Esperaba mi llamada, literalmente.

—¿Cinder? —Quise darme una colleja por lo baja que había sonado mi voz.

—¡Ella! Eres tú. Mi hermosa y sabia sacerdotisa mística del reino, por fin hablamos.

—Madre mía, ¡tienes una voz muy sexy!

Me cubrí la boca con una mano. No quise decir eso. Pero es que sonaba como si pudiese derretir mantequilla, o corazones femeninos, simplemente al hablar. Su voz era profunda, ronca e hipnótica. El hombre no hablaba, *ronroneaba*.

—Eso me suelen decir —bromeó y se rio. Su risa en voz baja era un sonido diez veces más peligroso que su tono normal al hablar.

Para mi vergüenza, había vuelto a llamar la atención de toda la gente de la sala. Me miraban boquiabiertos, ¿y quién los culpaba tras lo que había dicho? Sus expresiones eran diferentes. Mi padre parecía horrorizado; Jennifer tenía un brillo de entusiasmo en la mirada; Juliette sonreía con burla y Anastasia me miraba como siempre, con odio apenas reprimido y desprecio.

Me sonrojé y apagué el portátil al tiempo que exclamaba:

—Eh... Cinder... ¿puedes esperar un momento? —Miré a mi padre con súplica—. ¿Puedo subir a mi habitación para hablar?

Antes de que mi padre respondiera, Juliette frunció el ceño.

—¿Qué clase de nombre es *Cinder*?

—¡Dios, es el chico que siempre comenta su blog! —gritó Anastasia de repente—. ¡Ella tiene un novio de internet! ¡Qué bicho raro!

Lo dijo tan alto que estaba segura de que Cinder la había oído.

—¡Ana! —gruñó mi padre.

—¿Qué? ¡Ligar por internet es asqueroso! —Se volvió hacia mí y añadió

—: Espero que sepas que los raritos de internet no cuentan como novios de verdad, aunque hables con ellos por teléfono.

—¡Anastasia, *ya basta!* —rugió mi padre—. ¡Acabas de añadir otra semana de castigo! ¡Ve a tu habitación, ya!

—¡Bien! —gritó ella en respuesta—. ¡Solo estaba aquí porque me obligabais a cuidar de la friki suicida!

Quise morir al ver cómo Anastasia subía las escaleras dando pisotones. No cabía duda de que Cinder lo había oído todo. No lo veía, pero mi cara estaba tan roja que hasta me dolía. ¿Y ahora cómo iba a hablar con él? Estaba tan nerviosa que me entraron ganas de vomitar.

—¿Ella? —preguntó Cinder cuando todo se quedó en silencio—. ¿Estás ahí? —Parecía vacilante.

—Bienvenido a mi vida —repliqué con un suspiro de derrota—. Siento lo que ha pasado.

—Tranquila.

No estaba tranquila. Me sentía humillada. Era un milagro que no estuviese llorando. Creo que solo fue porque todavía estaba en *shock*.

—Mira, gracias por darme tu número, pero creo que no es buen momento para que hablemos.

Mi padre se puso en pie y gesticuló con las manos.

—¡No! No hace falta que cuelgues. Te daremos algo de privacidad. —Miró a Jennifer y Juliette—. ¿No es así, chicas?

Su evidente desesperación por que hablase con alguien, incluso con un extraño de internet, fue igual de vergonzosa que lo sucedido con Anastasia. Y lo peor fue que Jennifer era todavía peor.

—¡Claro! Ve y habla con tu novio, Ella —gritó—. Podemos vigilarte desde la cocina. De todas formas tengo que empezar a hacer la cena.

Mientras me abochornaba con su uso de la palabra «novio», se bajó de la elíptica. Se dio prisa y alcanzó a mi padre. Parecía más que feliz de haber terminado su entrenamiento algo temprano. Mientras empezaban a subir, se volvieron hacia Juliette, que en lugar de levantarse, se había echado en el sofá.

—Yo estaba aquí primero —exclamó Juliette a modo de respuesta a sus miradas expectantes—. No pienso subir cuando Ana está como está, y no me

importa para nada la vida amorosa de Ella. Además, se supone que no debe estar sola. ¿Y si intenta tirarse por el balcón o algo?

¿Había alguien en el mundo que no sintiera la necesidad de humillarme? Fulminé a Juliette con la mirada y ella se limitó a enseñarme los auriculares antes de metérselos en las orejas.

—Subiré el volumen.

Tanto mi padre como Jennifer me miraron con tanta ilusión que no pude discutir más. Puse los ojos en blanco y me dirigí al sillón donde mi padre había estado antes.

En cuanto mi padre y Jennifer se fueron, miré hacia el sofá. Juliette hacía lo que mejor se le daba: ignorarme. Movía la cabeza de arriba abajo con su música mientras leía un libro de texto. Dudaba que pudiese oírme, pero, aun así, bajé la voz, por si acaso.

—¿Cinder? ¿Sigues ahí?

—No me había dado cuenta de que ir más allá y convertirnos en amigos que se llaman por teléfono venía con título de novio. ¿Eso significa que, si nos conocemos en persona, nos tendremos que casar?

Sorprendida, me eché a reír. Juliette me miró con una ceja levantada, pero volvió a concentrarse en su libro de texto sin decir nada.

—Lo siento, no me va la poligamia, y estoy bastante segura de que tú ya estás casado con tu coche.

—Qué graciosa.

El tono indiferente de su voz volvió a hacerme reír, y después suspiré.

—Madre mía, me viene bien reír. He tenido un día horrible. Gracias por pedirme que te llamara. Aunque todavía no puedo creer que estemos hablando por fin. Siempre me había preguntado cómo sonaría tu voz.

—Yo también. Incluso una vez busqué en Google vídeos sobre gente con acento de Boston.

Volví a reír.

—Anda, calla. No me lo creo.

—Sí que lo hice, y no decepcionas. Vuelve a decir «coche» otra vez.

—Eres tan tonto —repliqué, pero accedí y repetí—. Coche.

Cinder se rio.

—Me encanta —dijo—. Y hablando de Boston... no me llamas desde

allí.

Logré no emitir un grito ahogado, pero se me revolvió el estómago. Se me había olvidado por completo que aparecería el número en su teléfono. ¿Cómo iba a explicarle que teníamos el mismo prefijo?

—Eh... no. Lo sé. Es que mi padre vive en Los Ángeles. Estoy aquí desde que salí del hospital.

Esperé a que se pusiera como loco y me pidiera que nos viéramos, pero la línea se mantuvo en silencio durante un minuto y, luego, preguntó en voz baja:

—¿Por qué no me has dicho nada?

Me sorprendió lo cauto que sonaba. Quizá le había dolido que no le contase que me había mudado. Con suerte podría explicárselo sin tener que contarle las consecuencias del accidente.

—No sé. Me llevó bastante tiempo reunir el valor suficiente para mandarte un correo. Después todo volvió a la normalidad con tanta rapidez que no lo pensé. Siempre has sido un ciberamigo, ¿sabes? Creo que he tenido miedo de estropearlo todo.

Dejó escapar un suspiro que, sospechosamente, parecía de alivio. Puede que él también tuviese miedo de que nos conociéramos en persona. Pensarlo fue decepcionante y, a la vez, un alivio.

—Ya, sé a lo que te refieres. El hecho de que nunca nos hayamos visto en persona es lo que más me gusta de nuestra relación.

—¿Por qué?

—Supongo que, en persona, a la gente le resulta difícil ver más allá de mi exterior: el físico, el dinero, el coche, los contactos... pero, como tú no ves eso, solo ves a mi yo verdadero. Eso me gusta.

—Vaya, Cinder —resoplé. Sabía que lo decía en serio y eso lo hacía divertido—. Eso ha sido muy profundo, viniendo de ti. Estoy impresionada.

—¿Ves? —dijo Cinder entre risas—. Ahora me lo pones difícil. Nadie que me conozca en persona me diría eso. La mayoría son falsos conmigo. Dicen lo que creen que quiero oír y hacen lo que quiero.

—Entonces no me extraña que seas tan vanidoso. Quizá tengas razón con lo del anonimato. No sé si podría decirte a la cara lo terco, peleón y superficial que eres. O que tienes un gusto horrible para el cine. Sobre todo,

si eres tan atractivo como dices ser. Entonces, ¿quién quedaría para evitar que te convirtieras en un verdadero capullo egoísta?

Cinder volvió a reír; su risa sonó alta y profunda. Me lo imaginaba echando la cabeza hacia atrás y contrayendo el estómago por el gesto. Aunque no me imaginaba que tuviera barriga, claro. Le pegaba más una tableta de chocolate.

Cinder suspiró al acabar de reír.

—Ay, Ellamara. Eres la única chica en el mundo que me dice cosas así. Y por eso, aunque seas exasperante, mojugata, obstinada y ofensiva, eres mi persona favorita en el mundo.

Mis pulmones se contrajeron y me resultó imposible respirar. Pero, de algún modo, esa sensación de quemazón fue el mejor sentimiento del mundo, como ponerte de cara al sol o beber chocolate caliente tras haber estado en la nieve.

Recé para que Cinder no se percatara de que estaba llorando, pero la suerte pareció haberse alejado de mí para siempre cuando mi madre murió.

—¿Ella? —Su tono de voz cambió, ahora parecía alertado—. ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?

—No pasa nada. —No estaba segura de que me hubiera creído porque no dejaba de sorber por la nariz—. Es que me gusta tener a alguien a quien le importe. Tú también eres mi persona favorita. Eres mi mejor amigo.

Cinder se quedó callado un momento. Al volver a hablar, dejó de lado al tipo divertido, seguro de sí mismo y *sexy* que conocía tan bien.

—¿Seguro que estás bien? Me refiero a que me lo contarías si no fuese así, ¿verdad? —La vulnerabilidad de su voz era sincera—. Tuve un amigo que se suicidó. Ella, pensar que podría perderte así...

Se detuvo repentinamente, podría haber pensado que la línea se había cortado de no ser porque se aclaró la garganta como si intentase mantener la voz bajo control.

—Hay alguien a quien le importas —dijo con delicadeza—. Da igual lo mal que vayan las cosas en casa, en el instituto o donde sea, me tienes a mí. Tú también eres mi mejor amiga. Y ahora tienes mi número. Guárdalo en tu móvil y llámame a cualquier hora, mañana, noche o cuando sea, no importa, ¿vale?

Necesité un momento y varias respiraciones profundas antes de poder

responder.

—Vale.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Estaré bien siempre que te tenga conmigo. —Me di una colleja internamente y me reí—. Vale, eso ha sonado muy cursi. ¿Ves? Por eso no quería llamarte. Puedo poner filtro a mi estúpida boca mucho mejor cuando tengo que escribir lo que pienso.

Cinder estalló en carcajadas otra vez.

—Ah, pero entonces no podrías oír las palabras dulces que planeo susurrarte al oído ahora que sé lo mucho que te gusta mi voz *ultrasexy*.

Me sonrojé, pero me negué a hacerle saber lo mucho que su coqueteo me turbaba.

—Nunca he dicho «ultra», señor Egocéntrico. Pero deberías considerar grabar audiolibros como trabajo.

—Mmm, no es una mala idea. —La voz de Cinder volvió a convertirse en ese seductor ronroneo en voz baja al preguntarme—: ¿Querrías que te leyera algo, Ellamara?

La idea me emocionó y no pude contener mi entusiasmo.

—¿En serio?

—¿Por qué no? Antes de que llamasas me preparaba para un maratón de *Top Gear*.

—Mentiroso. Es viernes por la noche y es Halloween, es imposible que no tengas planes.

—No son importantes. Es una estúpida fiesta a la que mi medio-novia quiere que vaya.

—¿Tu medio-novia?

—Sí. —Cinder alargó la palabra—. Es una larga historia, pero no me gusta tanto. Preferiría quedarme en casa leyendo contigo. Además, no puedo colgarte si has tenido *un día horrible*. ¿Qué mejor amigo sería si hiciera eso?

Estuve a punto de volver a llorar. Su ofrecimiento era muy dulce. Y considerado. Leer era una pasión que Cinder y yo compartíamos. Leíamos y comentábamos libros constantemente. Incluso habíamos decidido leer el mismo libro a la vez, pero nunca llegamos a ponerlo en práctica. Cinder sabía lo mucho que significaba para mí.

—Tiene que ser *El príncipe druida* —dije.

Cinder se rio.

—Ya lo tengo en la mano.

## Capítulo 12

Cuando el lunes volví al instituto, los murmullos y las miradas fueron tan horribles como las de mi primer día. Nada nuevo. Mantuve la cabeza gacha como siempre y recé porque las cosas no empeorasen por el hecho de que la gente me culpara a mí de la expulsión de Jason.

Por ahora, nada traumático había sucedido, pero cuando a la hora del almuerzo me senté en mi sitio habitual en un rincón de la cafetería, el silencio se extendió por toda la sala. Acababa de percatarme de la quietud tan poco natural cuando sentí la presencia de alguien detrás de mí.

Despacio, preparándome para la tortura que estaba a punto de comenzar, me giré para enfrentarme a la persona que estaba a mi espalda. Me sorprendí al encontrar a Juliette. A su lado había una chica que había visto por los pasillos, pero que no estaba en ninguna de mis clases. Tenía ojos color violeta —evidentemente, llevaba lentillas— y el pelo rojo intenso con algunos mechones rubio platino. Era una combinación que no había visto nunca pero que le quedaba muy bien.

Tenía el pelo recogido con unas horquillas hechas de plumas de colores vivos. Sus zapatos, mochila y uñas eran obras de arte en toda regla, al igual que su pelo. Me imaginé que sería algo digno de contemplar de no estar restringida por las limitaciones del uniforme.

Era guapa, pero su belleza no era del mismo tipo que la Juliette. Era salvaje de un modo que exigía respeto. Era el tipo de chica al que no podías evitar seguir con la mirada en los pasillos. La chica a la que los chicos temían y, a su vez, deseaban en secreto.

Y me estaba sonriendo.

—Ella, esta es Vivian Euling —dijo Juliette con voz aburrida—. Vivian, ella es mi hermanastra, Ella.

Seguía sin tener ni idea de lo que pasaba, pero estaba bastante segura de que Juliette no planeaba nada raro, y Vivian me había extendido la mano, así que se la estreché. Cuando nos saludamos, Juliette se aplicó el brillo de labios y dijo:

—Ya he cumplido con mi trabajo.

Y luego se alejó sin mirar atrás.

Alcé de nuevo la mirada hacia Vivian y ella me dedicó otra cálida sonrisa mientras se sentaba a mi lado y sacaba el almuerzo de su mochila.

—Espero que no te importe. —Negué con la cabeza y Vivian volvió a sonreír—. Creo que Juliette está haciendo de celestina con nosotras.

—¿Que qué?

Me giré y vi a Juliette sentada en su mesa habitual con los chicos más populares del instituto. Se reía y bromeaba con ellos, y no me prestaba la más mínima atención, como siempre. Sería difícil decir que algo fuera de lo normal había ocurrido de no ser por cómo Anastasia la miraba, boquiabierta y sorprendida.

—Tengo baile con Juliette —dijo Vivian—. No somos amigas ni nada, así que me sorprendió que se me acercara esta mañana y me preguntara si podía presentarnos.

—¿En serio?

Era consciente de lo incrédula que sonaba. Sentía que tenía el ceño fruncido por la confusión, así que no me sorprendí cuando Vivian se rio.

—Me dijo que creía que tendríamos mucho en común

—explicó con los ojos en blanco—. Teniendo en cuenta que no sabe nada de mí, y dudo que se haya esforzado en conocerte a ti tampoco, aunque seáis hermanastras, imagino que solo estaba emparejando a una paria con otra paria.

Eso me sorprendió. No la idea de que Juliette pensara que, por ser marginadas, íbamos a convertirnos en amigas automáticamente, sino que yo no entendía por qué una chica como Vivian no iba a tener amigos.

—No me encaja que seas una persona solitaria. Pareces segura de ti

misma y amable, y eres muy guapa.

—También me criaron dos padres.

Seguía confusa.

—¿Y eso qué importa?

Vivian me miró dos veces.

Presuponiendo que fuese una chica que admitía bromas, sonreí con suficiencia.

—Massachusetts fue el primer estado que legalizó el matrimonio entre personas del mismo sexo, así que no te ofendas, pero no es que me sorprenda mucho tu caso. Espero que no pensaras que iba a tratarte de forma especial ni nada.

Los ojos de Vivian brillaron, sorprendidos, y una amplia sonrisa se extendió por su rostro.

—Me caes bien.

Reí, pero me quedé en silencio en cuanto miré a mí alrededor en la cafetería.

—Entiendo que se metan conmigo, sabiendo que en esta ciudad la imagen lo es todo, pero creía que la gente sería más abierta de miras en cuanto a tu situación.

—Sí, en teoría —convino Vivian—. Estoy segura de que en Hollywood High encajaría perfectamente, pero, en un pretencioso instituto privado como este, soy una presa fácil. Tampoco ayuda que sea una alumna becada. Mis padres son dos diseñadores de ropa humildes. Ganan lo bastante como para permitirse el piso de dos dormitorios en West Hollywood donde vivimos, pero eso es todo.

Ahora me encajaba *todo*.

—Tiene sentido. Mi madre era madre soltera.

Vivian puso los ojos en blanco otra vez.

—Entonces estás diciendo que no solo somos unas parias, sino que también somos pobres, ¿no?

—Exacto. —La imité y yo también puse los ojos en blanco, pero luego suspiré y miré a Juliette—. Puede que haya sido un gesto juicioso y superficial, pero reconozco que también ha sido considerado por su parte que haya intentado ayudar.

—Cierto. —Vivian siguió mi mirada hasta la mesa de mis hermanastras. Juliette se reía con una amiga, mientras que Anastasia estaba sentada sobre el regazo de un chico; un chico que no era Jason—. Pero bueno, Juliette siempre ha sido la mejor de las dos.

Asentí, completamente de acuerdo.

—A veces creo que no sería tan mala si su hermana no le envenenara la mente y no tuviese una madre ignorante que le enseña lo verdaderamente importante de la vida.

Ante la mirada inquisitiva de Vivian, seguí con la explicación.

—La ropa de marca y las dietas de ochocientas calorías al día.

Vivian volvió a reír.

—Creo que Juliette ha dado en el clavo. Puede que seas mi alma gemela.

\*\*\*

El camino al terminar el instituto fue tenso gracias a la ira efervescente que provenía de la piel de Anastasia y su perfume Daisy, de Marc Jacobs. Al llegar a casa, Ana entró con paso firme y cerró la puerta en las narices de Juliette. Cuando conseguí bajar del coche y entrar en la casa, las dos estaban enzarzadas en una pelea.

—¡...humillarnos así! —gritaba Anastasia.

—Lo único que he hecho ha sido limpiar el desastre que tú provocaste. Tú eres la que nos ha avergonzado.

—Ya es malo tener que estar emparentadas con ella. ¿Ahora se ha hecho la mejor amiga de *Caridad*?

—¿Y qué? Deja que sean frikis juntas. No hacen daño a nadie.

—¿Que no hacen daño a nadie? ¿Y si empiezan a liarse en la cafetería y demás? ¡Seremos las hermanas de la lesbiana coja!

—Eh... su nombre es Vivian, no Caridad —dije, y dejé la mochila sobre la encimera antes de pasar por su lado y entrar en la cocina.

Juliette puso los ojos en blanco.

—Los estudiantes la llaman así porque es el objeto de caridad del colegio.

—Qué bien —me mofé—. ¿Sabes, Anastasia? Solo porque sus padres

sean gais no significa que ella lo sea. Y aunque lo fuese, ¿qué te importa? No te incumbe.

Anastasia me fulminó con la mirada con tanta maldad que sus ojos se volvieron rojos.

—Mantente alejada de mí —siseó antes de encaminarse hacia su cuarto con furia.

En cuanto oímos el portazo, Juliette sacudió la cabeza como si su hermana la asqueara.

—Se calmará en unas semanas.

Me quedé mirándola mientras se iba hacia la sala familiar para empezar a hacer sus deberes. Había sido un día extrañísimo. No entendía a Juliette para nada. Durante los pocos meses que había vivido aquí, había pasado de ser grosera a ignorar el hecho de que existía para luego venir a ayudarme el viernes pasado. Luego, esta mañana había despertado la ira de su hermana por ayudarme a encontrar una amiga. Fue un gesto dulce por su parte. No entendía por qué lo había hecho, sobre todo porque, aunque ya no era directamente hostil conmigo, estaba claro que no le gustaba.

Tras saquear la nevera y no encontrar nada que me apeteciese, me hice con un par de zumos de los que me gustaban y me dirigí también al salón. En lugar de sentarme en el escritorio de la esquina, me senté en el sofá y le ofrecí una de las bebidas a Juliette.

—¿Quieres uno?

Ella frunció el ceño, pero aceptó el zumo a regañadientes.

—Gracias.

Hicimos nuestros deberes en silencio con la televisión encendida pero sin sonido. Estaba en un canal donde emitían un programa del corazón. Al final, Juliette suspiró.

—Algunas chicas se quedan toda la suerte para ellas. ¿Te imaginas estar *prometida* con ese ser perfecto?

Sobresaltada por su interrupción, miré la pantalla justo a tiempo para ver a Brian Oliver encaminándose hacia una discoteca con una Kaylee Summers muy ligerita de ropa colgada de su cuello.

Juliette soltó otro suspiro de ensoñación.

—Creo que es el tío más guapo que ha pisado la tierra hasta ahora.

No podía disentir. Medía un metro ochenta y cinco, tenía el pelo oscuro, ojos marrón chocolate y un cuerpo tan perfecto que hasta dolía mirarlo. Era uno de esos actores que bien podrían hacer el papel de niño guapo o de chico malo *sexy*, dependiendo de cómo lo vistiesen. En ese momento, llevaba una cazadora de cuero y tenía una barba de un día que hacía que las chicas quisieran desafiar a sus padres, subirse tras él en su moto y dejar que se las llevaran rumbo al atardecer después de tatuarse su nombre en alguna parte del cuerpo.

Siempre sonreía como si el mundo estuviese a sus pies y, aun así, seguía estando más bueno que el pan. Incontables chicas habían caído víctimas de esa mirada. Lo que más me gustaba de él, no obstante, era lo avisgado que parecía. En todas las entrevistas que había visto, siempre se mostraba juguetón y engreído, pero también ingenioso. Charlaba con los presentadores de los programas como si fueran ellos quienes estaban en el punto de mira. Más allá de su cara bonita, el chico era bastante inteligente.

Me uní a una Juliette melancólica y dije:

—Yo le haría varios hijos si me dejara.

Estaba claro que últimamente había pasado demasiado tiempo charlando con Cinder.

Juliette resopló, pero dejó de reírse cuando se percató de que era *conmigo* con quien estaba bromeando. La situación se volvió incómoda enseguida. Ambas volvimos a lo nuestro, pero esta vez no nos pudimos quedar calladas.

—Gracias por ayudarme ayer en clase y por hablar con Vivian.

Juliette se encogió de hombros como si no creyera que fuese importante mencionarlo, pero no pude dejar pasar el tema.

—¿Por qué lo hiciste?

Juliette valoró no responder a mi pregunta, pero entonces contestó:

—Principalmente porque Ana se estaba comportando como una imbécil. Yo también estaba enfadada porque estuvieses aquí al principio, pero lo cierto es que no está tan mal. Te mantienes fuera de nuestro camino y tampoco llamas la atención en el instituto. Es ella quien lo está empeorando al intentar poner a todo el instituto constantemente en tu contra o, al menos, asustarlos lo bastante como para que no quieran ser amables contigo. Estoy harta de todo esto. Nuestras vidas serían más sencillas si no fueras una paria y tendrías más amigos si Ana te dejase en paz.

Una vez más, volvió a concentrarse en los deberes. Yo hice lo mismo, pero, al cabo de unos diez minutos, tenía otra pregunta para la que necesitaba una respuesta.

—¿Qué he hecho exactamente? ¿Por qué las dos me odiáis tanto?

Sabía que Juliette no negaría que me odiaba. Era una persona muy directa. Casi todas las cosas que decía eran superficiales, sensatas o simplemente ignorantes, pero al menos compartía lo que realmente pensaba. No tenía miedo de decir lo que se le pasaba por la cabeza, y admiraba eso de ella.

—Por distintas razones —dijo—. Ana se siente amenazada por ti.

—¿Qué? —me reí, incrédula—. Eso es ridículo.

—En realidad, no. Para empezar, eres la *verdadera* hija de papá. Le preocupa que vaya a tener favoritismos. —Tras una breve pausa, añadió—: Mentiría si te dijera que yo tampoco estaba celosa.

Esa confesión me sorprendió. ¿Juliette y Anastasia estaban celosas de que Rich fuese mi padre? Como si eso marcara la diferencia... Nunca había sido un problema para él, ya que siempre las había querido más que a mí.

—Segundo, tienes cicatrices y estás coja, pero en realidad, a pesar de eso, eres muy guapa. Algunas de nuestras amigas nos lo han dicho. Además, todos piensan que eres divertida.

—¿Qué? ¿Cómo pueden pensar eso? Nadie me conoce.

—Cuando nos enteramos de que tenías un blog, Ana se lo contó a todos los del instituto para demostrar lo friki que eras. —Juliette sonrió con suficiencia—. Su plan fracasó por completo porque a todos les encantó. La mitad de nuestros amigos te siguen ahora.

¿Los chicos del instituto seguían mi blog? No sabía qué responder a eso. Parecía imposible. Juliette vio la expresión de mi cara y sacudió la cabeza.

—No te odian tanto como crees. Sí, hay algunos que han sido muy antipáticos contigo, pero los demás te respetan.

—¿Que me respetan? —Ni de coña iba a creerme eso.

—Te torturan en el colegio, pero tú nunca dejas que te afecte. Nunca te quejas ni metes a nadie en problemas. Hoy solo se hablaba de lo guay que había sido que retiraras los cargos contra Jason.

»Además, eres tan reservada que parece, no sé, misteriosa. Los demás

están intrigados. Empiezas a gustarles. Rob Loxley hasta se ha encaprichado de ti. Por eso Ana se enfadó tanto y pidió a Jason que hiciera lo que hizo. Creía que Rob le pediría que fuese al baile con él y, en cambio, le preguntó si tú querías ir al baile con él.

Me quedé de piedra. Me costaba creer que fuera posible lo que decía, pero no sería capaz de inventarse algo así solo para ser cruel. Anastasia sí, pero Juliette, no. Juliette era un montón de cosas, pero no una mentirosa.

Volvió a concentrarse en los deberes para darme la oportunidad de procesar todo lo que acababa de contar. Tras un minuto dijo sin levantar la mirada de sus papeles:

—Si quieres que le dé tu número a Rob, lo haré. Es un chico bastante decente. Demasiado callado para mi gusto, pero puede que os llevéis bien.

No respondí enseguida, y a Juliette no pareció importarle si respondía o no. La verdad es que no sabía cómo sentirme al saber que alguien se había encaprichado de mí. No estaba preparada para empezar una relación. No me sentía capaz de salir a la calle vestida con camisetas de manga corta, y mucho menos de dejar que un chico me viera o me tocara. Mi novio ni siquiera podría darme la mano al caminar, porque tenía que usar el bastón con mi mano buena, y no creo que pudiese dejar que nadie me tocara la mano llena de cicatrices.

—No sé —respondí al fin—. Lo pensaré.

—Lo que tú digas.

Ese fue el final de nuestra conversación hasta que Jennifer nos llamó más tarde para cenar. Juliette apagó la televisión y empezó a recoger sus cosas. No quería arriesgarme a enfadarla, pero como ahora parecía hablarme, necesitaba que me diera una respuesta más.

—Eh... ¿Juliette? Sé que nunca seremos hermanas de verdad ni nada, pero tampoco quiero que seamos enemigas para siempre. Me has dicho por qué Anastasia me odia, pero... ¿qué problema tienes tú conmigo?

Juliette dejó de meter los libros en su mochila y me miró. Toda su indiferencia habitual se había esfumado y vi ira en sus ojos.

—No tendría ningún problema contigo si no fueras siempre tan borde con mamá y papá. Son buenos padres. Han movido cielo y tierra por ti. Papá estuvo a punto de perder su trabajo porque pasó muchísimo tiempo en Boston cuando tú estabas en el hospital. Han reformado tu habitación. Te han

dado todo lo que necesitas. Siempre tienen detalles contigo con la esperanza de que eso te haga feliz. Intentan ayudarte como pueden y tú se lo echas todo en cara.

Sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría. De todo lo que me podría haber dicho, nunca habría imaginado que solo quería proteger a mi padre y a Jennifer. Y la cosa es que, tras haberlo pronunciado, me di cuenta de que no era ira lo que había en sus ojos, sino dolor.

—Tratas a nuestros padres tan mal como Ana te trata a ti —dijo—. Especialmente a papá, y no se lo merece. Es un buen hombre. Puede que no sea mi padre biológico, pero es mi padre. Me ha criado desde que tenía siete años y nunca me ha tratado como si no fuese hija suya de verdad. Al revés, me ha querido como si lo fuera.

Las emociones contradictorias que sentía ahora mismo me estaban volviendo loca. Por un lado, estaba sorprendida. No era consciente de estar comportándome de forma tan horrible. Ni siquiera estaba segura de si realmente era así o si Juliette solo estaba a la defensiva y lo había exagerado todo. Pero si de verdad era así... Yo no era esa clase de persona. No trataba a la gente de ese modo. Siempre me había considerado una persona amable. No me gustaba que me compararan con alguien como Anastasia.

Al mismo tiempo, también estaba enfadada. Una parte de mí pensaba que Juliette no tenía derecho a opinar sobre mi relación con mi padre. No era de su incumbencia. Pero, sobre todo, me sentía dolida porque ella tuviese la relación con él que yo debería haber tenido, y actuaba como si eso no tuviese nada de malo.

—Eso no es verdad —susurré—. Te ha querido mucho más que si fueses su propia hija, porque yo *sí* lo soy y a mí no me ha querido lo más mínimo. ¿Sabías que ni siquiera se despidió de mí cuando se fue? Tenía ocho años. Un día volví a casa del colegio y se había ido. No dejó ni una nota, ni me llamó, ni nada. Nunca lo volví a ver.

»Crecí sin padre porque el mío estaba aquí, dándote abrazos *a ti*, arropándote en la cama por las noches y queriéndote como si tú fueses *su propia hija*, no yo. Hablas de reproches. ¿Cómo crees que me siento yo teniendo que vivir aquí y viendo lo felices que sois todos juntos? ¿Te haces a la idea de lo mucho que me duele cada vez que oigo que tú o Anastasia lo llamáis papá? ¿Saber que te quiere, de verdad? Yo soy su *hija*, y solo me ha

acogido porque no le quedaba más remedio.

Respiré hondo y seguí guardando los libros en la mochila. Ya no soportaba más esa conversación.

—No digo que no tengas motivos para estar enfadada

—replicó Juliette—, pero me has preguntado qué problema tengo contigo, y es ese. Antes de que tú llegaras, éramos felices. Ahora mis padres se pelean mucho más, y Ana y yo apenas hablamos a menos que sea para gritarnos. Entiendo que tienes problemas y comprendo que esto sea un asco para ti, pero eso no cambia el hecho de que estás haciendo que la vida de todos los que viven en esta casa sea horrible. Estás destrozando a esta familia.

Me disculpé mientras me echaba al hombro la mochila y me ponía en pie.

—Lo siento. —Intenté no sonar resentida, porque lo sentía de verdad—. Si supiese cómo cambiarlo, lo haría.

Me giré para marcharme de la sala y vi a Jennifer en las escaleras, observándonos a Juliette y a mí con expresión afligida. Dada la hinchazón de sus ojos, estaba segura de que había oído toda nuestra conversación.

—Lo siento —murmuré otra vez al pasar por su lado.

## Capítulo 13

### Brian

Cuando los Patriots anotaron otro *touchdown*, decidí que necesitaba una birra más. Mientras deambulaba por la casa hasta la cocina y abría la nevera para hacerme con otra cerveza, pensé en Ella. Ella era de Nueva Inglaterra. Era más fan del béisbol

—al parecer, ser de Boston implicaba que nacías con el orgullo de los Red Sox en la sangre—, pero si siguiese el fútbol americano, ahora mismo seguramente estaría riéndose. Le di un largo y refrescante sorbo a la helada Corona y le envié un mensaje.

«Si eres fan de los Patriots, puede que tenga que desheredarte».

Su respuesta fue casi instantánea.

«Ja, ja, ja. Puedes estar tranquilo. No soy muy fan del fútbol americano. Pero si alguna vez me entero de que animas a los Dodgers, ya no podremos volver a ser amigos».

Un segundo mensaje llegó justo después del primero.

«¿Por qué? ¿A quién están ganando?».

Sonreí al leer la pregunta. A Ella no le importaba el fútbol, pero aun así estaba dispuesta a hablar de ello conmigo. Empecé a teclear una respuesta, pero entonces caí en la cuenta de que, después de tres años, por fin tenía su número y ahora podía hablar con ella por teléfono.

—Los Packers van perdiendo por tres *touchdowns* y un gol de campo — dije cuando respondió a mi llamada—. Es muy desmoralizante.

—¿Green Bay? ¿De verdad eres un «cabeza de queso»?

Se rio y yo volví a sonreír. Su risa era mi nuevo sonido favorito del mundo.

—Nunca he sentido, ni sentiré, la necesidad de llevar un sombrero con forma de queso, pero sí, soy fan de Green Bay.

—¿Por qué? —preguntó Ella—. ¿Eres de Wisconsin? Ay, Dios, por favor di que sí. Sería muy gracioso. Por favor, dime que toda esa actitud de chico *playboy* californiano es todo una farsa y en realidad eres el hijo de un granjero.

Me reí.

—Lamento decepcionarte, pero sí que soy de Los Ángeles. Mi madre vive en Green Bay, eso sí. Se casó con un fanático de los Packers, así que, con el paso de los años, como Los Ángeles no tiene equipo de fútbol, me hice seguidor del equipo de Green Bay.

—El resultado es un poco decepcionante, llevas razón. Pero lamento que tu equipo esté perdiendo. Te mandaré pensamientos positivos por si sirve de algo.

—Te lo agradezco.

Sonreí otra vez y volví a dar un sorbo de cerveza. Un grito de aclamación estalló en el salón, donde unos cuantos colegas míos estaban viendo el partido. Por suerte, eso significaría que los Packers por fin había anotado, pero ya no me interesaba volver para averiguarlo.

Salí al patio trasero y cerré la puerta a mi espalda. Ella estaba callada al otro lado de la línea y, de repente, no sabía qué decirle.

Nunca había sido amigo de una chica; la mera idea de que una chica no me deseara era absurda, pero me preocupaba que Ella solo me considerase eso, un amigo. No tuvo problema en decirme que se preocupaba por mí y siempre me tomaba el pelo, pero nunca había flirteado conmigo, ni siquiera cuando yo empezaba a hacerlo.

Me sorprendí al enterarme de que se había mudado a Los Ángeles y no me lo había dicho, y se había mostrado muy reticente a llamarme cuando le di mi número. Era como si no quisiera que fuésemos algo más que amigos en la red. Tres años y nunca me había preguntado mi verdadero nombre. Vale,

yo tampoco le había preguntado el suyo, pero fue solo porque no tenía ni idea de cómo iba a llevar la conversación de «Soy Brian Oliver» cuando finalmente llegara el momento.

Hablar por teléfono cambiaba nuestra relación un poco, y no estaba seguro de cómo seguir tanteando la situación. Me sentía nervioso y un poco estúpido. Esa sensación se me antojaba tan ajena a mí que casi no la reconocí como vergüenza. Nunca había sido tan tímido con una chica antes.

—Y... —Tuve que carraspear al ver que mi garganta no quería emitir sonidos correctamente—. ¿Qué te cuentas? ¿Te parece bien que te haya llamado? ¿No es raro ni nada?

—No, no es raro. Me gusta. Puedes llamarme cuando quieras. Aunque solo sea para quejarte de que los Packers estén perdiendo un partido.

El deje de broma en su voz hizo que mis nervios se evaporaran. No los iba a echar de menos.

—¿Cómo van las cosas? ¿Mejor que el viernes? ¿Estás sobreviviendo a tu nueva familia?

—Supongo. Las cosas están un poco raras, pero no en el mal sentido. Una de mis hermanastras sigue siendo Freddy Krueger, pero tuve una charla con la otra y no es tan horrible como creía. Hemos llegado a un acuerdo, al menos. O eso creo. En fin, hablemos de cosas más alegres. Hazme reír. Eres el único que lo consigue.

El alma se me cayó un poco a los pies al oír su petición. ¿Por qué se negaba a abrirse a mí? La charla que tuvimos el otro día sobre instituciones mentales y el suicidio me acojonó bastante. Sabía que lo estaba pasando mal mientras se adaptaba a su nueva vida con su padre, pero no tenía ni idea de que su depresión fuera tan grave. No dejaba de preocuparme por ella.

Ojalá hubiese algo más que pudiese hacer para ayudarla, aparte de hacerla reír, pero si eso era lo que necesitaba, entonces no la decepcionaría. Me devané los sesos en busca de algo que encontrara gracioso, pero no fue fácil porque ya no me sentía con ganas de bromear. No cuando necesitaba que alguien la quisiese y la única persona con la que yo podía estar ahora mismo era la maldita semilla del diablo.

De repente, me sentí inspirado.

—¿Te has leído *La fierrecilla domada*?

—No he leído la obra de teatro, pero he visto la película antigua de

Elizabeth Taylor.

—Mi novia es la fierecilla, solo que no está domada.

Ella se rio. Me alegraba haberla animado con éxito, pero ojalá lo hubiese dicho en broma.

—Te lo digo en serio. Creo que es el diablo reencarnado.

—Se parece mucho a mi hermanastra.

—Peor. Te lo prometo. Mucho, mucho peor.

—¿Entonces por qué sales con ella?

—¿Porque está muy buena y es buena en la cama?

Sabía que eso funcionaría. El quejido de asco que soltó logró que volviese a sonreír.

—Muy bien, Cinder. Qué superficial por tu parte.

Ella estaba de cachondeo, pero también me había creído. Pensaba que era un picaflor egocéntrico y superficial. Sí, en realidad un poco sí lo era, pero solo porque todas las chicas que conocía eran como Kaylee y no merecían que les entregase mi corazón.

Odiaba que mi reputación pudiese decepcionar a Ella, pues no estaba interesada en tíos como yo. Me alegraba de ello, pero al mismo tiempo me jodía porque probablemente esa fuese la razón por la que solo me consideraba un amigo. No podía contarle todo, pero de repente sentí la urgencia de hacerle comprender que tenía mucho más que mostrar de lo que creía.

—En realidad, no es por su aspecto. Es más complicado que eso. Es famosa.

—¿Es una actriz o una supermodelo?

Sonreí con suficiencia.

—¿Acaso es una heredera?

Ojalá supiese la razón que tenía. Kaylee era las tres cosas, pero no podía decírselo así a Ella. Kaylee y yo salíamos demasiado en los medios ahora mismo y no quería que Ella se imaginara ni se enterara por sí sola de quién era yo. No sería fácil para ella. Quería estar cara a cara con ella cuando se lo explicase.

—Sin comentarios —dije, y ella prorrumpió en carcajadas.

—¡Ja! —gritó—. ¡Lo sabía! Don Importante y sus sofisticadas mujeres.

Deberías intentar salir con una bibliotecaria tímida o algo. Entonces a lo mejor no tendrías que llamar a tu novia «fierecilla».

—En realidad, me pone bastante. El pelo recogido en un moño, listo para que se lo suelte, gafas de pasta, una falda de tubo, una blusa de seda con un montón de botones, que abriría a la fuerza... Le haría el amor sin dudar contra las estanterías de la sección de literatura clásica.

Se oyó un jadeo y luego Ella dijo:

—Esto... vale, eso ha sido demasiada información.

Sonreí ante su perplejidad y bajé la voz hasta poner ese tono reconfortante que sabía que a ella le gustaba.

—¿Se te han subido los colores, Ellamara?

—Estoy bastante segura de que hasta a mi abuela en su tumba se le han subido los colores ante esa imagen.

¿Esa *imagen*? Ensanché la sonrisa. ¿Acababa de imaginarse *ella* como la bibliotecaria de mi fantasía? *Amigo, y una mierda. Brian Oliver no es amigo de ninguna mujer.* Tenía que aprovechar esta oportunidad.

—¿Alguna vez te has planteado hacerte bibliotecaria, Ella? Serías buena, con tu amor por la lectura y toda esa indignación altanera. O si no, te imagino perfectamente de profesora en un internado, castigando y pegando a todos los niños malos con una regla.

—¿Pegando a los niños malos con una regla? —Su voz sonó tan neutra que me eché a reír—. Eres incorregible, Cinder. ¿Y si dejamos ya el diálogo porno y cursi, y volvemos a tu complicada fierecilla «sin comentarios»? Dime por qué sales con ella realmente, si no es solo por el sexo.

—No eres nada divertida —lamenté, pero luego suspiré. Kaylee me cortaba todo el rollo—. Vale, bien. Básicamente es la hija del jefe, ¿vale? Y, por supuesto, está loquita por mí.

—Oh, *claro*.

—Sí, claro. Deja de interrumpirme, señorita.

—Deja de hacer que te interrumpa, entonces.

¡Qué chica tan irritante! Tuve la repentina necesidad de sacudir el teléfono.

—En fin...Tiene mucha influencia, así que mi padre y un montón de gente me están presionando para que la mantenga feliz.

—¡Eso es horrible! —Ella sonaba divertida y horrorizada a partes iguales —. ¿Cómo puedes dejar que dicten con quién debes salir?

—Es complicado.

Hice una mueca y apuré lo que me quedaba de cerveza. Sabía que sonaba ridículo, pero ¿cómo podría hacérselo entender?

—Mi *vida* es complicada. Hay mucha gente que cree ser dueña de ella. Sobre todo, mi padre. En realidad, no tengo mucho control sobre nada.

—¿Alguna vez has luchado por lo que quieres?

—Cuando puedo.

—¿Y no crees que decidir con quién sales es una de esas ocasiones?

—Esta vez, no. Esta chica es muy importante. Si cortara con ella y le diese un berrinche, lo cual es bastante probable, podría destrozarle la vida a mucha gente. A mí, más que a nadie. Estoy atrapado. Espero que si me comporto como un verdadero gilipollas, se canse de mí y me deje.

—Eso una locura, Cinder. ¿Lo sabes, verdad?

—Lo sé. —Me deshice de todos los pensamientos deprimentes y me encaminé de nuevo al interior de la casa para tirar la botella de cerveza vacía a la basura—. Pero no es lo más horrible del mundo. —Solo era algo temporal, al fin y al cabo, y tenía a Ella para que me mantuviese cuerdo hasta que por fin se acabara.

—¿Porque al menos está muy buena y el sexo es genial?

Me reí entre dientes al oír el sarcasmo de Ella.

—Sí. Aunque a lo mejor no es tan bueno como creo. Se me ha quedado grabado eso de la bibliotecaria. Apuesto a que podría...

—Vale, ahora es cuando yo cuelgo —interrumpió Ella.

Riéndome otra vez, abrí la nevera. Toda esta charla sobre bibliotecarias *sexies* —Ella, en particular, como bibliotecaria *sexy*— me estaba dando hambre.

—¿Por qué? —pregunté a la vez que localicé algunas fresas frescas. Mi cerebro se puso a imaginar de inmediato que se las daba de comer a Ella, y luego pensé en todas las cosas que podría hacerle—. ¿No quieres seguir oyendo mis sucias fantasías? Las tengo por tu culpa. Por cierto, ¿qué llevas puesto?

—¡Ja! —se rio Ella—. ¡No! No vamos a ir por ahí. Nunca, Cinder.

—¿Por qué no?

—¡Porque no, perverso!

Intentaba ocultarlo, pero estaba completamente azorada y me encantaba. Pedirle que me llamara había sido la mejor decisión de mi vida.

—Tú te lo pierdes —bromeé—. Podría haberte hecho ver las estrellas, nena.

—¿Qué narices estás haciendo? —chilló de repente Kaylee. Me sobresalté de tal manera que las fresas acabaron en el suelo.

Cerré el frigorífico y me giré hacia la enrojecida Kaylee, que seguramente había oído más de la conversación que solo ese último comentario. Por alguna razón, eso me resultó muy gracioso y tuve ganas de echarme a reír. Necesité mordirme el interior de la mejilla para evitar hacerlo.

—Tengo que colgar —dije al teléfono—. La fierecilla me acaba de pillar.

—¿La *qué*? —gritó Kaylee.

Al otro lado de la línea, Ella se rio por lo bajo.

—Enhorabuena. Cruzaré los dedos para que te deje.

Al oír eso, ya no pude seguir conteniendo la risa.

—Eres la mejor. Luego te llamo.

Colgué el teléfono y me enfrenté a la mirada rabiosa de Kaylee con unos ojos grandes e inocentes.

—¿Hay algún problema? —No esperé a que respondiese. Me incliné y empecé a limpiar el desastre que había provocado con las fresas.

Los tacones de Kaylee repiquetearon sobre las baldosas al cruzar toda la cocina. Se pararon justo frente a mi cara y el derecho empezó a tamborilear en el suelo deliberadamente.

—¿Tú qué crees? —escupió.

—Creo que no estamos en público, Kay, así que puedo hacer lo que me dé la real gana.

—En esa sala hay un montón de gente. Cualquiera podría haberte oído.

—Pero no lo han hecho.

—Yo sí.

Recogí la última fresa de debajo de la nevera y me puse de pie. Tras tirar el envase entero a la basura, me percaté de que Kaylee seguía allí plantada,

esperando una respuesta. Lo único que pude contestar fue «bien». Odió tanto esa respuesta en el club delante de todos sus amigos que últimamente la había adoptado como respuesta comodín número uno.

—¿Por qué insistes en ser tan difícil?

Resoplé y la miré con obstinación.

—¿A lo mejor porque la Malvada Bruja de Hollywood me está chantajeando para que finja estar prometido con ella?

Kaylee volvió a mirarme con ira y dio un pisotón en el suelo mientras resoplaba, molesta.

—Tu padre está aquí, y ha venido con Zachary Goldberg —dijo justo antes de salir, airoso, de la habitación.

Ni de coña. Fui tras ella y, en efecto, ahí estaba mi padre con uno de los directores de cine más prestigiosos de Los Ángeles tras el sofá, cervezas en mano y animando a los Green Bay Packers.

—Hola, papá. ¿Qué haces aquí?

Más sorprendente aún que la presencia de mi padre fue la enorme y alegre sonrisa con la que me recibió.

—¡Aquí está el hombre del momento! —Intenté esconder la sorpresa cuando me pasó un brazo por encima de los hombros de forma jovial—. Hijo, conoces a Zachary Goldberg, ¿verdad?

Alucinando, estreché la mano de mi ídolo.

—No nos conocíamos en persona, pero es un honor. He sido fan de su trabajo desde que era un niño.

Una mano me rodeó la cintura y me tuve que obligar a seguir sonriendo mientras presentaba a Kaylee.

—Ah, sí —dijo Zachary, inclinándose para darle un beso a Kaylee en la mejilla; así era como se saludan en Los Ángeles las personas de diferente sexo—. Mi enhorabuena a la feliz pareja. Entre el compromiso sorpresa y vuestra próxima película juntos, sois el centro de los cuchicheos en la ciudad ahora mismo.

Kaylee me dio un leve apretón con el brazo que tenía a mi alrededor que significaba «te lo dije».

—Todos buenos, espero —dijo ella, como si fuese la primera persona a la que se le hubiese ocurrido esa respuesta tan ingeniosa.

Intenté no poner los ojos en blanco ante su contestación tan cliché. Si Kaylee fuese la mitad de inteligente de lo que era de mala pécora, sería un genio.

Zachary fue lo bastante educado como para reírse con ella.

—Sí, solo he oído cosas buenas —prometió antes de desviar su atención hacia mí—. Especialmente en lo que respecta a ti, Brian. He oído un montón de cosas sobre tu actuación en *El príncipe druida*. Tu padre me acaba de enseñar algunas escenas esta tarde. Es realmente impresionante.

Intenté contener la sorpresa, pero la cabeza me daba vueltas. Zachary Goldberg era uno de mis directores favoritos. Tenía un talento extraordinario para las películas dramáticas y había recibido más nominaciones a los Oscar que Steven Spielberg. Sus cumplidos valían oro.

—Gracias, señor Goldberg.

—Brian, llámame Zachary. Por favor.

—Vale, Zachary. Bueno, bienvenido. Estás en tu casa. Espero que te gusten los Packers, porque cualquier fan de los Patriots tendrá que ver el partido desde fuera, y ahí solo se bebe la cerveza más barata.

Zachary se rio con entusiasmo mientras sacudía la cabeza.

—Ojalá pudiese quedarme, pero tengo a mi mujer en casa esperándome. Ya sabes cómo es. —Zachary nos miró a Kaylee y a mí con una sonrisa—. Bueno, a lo mejor todavía no, pero lo sabrás pronto.

Me obligué a reír y llevé mis habilidades de actuación al límite.

—Me muero de ganas.

Zachary se creyó la mentira.

—Solo quería pasarme y conocerte en persona. Me encantaría reunirme contigo pronto. Tengo entre manos una increíble adaptación de *La pimpinela escarlata* y creo que, si te tuviese en el reparto, me darían luz verde al proyecto.

Estuve a punto de quedarme boquiabierto, pero esa vez ni me molesté en ocultar la emoción.

—¿Vas a hacer *La pimpinela escarlata*?

Zachary arqueó las cejas.

—¿Conoces la historia?

¿Que si *conocía* la historia?

—Me *encanta*. He leído todos los libros. Mataría por hacer el papel de *sir Percy*.

Zachary se rio entre dientes.

—Sabía que eras el hombre con el que quería hablar. ¿Estás libre algún día de esta semana?

—Yo... espera. —Me giré hacia mis amigos, totalmente absortos con el partido—. ¡Ey, Scotty!

Había invitado a mi asistente, y el pobre chaval tenía un aspecto tan infantil que los demás no dejaban de vapulearlo. No había dejado de ruborizarse desde que había llegado, y pareció sentirse muy aliviado de que lo necesitara en ese momento.

—¿Qué pasa, Brian?

—¿Tenemos tiempo para reunirnos con el señor Goldberg esta semana?

—Haremos hueco.

—¡Yo también voy! —se acopló Kaylee—. Puedo traer a mi padre —le dijo a Zachary—. Es un gran fan de Brian, ya sabe. Apuesto a que los tres podremos convencerle de que firme lo que sea.

Zachary se relamió los labios y le dedicó a Kaylee la sonrisa más amplia que le había visto nunca a un hombre ya crecídito.

—Eso sería fantástico, Kaylee.

Los ojos de Zachary se iluminaron de un modo que me llevó a preguntarme si aquello no había sido parte de su plan. En Hollywood, todo era un juego de poder. Recaudar los millones y millones de dólares necesarios para financiar una película para el cine nunca era fácil fueses quien fueses, y que te dieran luz verde para rodar una obra histórica clásica como *La pimpinela escarlata* era casi imposible.

—Yo no conozco la historia —dijo Kaylee—, pero suena emocionante.

—Oh, lo es. Y estarías fabulosa vestida con un traje del siglo XVIII. Estoy seguro de que podré encontrarte algún papel en la película, si te interesa.

—Qué oferta más generosa, Zachary. Gracias.

Observé a los dos congraciarse como un pasmarote. Puede que odiase a Kaylee, pero tenía que reconocer el poder que yo, como actor revelación más atractivo de Hollywood, y Kaylee, la heredera del estudio de cine más grande de la ciudad, teníamos juntos.

Kaylee llevaba razón. Juntos podríamos hacernos con esta ciudad si realmente queríamos. El problema era que yo no quería. No si eso implicaba que Kaylee y yo tuviéramos que ser pareja para lograrlo. Por muy emocionado y alabado que me sintiese ante la posibilidad de trabajar con mi director favorito interpretando a otro de mis personajes favoritos, me preocupaba que a Kaylee le gustara demasiado el poder que teníamos y no quisiera dejarme marchar en cuanto la temporada de premios y galardones terminara. No sé cómo, pero cada vez me adentraba más en la boca del lobo.

## Capítulo 14

MI conversación seria con Juliette no cambió nada entre nosotras, pero le estaría eternamente agradecida por que me hubiese presentado a Vivian. No teníamos mucho en común; ella era una *prima ballerina* y le obsesionaba todo lo relacionado con la moda, mientras que yo me conformaba con leer libros y no había ido a un centro comercial desde hacía más de un año, pero nos llevábamos tan bien como dos hermanas que se habían reunido tras ser separadas al nacer.

Vivian volvió a comer conmigo al día siguiente y me invitó a su casa después del instituto para hacer los deberes allí. Sabiendo lo que me esperaba en casa, agradecí la oferta.

Vivía en un pequeño apartamento en West Hollywood. Era antiguo, estrecho y estaba un poco desorganizado. De hecho, parecía que la tienda de Jo-Ann Fabric hubiese explotado en el interior, pero al cabo de tres segundos se parecía más a un hogar que la propia casa de mi padre.

—Ignora el desorden —dijo Vivian mientras recogía un montón de tul rosa de la entrada y lo colocaba en el respaldo de una silla—. He intentado explicar a mis padres que se supone que los homosexuales son unos maniáticos de la limpieza, pero se niegan a escucharme.

Sus padres estaban en el comedor, perdidos entre un mar de telas de colores llamativos, lentejuelas, encaje y plumas. Uno estaba sentado tras una máquina de coser y el otro permanecía de pie y, con unos alfileres, sujetaba una manga del vestido que llevaba un maniquí. Ambos alzaron la mirada y sonrieron cuando entramos, y sus sonrisas brillaron tanto como el vestido en el que trabajaban.

El que estaba de pie se sacó un alfiler de la boca y dijo:

—Cielo, si hubiésemos querido dejarnos llevar por los estereotipos, nos habríamos hecho peluqueros.

—Lo dice el hombre que lleva una boa verde azulada.

—Vivian se echó a reír y señaló al hombre con la mano—. Stefan Euling, también conocido como papá. Papá, esta es

Ella. —Después señaló al hombre que trabajaba con la máquina de coser—. Y ese es Glen Euling. También responde cuando le llamo papá.

Tras saludarlos observé trabajar a Stefan durante un momento. La hilera de plumas alrededor de su cuello combinaba con las lentejuelas del vestido.

—Es para el dobladillo del vestido, ¿verdad? —pregunté—. ¿Van a hacer un vestido de baile de salón?

El hombre me sonrió como si no hubiese estado más orgulloso de alguien en su vida.

—¡Buen ojo!

—Mi madre salió con un bailarín profesional de salsa. A mí el baile nunca se me dio bastante bien, pero me *encantaban* los vestidos.

—Son los diseñadores principales de un *reality* llamado *Celebrity Dance Off* —explicó Vivian—. Como ves, les gusta traerse el trabajo a casa.

—¿En serio? —chillé—. ¡Me *encantáis*! ¡Vuestros vestidos son la única razón por la que veo el programa! ¿Ese vestido es para uno de los bailarines? ¿Es para Aria? Parece un vestido para Aria.

Vivian puso los ojos en blanco.

—Acabas de hacer dos nuevos amigos de por vida.

—Es para Aria —respondió Stefan—. Veo que eres seguidora de verdad, ¿eh? —Sus ojos me observaron de arriba abajo y dijo—: Utilizas una talla treinta y cuatro, ¿no?

Miré mi uniforme escolar y me sorprendió un poco que lo adivinase correctamente. No es que el conjunto fuese ceñido. Además, me había sacado la camisa de la falda en cuanto me subí al coche de Vivian.

—A pesar de la consternación de mi dietista, sí —repliqué y asentí—. Intenta que gane peso. ¿Cómo lo sabe?

Glen se echó a reír.

—Él siempre lo sabe. Este hombre tiene la habilidad de saber las tallas de

la gente. Si la mayoría de nuestra clientela no fuesen mujeres, estaría loco de celos.

—Es sano que un hombre sienta un poquito de celos

—bromeó Stefan—. Te mantiene a raya. —Antes de que Glen pudiese responder, Stefan me sonrió y añadió—: ¿Te gustaría probarte el vestido? Necesito hacer algunos arreglos y tienes casi la misma talla que Aria. Serías la sustituta perfecta.

Un ramalazo de ilusión me invadió al pensar en probarme el vestido, pero pronto se convirtió en horror al imaginarme con un vestido sin mangas y con la espalda al aire.

—Prometo no pincharte —me rogó.

—Oh, no es por eso. —Tragué saliva y me sentí como si hubiese engullido uno de los alfileres con los que había prometido no pincharme—. Es que, bueno, tuve un accidente de coche y yo...

—Ella, a ninguno le importará ver tus cicatrices, te lo prometo —me interrumpió Vivian. Sonaba firme pero amable, y sus ojos reflejaban que no dejaría que me negase.

—Pero es un vestido tan bonito. Arruinaría el efecto.

—¡Tonterías! —Glen alzó la mirada de lo que estaba cosiendo con el ceño fruncido—. Tienes cara de ángel. Esos ojos son preciosos. En todo caso, el vestido no merece que lo lleves *tú*.

Me sonrojé por la sonrisa que me mostró.

—Ella —dijo Vivian suavemente—, la verdadera belleza de una persona está en el interior. Si te sientes guapa, entonces le parecerás guapa a la gente sin importar el aspecto externo.

—Señaló el vestido colgado del maniquí—. Ese vestido haría que *cualquiera* pareciese guapa. Pruébatelo, por favor. ¿Lo harás por mí? Porque si no te lo pones para que lo vean, me obligarán a probármelo a mí, y ahora mismo tengo una tarea mucho más importante con la que lidiar.

—¿Qué tarea? —pregunté, distraída de mi ataque de pánico.

Vivian, con un brillo malicioso en los ojos, me enseñó un montón de trozos de tela y algo que parecía una pistola para pegar joyas.

—Voy a tunear tu bastón.

Diez minutos después, salí de detrás de la cortina tras la cual me había

cambiado y puesto ese vestido, que parecía hecho para una reina. La falda caía hasta el suelo y me cubría las piernas, pero la espalda, los hombros y el brazo derecho estaban expuestos. Me aclaré la garganta para llamar la atención de todos y aguanté la respiración a la vez que trataba de no temblar mucho mientras me valoraban.

Todos vieron mis cicatrices y no pude culparlos; hubiese sido imposible que no mirasen, pero no se detuvieron demasiado tiempo y pasaron sus ojos por el resto de mi cuerpo.

Glen se levantó de su asiento junto a la mesa del comedor, que también usaba como mesita de coser, y se situó delante de mí con los brazos cruzados sobre el pecho. Stefan se colocó a su lado y ambos empezaron a dar vueltas a mi alrededor como un par de leones acechando a una gacela.

—Somos *buenos* —dijo Glen al final, y esbozó una amplia sonrisa.

Glen movió el dedo en círculos como si quisiera que me diese la vuelta. Lo hice y me situé frente a un espejo de cuerpo entero. Di un grito ahogado al contemplar mi reflejo. Glen me recogió el pelo y dejó varios rizos oscuros alrededor de mi cara.

—¿Qué te había dicho? —preguntó—. Un ángel.

Tenía razón. Estaba genial y ni siquiera llevaba maquillaje. El vestido y la forma en que Glen y Stefan se colocaron detrás de mí, con una sonrisa casi reverencial hacia la chica del espejo, me hicieron sentir preciosa por primera vez desde mi accidente.

Mis ojos brillaron y me di la vuelta para mostrarle mi mejor sonrisa a Vivian.

—*Adoro* a tus padres.

—No dirás eso dentro de unas horas cuando te duelan los pies, tengas que ir al baño y no puedas por los alfileres

—bromeó, pero la sonrisa en su cara demostraba lo mucho que los quería y lo orgullosa que estaba de ellos.

—*¿Horas?* —inquirí mientras Stefan me ayudaba a subirme a una banqueta.

Stefan le restó importancia con un gesto de la mano como si hubiésemos dicho una tontería.

—Es un pequeño precio que pagar por tal obra de arte

—respondió, y se metió un puñado de alfileres en la boca.

Tanto él como Glen se pusieron de rodillas a mis pies. Mientras Glen alzaba la parte baja del vestido y estiraba el material, Stefan se quitó las plumas del cuello y agarró un alfiler. Tuvo mucho cuidado a la hora de encontrar el sitio correcto para unir las plumas al dobladillo del vestido. Eran como un par de cirujanos operando a un paciente. Podría estar horas allí de pie.

—¿No son parientes de mi fisioterapeuta, verdad? —les pregunté—. A él también le encanta buscar formas originales para torturarme.

Eso hizo que los tres rompieran en carcajadas. Glen me miró con ojos brillantes y señaló a Stefan.

—Yo que tú no le haría reír así. Mentía sobre su habilidad de no pincharte.

Todos nos volvimos a reír, pero a pesar de la advertencia de Glen, no sentí daño alguno. Tras aquello, Stefan y Glen continuaron trabajando en el vestido y Vivian pegaba trozos de tela a la barra de metal de mi bastón. Podría parecer una pieza hecha de retazos o algo sacado de una película de Tim Burton. Cuando llevábamos un minuto sumidos en un cómodo silencio, Vivian dijo:

—Verás, me siento al lado de Rob Loxley en la séptima clase...

Me sonrojé porque reconocí el nombre, era el chico que Juliette había dicho que le gustaba. Vivian no se dio cuenta. Estaba concentrada exclusivamente en el proyecto que tenía frente a ella.

—Es un chico muy majo —continuó—, Y también guapo, aunque callado. No me ha hablado mucho en todo el año y, de repente, desde ayer parece un loro.

Mi cara empezaba a transmitir calor.

—Vaya, qué raro.

Vivian me miró un momento y después siguió con su tarea de cortar y pegar.

—Traté de pensar qué había sucedido estos dos días para se interesase en hablar conmigo, pero no ha cambiado nada. Nada excepto que me he hecho amiga *tuya*.

Por fin dejó lo que tenía entre manos y me miró para dejarme claro que

ambas sabíamos a lo que se refería. No era necesario negarlo.

—Juliette me dijo que le gustaba. Se ofreció a darle mi número. Le dije que lo pensaría.

—¿Que lo *pensarías*? ¿Por qué?

—No lo sé.

—Es un chico decente, Ella. No le importarían las cicatrices ni el bastón. Sobre todo después de que lo deje tan mono.

—Puede, pero ese no es el único problema. Mentalmente, no estoy en mi mejor momento. No sé si tener una relación sería una buena idea.

Vivian frunció el ceño.

—Eso suena sospechosamente a una excusa. ¿Seguro que no te asusta?

—Estoy aterrorizada —admití.

Vivian lo tuvo en cuenta y negó con la cabeza.

—Bueno, ¿quién dice que tengas que empezar una relación? Tal vez podríais ser amigos. Me dijiste que tenías órdenes de tu doctora de hacer más amigos.

—Sí. Supongo. Eso creo.

—Podrías traerlo aquí para ver una película este viernes con otros chicos de la escuela de baile —sugirió Glen. Mi cara enrojeció más al darme cuenta de que intentaba ejercer de casamentera—. Eso por fin nos obligaría a tu padre y a mí a limpiar.

Vivian pegó un bote como si pudiese agarrar la idea del aire y hacerla realidad.

—Oh, ¡me gusta! —No sabía si estaba más entusiasmada por juntarme con Rob o por que sus padres limpiasen—. ¿Qué te parece? —inquirió.

En lugar de darle una respuesta inmediata, aunque sabía que al final se saldría con la suya, me salvó el teléfono, que empezó a sonar.

—¡Yo lo cojo! —exclamó Vivian y rebuscó en mi mochila.

—No pasa nada, seguro que es Cinder. Puede dejar un mensaje.

—¿Cinder? ¿Ese es el chico que *no* es tu novio pero te manda mensajes como una niña de doce años a su primer amor?

Me reí. Era una comparación justa.

—Le he recomendado muchas veces que busque ayuda para su adicción al móvil, pero nunca me escucha cuando le digo algo.

—Bueno, entonces no podemos dejar que la llamada vaya al buzón de voz porque llamará una y otra vez hasta que contestes.

—¡Vivian! —la avisé, pero ella ya había cogido mi teléfono.

—Tranquila, pondré el altavoz. Me podrás interrumpir siempre que quieras. —Aceptó la llamada e imitó lo mejor que pudo a una alegre secretaria—. Muchas gracias por llamar al teléfono de Ellamara. Me temo que actualmente la sacerdotisa se encuentra ocupada prestando su cuerpo a un par de hombres atractivos y no puede contestar su llamada. ¿Querría dejar un mensaje a su tan útil asistente barra mejor amiga?

Me tragué la risa, pero Cinder no se quedó sorprendido.

—Gran enunciación y entonación, pero hay dos cosas incorrectas en ese pequeño discurso. En primer lugar, *yo* soy el mejor amigo de Ellamara. *Yo*. No tú, seas quien seas. *Yo, yo, yo*.

Vivian me miró con curiosidad, divertida por el pequeño indicio de cabreo en la voz de Cinder. Yo puse los ojos en blanco, pero sonreía como una idiota.

—Y ya que soy Cinder, genial príncipe del reino —continuó él como un tonto—, tengo derecho de disciplinar a cualquiera que me la robe. Te lo advierto, el castigo por un delito tan atroz es la muerte por gusanos carnívoros.

Me eché a reír, pero Cinder no me oyó porque Vivian prorrumpió en unas carcajadas más ruidosas.

—¿*Gusanos carnívoros*?

Cinder permaneció serio al cien por cien.

—Claro que sí, gusanos carnívoros. Es una forma letal, dolorosa y grotesca de morir. Altamente indigna. No la recomendaría. Si fuera tú, me quedaría solo con el título de asistente y quizá, si pruebas tu valía, puedas ser la segunda mejor amiga de Ellamara. —Se detuvo un segundo y añadió—: *Segunda por mucho*.

Vivian volvió a reírse.

—Vaya, gracias. ¿Has terminado?

—Para nada. Todavía queda pendiente el tema de aquellos dos futuros cadáveres de hombres que retienen a mi señorita.

Las cejas de Vivian se alzaron y su sonrisa se tornó maliciosa.

—¿Qué ocurre, príncipe Cinder? ¿Estás celoso?

—Por supuesto que lo estoy. Los príncipes no compartimos. Pero aparte de eso, sean quienes sean, no son lo bastante buenos para Ella.

—¿Y eso cómo lo sabes? —inquirí, incapaz de aguantar más.

—Ah, *ahí* está mi chica.

La voz de Cinder se tornó más cálida y entonces Vivian me miró con los ojos como platos. Traté lo mejor que pude de no sonrojarme, pero sabía que mantendría una larga conversación con ella en cuanto la llamada finalizase.

—¿Cómo sabes que no son lo bastante buenos para mí?

—volví a preguntar solo para que Vivian centrase su atención en otra cosa que no fuera yo.

—Porque ningún hombre es bastante bueno para ti, Ella. Todos son unos canallas. Así que nada de prestar tu cuerpo a ninguno de ellos. Nunca. Lo prohíbo. Bueno, con la excepción de Brian Oliver. Te permito que él te seduzca de todas las formas poco caballerosas imaginables.

Vivian me miró extrañada, e incluso Glen y Stefan se giraron hacia mí tras aquel comentario tan brillante. Lo único que pude hacer fue reírme y sacudir la cabeza avergonzada.

—Tu encaprichamiento por el chico prodigio de Hollywood es inquietante, Cinder. En serio.

—Te gustaría. Admítelo.

—Sé que te gustaría *a ti*.

—A *mí* me gustaría —opinó Vivian.

—¡A mí también! —chilló Glen, y le guiñó el ojo a Stefan.

—Yo fantaseo con él normalmente —añadió Stefan, y todos nos echamos a reír.

Lo raro fue que Cinder no pareció encantado con el festival del amor por Brian Oliver.

—Espera. ¿Quién ha hablado? —quiso saber—. ¿Hay hombres que te están *atacando* ahora mismo?

—Claro que no —me reí. Entonces, como no me pude contener, añadí—: Están siendo muy cuidadosos. Stefan ni siquiera me ha hecho daño todavía.

—¡Ellamara!

Su miedo era tan genuino que me retorcí y estallé en carcajadas hasta que

Stefan y Glen me gritaron que me quedara quieta.

—¡Lo siento! —grité, todavía entre risas—. Ya paro de burlarme. Sabes que eres el único hombre de mi vida.

—Como debería ser.

—De hecho, eso no es del todo cierto —interrumpió Vivian. El tono pensativo de su voz me puso nerviosa—. Dices que eres su mejor amigo, ¿verdad?

—Lo soy —prometió Cinder con energía.

—Entonces quizá puedas ayudarme a convencerla de tener una cita con un chico del instituto. Es muy dulce y a él le gusta mucho, pero ella tiene miedo de darle una oportunidad.

Sentí que mi cara palidecía. No quería escuchar su respuesta. Me mataría cuando dijese que se alegraba por mí y me animase a hacerlo. Que era lo que pensaba que haría. Y así fue. O algo así. Creo.

—Ella... —Su voz se suavizó como sucedía a veces, como si en caso de poder estrecharme entre sus brazos, lo fuera a hacer—. ¿De qué tienes miedo? Cualquiera en su sano juicio se enamoraría de ti.

Stefan suspiró y Glen se llevó una mano al corazón. Vivian casi se derritió en la silla. ¿Y yo? Hice lo más vergonzoso del mundo: echarme a llorar. No sollozos en alto, pero mis ojos se anegaron en lágrimas y Vivian tuvo que darme un pañuelo.

—¿Sabes? No tiene por qué ser *Rob* quien salga con ella —dijo Vivian. Mi estómago estuvo a punto de explotar de la ansiedad cuando me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer, pero antes de poder detenerla, prosiguió —: Ella y yo veremos una película en mi casa este viernes por la noche. Podrías venir en lugar de Rob.

Se me detuvo el corazón. ¿Cómo es posible que no lo intuyera en cuanto Vivian contestó la llamada? ¿Cómo podía haber dejado que sucediese?

Cinder nunca me había pedido que quedásemos. Ni una vez. Nunca había dado muestras de querer hacerlo. La única vez que salió el tema fue cuando descubrió que me había mudado a Los Ángeles y, después, dijo que le gustaba que no nos hubiéramos conocido en persona.

Sé que yo también dije que no quería conocerlo, pero claro que quería. Muchísimo. Todos los días deseaba que nos viéramos y nos enamorásemos. Pero tenía miedo de que no le gustara porque mi cuerpo estaba roto y lleno

de cicatrices. Eso o que empezase a tratarme como mi padre y Jennifer: como si no solo mi cuerpo estuviese roto, sino también yo.

Si Cinder alguna vez empezaba a tratarme como si estuviera hecha de cristal, me mataría. Pero, al fin y al cabo, Vivian no iba con pies de plomo conmigo, y si a ese tal Rob le gustaba tal y como era, quizá también podría gustarle a Cinder.

Yo no era una de las supermodelos de Cinder, pero le importaba. Eso tenía que servir para algo. Quizá eso fuera algo bueno. Quizá Vivian nos daría el empujón que necesitábamos.

Contuve la respiración mientras esperaba la respuesta de Cinder. Él no dijo nada durante unos segundos y Vivian comprobó que la llamada no se hubiese cortado.

—¿Hola?

—No puedo.

Cerré los ojos para que las lágrimas no me cayesen por las mejillas. No quería verme. En el fondo, lo sabía. Habíamos tocado el tema levemente el tema en otras ocasiones, pero ninguno lo había dicho de forma directa. Me dije que él se sentía tan nervioso como yo y que algún día llegaríamos a dar ese paso, pero su «No puedo» sonó inapelable. Estaba segura de que notó que me temblaba la voz cuando respondí.

—No pasa nada.

—Tengo que salir con la fierecilla el viernes —explicó casi como si fuera un comentario adicional—. Vamos a cenar con su padre y más gente. No puedo escaquearme.

Vivian trató de ayudar, pero no se dio cuenta de lo que pasaba al continuar:

—Entonces lo hacemos el sábado. ¿Estás ocupado ese día?

—Yo... —La voz de Cinder se apagó y bufó frustrado—. ¡Mierda! Ella... Yo... Yo... *No puedo*.

Parecía atormentado y me asusté al instante.

—No pasa nada —respondí con rapidez. No quería que eso hiciese que las cosas se volvieran incómodas entre nosotros para siempre—. No te preocupes. Lo entiendo.

—Lo siento.

—Vale.

Un silencio pesado se instaló en la habitación. Vivian y su padre ni se atrevían a moverse. No tenían ni idea de qué pasaba, pero sabían lo suficiente como para quedarse en silencio. Cinder fue el primero en hablar. Se aclaró la garganta y dijo:

—¿Te parece bien que leamos esta noche?

Sonaba extraño. Vacilante. Muy diferente a lo seguro que se mostraba siempre.

Aunque yo sabía la respuesta, me llevó un minuto decir que sí. Estaba más triste de lo que quería hacerle notar. Se me rompió el corazón, pero supe que jamás podría dejar de hablar con él aunque, a partir de ahora, eso significase sufrir cada vez que lo hiciera.

—Claro.

Dejó escapar un suspiro, aliviado.

—He encontrado un nuevo libro que creo que nos gustará. Por eso te he llamado. He pensado que podríamos probar a hacerlo juntos.

—Suenan bien.

—Vale. ¿Me llamas luego? —Aún parecía inseguro.

—Hecho.

Indiqué a Vivian que colgase antes de que se notase que tenía la voz rota. En cuanto se cortó la llamada, Vivian me miró asustada.

—La he cagado. No sé cómo, pero soy consciente de que ha sido horrible.

—Es una larga historia.

Mi cuerpo se debilitó con tanta rapidez que Stefan tuvo que apresurarse a ponerme recta. Me ayudó a bajarme del taburete y dijo que habíamos terminado por hoy. Tras aquello, Vivian se ofreció a llevarme a casa. Todos se dieron cuenta de que mi conversación con Cinder —su rechazo oficial, más bien— me había dejado exhausta.

## Capítulo 15

Cuando llegué a casa eran un poco más de las cuatro, así que me sorprendió escuchar el tono alegre de mi padre desde la cocina.

—¡Eso no tiene gracia! —exclamó entre risas.

Entonces escuché que Anastasia y Juliette se echaban a reír. El ambiente era alegre, ligero. Al principio eso me hizo sonreír, al igual que a todo el mundo, porque el buen ambiente suele ser contagioso, pero desapareció en cuanto me di cuenta de que no les había oído actuar con tanta naturalidad desde que llegué. Se divertían como una familia feliz. Era evidente que no era nada nuevo, bromeaban y disfrutaban de la presencia de los demás. Se sentían así porque yo no estaba. Juliette tenía razón. Estaba destrozando a su familia.

Me quedé paralizada en la entrada, incapaz de entrar en la cocina y anunciar que había llegado a casa. No quería ser un estorbo para ellos, no quería ser quien les cortara el rollo. No quería arruinar la familia. Excepto Anastasia, los demás no eran malos. Merecían ser felices. En cuanto supiesen que había llegado, la diversión acabaría. El espeso y pesado manto de incomodidad nos envolvería como un destino inevitable e ineludible.

Decidí no entrar. No tenía adonde ir, pero pensé que, al menos, podría hacer los deberes en el porche de la entrada o algo durante un rato, y así les daría un respiro de mí. Lo necesitaban.

Antes de poder escapar, Jennifer apareció por la esquina y me vio. Sus ojos brillaron y tardó un segundo demasiado largo en sonreír.

—¿Ya has vuelto de casa de tu amiga?

—Ha surgido algo.

—¿Va todo bien?

—Sí.

Dudó, pero no preguntó nada más.

—Puedo irme, si queréis.

Jennifer se encogió al escucharme.

—¿Qué?

Señalé la entrada con el pulgar.

—Si queréis que me vaya un rato, daros algo de tiempo, puedo hacer los deberes en el porche o algo así.

Al principio pareció discrepar y después sacudió la cabeza.

—¿Por qué dices algo tan ridículo?

Suspiró cuando alcé una ceja, desafiándola a que dijese lo contrario.

—Lo siento, Ella. No eres tú. Odio ver que Anastasia lo pasa tan mal. Se ha convertido en una chica diferente desde que llegaste.

Parecía que Jennifer buscara mi comprensión, pero Ana se estaba comportando como una malcriada. A todos nos costaba continuar con esta situación. Ana tenía que aguantarse, como el resto.

—Yo no intento ser hostil.

Jennifer suspiró y se sentó en el banco al lado de la entrada. Me sorprendió cuando dio una palmada a su lado. Me senté junto a ella y esperé a que respondiese.

—Mi ex no fue un buen hombre. Fue violento con las chicas y conmigo. Conocí a Rich cuando él realizaba un trabajo no remunerado para una casa de acogida para mujeres maltratadas donde yo vivía, o, más bien, donde me escondía de su padre.

Aquello me sorprendió. Hasta entonces no sabía cómo mi padre y Jennifer se habían conocido. Tal y como mi madre hablaba de ella, siempre había supuesto que había sido su camarera en un Hooters o algo así.

Pero la historia sí que reflejaba cómo era papá. Siempre intentaba ser un héroe y salvar a alguien. Era muy inteligente y obtuvo las mejores calificaciones en una de las mejores facultades de Derecho del país.

Podría haber sido un magnífico abogado societario con un gran sueldo, pero él siempre quiso ayudar a la gente. Fue abogado de oficio antes de

empezar a trabajar como fiscal del distrito designado por el Estado. Al oír la historia de Jennifer, por fin vi por qué estaban juntos. Él era el caballero de brillante armadura y ella su preciosa damisela en apuros.

Mi padre era como un Hércules moderno, y aquello hizo que su abandono doliese mucho más. Siempre me había preguntado cómo un héroe que pasaba tanto tiempo ayudando al resto podía ser el villano de mi historia. ¿Cómo pudo un hombre como él simplemente irse y dejarnos a mamá y a mí solas?

—Rich entró en nuestras vidas como un ángel de la guarda —dijo Jennifer, e interrumpió mis pensamientos—. Nos salvó y nos enamoramos de él. Ana, sobre todo, le tiene muchísimo cariño. Siempre ha sido una niña de papá. Creo que teme que te lleves a su padre.

—No creo que tenga que preocuparse por eso —murmuré, y me levanté.

No quería oír nada más. Era como echar sal sobre mis heridas. Él había escogido interpretar el papel de héroe y ser el mejor padre del mundo. Pero había elegido hacerlo para otra familia. Tuve que tragarme el sentimiento amargo que se había instalado en mi estómago.

Jennifer se levantó conmigo y posó una mano en mi brazo.

—Lo sé —respondió, dándome la razón—. Rich tiene espacio en su corazón para ambas, pero Ana no lo sabe todavía.

Yo también lo dudaba.

—Siento que se haya portado mal contigo, Ella, y le pondremos freno a eso, pero ¿podrías tratar de ser amable con ella y hablarle de vez en cuando?

Aquello me enfadó y retiré el brazo de su mano.

—Puede que me defienda cuando me obliga a ello, pero nunca me porto mal con ella.

—Pero tampoco eres agradable. —Me quedé pasmada por su forma de ir al grano. La cara de Jennifer se suavizó y se transformó en una expresión de desesperación—. Sé que no se lo merece, pero una de vosotras tiene que ser mejor persona y ser la primera en actuar con amabilidad. Odio admitirlo, pero por lo que sé de ti, creo que tú eres más fuerte en ese sentido. —Me sonrió con los ojos anegados en lágrimas y una mezcla de tristeza y orgullo, incluso un poco de celos—. En ese sentido, eres como tu padre.

No sabía cómo responder a eso. Ni siquiera sabía cómo sentirme. ¿Me gustaba que me comparasen con mi padre o que Jennifer me halagase,

aunque lo dijese con pequeñas puyas?

Me volví a sentar. La conversación me había pillado por sorpresa y necesitaba un minuto para recobrar-me. Creo que Jennifer se percató, porque me dio una palmadita en el hombro y se dirigió a la cocina con su familia tras decir:

—Cuando estés lista, en la cocina intentamos decidir qué cenaremos hoy. Es una noche especial, así que vamos a celebrarlo. Más vale que no esperes mucho si quieres opinar.

Se me contrajo el corazón. Tras esa conversación y lo que había sucedido antes con Cinder, no creía poder soportar otro debate sobre la cena familiar como el anterior. Mientras llegaba a la cocina me pregunté si la excusa de que me doliera la barriga por la regla serviría.

Tal y como me esperaba, la cara de las chicas se tornó más seria y dejaron de reír al instante. Mi padre parecía sorprendido, pero verme no le cortó el rollo. Su voz no perdió entusiasmo y sus ojos siguieron igual de vivos.

—Has llegado pronto.

—Tú también.

—El juicio ha terminado. He decidido tomarme el resto del día libre para celebrarlo.

—Por lo que veo el caso ha ido bien, ¿no?

Mi padre hinchó el pecho y su pequeña sonrisa se ensanchó de oreja a oreja.

—Hemos pillado al cabrón.

Conseguí sonreír para él. Fue una sonrisa pequeña, pero al menos fue sincera.

—Me alegro.

Mi padre llevaba trabajando en ese caso desde antes de mi accidente, y su equipo había tenido problemas con él debido a que tuvo que pasar mucho tiempo en Boston conmigo. Me aliviaba saber que había ganado el caso, y no solo porque había procesado a un hombre acusado de secuestrar y matar a tres niñas.

—Verás, cielo, iremos a cenar para celebrarlo, pero tenemos problemas para ponernos de acuerdo.

—¡Providence! —insistió Juliette.

—No —gimió Anastasia. Creo que era la primera vez que estaba de acuerdo con ella sobre algo—. Ya comimos sushi la última vez.

—¿Y un italiano? —sugirió papá.

—¡No! —chilló Jennifer, horrorizada—. ¡Nada de restaurantes con colines y crema bechamel el día de antes de una sesión de fotos! ¡Me mataríais!

La sonrisa malvada de papá me hizo pensar que solo había sugerido la comida favorita de Jennifer para picarla.

—Quiero ir a un mexicano —dijo Anastasia—. Nunca comemos mexicano.

—Porque no hay ningún mexicano decente cerca —razonó Juliette.

—El Gloria's —respondió Anastasia, como si con eso lo dijera todo.

—He dicho *cerca*. Gloria's está en Culver City. Tardaríamos un par de horas en llegar.

—Un mexicano suena bien —opinó mi padre, y se frotó la tripa. Me sonrió de forma conspiratoria—. Aunque ningún restaurante se compararía a la comida de tu madre.

Se me heló la sangre en las venas ante la mención de mamá. Mi padre no pareció darse cuenta de que me había dado un ataque al corazón. Sonreía a Anastasia y Juliette.

—La madre de Ella era la mejor cocinera del mundo. Cuando rompimos, lo que más eché de menos fueron las enchiladas con chili verde de Lucinda.

Habría sentido lo mismo si me hubiese apuñalado el corazón con un cuchillo carnicero. De hecho, probablemente eso habría dolido menos y se habría curado antes. Tomé aire dolida al mismo tiempo que Anastasia se reía y decía:

—¡Toma!

—¡Papá! —siseó Juliette.

Mi padre tardó un minuto en entenderlo. Vi que rebobinaba la conversación en su cabeza y palideció.

—¡Oh, no! ¡Cielo, no! No quería decir eso. También te echaba de menos a ti, por supuesto.

Eso tenía que ser mentira. No había pensado en mí todos esos años,

porque incluso ahora, conmigo delante, yo no había sido más que un pensamiento tardío. Juliette había tenido que ayudarlo a darse cuenta.

Estaba a punto de dirigirme a mi habitación con paso rápido —a la mierda las reglas de la doctora Parish—, pero cuando me di la vuelta mis ojos se toparon con los de Juliette y fui incapaz de moverme. Juliette no me miraba con malicia, en todo caso se sentía mal por mí; pero verla me recordó lo que ya me había dicho. No podía huir.

Tras tomar aire, me giré y meforcé a hablar. No podía decir que no pasaba nada o que estaba bien, porque todo el mundo se daría cuenta de que era mentira, así que opté por cambiar de tema radicalmente.

—¿Queréis que os haga enchiladas?

El conejo de Pascua podría haber bajado por la chimenea con metralletas y disparando a diestro y siniestro y a todo el mundo le habría sorprendido menos. Papá se tiró de la oreja como si hubiese escuchado mal.

—¿Qué?

—Me gustaba mucho cocinar —expliqué, incómoda—. Mamá me enseñó a preparar sus enchiladas suizas cuando tenía doce años. Si queréis cenar eso, puedo prepararlas.

La familia entera se quedó tan pasmada que me sentí estúpida por ofrecerme. Mi cara enrojeció de la vergüenza y traté de recular.

—Pero si queréis salir a cenar, no pasa nada. Haced lo que queráis. Lo más seguro es que no tengamos lo necesario. Voy a cambiarme.

Mi retirada hizo que mi padre y Jennifer reaccionasen.

—Puedo ir al supermercado y comprar lo que necesites —dijo Jennifer rápidamente en cuanto me moví. Su cuerpo temblaba, como si le resultase difícil contener su entusiasmo—. Trader Joe's está cerca, al bajar la colina.

Miré a mi padre y esperé a que él tomase la decisión. Se mordió el labio y vaciló un segundo, pero después preguntó en voz baja:

—¿De verdad nos harías las enchiladas de tu madre?

Asentí, pero bajé la mirada hacia mi mano derecha y me encogí de hombros.

—Uno de vosotros tendría que cocinar buena parte de las cosas. No puedo cortar ni hacer cosas así, pero os puedo guiar.

Mi padre empezó a sonreír y después enmascaró su emoción en una

expresión neutral. Quizá tenía miedo de convertir la cena en algo importante y que yo cambiase de opinión.

—Me gustaría —dijo, tragando con fuerza—. Me gustaría mucho.

Veinte minutos después, mi padre y yo estábamos en la cocina con delantales de puntitos rosas y blancos que, puestos, hacían juego. Papá había sacado los ingredientes de las bolsas de la compra y los había situado en la encimera como si fuésemos los protagonistas de nuestro propio programa del canal Food Network. Sujetaba una cuchara de madera y otra de postre en las manos con el ceño fruncido mientras Jennifer alzaba el teléfono y decía:

—¡Sonreíd!

Papá se colocó a mi lado, hinchó el pecho cubierto por el delantal y sonrió orgulloso. Yo también lo hice, pero probablemente parecía nerviosa, porque era la primera foto que nos sacaban juntos desde hacía nueve años. Me sorprendió que después de que Jennifer la sacase, me muriese por que me la enviara. Pero me daba vergüenza pedírselo, aunque esperaba que lo hiciera de todos modos.

En cuanto terminamos de posar, mi padre volvió a mirar las cucharas.

—¿Cómo sabes cuál es la del té?

Miré a Jennifer y ella se rio.

—No, no es una broma.

—La clave para unas buenas enchiladas suizas —dije al tiempo que le quitaba a mi padre las cucharas de las manos para sustituirlas por una cebolla y un cuchillo— es que la salsa esté en su punto. Es un equilibrio delicado entre la nata y el golpe de sabor, por lo que yo mediré los ingredientes y tú cortarás. Si la memoria no me falla, lo único que sabías preparar eran cereales con leche.

Papá se resignó a colocarse frente a la tabla de cortar y suspiró.

—Sí, pero tienes que admitir que me salían de rechupete.

—Y aún lo hacen. —Juliette se sentó en una banqueta y paseó la vista por la cocina con evidente curiosidad. Sonrió a mi padre con suficiencia—. Solo tiene que esconder las pruebas para que mamá no las vea. Ella no permite cereales azucarados en casa, así que guarda los Froot Loops y los Lucky Charms en el armario que hay encima de la secadora, en la despensa, y solo se los come cuando mamá no está.

—¿Qué? —chilló papá—. ¡No es cierto! ¿Cómo lo sabes?

Juliette y yo nos miramos a los ojos y estallamos en carcajadas. Jennifer besó el puchero de mi padre.

—*Todos lo sabemos, cielo* —bromeó y se unió a nuestras risas. Poco después, mi padre también empezó a reír, hasta el punto de que las lágrimas le recorrían las mejillas, y no debido a la cebolla que cortaba.

Todo se desarrolló con naturalidad mientras cocinábamos y, al final, Juliette preguntó si podía ayudar. Se asustó ante la idea de freír el pollo o las tortillas. Por lo visto recelaba de los fogones al igual que papá, así que le pedí que rallara el queso.

Jennifer se quedó sentada en la encimera todo el rato, pero se negó a levantar un dedo con la excusa de que había demasiados pinches en la cocina. Se notaba que le gustaba que, por una vez, otra persona se encargase de preparar la comida, aunque observaba la mantequilla, el queso y la nata para montar con una inquietud que me hacía reír.

La cena resultó ser un éxito. La comida estuvo genial y el ambiente se mantuvo más calmado que nunca desde que llegué a la casa de los Coleman. Incluso Anastasia cenó sin dedicarme ningún insulto.

Mi padre se comió hasta la última migaja de su plato y después se recostó y gimió.

—Ellamara, eres increíble. Creo que estas enchiladas han sido incluso mejores que las de tu madre.

Sentí calidez al oír el primer cumplido genuino que había recibido de mi padre. Pero tuve que sacudir la cabeza.

—Ni de lejos. Pero mi abuela me enseñó el secreto de sus sopaipillas antes de morir, y esas sí que conseguí prepararlas mejor que mamá. Quizá en Navidad podríamos...

Mi voz se apagó cuando me invadió la pena. Me acerqué la servilleta de tela a los ojos y murmuré una disculpa con incomodidad.

—¿Qué le pasa? —murmuró Anastasia.

Juliette trató de desviar la pregunta de Anastasia al inquirir:

—¿Qué es una sopaipilla?

Papá aceptó el salvavidas que le ofreció Juliette.

—Tal y como las hacía su madre, eran como dónuts fritos cubiertos de

sirope de arce. Estaban deliciosas. Era nuestro desayuno en Navidad, con chocolate caliente. A Ella siempre le hacían más ilusión las sopaipillas que los regalos.

—Era una tradición —susurré, y caí en un pozo de recuerdos—. El año pasado fue el primero que me las perdí.

—Entonces estas Navidades tendrás que comer el doble para compensarlo —respondió papá.

Levanté la cabeza y me sentí ridícula cuando mis ojos se anegaron en lágrimas.

—¿En serio? ¿Podemos hacerlas en Navidad? ¿No os importaría?

—Claro.

—Sí, creo que me gustaría esa nueva tradición —añadió Juliette—. Normalmente desayunamos en Navidad el chocolate que encontramos en nuestros calcetines.

Salvamos el ambiente, pero parecía frágil. Quizá tenía que ver con la forma que Anastasia echaba chispas por los ojos al tiempo que se miraba el regazo. Todos nos dimos cuenta y tratamos de ignorarla lo mejor posible, ya que deseábamos que no estallase.

Papá trató de seguir con la conversación.

—¿La abuela te contó el secreto? ¿De verdad?

Sonreí.

—Hay que usar chancaca en lugar de azúcar moreno. Es difícil de encontrar, pero la diferencia es abismal. Nunca se lo dije a mamá. La abuela me hizo prometerlo con el dedo meñique. Eso volvió loca a mamá.

Mi padre se rio y yo sonreí de nuevo. Era surrealista estar sentado con él recordando a mamá. Cuando falleció me sentí como si no pudiese hablar de ella porque no tenía con quien hacerlo. Nadie más la conocía. Pero papá estuvo casado con ella durante ocho años. Había pasado tanto tiempo que apenas lo relacionaba con el hombre de mis recuerdos de la infancia.

—Tu abuela... —exclamó Juliette sacándome de mis ensoñaciones—. ¿Es la madre de tu madre, verdad?

Asentí.

—¿Vive en Boston?

Expulsé aire.

—Murió cuando yo tenía catorce años. El abuelo cuando tenía once, y mamá era hija única, así que nos quedamos solas cuando la abuela falleció. No tenía más familia.

—Sí que la tenías —explotó Anastasia—. Tenías un padre.

Mi padre había estirado la mano para coger la copa de vino pero se le resbaló y lo derramó en el mantel. Anastasia me fulminaba con la mirada y no se dio cuenta.

—No eres huérfana, Ella —añadió.

—Nunca he dicho que lo fuese —murmuré.

El buen ambiente se disipó. No había forma de recuperarlo. La incógnita que quedaba era: ¿cómo de grave sería la explosión? Con Anastasia nunca se sabía.

—¿Por qué no nos hablaste nunca de ella? —preguntó Anastasia a mi padre de repente—. Ni siquiera sabíamos que existía hasta que la policía llamó tras su accidente.

Eso no lo sabía. Alcé la mirada para confirmarlo. Mi padre no me miró a los ojos, así que me volví hacia Juliette. Su mueca lo confirmó. Anastasia decía la verdad. Nunca les dijo que tenía una hija. No significaba nada para él.

No me di cuenta de que había comenzado a llorar hasta que sorbí y, al instante, todos me miraron.

—Yo sí había oído hablar de ella —susurró Jennifer en voz baja—. Me contaba historias de ti cuando empezamos a salir.

—¿Te contó que aún estaba casado cuando empezasteis a salir? —pregunté honestamente. No porque quisiera herir los sentimientos de nadie o porque quisiera restregarle sus errores en la cara, sino porque necesitaba saberlo.

Jennifer debió de ver la desesperación en mi rostro porque cerró los ojos y asintió.

—Sí.

—¿Por qué no nos contaste nada sobre ella? —insistió Anastasia—. Si tanto la querías y tenías tantos recuerdos divertidos de ella, lo normal es que la hubieses mencionado de vez en cuando o hubieses tenido una foto de ella en algún lado.

Mi padre no respondió, así que Anastasia dirigió su enfado hacia mí.

—¿Por qué no llamaste o le enviaste fotos del colegio o algo?

—Ana —rogó mi padre.

Su ruego no importó. Ni a Anastasia ni a mí. No necesitaba que él librase mis batallas. Estaba cansada y asqueada de que Ana hubiese hurgado en una herida que ya era dolorosa de por sí. Me senté todo lo recta que pude, cuadré los hombros y la miré a la cara.

—Le envié fotos, dibujos, postales y cartas para contarle lo mucho que lo quería y lo mucho que lo echaba de menos. Le *supliqué* durante *años* que viniese a verme. Fue él quien nunca me contestó o llamó. Durante los primeros años lo único que recibía eran tarjetas de cumpleaños o felicitaciones de Navidad, pero incluso esas dejaron de llegar al cabo de un tiempo, así que me rendí. Una chica es capaz de aguantar rechazo hasta cierto punto y, después, su orgullo toma las riendas.

Anastasia me fulminó con la mirada, pero no tuvo una réplica mordaz. Fue mi padre quien rompió el silencio.

—Lo siento, cariño.

Apenas pude escucharlo. Fingí que no le había oído y miré a Jennifer.

—¿Puedo retirarme?

Unas lágrimas brotaron de los ojos de Jennifer y rodaron por sus mejillas cuando asintió.

Lo último que escuché antes de huir hacia mi habitación fue el grito de Juliette.

—¿Contenta, Ana? ¡Lo has arruinado todo!

Y después se escucharon pasos subiendo las escaleras.

## Capítulo 16

**R**ompí la regla de la doctora Parish y me escondí en mi habitación. Llamaron varias veces a mi puerta aquella noche, pero, al ver que no respondía, pillaron la indirecta y me dejaron en paz. Cinder, al parecer, procesaba la información un poco más lento que mi nueva familia. Me llamó y, como no respondí, volvió a llamarme. Y luego otra vez. Entonces se conectó y me empezó a llenar el ordenador de notificaciones de mensajes mientras mi teléfono seguía sonando sin parar.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Lo siento, Cinder. No tengo ganas de leer esta noche.

**Cinder458:** No tenemos por qué leer. Podemos hablar, sin más. ¿Me llamas?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** No puedo. Esta noche no.

**Cinder458:** ¿Es por lo de antes?

Me quedé mirando la pantalla con los dedos sobre el teclado, listos para escribir una respuesta, pero no tenía ni idea de qué decir. No tenía fuerzas para lidiar con Cinder en este momento. El día de hoy me había destrozado por completo. Esta noche había dado un paso enorme para intentar formar parte de la familia de mi padre. Les había ofrecido una parte de mí y, a cambio, aquello había abierto la puerta de todos los recuerdos que había contenido durante estos años.

Funcionó durante un rato. Durante un rato volví a tener a mi padre, el

padre que recordaba de mi pasado. La pregunta de Anastasia me lo había vuelto a arrebatado. Había reabierto viejas heridas mientras revivía los recuerdos felices, así que me dolió como si me hubieran cortado con un cuchillo. Por norma general, dejaría que Cinder me animara, pero ni siquiera me apetecía hablar con él esa noche. Esa tarde él también me había rechazado, tal y como mi padre había hecho en los últimos años.

**Cinder458:** ¿Ella?

**Cinder458:** Lo siento mucho.

**Cinder458:** Ella, por favor, habla conmigo. Deja que te explique.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** No tienes por qué darme explicaciones. Soy yo quien debería disculparse. Siento que Vivian te hiciera esa encerrona. La conozco desde hace un par de días. No habíamos tenido la conversación sobre «Cinder» todavía. No sabía lo que hacía cuando te pidió que vinieras el viernes. Si hubiese sabido que iba a hacerlo, la habría detenido. Lo siento.

**Cinder458:** No tienes nada por lo que disculparte. No es por ti, Ella, es por mí. Sé cómo suena, pero es la verdad. Sabes lo mucho que me importas, ¿verdad? No te haces a la idea de lo mucho que quería aceptar la invitación de tu amiga. Es solo que...

    Mi teléfono sonó otra vez, pero no lo descolgué. No quería que me oyera llorar.

**Cinder458:** ¿Podemos no hacer esto por internet, por favor?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿Hacer qué?

**Cinder458:** Mantener esta conversación.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** No tenemos por qué hablar de nada. Lo entiendo. No pasa nada.

    Me volvió a llamar y yo volví a ignorarlo.

**Cinder458:** No, no lo entiendes. No es que no quiera conocerte en persona; es que no puedo. Mi vida es muy complicada. No quiero que te hieran por mi culpa.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¿Lo dices porque tienes a una medio novia a la que odias pero con la que no puedes cortar?

**Cinder458:** Esa es una parte importante.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Pero, Cinder, a mí eso no me importa. Bueno, quiero decir que sí me importa, y quiero que rompas con ella porque te hace sentir desgraciado y te mereces algo mejor, y quiero que seas feliz. Pero no me importa que tengas novia. Eso no me haría daño. No te estoy pidiendo salir. Solo creía que sería buena idea conocer por fin a mi mejor amigo.

**Cinder458:** Pero eso es justo a lo que me refiero. Tú también eres mi mejor amiga y, si nos conocemos en persona, todo cambiaría. Podría destruir nuestra relación. No estoy preparado para tomar ese riesgo. Mi vida es una locura ahora mismo y te necesito demasiado. Necesito nuestra amistad. Eres lo más importante para mí ahora mismo. Lo único que me mantiene cuerdo. No puedo perderte.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** No vas a perderme. Las cosas cambiarían un poco, claro que sí, pero solo nos haría mejores amigos. No destruiría nuestra amistad. Nada lo haría.

**Cinder458:** Sé que *crees* que no, pero no lo entiendes. Eres muy dulce, Ella. Eres muy joven e inocente todavía, y mi estilo de vida es muy diferente al tuyo. No podrías con él.

El momento no era óptimo para mantener esa conversación. Ya estaba sensible gracias a Anastasia, y Cinder a veces era de lo más exasperante. Perdí los papeles y marqué su número. Él respondió casi al instante y sonó aliviado.

—¡Hola!

—¿Estás de coña, no? ¿Eres consciente de lo arrogante que has sonado, verdad? ¿Qué tienes? ¿Veinte años? ¿Veintiuno?

Vale, había sonado aliviado hasta que se percató de que solo lo llamaba para gritarle.

—No es arrogancia. Es realismo. Y tengo veintidós, por cierto.

—Oh, veintidós, *perdóneme usted*. Eres tan anciano y sabio. Esos tres años y medio o los que sea que me saques deben de ser vitales si soy tan *joven e inocente* en comparación contigo.

—No lo he dicho como un insulto —dijo antes de suspirar con cansancio—. No eres inmadura. Joder, eres muchísimo más madura que yo, pero a la vez eres muy inocente en ciertos aspectos. En mi mundo, serías como un corderito en la boca del lobo. Te comerían viva. La gente como mi propia novia te haría pedazos. Yo *apenas* puedo manejar a esa bruja y soy un experto en este juego.

—¡Que te jodan, Cinder! No soy ningún bebé. He pasado por más de lo que te puedas imaginar y por ahora he sobrevivido.

Ahora estaba de pie, descalza y paseando por mi habitación. Me empezaban a doler los dedos, así que le eché valor, me arriesgué a que hubiera un terremoto justo en ese momento y salí a la terraza. Me apoyé contra la barandilla para reducir parte del peso que soportaban mis pies y esperé que las vistas de la ciudad y el aire fresco me ayudaran a tranquilizarme.

La línea se quedó en silencio durante un buen rato y luego Cinder habló en voz baja.

—Es diferente, Ella. Sé que has pasado por mucho. Y tienes razón, no tengo ni idea de lo que has vivido. Estoy seguro de que eres más fuerte que la mayoría de la gente en muchas situaciones distintas, pero confía en mí, si te arrastrara a toda mi mierda, te destrozaría. Y si nos conociésemos en persona, *lo haría*, Ella. Sería inevitable.

—Gracias por confiar en mí, gilipollas.

Cinder volvió a suspirar.

—Lo siento. Sé que estás frustrada. Sé que parezco un cabrón, pero te juro que si hubiese alguna forma de que esto funcionase, la aprovecharía. Mi vida es una locura y no tengo mucho control sobre ella. Te haría daño y acabarías odiándome por ello. Por favor, ¿puedes confiar en mí? ¿No es suficiente lo que tenemos? ¿Por favor?

Uf. Sonaba desesperado de verdad. No sería capaz de decirle que no, pero tampoco podía ceder y dejar que ganara esta discusión.

—Vale. Lo que tú digas. Tengo que colgar.

Y colgué.

Él me volvió a llamar.

Apagué el teléfono.

Cuando regresé a mi cuarto y subí a la cama, Cinder me había vuelto a escribir por el ordenador.

**Cinder458:** Vamos, Ella. No seas así.

**Cinder458:** No trato de ser un imbécil.

**Cinder458:** ¿¿¿Hola???

**Cinder458:** ¡Ella!

**Cinder458:** ¡¡¡Deja de ignorarme, señorita!!!

Debería haberme desconectado y haber guardado el portátil. Pero, en cambio, respondí.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Lo siento, pero estoy muy cabreada contigo ahora mismo.

**Cinder458:** Lo sé y lo siento. Entiendo que necesites tiempo. Pero no sigas enfadada conmigo siempre, ¿vale? Te echaré demasiado de menos. Te necesito, Ella. Necesito tu amistad.

Leí su mensaje y me coloqué la almohada sobre la cara para gritar.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** ¡Uf! ¡Odio cuando haces eso!

**Cinder458:** ¿Qué?

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Hacer que te quiera cuando... *iiiiestoy muy enfadada contigo!!!!*

**Cinder458:** Yo también te quiero, Ella. Más que nadie en este mundo. Siento que estés enfadada conmigo.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Estoy segura de que se me pasará. Con el tiempo.

**Cinder458:** Lo sé. Por eso no estoy preocupado. Anda, ve y desahógate. Llámame cuando vuelvas a quererme otra vez.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Te odio.

**Cinder458:** Mentira. Buenas noches, Ella.

**EllaLaVerdaderaHeroína:** Buenas noches, Cinder.

\*\*\*

Me destrozó que Cinder no quisiera conocerme en persona, pero también me sentí un poco aliviada después de nuestra charla. Por un lado, ya no me estresaban los «Y si...». Me gustaba saber lo que pensaba, por qué nunca me había propuesto que nos viéramos.

Su razonamiento era estúpido, pero al menos no me estaba rechazando. En realidad, no. Tenía miedo de perderme. Lo cual, si lo pensaba, era muy dulce. También parecía ser exactamente la misma razón por la que yo había tenido miedo de conocerlo en persona durante todo este tiempo. Habría sido la mayor hipócrita del mundo si no comprendiese su vacilación.

Por otra parte, mi conversación con Cinder me arrebató esa pequeña esperanza que tenía de que, algún día, pudiésemos tener nuestro final feliz. Siempre me decía que Cinder y yo nunca seríamos nada más que amigos. Cada vez que hablaba con él, me recordaba que no dejaba de salir con chicas. Pero, por supuesto, como haría cualquier chica normal en mi situación, *deseaba* que en el fondo me quisiera a mí y esperaba con ansia el día en que por fin lo admitiese. Ahora podía dejar de esperar para empezar a intentar olvidarlo. Al menos, eso es lo que me propuse hacer cuando por fin quedé con Rob Loxley al día siguiente después del instituto.

Vivian vino conmigo a casa porque nunca había tenido una amiga que viviese en lo alto de las colinas y quería ver la casa. Alucinó cuando le enseñé el mando a distancia que controlaba las ventanas.

—Ridículo, ¿verdad? Pero las vistas *son* impresionantes.

—¡Guau! —Vivian salió al patio y se giró—. ¿Esto es de verdad?

Me reí al ver su reacción. No podía culparla. Mi balcón privado era grande y tenía muy buenas vistas del mar. No era tan grande como la terraza del salón, donde estaban el brasero y el *jacuzzi*, justo al lado del acantilado, pero había sitio para una mesa redonda con cuatro sillas y una hamaca.

—¡Es increíble! Viviría aquí fuera todo el rato.

—Yo no salgo mucho —admití entre risas—. Con la suerte que tengo, habría un terremoto, me caería por el acantilado y *viviría* para contarlo.

Vivian me miró con el ceño fruncido mientras dejaba su mochila sobre la pequeña mesa de la terraza.

—Tienes delito.

Alzó el rostro hacia el sol y respiró hondo. La vista me hizo sonreír. Si había algo que me encantaba del sur de California, era el tiempo. Aunque fuera noviembre, estábamos a veintidós grados. Sería extraño pasar la Navidad sin nieve, pero no me cabía duda de que acabaría acostumbrándome rápido y sin queja alguna.

—Ven aquí fuera, Ella.

Me senté en la silla que había frente a ella, pero dejé la puerta corredera abierta por completo para poder volver a la seguridad de mi habitación en cuanto notara el primer temblor. Acabábamos de sacar nuestros deberes cuando Juliette irrumpió en mi habitación y se dejó caer sobre la hamaca.

—¿Qué pasa? —espetó, mirando furiosa al interior de la casa, hacia la puerta abierta.

Vivian y yo seguimos su mirada. No veíamos nada, pero sí oímos risas de varias personas en la cocina. Como era habitual, un montón de fanáticas de las gemelas las habían acompañado hoy a casa. La voz chillona de Anastasia destacó sobre las del resto. No entendía lo que decía, pero la ira en su voz era evidente.

—¿Nos acabas de meter en alguna especie de guerra fraternal que acabará con nosotras como daño colateral?

—preguntó Vivian a Juliette.

Esta resopló.

—No me importa. No voy a pasar tiempo con ella mientras siga comportándose como una idiota. Está cabreada conmigo porque se llevó una buena bronca por lo que pasó anoche en la cena. ¡Como si hubiese sido culpa *mía!*

—Bueno —dije, devolviendo la atención a mis deberes de Trigonometría —, puedes quedarte si quieres, siempre y cuando no tengamos que escuchar todo ese jaleo.

Juliette me miró, sorprendida, y yo logré sonreírle.

—Vivian y yo estábamos hablando sobre la posibilidad de hacer un maratón de Brian Oliver este viernes por la noche en su casa. La semana pasada salió en DVD la última comedia que hizo, y la película *V de Virgen* ya está en Netflix. No la he visto, pero se supone que es divertida.

—Me apunto —dijo Juliette sin vacilar justo cuando Dylan Traxler, el último noviete de Juliette, se convirtió en nuestro siguiente visitante sorpresa.

Dylan era guapo y popular, pero no le importó un rábano con quién había elegido pasar el rato Juliette. Vio un hueco en la hamaca junto a ella y se acomodó cual mosca sobre un papel pegajoso.

—¿A qué nos apuntamos? —preguntó mientras se tumbaba y rodeaba a Juliette con un brazo.

—Noche de pelis este viernes en casa de Vivian. —Le pidió a Vivian permiso con la mirada—. ¿O es solo de chicas?

—Se admiten chicos —respondió Vivian, haciendo un buen trabajo al ocultar su sorpresa—. Pero que sea algo en *petit comité*. Mi casa es enana.

—Guay —dijo Dylan.

Me tomé eso como que él también se apuntaba.

Aparte de compartir una mirada, Vivian y yo nos las apañamos para actuar como si organizásemos fiestas todos los días a las que venía gente popular. Antes de que ninguna de nosotras supiese qué más decir, el amigo de Dylan, Luke, entró con parsimonia en mi cuarto.

—¿Cambiando de aires, eh, Jules? —preguntó, y se unió a nosotros en la terraza—. Personalmente, esperaba que hubiese habido una pelea entre las gemelas Coleman, pero me conformaré con un poquito de amor de la huidiza hermanastra.

Cogió la silla que había a mi derecha y se sentó a horcajadas sobre ella. Me sonrió y asintió tal y como harían dos hermanos de fraternidad.

—¿Qué pasa, Ella? Se dice por las calles que eres una tía guay. ¿Por qué tienes esta actitud de ermitaña?

Decidí olvidar que Luke solía meterse conmigo por mi cojera cuando llegué al instituto.

—Bueno, ya sabes, tener club de fans es un rollo...

Luke se rio. Luego fijó la vista en algo a mi espalda dentro de la casa y levantó una mano.

—¡Ey, Rob! La fiesta hoy está aquí, tío.

Tuve el tiempo justo de compartir otra mirada con Vivian, que pareció quedarse tan atónita como yo cuando Rob Loxley apareció en mi terraza con

una mano metida en un bolsillo y con la otra sujetando una bebida isotónica.

No sabía qué pensar de Rob. No era el típico tío bueno con los que Juliette y Anastasia salían, pero era guapo. Era un poco bajito para ser un tío; solo me sacaba cinco centímetros. Pero como no podía volver a ponerme tacones, eso no suponía un problema. Tenía el pelo castaño y muy corto, los ojos verdes y una complexión perfecta. Seguía llevando el uniforme del instituto, pero se había aflojado la corbata y se había sacado la camisa de los pantalones. Estaba guapo. Vestía informal, como si él hubiese inventado el concepto.

Había oído que lo describían como «callado» y «buena gente», pero había algo en él que sugería que esas dos cosas no equivalían a ser tímido. A lo mejor era por la nariz, que parecía un poco torcida, como si se la hubiesen roto alguna vez, o por los brazos tan esbeltos, que dejaban entrever las venas. El chico era bajito, pero apostaba a que estaba completamente musculado bajo esa camisa. «Desaliñado» era una buena palabra para describirlo. También tenía ese aire de confianza en sí mismo que no se podía fingir. Se sentía cómodo en su piel. Podría ser callado y buena gente, pero al mismo tiempo también era muy intimidante.

Rob se sentó a mi lado y luego se puso a trabajar al tiempo que daba un trago a su bebida isotónica. Paseó la mirada por las vistas de la ciudad, que se desplegaba a nuestros pies. Estaba claro que disfrutaba del espectáculo. No hablaba, y eso me puso nerviosa. No tenía ni idea de qué hacer o decir. Cuando miré a Vivian en busca de ayuda, Luke se rio.

—Mi colega Rob es un tío de pocas palabras, pero es genial, en serio. Es un jugador de fútbol excelente. Es el capitán de nuestro equipo en el instituto, y hay un montón de universidades que ya le están echando el ojo.

Rob puso los ojos en blanco ante los alardes de Luke, pero las comisuras de sus labios se le sacudieron levemente como si intentara contener una sonrisa. Era modesto, pero, a la vez, le gustaba la atención. Eso me gustaba.

—¿Y qué tal, Ella? —continuó Luke cuando ni Rob ni yo dijimos nada—. ¿Sales con alguien? Jules dijo que creía que podría haber un tío por ahí.

No estaba segura porque estaba demasiado ocupada ruborizándome, pero me pareció que Rob le daba una patada a Luke por debajo de la mesa.

—No hay ningún chico. —No sabía si me daba más vergüenza la pregunta, la respuesta o el hecho de que me ardía el rostro y todos lo veían.

—¿Y Cinder? —preguntó Juliette, de pronto.

Creía que no había prestando atención a nuestra conversación, pero ahora me miraba fijamente, al igual que todos los demás. *Muchas gracias, Juliette.* Si hubiese sido Ana la que me hubiera preguntado, sabría que sacaba el tema de Cinder para torturarme, pero Juliette parecía confundida genuinamente.

—Cinder es solo un amigo —murmuré—. Nunca nos hemos visto en persona. Solo me conoce por mi blog.

Vivian, como muy buena amiga, intentó dispersar la atención de mí.

—Este viernes haremos una noche de pelis en mi casa, Luke. —Correspondí su sonrisa compasiva con una mirada llena de agradecimiento. Ella me guiñó un ojo y luego sonrió a Luke—. Nada especial, unas cuantas personas, aperitivos y la última película de Brian Oliver. Pero si tú y Rob queréis venir...

Ahora llegó mi turno de darle una patada a mi amiga por debajo de la mesa. Intenté retirar mi mirada de agradecimiento lanzándole otra iracunda, pero ella me volvió a guiñar el ojo. Me atreví a mirar a Rob, aterrada por si la había visto guiñarme el ojo y pensaba que le había pedido que dijera algo. Él me miró y me dedicó una sonrisa burlona.

—¿Soy yo o nos están preparando una encerrona?

No sabía si él había pedido que le prepararan una encerrona o si sus amigos actuaban por iniciativa propia, pero en cualquier caso, Rob esperaba una respuesta.

—Eso parece —murmuré, y sentí que mi cara volvía a ponerse todavía más roja.

Los ojos de Rob no se apartaron de mi rostro mientras le daba otro sorbo a su bebida. Tras un momento, dijo:

—A mí me parece bien.

De nuevo, no tenía ni idea de cómo contestar... a menos que abrir los ojos como platos contara como respuesta.

—¿Te parece bien que vaya a tu fiesta el viernes?

Me ruboricé otra vez.

—No es una fiesta. Solo una pequeña reunión de gente que quiere pasárselo bien y ver pelis.

—Esas son mis fiestas favoritas.

No iba a dejar que me bajara del barco. Respiré hondo para mantener la compostura. Intenté parecer mucho más relajada de lo que me sentía en realidad cuando me encogí de hombros.

—Entonces supongo que será mejor que vengas.

Sonrió y eso iluminó su semblante. Fue entonces cuando me di cuenta de que era más mono de lo que antes me había parecido.

—Bien. Tenemos una cita.

## Capítulo 17

No había imaginado que Juliette y su club de fans de chicos populares se convertirían de pronto en mis mejores amigos —y eso no ocurrió, por supuesto—, pero tanto Dylan como Luke asentían y me saludaban cuando pasaban a mi lado en los pasillos del instituto, y Rob hasta empezó a sentarse conmigo en una clase a la que íbamos juntos y, a veces, incluso comía con Vivian y conmigo.

Seguía siendo una paria, pero la animosidad hacia mí parecía haber desaparecido, excepto por parte de Anastasia y sus amigos más leales. Eso hizo que mi vida en el instituto fuese un poco más cómoda. Por desgracia, la tensión en casa empeoró. Anastasia odiaba que Juliette y yo habláramos cada vez más. Y cuanto más se enfadaba por eso, menos quería Juliette pasar tiempo con ella, y entonces era Ana la que se encerraba en su habitación, y no yo.

Era agradable tener a Vivian y a Juliette, e incluso a Rob, para hablar, pero echaba de menos a Cinder. Cuando llegó el viernes por la noche, seguía sin hablarle. Habían pasado tan solo tres días desde nuestra pelea, pero para mí eso era una eternidad. No estaba segura de por qué no le había dicho nada todavía. Supongo que por cabezonería. Quería que fuese él quien se rebajara y diera el primer paso. Aunque dijera que se preocupaba por mí, que no quisiera conocerme en persona me había dolido.

Sabía que tenía que superar su rechazo, así que intenté olvidarme de él y disfrutar del rato que íbamos a pasar en casa de Vivian. La noche de pelis fue todo un éxito. Todo el mundo estaba relajado y de buen humor. Nos ceñimos a nuestro plan de alquilar la última peli de Brian Oliver. Como era una

comedia adolescente, a los chicos también les gustó. Hubo muchas risas y lluvia de palomitas.

Todo era perfecto, excepto por el hecho de que no terminaba de gustarme Rob. Era un tío muy simpático. Era mono, interesante, inteligente —y se notaba que yo le gustaba mucho—, pero no tenía nada más. Me gustaba, y me habría encantado tenerlo como amigo, pero no sentía mariposas cuando lo miraba. Se sentó a mi lado para ver la película, con la mano apoyada en el muslo, como si esperara que yo se la cogiera o le diese alguna indicación de que quería que él cogiera la mía. Sostuve el cuenco de palomitas contra el pecho y fingí no darme cuenta de nada.

Me las arreglé bastante bien para ocultar mi infelicidad porque, aunque no había tonteado con Rob, él parecía animado cuando se fue de casa de Vivian, y Juliette me contó lo emocionada que se sentía por mí durante todo el camino de vuelta a casa.

El viernes siguiente fue mi cumpleaños: diecinueve. No se lo había dicho a nadie con la esperanza de que el día llegase y terminase como si nada. Temía su llegada por varias razones. La primera, y la más evidente, marcaba el aniversario de la muerte de mi madre. La mañana de mi decimoctavo cumpleaños, mi madre me despertó cantándome el *Cumpleaños feliz* en versión serenata con una voz un tanto desafinada y me comunicó que faltaría al instituto los dos últimos días de esa semana. Me llevaría a esquiar a Vermont. Me prometió una cena cara y una vela para soplar en el postre que yo eligiese en cuanto llegásemos al resort, pero nunca llegué a pedir ningún deseo.

Luego, por supuesto, también temía que llegase el día por si mi padre se había olvidado o, simplemente, había pasado olímpicamente, como en los últimos cuatro o cinco años. La primera vez que se olvidó de mi cumpleaños, yo tenía once. La última vez que se acordó de él, catorce. Por mucho que lo intentara, cuando se olvidaba de mi cumpleaños siempre me decepcionaba, así que mi madre se empeñó en ayudarme a que olvidara a mi padre haciendo que el día de mi cumpleaños fuese el más especial del año para mí, sin importar lo que costase.

Durante años, mi cumpleaños había sido un *acontecimiento importante* para mí. Este año sería distinto. Este año no había nadie que se encargara de hacer que fuera especial. Ni siquiera sabía con certeza si mi padre recordaba

cuándo era, pero no sería yo quien se lo preguntase. Las cosas ya eran lo bastante violentas entre nosotros.

Me dije que podría sobrevivir al día. Estaba decidida a pasarlo como uno más, pero cuando salí de mi habitación vestida para ir al instituto, me sentía tan agobiada que apenas podía respirar. Cuando entré en la cocina y encontré sobre la encimera un ramo de rosas amarillas tan grande que hasta tenía su propio centro de gravedad y con mi nombre en una tarjeta, casi se me saltaron las lágrimas. Me quedé mirando las flores y un brazo pesado me rodeó los hombros.

—¿Cómo estás esta mañana? —me preguntó mi padre con voz solemne.

No podría haber articulado palabra aunque hubiese sabido cómo expresarme. Me encogí de hombros bajo el peso de su brazo.

De repente, mi padre me aplastó en un abrazo de oso que fue más por él que por mí. Por un momento, me quedé petrificada de la impresión, pero enseguida me relajé y lo apretujé con toda la fuerza que tenía.

—Feliz cumpleaños, peque —susurró con la voz teñida por la emoción.

—Pensaba que no te acordarías.

—Ya me he perdido bastantes cumpleaños tuyos.

Mi padre me abrazó incluso con más fuerza y yo no me opuse. Los segundos comenzaron a pasar. Ninguno de los dos habló y ninguno de los dos se soltó. Sentir sus brazos a mi alrededor, su preocupación por mí y la calidez y el amor de su abrazo me derrumbó por completo. Enterré el rostro en su pecho y dejé que me abrazara mientras lloraba.

Después de unos cuantos minutos, en los que empapé la camisa de mi padre, por fin me separé de él lo suficiente como para alzar la mirada. Sus ojos brillaban con lágrimas sin derramar, pero, aun así, se obligó a dedicarme una sonrisa desgarradora.

—Pensé que no querrías mucha atención hoy, así que no hemos organizado una fiesta. No hay sorpresas, te lo prometo, pero espero que al menos vayamos a cenar a algún sitio por tu cumpleaños. Puedes invitar a tu amiga Vivian, si quieres.

—¿Te lo puedo confirmar luego? Ahora mismo ni siquiera sé si voy a poder sobrevivir al día.

Mi padre se tragó el nudo que tenía en la garganta y asintió al ver que no podía hablar.

—¿Prefieres quedarte hoy en casa y no ir al instituto?

Pegué un bote al oír la voz de Jennifer y me separé de mi padre como si nos hubiese pillado haciendo algo inapropiado. El dolor se extendió por el rostro de mi padre, pero lo ocultó enseguida. Miró a Jennifer y, luego, fijó la vista de nuevo en mí.

—Tiene razón. Si no quieres ir hoy a clase, no vayas.

Miré a mi padre a los ojos y luego escruté la cocina. Tanto Jennifer como Juliette sonreían con aprobación. Supongo que el secreto había salido a la luz. Estaba claro que sabían que hoy no era solo mi cumpleaños. Hasta Anastasia se sentó a la barra con una expresión apagada. Me sequé las mejillas y negué con la cabeza en respuesta a la sugerencia de mi padre y de Jennifer.

—Creo que si me quedo aquí deprimida será peor.

—Siento que no podamos ir a visitar la tumba de tu madre. A lo mejor podemos ir a Boston la semana que viene, si quieres, en Acción de Gracias. Hoy podría pedirme el día libre y podríamos hacer algo, solos tú y yo.

—No tienes por qué hacerlo. Creo que me vendrá bien mantenerme ocupada. El instituto es una buena distracción.

—Mi padre volvió a parecer decepcionado, así que añadí—: Pero sí que me gustaría ir a visitar a mamá y a los abuelos. No tiene por qué ser en Acción de Gracias, puede ser cualquier otro fin de semana.

—Yo quiero ir con vosotros —dijo Juliette.

La miré, sorprendida y conmovida. Ella me sonrió con vacilación.

—Podrías enseñarme Boston y tal vez podríamos visitar a algunos de tus antiguos amigos. —Su sonrisa se transformó en una más traviesa—. Así me contarían tus mejores historias. Las hermanas necesitan material con el que chantajear, ya sabes. Incluso las hermanastras.

Lo consiguió. Me reí. Juliette me sorprendió todavía más al envolverse en un breve abrazo.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias —dije, y le devolví tímidamente el abrazo—. El viaje a Boston suena bien. Si esperamos al verano, podemos ir a Nantucket y os puedo enseñar cómo disfrutamos de la playa los de la costa este. Y os puedo llevar a un partido de los Red Sox en Fenway Park.

Juliette sonrió de oreja a oreja.

—Entonces llevaré mi camiseta de los Dodgers.

Los ojos empañados de papá se movieron de forma intermitente entre Juliette y yo.

—Hoy mismo haré la reserva del hotel. Podemos considerarlo unas vacaciones.

Anastasia rompió el momento con un suspiro antes de que la situación se volviese incómoda. Esperé a que soltara cualquier comentario insidioso que tuviese preparado, pero lo único que dijo fue:

—¿Nos vamos ya? No quiero llegar tarde.

\*\*\*

Cuando llegamos al instituto, Rob nos esperaba en el aparcamiento de los estudiantes con una rosa roja en la mano. Cuando la acepté, me dio un besito en la mejilla y susurró:

—Feliz cumpleaños.

—Gracias.

Me acerqué la flor a la nariz con la esperanza de que ocultara mi rubor mientras Rob me cogía la mochila y se la colgaba al hombro junto a la suya. En cuanto pusimos rumbo al instituto, él me miró.

—No se lo ibas a decir a nadie, ¿verdad?

—No. ¿Cómo te has enterado?

—Se lo dije yo. —Juliette puso los ojos en blanco al ver que había fruncido el ceño—. No puedes dejar que lo que pasó el año pasado se adueñe de tu cumpleaños toda tu vida. Necesitas cosas buenas que equilibren las malas.

Volví a oler la rosa y esbocé una sonrisa. Me sorprendí, Juliette llevaba razón.

—Gracias.

Cuando los tres nos adentramos en el pasillo principal y nos mezclamos con el resto de estudiantes, nos percatamos enseguida de que algo no iba bien. Había una especie de alboroto en el aire. Tardé un minuto en caer en la cuenta de que yo era el centro de toda aquella agitación. Era una

combinación de emociones de lo más extraña que iba desde la fascinación a la confusión, pasando por el completo desdén. La gente me miraba fijamente y susurraba; algunos con emoción, otros incapaces de contener su asco. Cuando nos acercamos a mi taquilla, empecé a descifrar algunos de los murmullos.

—¡Es ella!

—No me puedo creer que lo conozca.

—No es *tan* guapa.

—¿Y qué ha visto en ella?

No tenía ni idea de qué pasaba. Miré a un grupo de chicas más jóvenes que parecían estar tan emocionadas que apenas podían contener su atolondramiento. Una de ellas me miró a los ojos y esa energía por fin estalló.

—¡Hola, Ella!

En cuanto llegó el primer saludo, un coro de ellos lo sucedió.

—¿Qué tal, Ella?

—¡Felicidades, Ella!

—¡Qué suerte tienes, Ella!

—¿No amas a Brian Oliver con toda tu alma, Ella?

—¡Feliz cumpleaños!

Primero miré a Rob, pero él estaba tan confuso como yo, así que me giré hacia Juliette en busca de una explicación. Ella levantó las manos de forma inocente.

—A mí no me mires. Yo solo se lo he dicho a Rob y a Vivian. No tengo ni idea de qué pasa.

Era como si nos hubiésemos marchado de Los Ángeles y hubiésemos aterrizado en alguna dimensión alternativa.

—¿Brian Oliver? ¿Que si puedo creer qué? ¿Qué pasa? ¿De qué habla todo el mundo? —pregunté, aunque sabía que ni Juliette ni Rob tenían las respuestas.

Mitchell Drayton, el chico más guapo del instituto, que también resultaba ser el más esnob porque tenía agente y había salido en un par de programas de televisión, se acercó a nosotros.

—Hola, Jules —le dijo a Juliette, y luego desvió su irresistible sonrisa

hacia mí—. Hola, Ella. ¿Vas a dar una fiesta o algo por tu cumpleaños? ¿Necesitas alguien con quien ir?

Rob se acercó un poco más a mí y lo fulminó con la mirada. Mitchell miró la rosa que tenía en la mano y luego le echó un vistazo a Rob. Retrocedió un paso y se rio entre dientes.

—Lo siento, tío. No sabía que estaba contigo. —Se volvió hacia mí y añadió—: Doy una fiesta mañana por la noche con algunos de mis amigos actores. Deberías venir. Tráete a Rob y a Jules también, si quieres. A las ocho. Jules sabe dónde vivo.

Me quedé con la boca abierta y con el corazón latiéndome con fuerza mientras veía cómo se alejaba. Toda película de adolescentes que se preciara empezaba con una escena como esta: todos se comportan de un modo demasiado amable con la pobre e incauta marginada justo antes de que la humillen públicamente.

—¿Crees que Ana intenta gastarme una broma o algo? —susurré.

—Qué va. —Juliette sonaba segura, pero yo no lo estaba tanto. Se percató de mi escepticismo y negó con la cabeza—. En serio. ¿No has notado su falta de impertinencia esta mañana? Mamá nos leyó la cartilla anoche a las dos y nos dijo que, si alguna de nosotras te molestábamos hoy, nos castigaría hasta que cumpliéramos treinta.

Genial. No es que no le agradeciese el gesto, pero eso había tenido que cabrear a Anastasia más que nada en el mundo. Tenía suerte de que no hubiese explotado ya.

—No es cosa de Ana —insistió Juliette.

—Bueno, está claro que pasa algo —murmuró Rob con el ceño fruncido porque un par de tíos me miraban fijamente.

—Lo averiguaré —dijo Juliette cuando llegamos a su aula—. ¿Comemos juntas hoy?

—Ya sabes dónde encontrarme.

Juliette desapareció para entrar al aula y Rob frunció el ceño a todo el mundo que se cruzaba con nosotros mientras me acompañaba hasta mi clase. Él se mostraba igual de escéptico que yo con respecto a mi hermanastra, porque dijo:

—Ha tenido que ser Ana. Vivian no habría dicho nada. Voy a enterarme de lo que pasa.

Nos detuvimos frente a la puerta de mi clase y me agarró de la mano para que no pudiese escapar. Una chica cuyo nombre no recordaba chocó conmigo sin querer mientras entraba al aula.

—¡Mira por dónde vas! —espetó. Cuando se percató de que era yo la que me encontraba en su camino, entrecerró los ojos—. ¿Ahora piensas que eres muy especial? Bueno, pues no.

Otra chica entró detrás de ella, sonriendo con malicia.

—Apuesto a que le ha pagado para que lo hiciera.

Se encaminaron hasta sus sillas, riéndose a carcajadas.

Más confusa que nunca, volví a mirar a Rob.

—¿Estarás bien hasta la hora de comer? —preguntó.

La preocupación en sus ojos me hizo sonreír.

—Supongo que no recuerdas cómo eran mis primeros días aquí — bromeé.

Su rostro se ensombreció y un cúmulo de emociones se adueñó de sus ojos. Me sentí fatal cuando me di cuenta de que sabía perfectamente cómo habían sido esos días y lo mucho que eso le molestaba.

—Ey. —Le di un pequeño apretón a su mano—. No pasa nada. Estoy bien. Gracias por la flor.

Él sonrió por fin.

—De nada.

## Capítulo 18

Vivian vibraba de energía cuando llegó a la cafetería a la hora de comer.

—¡Brian Oliver te ha felicitado por Twitter! —chilló—. ¿Qué narices ha pasado?

—Lo sé. Juliette me lo ha dicho a segunda hora y «¿Qué narices ha pasado?» ha sido lo mismo que he pensado yo. No tengo ni idea.

Las miradas y saludos cobraron sentido tras escuchar la noticia. Brian Oliver me había convertido en el centro de atención al desearme feliz cumpleaños esa mañana. El entusiasmo y los celos, incluso la invitación a la fiesta de Mitchell, cobraron sentido. Pero eso fue lo único que entendí.

—¿Cómo sabe que es mi cumpleaños? ¿Cómo sabe siquiera que existo?

—Porque eres genial —dijo Rob mientras tomaba asiento a mi lado.

—¿Qué?

—Sigue tu blog.

—¡No! —chilló Vivian—. ¡Déjame! ¿Por favor? ¡He querido enseñárselo todo el día!

Rob estalló en carcajadas y movió la mano como diciendo «Haz lo que quieras», y la cara de Vivian se iluminó. Temía que le diese un tirón muscular por lo mucho que sonreía.

—Todo empezó por esto.

Vivian parecía muy emocionada por contarme la historia. Ya tenía preparada en su teléfono una publicación de la página de Facebook de Brian Oliver.

—«¡Felicidades a Ellamara, mi bloguera favorita y mi fan número uno!»

—leyó Vivian en alto—. «Tus sabias palabras son incomparables». ¡Y mira! —gritó—. Ha publicado un enlace a tu reseña sobre una película en la que actuó.

Miré, y así era, había un enlace a mi reseña de *El largo camino a casa*, la carta de disculpa que le había escrito a Brian Oliver.

—Y eso no es todo —continuó Vivian. Empezó a deslizar hacia abajo la página de Facebook de Brian Oliver. Había varias publicaciones en las que compartía los *posts* de *Las palabras de sabiduría de Ellamara*.

—¿Me ha estado citando en Facebook?

Vivian asintió con tanto entusiasmo que parecía un muñeco de esos cabezones.

—¡Todo el día! También lo ha hecho en Twitter y ahora hay gente que hace lo mismo. *Las palabras de sabiduría de Ellamara* está en la lista de temas del momento.

Eso tenía que verlo. Abrí la aplicación de Twitter en mi móvil y casi me dio un ataque al corazón.

—¡No puede ser!

—¿Qué? —Tanto Rob como Vivian se inclinaron y leyeron sobre mi espalda.

—Ayer tenía unos seis mil seguidores en Twitter. ¡Ahora hay más de veinte cinco mil!

Rob se rio.

—Eso sucede cuando el niño prodigio de Hollywood le dice al mundo que te escuchen. Espero que no haya información personal en tu blog.

—No. Solo tengo una cuenta de correo, una cuenta de Twitter y una página de Facebook para las cosas del blog, y luego un apartado de correos para que las editoriales me manden libros. Creo que estoy a salvo, ¡pero esto es *de locos!*

—¿A que sí? —exclamó Juliette cuando por fin se unió a nosotros.

Tuvimos que volver a contarle desde el principio para ella. Trajo a su séquito para enterarse de todo: Dylan, Luke y otros pocos amigos que tuvieron el valor de acercarse a mí por la curiosidad que sentían hacia la historia, pero no había ninguna historia que contar. No conocía a Brian Oliver. No tenía ni idea de cómo había descubierto mi blog.

—Tengo una duda —dijo Rob al unirse a la ronda espontánea de preguntas y respuestas—. ¿Cómo sabía Brian Oliver que era tu cumpleaños? Podría haber descubierto la reseña él solo, pero ¿cómo sabía que hoy es tu cumpleaños? Leo tu blog. Sé que nunca lo has mencionado.

Yo también me lo pregunto. De hecho, esa era la parte más alucinante de todo el asunto.

—No lo sé. Me sorprende que haya *alguien* que sepa que es mi cumpleaños. Pensaba que ni siquiera mi padre se acordaría. Al único al que se lo he dicho es a...

Y de repente todo cobró sentido. La mesa entera se quedó en silencio, esperando que revelase el gran secreto, pero me limité a sonreír.

—Claro. Debería haberlo sabido.

—¿A *quién*? —preguntó Vivian.

Suspiré.

—A Cinder.

—¿El tipo de internet? —preguntó Rob.

Asentí.

Mi corazón se encogió y renació al mismo tiempo. Cinder y yo no habíamos vuelto a hablar desde que le dije que me había cabreado con él y le colgué, pero sabía que él todavía me tenía cariño. Sabía qué día era hoy. Había sido él quien lo había mencionado hacía un par de semanas.

Se acordaba del día porque el año pasado, el día del accidente, nos estuvimos mandando mensajes. Dijo que temía el día y que cuando se acercaba, sentía que lo torturaba. Yo me sorprendí mucho cuando me lo explicó. Para él fue el día en que me perdió. Al hablar de ello, confesé que aquel día era mi cumpleaños. Él prometió encontrar una manera de distraerme y asegurarse de que disfrutaba de mi cumpleaños sin tener que pensar todo el día en el accidente.

—Ha cumplido su promesa —susurré para mí misma y luché contra las ganas de llorar.

Vivian me pasó una mano delante de la cara y trató de llamar mi atención.

—¿Qué promesa?

—Sabía qué día era hoy. Me refiero a además de mi cumpleaños.

Prometió distraerme para que no pensara en ello. Aunque le grité y no he vuelto a hablar con él, ha cumplido su promesa.

Vivian suspiró.

—Eso es muy romántico. Tienes que perdonarlo, Ella. —Me había presionado para que lo hiciera desde que le conté los detalles de nuestra bronca—. Tienes que llamarlo.

Rob parecía no estar de acuerdo.

—¿Cómo sabes que ha sido él quien ha hecho esto?

—Es el único que ha podido hacerlo. Es el único que sabe que hoy es mi cumpleaños y su padre es un pez gordo de la industria del cine, así que puede haberse puesto en contacto con Brian. Siempre he sabido que Cinder tiene contactos en la industria del cine. Debería haberlo adivinado antes.

—¿Cómo lo sabes? Nunca lo has visto. El tipo seguramente es un mentiroso.

Sacudí la cabeza.

—Me ha estado filtrando información de Hollywood desde que nos conocimos. Siempre sabe cosas antes de que se publiquen. Ha debido de hacer que su padre se cobre un favor o algo.

—Quizá conozca a Brian —comentó Vivian—. Me refiero a que, si son amigos, eso explicaría por qué el tío le cae tan bien.

—Cierto —convine—. Ha mencionado que conoce a varios famosos, aunque no ha dicho nombres y yo no se lo he preguntado. Supongo que podrían ser amigos. Conociendo a Cinder, no me sorprendería.

Eso hizo que todos susurrásemos y nos riésemos. Incluso una chica dijo:

—¡No puedo creer que conozcas a un amigo de Brian Oliver!

—No tiene por qué. No estoy segura de cómo Cinder lo ha conseguido. Quizá conoce a Brian o su padre conoce a alguien que, a su vez, conoce a alguien que lo conoce.

—Ha sido algo guay —comentó Rob.

Tardé un minuto en comprender que se refería a que Cinder se asegurase de que hoy estuviera distraída.

Una sonrisa se dibujó en mi cara.

—Sí. —Tendría que llamarlo después y disculparme por no haberle dicho nada durante toda la semana.

—¿Tú y este tipo sois muy amigos? —inquirió Rob. La desconfianza en su voz era bochornosa.

—Es mi mejor amigo.

—Pero nunca os habéis visto en persona, ¿no? Sois algo así como amigos a distancia que se escriben, ¿no?

Por fin entendí adónde quería llegar Rob con sus preguntas y el corazón se me encogió un poco. Me quedé mirando mi comida sin tener ni idea de qué decir. Pareció entenderlo porque añadió:

—Ahora es cuando me mandas a la mierda, ¿no?

Me obligué a mirarlo. No parecía alicaído ni nada. Esperaba que eso significase que su interés por mí no era tan fuerte como todo el mundo creía. No quería hacerle daño.

—Lo siento. No estoy preparada para salir con nadie. Técnicamente estoy soltera. No hay nada entre Cinder y yo, y nunca lo habrá, pero, aun así, lo quiero. Odio quererlo e intento no hacerlo, pero me resulta imposible.

Rob me observó durante un momento de esa forma intensa y silenciosa tan suya y preguntó:

—¿Estás segura de que no hay nada entre vosotros? ¿De que no le gustas?

Asentí.

—Tiene novia y me dejó claro que no quiere que nos conozcamos en persona. Le gusta que no nos hayamos visto.

La cara de Rob se contrajo levemente, como si la petición de Cinder lo cabrease, pero no dijo nada.

—Entonces tenemos que hacer que te olvides de él. ¿Te ayudaría que otra persona, un novio, te hiciese olvidarlo?

Me sonrojé al darme cuenta de lo que Rob insinuaba, lo que me ofrecía, pero negué con la cabeza de inmediato.

—Es muy amable por tu parte, pero creo que no sería justo para ti.

—¿Te caigo bien? —inquirió Rob.

Asentí a regañadientes.

—Sí, pero...

Rob no me dejó acabar la frase.

—¿Te atraigo?

Me puse roja al oír la pregunta. Bajé la vista al regazo y me mordí el labio hasta que me dolió, pero logré asentir un poco.

—Entonces es suficiente.

Cuando alcé la vista, confusa, él sonrió.

—No tienes que estar enamorada de alguien para salir con él. No tenemos que ir en serio. Podemos tener libertad para estar con alguien más, si quieres. Inténtalo. Sal conmigo y descubramos si nace la chispa.

Pensé en su oferta. Me gustaba Rob. Parecía un tío tranquilo. Quizá él tampoco buscara nada serio. No parecía justo, pero necesitaba olvidarme de Cinder y cuanto mayor fuera mi red de apoyo y pudiera enseñárselo a la doctora Parish, antes conseguiría independizarme. Aunque...

—No sé. Creo que te utilizaría.

Rob cogió una porción de *pizza* de su bandeja y me sonrió.

—Hazlo, Ella. Quizá no funcione, quizá sí. En cualquier caso, lo habrás intentado y nos lo pasaremos bien.

Dio un bocado a la *pizza* y sus ojos brillaron traviosos al masticar. En cuanto tragó, prosiguió:

—Tienes pinta de necesitar un sustituto y quiero dejar claro ahora mismo que nunca diré que no a ser el sustituto para una chica guapa.

Por fin pude ofrecer una sonrisa que me llegaba a los ojos.

—Es bueno saberlo.

—Entonces, ¿qué dices?

Sería idiota si no lo intentase, al menos.

—Supongo que podríamos intentarlo. Mi padre quiere que salgamos a celebrar mi cumpleaños esta noche. Ya me ha pedido que invite a Vivian. — Miré a Juliette—. ¿Crees que le importaría que Rob también viniese?

Juliette sacudió la cabeza.

—No creo que le importe. Más bien, deberías preocuparte de mi madre. Se vuelve loca de emoción cuando Ana y yo salimos con alguien. Alucinará cuando sepa que tienes novio.

Palidecí al oír el término y Rob se echó a reír.

—Nada de etiquetas, entonces.

Vivian bufó.

—Bueno, con la excepción del Sustituto.

Yo hice una mueca, pero Rob volvió a reír.  
—Suenan bien.

\*\*\*

Cuando llegué a casa por la tarde, estaba mentalmente exhausta. Solo quería relajarme con el sonido ronco y profundo de la voz de Cinder. Sabía que tenía que llamarlo antes de que acabara el día. Lo echaba de menos y se merecía que le diera las gracias.

Mi padre había levantado la prohibición de no pasar tiempo en mi habitación, así que me refugié en mi santuario. Al cerrar la puerta, oí hablar a Anastasia. Había estado callada en los trayectos de ida y vuelta al instituto, poniendo en práctica el método Tambor para no meterse en líos: si no ibas a decir nada bonito, era mejor no decir nada.

En cuanto desaparecí de su vista, se abalanzó sobre Juliette como un león hambriento. Estaban en la cocina; Juliette buscaba algo para merendar en el frigorífico y sus voces inundaban todo el piso de abajo y llegaban hasta mi habitación.

—¿Cómo lo ha hecho? —inquirió Anastasia.

Ya que hablaba de mí dejé la puerta un poco abierta y escuché la conversación a escondidas.

—No ha hecho nada —replicó Juliette—. Estaba tan sorprendida como nosotros. Ha sido Cinder. Ha sido su regalo de cumpleaños para ella.

—¿Cinder? —Anna dio un grito ahogado—. ¿El chico raro de internet? La puerta del frigorífico se cerró y alguien abrió una lata.

—No es raro —insistió Juliette—. De hecho, es guay.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has hablado con él?

—No, pero oigo a Ella hablar con él y sus conversaciones son totalmente normales. Además, leí su chat una vez que fue al baño y dejó el portátil abierto en el sofá.

—¡Vaya! ¿Leíste algo interesante?

Me sorprendió su confesión, pero me costó enfadarme ante la invasión de privacidad al entrever su sonrisa al hablar.

—Fue muy entretenida. Discuten como una heroína de una novela

romántica y su vil secuestrador pirata.

Se quedaron en silencio un momento y después Juliette añadió:

—Ella es ingeniosa, Ana; divertida, inteligente, amable y, en general, bastante maja. Te caería bien si le dieras la oportunidad.

Me sorprendió que me defendiera tanto. Sabía que Juliette ya no tenía ningún problema conmigo, pero sonaba como si fuese mi amiga de verdad. Anastasia no se sintió tan conmovida por su discurso.

—¿Por qué? A mí no me ha dado ninguna oportunidad.

—¿Por qué querría dártela? Te has portado fatal con ella desde que llegó. Si quieres mi opinión, te tolera mejor de lo que te mereces.

Anastasia bufó enfadada. No necesitaba ver su cara para saber que fulminaba con la mirada a Juliette. Seguro que también había sacado las garras.

—No me puedo creer que estés tan en mi contra. ¡Ella no es parte de esta familia y te pones de su lado contra tu propia melliza! ¡Yo soy tu hermana! ¡No *ella!*

—Ella es parte de esta familia, Ana. Necesitas aceptarlo.

—¡No pienso aceptar a nadie que intente quedarse con mi vida!

Juliette debió de quedarse tan confundida como yo, porque no respondió de inmediato. ¿A qué se refería Anastasia? ¿En qué mundo intentaba yo quedarme con su vida? Porque estaba claro que en este, no.

—¡Ya se ha quedado con mi habitación, mi hermana y el chico que me gusta! ¡Ni siquiera le gusta Rob y él la sigue como un perrito faldero! ¡Mamá y papá la adulan y ahora *Brian Oliver* la felicita por su cumpleaños!

—¡Nada de eso es culpa de Ella! —gritó Juliette—. No podía quedarse con la habitación del piso de arriba porque es discapacitada. ¿Quieres cojear como ella? ¿Has visto alguna vez cómo hace sus ejercicios de terapia? Le duele tanto que llora. Obligarla a subir las escaleras todos los días para ir a su habitación sería cruel.

—Vale, pero Rob...

—Ella no puede evitar que Rob se sienta así. Ha sido sincera con él sobre sus sentimientos hacia Cinder. Él es quien insiste en tratar de ganársela. Creo que ha hecho lo correcto al aceptar salir con él.

Ana volvió a bufar.

—Y tampoco me ha alejado *de ti* —continuó Juliette—. Soy yo quien no soporta estar cerca de ti porque lo único que haces es quejarte de Ella. Y papá *debería* adorarla. La *abandonó*. Si alguien ha robado a alguien, somos nosotras, que le robamos a papá. ¡Es un milagro que nos perdone!

Juliette se detuvo, probablemente para tomar aire. Estuvieron calladas un momento. Me pregunté si Anastasia respondería, pero no lo hizo. Fue Juliette quien rompió el silencio. Su voz sonaba más calmada pero aún se percibía la intensidad.

—No todo gira siempre en torno a *ti*. Me alegro de que Cinder consiguiera lo de Brian Oliver porque le dio a Ella algo en lo que pensar en lugar de darle vueltas a que hoy hace un año del peor día de su vida. ¿No puedes alegrarte de que le haya pasado algo bueno a alguien que lo necesitaba?

De nuevo, Anastasia no dijo nada. Aunque tampoco esperaba que lo hiciera. Juliette terminó de desahogar su frustración porque escuché la tele del piso de abajo encenderse y un portazo en el piso de arriba.

No pude evitar sentir pena por Anastasia. Era un monstruo egocéntrico, pero tenía sentimientos. Nunca había intentado ver las cosas desde su perspectiva. Tanto Juliette como Jennifer habían mencionado que Anastasia se sentía amenazada por mi presencia. No las había creído, pero estaba claro que llevaban razón.

No iba a dejarme intimidar y aguantar la mierda de Anastasia. Nuestra situación no era culpa mía y no merecía que me castigasen por ello, pero me alegraba comprender el motivo de su hostilidad. Supuse que podía intentar mostrarme un poco más sensible con respecto a sus sentimientos.

Finalmente, cerré la puerta y decidí darme un baño caliente antes de llamar a Cinder.

# Capítulo 19

## Brian

La FantasyCon es la mayor convención de fantasía de todo el mundo. Es como una Comic-Con de *El señor de los anillos* y *Dragones y mazmorras*. Se celebraba anualmente en noviembre en el centro de convenciones de Los Ángeles y sería la primera de las muchas apariciones públicas que haría para promocionar el estreno de *El príncipe druida*.

Me encantaba la FantasyCon. Había venido cada año desde que tenía dieciséis y en esta ocasión participaría como algo más que un espectador. Era la única parada de la gira promocional de *El príncipe druida* que realmente me apetecía, pero resultó ser el peor día de mi vida.

Hoy era el cumpleaños de Ella y el primer aniversario de su accidente. Tuve que sonreír, saludar a los fans y fingir que tenía una relación con Kylee durante todo el día, pero lo único en lo que podía pensar era en Ella y por lo que estaría pasando en ese momento. Ni siquiera podía consolarla porque seguía sin hablarme.

No la culpaba por estar enfadada. Le había hecho mucho daño al negarme a conocerla, pero no tenía alternativa. Supuse que necesitaría un par de días para tranquilizarse y después me llamaría y me perdonaría, pero ese par de días se convirtieron en casi dos semanas.

Miré nuestro chat por millonésima vez. Ella aún no se había conectado,

así que hice lo único que pensaba que podía hacer y escribí otro *tweet* sobre *Las palabras de sabiduría de Ellamara* a mis seguidores. Esta vez cité algo que ella había escrito hacía casi tres años sobre lo genial que era la serie *Dragonlance*, de Margaret Weis y Tracy Hickman.

Prometí distraer a Ella el día de su cumpleaños, pero como me había retirado la palabra, esto era lo único que se me había ocurrido. Esperaba que funcionase como distracción, porque para mí era un recordatorio de lo mucho que le gustaría estar aquí. Me sabía fatal que se lo estuviera perdiendo.

—¿Por qué no guardas esa cosa de una vez? —murmuró Kaylee cuando me vio con el móvil en la mano—. Es una falta de *respeto*.

Lo guardé. A Kaylee no le cabreaba que mandase mensajes; estaba enfadada por *lo que escribía*. Su furia me hacía sonreír. Eran las pequeñas cosas de la vida las que más importaban.

De repente me sentí de mejor humor y saludé a una joven adolescente y su madre que permanecían frente a mí.

—Kaylee tiene razón, disculpadme. Ahora tenéis toda mi atención.

—Oh, ¡no pasa nada! —prometió la chica al tiempo que me entregaba una foto para que la firmase—. Estabas escribiendo otra cita de *Las palabras de sabiduría de Ellamara*, ¿no?

Sonreí. La última vez que había consultado la cuenta de Ella había subido unos veinte mil seguidores. Se quedaría *pasmada* cuando lo viera.

—Así es. ¿Los has leído?

—¡Sí! —chilló la niña—. ¡Es muy divertida! Entiendo por qué es tu bloguera favorita. Yo la he empezado a seguir esta mañana. Me parece superdulce lo que haces. Yo *moriría* por un regalo de cumpleaños así. Seguro que a ella le encantará.

—Eso espero —dije entre risas—. ¿Cómo te llamas, cielo?

—Nancy.

—Bueno, Nancy —le dije al firmar su foto y devolvérsela—, ¿te gustaría ayudarme a desearle feliz cumpleaños de nuevo? —Alcé la vista hacia su madre—. ¿Le importaría que me sacase una foto con Nancy y la colgase en Instagram?

—¡Ay! —Nancy se volvió hacia su madre y le tiró de la manga—. ¡Por

favor, mamá! ¿Puedo? Por favor, por favor, por favor.

Cuando la madre de Nancy se echó a reír y asintió, le hice gestos a la niña para que rodease la mesa y se acercara a mí. Mi día mejoró un poco más cuando le pedí a la madre de Nancy que nos hiciese la foto para que Kaylee también saliese en ella. Kaylee no tuvo alternativa y sonrió.

Le guiñé el ojo a Kaylee y leí el texto tan alto como pude mientras subía la foto. «¡Kaylee, Nancy y yo le deseamos a Ellamara el mejor cumpleaños del mundo desde la FantasyCon! ¡Venid a divertirlos! #¡FelizCumpleañosElla!»

La mirada de Kaylee cuando subí la foto a internet casi me hizo pensar que el falso compromiso con ella valía la pena.

\*\*\*

Tras acabar la firma de autógrafos, se suponía que Kaylee y yo teníamos que ir directos al siguiente evento. Era un torneo de caballería de famosos. Un montón de actores de otras películas y series de fantasía y yo nos vestiríamos de los personajes a los que interpretábamos y nos enfrentaríamos en una competición de lucha con espadas de espuma para ganar el beso de la princesa Ratana.

Había sido una idea chulísima e iba a hacerlo genial. Antes de grabar *El príncipe druida*, tomé clases de espada y se me daba la mar de bien. Ojalá Ella estuviese aquí para disfrutar de esto. Era la mayor fan de *Merlín* y a mí me tocaba competir contra el príncipe Arturo en la primera ronda.

Tras vestirme de Cinder, eché otro vistazo al teléfono. Le había dedicado a ella mi primer turno y había puesto un enlace de su reseña titulada *Merlín y Arturo: la mejor amistad masculina de la televisión* cuando por fin recibí un mensaje de ella.

«Has cumplido tu promesa».

El mensaje me quitó un peso de encima. Sabía que había sido yo quien había orquestado los comentarios de Brian Oliver. Sabía que pensaba en ella y por fin me había vuelto a hablar.

Escudriñé la lujosa *suite* de hotel que nos habían asignado a Kaylee y a mí mientras durase la convención y me eché en la cama. Ya llegaba un poco tarde, pero mi duelo no era el primero y no pensaba irme a ninguna parte sin

hablar con Ella.

«Lo he hecho lo mejor posible», le contesté. «¿Ha funcionado?».

«Sí».

«Me alegro. Ella, lo siento mucho. Perdóname, por favor».

«Estás perdonado. Sabes que no puedo estar enfadada contigo».

«Bien. Entonces, ¿me das permiso para llamarte y desearte feliz cumpleaños?».

«Solo si me lo cantas».

Sonreí y en cuanto Ella contestó, me puse a cantar el *Cumpleaños feliz* lo mejor que pude.

—Será mejor que solo te limites a leer —bromeó cuando terminé, aunque había afinado durante toda la canción.

No pude reír con ella.

—Ella... —Me aclaré la garganta. Mi voz sonaba extrañamente ronca—. ¿Cómo estás?

Murmuró su respuesta en voz baja, pero no en el tono débil que temía que usase.

—Mejor de lo que esperaba. —Hubo una pausa y escuché ruido de agua acompañado de un suspiro de Ella—. El baño ayuda —comentó, y consiguió que mis pensamientos se convirtiesen en un caos.

—¿Has dicho que te estás dando un *baño*?

—Ajá. Con lavanda. Mi madrastra asegura que es terapéutica y nunca lo admitiré delante de ella, pero tiene razón. Me siento muy relajada ahora mismo.

Me contuve para no atragantarme.

—Maldita sea, Ellamara, ¿qué intentas conseguir, señorita?

—¿De qué hab...? ¡Oh! —Ella se echó a reír—. Pervertido. ¿Cómo puedes ponerte cachondo con eso? Ni siquiera sabes cómo soy. Podría pesar ciento ochenta kilos, tener mucho pelo y estar cubierta de verrugas.

Sí, claro.

—No es cierto. Vi una foto que publicaste en tu blog cuando hablabas de los viajes que hacías con tu madre. Estás buena. Tienes ese aire de medio latina *sexy*.

Esperaba que respondiese a mi flirteo, pero solo dijo:

—Te crees la leche... Esas fotos de cuando tenía aparato son horribles. Como mucho soy normalita. O al menos lo era antes. Ahora no hay muchos chicos que me miren dos veces, y no en el buen sentido.

Me senté. ¿A qué se refería con *antes*? ¿Antes de su accidente? ¿Le había pasado algo que no me había contado? Estuvo en el hospital durante mucho tiempo, pero nunca me había contado nada de sus heridas. Siempre decía que no quería hablar del tema.

—¿A qué te refieres, Ella?

—A nada. No importa.

Claro que importaba.

—Ella...

—Lo que intento decir —me interrumpió— es que dejes de fantasear sobre mí y me permitas disfrutar de mi baño. Tu pequeño numerito ha conseguido que toda la gente que me había ignorado durante meses ahora quieran ser mis mejores amigos o arrancarme los ojos por los celos. Creía que Rob le haría daño a alguien al intentar protegerme.

Me olvidé de las heridas de Ella.

—¿Rob? ¿Es el chico que mencionó tu amiga? ¿Estáis saliendo?

—Supongo que algo así. Es decir, no lo hemos hecho oficial ni hay exclusividad ni nada, pero por fin me ha pedido salir. Vendrá a cenar esta noche para celebrar mi cumpleaños.

Agarré el móvil con tanta fuerza que casi rompí la pantalla. ¿Un chico de su instituto iba a ir a su cena de cumpleaños y no pensaba que hubiese exclusividad? Y una mierda. Los cumpleaños eran algo importante. Los tíos temían los cumpleaños de las chicas. Siempre. Por mucho que Ella pensara eso, ese tal Rob tenía intenciones serias si iba a pasar su cumpleaños con ella. Pero al menos Ella no sonaba demasiado entusiasmada.

—Diría que no saltas de alegría. ¿Quieres salir con ese tío?

Ella suspiró.

—No lo sé. No he salido con nadie desde el accidente. No estoy segura de estar preparada, pero en algún momento tengo que empezar a vivir, ¿no? Al menos Rob se merece una oportunidad.

Tuve que llevar a cabo mi mejor actuación para sonar como un amigo preocupado y educado en lugar del gilipollas celoso que era.

—No te conformes con algo que no sea lo mejor, Ella.

—No es eso. Es guapo y muy dulce. Es uno de los chicos más populares del instituto, porque juega muy bien a fútbol, pero a él no le importa que yo sea una paria social. Te prometo que es un buen chico.

¿Un atleta? ¿Mi pequeña friki amante de los libros de fantasía salía con un *deportista*? Eso no estaba nada bien.

—Bueno, no es genial —respondí y dejé escapar un gruñido—. No eres una chica que tenga que conformarse con un plan B.

A continuación, llamaron a la puerta de la habitación del hotel y Kaylee gritó mi nombre. Cuando empezó a trastear con la cerradura, maldije por que tuviese la llave y me metí a toda prisa en el baño. Aún no había terminado de hablar con Ella y ni por asomo iba a acabar la conversación por culpa de Kaylee.

Odiaba que tuviésemos que compartir habitación esa semana, pero nuestros representantes estaban obsesionado con que el secreto de nuestra relación no se descubriese, así que insistieron. Corrí el pestillo de la puerta del baño al mismo tiempo que Kaylee entraba en la *suite*.

—¡Sé que estás ahí! —gritó mientras aporreaba la puerta del baño—. ¿Qué demonios haces?

Ya me jodía tener que oír lo del tipo futbolista. Lidiar con Kaylee era pedir demasiado a mi mal carácter.

—¿Qué crees que hago? ¡Me escondo de ti!

—¡Qué divertido! —Kaylee movió el pomo y volvió a llamar a la puerta cuando no logró abrirla—. ¡Sal de una puñetera vez! ¡Llegamos tarde!

—¡Tú llegas tarde! Yo no tengo que estar allí hasta dentro de quince minutos.

—¡No pienso presentarme a ese estúpido evento *sola*! ¡Deja el maldito teléfono y sal!

Nunca me dejaría en paz. Murmuré varias maldiciones y suspiré.

—La caballería me ha encontrado. Tengo que irme. Estoy en un evento loco del trabajo este fin de semana. De hecho, estoy encerrado en el baño ahora mismo porque se supone que debería estar en un acto, pero cuando vi tu mensaje no pude esperar para hablar contigo.

—No pasa nada. Me puedes llamar luego.

Me alivió intuir una sonrisa en la voz de Ella y me sentí agradecido por que me pidiese que la llamara luego. Significaba que ya no estaba enfadada conmigo. Me había perdonado de verdad. Estas dos semanas sin ella habían sido de las más largas de mi vida.

—Quizá podríamos leer por mi cumpleaños, ¿qué te parece? —sugirió.

Gruñí. Nada me habría gustado más que acurrucarme en la cama y leer con Ella por su cumpleaños, pero había tanta gente en la ciudad debido a la convención, que habían organizado una fiesta esta noche y Kaylee no querría perdérsela.

—Suenan increíble, pero estoy en una conferencia hasta el domingo y terminamos tarde por la noche. No creo que pueda escaquearme. ¿Podemos hablar el lunes?

—Claro.

Noté la decepción de Ella e intenté digerir la mía propia.

—Bien. Lo estoy deseando. Te he echado mucho de menos, señorita. No sabes cuánto. Al día siguiente tuve que borrar tu número para no perder la dignidad llamándote millones de veces y rogar que me perdonaras.

Ella se echó a reír y, al mismo tiempo, Kaylee volvió a aporrear la puerta.

Me tiré del pelo, frustrado.

—Te tengo que dejar. Te quiero, Ella. Nada de volver a estar sin hablarnos, ¿vale? Estas dos semanas han sido un infierno. Felicidades. Te llamaré el lunes.

—Gracias. Yo también te quiero, Cinder. Tendré el teléfono conmigo el lunes y esperaré ansiosa tu llamada.

Esas últimas palabras provocaron un sentimiento de calidez en mi pecho. Serían suficiente para ayudarme a sobrevivir el resto del fin de semana. Volví a sonreír y me dispuse a encarar a la fierrecilla y, con suerte, también a darle una paliza al príncipe Arturo de Camelot en un combate con espadas de espuma.

## Capítulo 20

Después de hablar con Cinder, me sentí lo bastante revitalizada como para salir a celebrar mi cumpleaños. Mi padre había reservado en Chart House, un restaurante de carne a la brasa en la costa de Malibú. La carne no era mi comida favorita, pero mi dietista estaría encantada, porque últimamente había perdido un poco de peso debido al estrés, y me había recomendado empezar otra dieta más alta en calorías y con más proteínas. De hecho, probablemente el dietista fuera la razón por la que mi padre había elegido este restaurante. En fin, al menos no era sushi. Puaj. Y, mirándolo por el lado bueno, el restaurante era precioso. El viaje merecía la pena solo para ver la puesta de sol junto al mar.

La cena fue agradable. Mi padre adoraba a Vivian, pero se quedó maravillado con la nueva camaradería que había entre Juliette y yo, y no le preguntó a Rob nada horrible por estar saliendo conmigo. Ni siquiera Anastasia estuvo demasiado de morros.

El único momento vergonzoso fue cuando Jennifer empezó a alabar a Rob por haberme retirado la silla. El pobre se puso rojo como un tomate. Estaba segura de que yo me había puesto igual. Tanto Juliette como Anastasia mandaron callar a su madre y la fulminaron con dos miradas amenazantes. Por suerte, Jennifer pilló la indirecta e intentó no dejarse llevar por el rol de madre de ahí en adelante.

Tras la cena, todos acabamos con el estómago lleno, pero mi padre insistió en que pidiésemos algunas de sus famosas tartas de chocolate caliente; al fin y al cabo, estábamos celebrando mi cumpleaños. Nadie se negó a tal delicia chocolatera. Yo accedí feliz como una perdiz. Mientras

esperábamos a que nos trajeran el postre, Juliette comenzó a mecerse en la silla.

—¿Podemos empezar ya con los regalos?

—¿Hay regalos? —Se me encendieron las mejillas otra vez. No esperaba recibir ningún regalo.

—Y buenos —dijo Juliette—. Te van a encantar. ¿Se los podemos dar ya? Por favor, por favor, por favor.

Era como ver a una niña pequeña el día de Navidad. Todos nos reímos de ella.

—Vale —accedió mi padre, y me tendió un sobre largo que se sacó del bolsillo interior de su chaqueta—. Esto es de parte de la familia. Fue sugerencia de Juliette, así que, si no te gusta, la culpa es de ella.

Juliette puso los ojos en blanco, pero sonrió con tanta vehemencia que pareció que fuese a explotar en cualquier momento.

—¡Ábrelo!

Su entusiasmo era contagioso, así que rasgué el sobre lo más rápido que me permitieron mis dedos lesionados. Casi grité de emoción cuando vi lo que había dentro. En realidad, sí que grité un poco y algunos clientes miraron a nuestra mesa con el ceño fruncido. Eran entradas para ir a la FantasyCon de este año. No me lo podía creer.

—¿En serio? Sé que vais a pensar que soy una tonta, pero siempre había querido ir a esta convención desde que tenía... ¡como doce años! Madre mía, ¡no puedo creer que por fin vaya a ir! ¡Gracias! ¡Me encanta!

La convención duraba cinco días, pero el mejor siempre era el último: el domingo. Tenía en mis manos *cinco* pases de un día para el domingo.

Pasado mañana tendría la oportunidad de pasar el día inmersa en los mundos de mis libros y películas favoritos. Podría saludar a un montón de mis autores y actores preferidos, conseguiría las secuelas de libros que todavía no habían salido a la venta, asistiría a conferencias de algunos invitados y vería escenas exclusivas de películas que se estrenarían próximamente. ¡Corría el rumor de que iban a proyectar diez minutos enteros de *El príncipe druida*!

—No solo son entradas para la FantasyCon —aclaró Juliette—. Te hemos conseguido un pase para la charla de El príncipe druida. Lo he buscado. ¡El autor de los libros, el director, el productor, el guionista y el

reparto de la película estarán allí! Mantendrán un pequeño encuentro privado con todos los asistentes a la charla, ¡así que tendrás la oportunidad de conocer a tu gran amigo, *Brian Oliver!* ¿No es increíble?

Juliette chillaba tanto que mi padre le dijo que respirase un poco. Yo estaba en *shock*. En cuanto mi cerebro empezó a funcionar de nuevo, caí en la cuenta de cuántos pases tenía.

—¿Me habéis conseguido cinco pases? Esto habrá costado un dineral.

Juliette le restó importancia con un gesto de la mano.

—Da igual. Papá te lo debía.

Decidí no darle vueltas a eso y pregunté otra cosa antes de que el ambiente se volviera incómodo.

—Pero ¿por qué tantos?

Juliette esbozó una sonrisa traviesa.

—Bueno, obviamente no querrías ir tú sola, así que pensé que sería de mala educación regalarte solo dos y ponerte en la obligación de elegir entre tus amigos.

—Quieres decir que tenías miedo de que no te eligiese a ti —bromeé.

Juliette no lo negó.

—¿Hola? ¡Estamos hablando de Brian Oliver!

Me volví a reír.

—Vale, pero ¿por qué cinco? ¿Ya tenías una lista de invitados pensada?

—Bueno, obviamente tú, yo, Vivian y Rob, y pensé en...

—Juliette vaciló y se mordió el labio, nerviosa.

—¿En quién? —pregunté.

Sinceramente, no tenía ni idea de a quién podría referirse.

—Pensé que podrías invitar a Cinder. —Juliette se ruborizó y enseguida soltó el resto de la explicación—. Me refiero a que *El príncipe druida* es algo vuestro, de los dos. Pensé que sería la excusa perfecta para que por fin os conocierais.

Me quedé atónita. Juliette no solo intentaba que cumpliera una de mis mayores ilusiones —o de las suyas— con ese regalo, sino que había ido mucho más allá. Intentaba regalarme a mi mejor amigo. Fue el gesto más considerado que nadie había tenido conmigo. Me sentía tan abrumada por el detalle que apenas podía hablar.

—¿Qué opinas? —preguntó Juliette con nerviosismo.

—El regalo es increíble, Juliette. Muchísimas gracias por pensar en Cinder. Significa mucho para mí. Me encantaría poder ir con él, pero está fuera de la ciudad este fin de semana por un asunto de trabajo. Antes me ha llamado para desearme feliz cumpleaños y solo hemos podido hablar un par de minutos. Estaba tan ocupado que me ha dicho que no tendría tiempo de hablar más conmigo hasta el lunes.

—Jo, qué rabia. —El rostro de Juliette se transformó momentáneamente en un mohín, pero luego volvió a animarse—. Bueno. Lo pillaremos por banda cuando salga la película. Tenéis que ir a verla juntos.

El corazón me dolió ante la idea porque sabía que era una causa perdida. Cinder y yo nunca llegaríamos a vernos cara a cara. No podría ir con él a ver la película, aunque fuera la persona en el mundo con quien más me gustaría ir a verla.

Tenía que cambiar de tema antes de echarme a llorar.

—Bueno, igualmente no puede venir. —Miré a mi otra hermanastra, que tan deliberadamente nos ignoraba mientras jugaba con su teléfono—. ¿Por qué no vienes tú con nosotros, Ana?

Todo el mundo en la mesa se quedó estupefacto. Vivian, Rob y Juliette me miraron boquiabiertos y con el rostro perplejo. Mi padre y Jennifer se mostraron igual de sorprendidos, pero ambos observaron a Anastasia conteniendo el aliento y con una mirada llena de esperanza. Anastasia se quedó tan patidifusa como los demás.

—¿Yo?

Hice caso omiso de su hostilidad y me encogí de hombros.

—Claro, ¿por qué no?

La mirada envenenada que me lanzó fue impresionante, hasta para ella.

—No necesito que me inviten por pena. ¿Qué te hace pensar que querría ir a esa convención repulsiva, llena de frikis y raritos, contigo y tus amigos, eh?

Las caras de decepción de mi padre y Jennifer me cabrearon más que el insulto de Anastasia. Quería responder algo igual de maleducado, pero cuando volví a mirar a mi nueva familia, no tuve corazón para empeorar las cosas.

—No te estoy invitando por pena —dije, obligándome a hablar con la mayor indiferencia posible—. Considéralo más bien como una tregua. Una ofrenda de paz.

Anastasia entrecerró los ojos y esperó a que me explicase.

—Juliette y Rob también son tus amigos, y sé que te gusta Brian Oliver. Ven con nosotros y pásatelo bien. No te estoy pidiendo que seas mi amiga, ni quiero que vengas porque me das pena. Te estoy invitando para disculparme contigo. No tuve más remedio que entrar en tu vida y no puedo desaparecer de ella. Lo que sí puedo hacer es intentar compensarte dándote la oportunidad de robarle a Brian Oliver a Kaylee Summers. Por mucho que me duela admitirlo, creo que tú eres mucho más guapa que ella. Si alguien es capaz de conseguirlo, esa eres tú.

Mi padre y Jennifer seguían totalmente atónitos, incapaces de creer lo que estaba ocurriendo, pero Juliette, Vivian y Rob se rieron.

—Sí que es lo bastante agresiva —coincidió Juliette. Sonrió a su hermana y dijo—: Eres como una barracuda.

Anastasia se mofó, pero vi que intentaba reprimir una sonrisa.

—No importa. Estoy castigada hasta Navidad.

—Si quieres ir con tus hermanas a la convención, supongo que podría levantarte el castigo —dijo mi padre—. Siempre y cuando te comportes.

Ana pareció rechinar los dientes tanto como yo cuando se refirió a nosotras como sus hermanas, pero ninguna de las dos lo corregimos. Ana entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Solo me levantaríais el castigo durante ese día?

Mi padre y Jennifer intercambiaron una mirada. Papá se encogió de hombros y Jennifer asintió en dirección a su hija.

—Considéralo una prueba. Te librarás del castigo siempre y cuando demuestres que puedes comportarte.

Me daba la sensación de que los castigos no solían levantarse antes de tiempo en esta familia, dadas las expresiones en los rostros de Juliette y Ana, cuyos ojos parecían salirse de las órbitas. Ana se recuperó antes que Juliette y se encogió de hombros mientras me miraba con fingida indiferencia.

—Vale, bien. Iré a tu estúpida convención.

El camarero llegó con nuestras tartas y, mientras todo el mundo estaba distraído, mi padre estiró el brazo y me dio un apretón en la mano.

—Gracias —articuló.

—Gracias a ti por mi regalo —respondí—. Me encanta.

Todos le hincamos el diente al postre —gracias a Dios, no me cantaron el *Cumpleaños feliz*— y al cabo de unos cuantos minutos de cómodo silencio, Rob se giró hacia mí.

—¿Entonces no estás interesada en ganarte el corazón de Brian Oliver? —Pretendía bromear, pero noté verdadera curiosidad en su voz—. Ya es fan tuyo. Lo único que tienes que hacer es decirle que eres tú la del blog que no ha dejado de compartir.

—¡Oh, no! —contesté entre risas—. Eso *no* va a pasar. Ya me ha destrozado el corazón un *playboy* rico y arrogante. No necesito otro. Es todo tuyo, Anastasia, a menos que Juliette quiera competir contigo por él.

—Ja, pretendo hacerlo —dijo Juliette, haciéndonos reír a todos de nuevo.

—Vale, vale, ya es suficiente —interrumpió Vivian—. Ahora me toca a mí darte tu regalo.

Vivian me ofreció una enorme bolsa de la que sobresalía papel de regalo lleno de colores.

—¿Me has comprado un regalo? No tenías que hacerlo.

—Sí, sí que tenía. Date prisa y ábrelo antes de que te diga lo que es.

Cuando rasgué el papel de regalo y vi los pliegues de un precioso encaje blanco, ahogué un grito.

—¿Tus padres me han hecho un vestido?

Arrastré la silla hacia atrás y me puse en pie mientras sacaba el vestido de la bolsa y lo sostenía contra mi cuerpo. ¡Era precioso! Llegaba hasta el suelo y estaba hecho de gasa y encaje blanco. Era el vestido más elegante que había visto jamás. Y, de hecho, lo *reconocí*.

—Espera. ¿Es...?

Vivian asintió.

—No se me dan bien los secretos; pregúntale a cualquiera. Casi se me escapa lo del domingo un montón de veces, pero Juliette me habría matado. Cuando me dijo lo que tu padre te iba a regalar, fui corriendo a mis padres para que me ayudasen con tu disfraz. Estuvieron encantados de ayudar.

—¡Es increíble!

Esperaba que mis ojos transmitiesen la gratitud que sentía, aunque estaba a punto de entrar en pánico. El vestido era precioso, pero no tenía mangas y llevaba la espalda al aire. Dejaría muchas de mis cicatrices al descubierto. Sabía que me había sentido guapa cuando me probé aquel vestido en su casa, pero no creía que pudiese enseñar las cicatrices en una convención, por mucho que quisiera disfrazarme de mi personaje favorito.

—Mira en la bolsa —dijo Vivian, leyéndome la mente.

Ahugué otro grito cuando saqué una preciosa capa blanca, que iba a juego con el vestido, y un par de guantes blancos, largos y elegantes, de satén.

—Sé que, oficialmente, los guantes no forman parte del disfraz de Ellamara —explicó Vivian—, pero van a juego, y te tapan las cicatrices sin problema. ¡Y toma!

De pronto, una azafata apareció a mi espalda, aunque no la había visto acercarse. La muchacha sostenía un precioso bastón. Medía un metro ochenta, era de madera y estaba tallado para que pareciesen tres ramas de árbol entrelazadas. En lo alto, un orbe grande, azul claro y como de cristal, se encontraba recubierto con las tres ramas. Era una réplica exacta de la vara mágica de Ellamara. Acepté con cuidado el regalo que me tendía la azafata, que me deseó feliz cumpleaños y luego regresó a su puesto.

—Es precioso.

Vivian señaló la parte baja del bastón.

—Y también es funcional.

Había un trozo de goma en la parte inferior, igual que en las muletas... o en mi bastón. Ahugué otro grito y tanteé mi peso sobre la vara. Funcionaría perfectamente.

—Por mucho que me guste mi bastón de chuches —dijo Vivian, que había bautizado a mi bastón de ese modo, ya que tras haberlo decorado le recordaba al juego de mesa Candy Land—, este queda mucho mejor con tu modelito.

Di unos cuantos pasos para probarlo y luego me giré para quedar de frente a la mesa de mi familia, abarrotada de rostros sonrientes.

—¡Es una pasada, Vivian! ¡Gracias! ¡Y también gracias a tus padres!

—El domingo no solo serás Ellamara Rodríguez; serás Ellamara, la preciosa, misteriosa y mística sacerdotisa druida.

—Hay un concurso de disfraces —añadió Juliette—, y vamos a ganar.

—¿Vamos?

—Sí. Vivian también me ha ayudado con el mío. Seré la princesa Ratana.

—Y yo voy como la malvada reina Nesona —dijo Vivian—. Mi vestido mola. ¡Vamos a estar fabulosas!

Chillé otra vez. Sería fantástico. Era como un sueño hecho realidad para una friki de la fantasía como yo.

—Esta noche, cuando llegue a casa, les diré a mis padres que también vendrá Ana. No tendrán ningún problema en terminar otro disfraz de la princesa Ratana para el domingo.

Resoplé.

—Sí, no debería ser muy difícil. Ese disfraz es más bien escaso.

Juliette me sacó la lengua.

—Yo creo que es *sexy*. —Ya había oído mi charla sobre la falta de ropa de las chicas guerreras—. Dos princesas Ratana mellizas llamarán la atención de los jueces. Eso por no mencionar la de Brian Oliver.

Rob se rio.

—¿Y yo podré pasar el día con cuatro tías buenas vestidas de princesas medievales? Genial.

Vivian miró a Rob con un brillo travieso en los ojos que lo hizo incorporarse en la silla.

—¿Qué?

Ella le sonrió con dulzura y demasiada inocencia.

—Hay un precio que pagar por el honor de escoltarnos a la convención.

Rob frunció el ceño.

—¿Qué precio?

—No es nada grave —trinó Juliette—. Solo una túnica.

—¿Una qué?

—Y mallas. —Se rio por lo bajo.

Rob procesó todo eso y luego palideció.

—Ah, no. ¡Ni de coña!

Todos nos reímos, hasta Anastasia.

—Sí —rebató Vivian—. No creías que la Sacerdotisa Mística, las preciosas damas Ratana y la Malvada Madre Querida iban a aparecer sin su campeón príncipe druida, ¿verdad, querido Cinder?

—Eh... sí.

Casi me sentí mal por él, pero no lo bastante como para dejar que fuera sin disfraz.

—Si te sirve de consuelo, tendrás espada —le ofrecí.

—Es imposible que ya tengáis un disfraz para mí

—argumentó—. No teníais mi talla.

Vivian se rio.

—Mi padre tiene un don para saber la talla de la gente. Lo conociste cuando viniste a ver las pelis. Además, hay muchas fotos tuyas en Facebook, que fueron de gran ayuda.

Ante la expresión de confusión de Rob, Vivian sonrió con suficiencia.

—¿Sabes todos esos entrenamientos que haces sin camiseta? Pues por lo visto son demasiado tentadores para las chicas del instituto.

Guau. Tendría que hacerme amiga de algunas chicas del instituto. O quizá empezar a ver los entrenamientos de fútbol.

Vivian ronroneó con admiración y Rob se ruborizó tanto que parecía que su rostro nunca recuperaría su color natural.

—Lo siento —susurré, y le tendí la mano bajo la mesa como apoyo. Él me la agarró como si eso lo volviese invisible y me dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Solo piensa que el disfraz es una especie de uniforme y no te pasará nada —bromeó Juliette.

—El disfraz te quedará bien —prometió Vivian—, pero deberías venir a mi casa el domingo por la mañana temprano, por si acaso hay que hacer algún arreglo rápido. En realidad, todos tendríais que venir temprano porque mis padres han pedido a sus amigos del programa que vengan a peinarnos y maquillarnos.

—¿¡En serio!?! —Juliette, Anastasia y yo gritamos al unísono.

Tanto mi padre como Jennifer rompieron a reír.

—Nada como un cambio de *look* para hacer feliz a una mujer, ¿eh? —bromeó mi padre, y le dedicó a Rob una mirada llena de compasión.

Rob suspiró y me volvió a apretar la mano.

—Vale. Como es el cumpleaños de Ella, seré su príncipe azul por un día.

—Mi príncipe Cinder. —Me incliné y le di un beso en la mejilla—. Rob, eres el mejor.

Él me regaló una sonrisa arrepentida con una mirada que decía que le debía una y, luego, se giró de nuevo hacia Vivian.

—A lo del maquillaje me niego.

## Capítulo 21

La FantasyCon era como había soñado, y mis amigos y yo estábamos espectaculares. Los padres de Vivian eran tan buenos que no parecía que acabáramos de salir del plató de grabación, sino que, más bien, habíamos encontrado el modo de viajar entre mundos y llegado desde el mismísimo reino del libro.

Ninguno de mis amigos era tan fanático de la fantasía como yo. No estaban familiarizados como yo con las referencias, los autores y los ilustradores que vimos. Tampoco estuvieron a punto de desmayarse cuando conocimos a Richard y a Kahlan, de *La leyenda del buscador*, como yo, pero no me importó. Alucinaron con los disfraces de la gente y no ocultaron el placer con el que se reían de mis *frikadas*. No pasaba nada. Aun así, fue uno de los días más increíbles de mi vida.

La charla sobre *El príncipe druida* fue una gran experiencia en sí misma. Me emocioné tanto por el estreno de la película que no sabía si sería capaz de esperar a Navidad para verla. Cuando terminó el acto, la gente con los pases para el encuentro privado hizo cola para conseguir un autógrafo de los artistas invitados.

Vivian, Juliette y Anastasia contuvieron la respiración en cuanto entramos en la sala y vimos a Brian Oliver sentado a unos metros de distancia. El pobre Rob, por su parte, no hizo más que babear cuando vio a Kaylee Summers. Mis atónitos amigos me dieron el gusto y esperaron pacientemente a que conociera primero al autor de *El príncipe druida*, L. P. Morgan.

Estaba sentado en una mesa con el guionista de la película, Jason Cohen,

que había ganado un Oscar, y casi me muero cuando charlé con ellos y otros cuantos fanáticos de *Las crónicas de Cinder* sobre el proceso de adaptación y cómo iban a hacer las secuelas. Mi hice una foto con ambos, y ellos incluso dejaron que grabara el debate con el teléfono para mi blog. En serio, ¡fue un sueño hecho realidad! Estaba en el séptimo cielo cuando al fin me separaré de ellos y me encaminé para conocer a Brian Oliver y Kaylee Summers.

—No puedo creer que te hayas puesto así de loca con esos dos *abueletes* cuando *Brian Oliver* está justo ahí —dijo Anastasia mientras esperábamos en la cola para que llegara nuestro turno y conocer a los invitados de honor.

Hoy ni siquiera su actitud podía ponerme de mal humor.

—Brian Oliver está bueno, pero L. P. Morgan es mi héroe. Ese hombre es un genio. —Abracé el libro de tapa dura que había traído conmigo para que me lo firmara. Ojalá hubiese sido el ejemplar que tenía mi madre cuando era pequeña, pero, aun así, atesoraría ese nuevo. Volví a abrazarlo y solté un suspiro de satisfacción—. No puedo creer que por fin lo haya conocido.

Anastasia negó con la cabeza.

—Eres muy rara.

Vivian me pasó un brazo por encima de los hombros.

—Sí, pero la quiero igual.

—Y, Ella, ¿vas a agradecerle a Brian Oliver tu regalo de cumpleaños? —preguntó Juliette.

—No. —Me repetí a mí misma cuando nadie me miraba como si estuviese loca—. *No*. No quiero que sepa quién soy.

—¿Por qué no?

*Porque probablemente conozca a Cinder y luego le contaría que me ha conocido.*

—Simplemente no quiero, ¿vale? Por favor, no digáis nada.

—Probablemente conozca a Cinder —comentó Vivian, pronunciando mis pensamientos, solo que ella lo dijo como si fuese algo bueno—. Podrías conseguir que te dijera el verdadero nombre de Cinder y, luego, podríamos buscarlo en Facebook y ver si está tan bueno como parece por su voz.

—No necesito confirmación para eso. Cinder no quiere conocerme. Nunca. No quiero saber lo guapo que es.

Vivian y Juliette fruncieron el ceño, pero Rob vino a mi rescate.

—Eh, chicos, dejadla en paz. Cinder es un gilipollas por no querer conocerla. Deberíamos ayudarla a olvidarlo, no animarla a conocerlo.

Anastasia se mofó, pero no estaba segura de si estaba molesta por lo que él había dicho o enfadada porque me había rodeado la cintura con un brazo. Siguió fulminándome con la mirada hasta que por fin llegó nuestro turno y nos encontramos cara a cara con Brian Oliver.

Brian Oliver estaba bueno en la tele. Pero en persona era absolutamente arrollador. Esos ojos que ardían mientras titilaban... y esa sonrisa...

—¡Estáis increíbles los cinco! —dijo Brian, rompiendo el silencio en el que nos habíamos sumido al verlo ahí, en carne y hueso—. Los mejores disfraces que he visto este año, de lejos. Espero que os hayáis apuntado al concurso. —Sus ojos se movieron hasta Anastasia y Juliette e inmediatamente recorrió sus cuerpos con la mirada—. Gemelas —ronroneó cuando terminó de comérselas con la mirada—. Vosotras, buenas damas, sois las Ratanas más hermosas que he visto desde que empezó la convención.

Resoplé, no lo pude evitar. Si realmente era amigo de Cinder, no me sorprendía por qué. Eran como dos gotas de agua.

Me ruboricé cuando Brian me miró con curiosidad, pero me preocupé más por la expresión de dolor en el rostro de Juliette y la mirada envenenada de Ana. Me tragué la risa de inmediato.

—Lo siento.

Juliette me lanzó una mirada que decía «¿Qué narices?» y yo me encogí de hombros. Había progresado bastante con Anastasia ese día, pero insultarla frente a Brian Oliver no iba a hacer que dejara de caerle mal.

—Lo siento —repetí, más arrepentida esta vez—. Por supuesto que tiene razón. Sabéis que ambas sois preciosas. Solo me reía de su cursilada.

—¿Cursilada? —preguntó Brian. Su voz sugería que se había ofendido, pero su sonrisa torcida y sus ojos risueños indicaban otra cosa.

No había querido insultarlo, pero ya era demasiado tarde para retirar el comentario, así que tuve que defenderme.

—Sí. Cursilada. Y estoy segura de que le has dicho esa misma frase a todas las chicas que has conocido esta semana. Me parece increíble que todavía puedas soltarla con esa expresión tan seria.

Brian parpadeó, sorprendido. A su lado, Kaylee Summers se rio.

—Mira, cariño. —El desdén era patente en su voz—. Alguien más que no se impresiona con tus tonterías.

Temía haberlo ofendido de verdad, pero sonrió como si solo resultara un delicioso reto para él.

—No iría vestida de Ellamara si fuese fácilmente susceptible a mi encanto —le dijo a Kaylee, sin dejar de mirarme con sus ojos marrones—. Pero he dicho el cumplido de verdad. Tus amigas son dos de las princesas Ratana más hermosas que he visto este fin de semana. —Guiñó un ojo a Ana y a Juliette, y ambas se ruborizaron—. Al igual que tú eres la Ellamara más encantadora que he conocido hasta ahora.

Resoplé otra vez.

—Probablemente sea la única Ellamara que hayas conocido.

La sonrisa de Brian se ensanchó de forma arrebatadora.

—Sigues siendo encantadora. Esos ojos... —Se detuvo un momento, me miró muy intensamente a los ojos y frunció el ceño—. ¿Nos conocemos?

—¡Ja! No. No nos conocemos.

—¿Estás segura? Me resultas familiar. Juraría que he visto esos ojos antes.

Tragué saliva. Tal vez había visto una foto mía en el blog. No había subido ninguna desde la última vez que fui a una firma con mi madre. Y eso fue meses antes del accidente. Ahora tenía un aspecto muy diferente, no llevaba aparato y era mayor, pero mis ojos azules y la piel morena, junto con mi pelo oscuro, eran inconfundibles.

Me obligué a sonreír con suficiencia.

—Estoy segura de que recordaría haber conocido a una estrella del cine. —Sin embargo, él seguía mostrándose escéptico, así que añadí—: Sobre todo uno que usa frases tan cursis para ligar.

Por fin, Brian se rio. Cogió un rotulador permanente y una foto suya y se preparó para firmarme un autógrafo.

—Vale, desisto. ¿Cómo te llamas, preciosa?

Las mejillas me ardieron a pesar de todos mis esfuerzos. Señalé su foto y negué con la cabeza.

—No te preocupes. No necesito ninguna foto. Solo quería darte esto.

Le tendí un ejemplar de *El príncipe druida*. A diferencia de la edición en

tapa dura que me había firmado L. P. Morgan, esta era una de las últimas que habían editado con la cubierta de la película en lugar de la original. Brian aceptó gustoso el libro y luego alzó la mirada hacia mí.

—¿Y a quién se lo dedico?

Evité poner los ojos en blanco.

—No quiero que lo firmes. Quiero que lo *leas*.

Brian bizqueó.

—¿Perdón?

Suspiré.

—Estás interpretando uno de los personajes más queridos de todos los tiempos. No me importa cuántos Oscar haya ganado Jason Cohen, pero es imposible que el guion pueda hacerle justicia al libro. Sé que es demasiado tarde como para ayudarte con la primera película, pero quedan cuatro más. Quiero que entiendas, de verdad, de verdad, quién es Cinder, así que te lo suplico. Por favor. Lee los libros. Te lo juro, valen la pena.

Toda la gente que había cerca se me quedó mirando con la boca abierta como si fuese una rarita, excepto otras fans de la saga que aplaudieron y me animaron. Tanto Juliette como Anastasia portaban una expresión de horror en el rostro. Hasta Rob y Vivian parecían un poco sorprendidos.

La expresión de Brian Oliver era difícil de descifrar. Parecía estar pasándosele pipa. Su sonrisa, de alguna forma imposible, se había ensanchado incluso más, pero también se lo veía perplejo, y me miraba con algo que parecía sospecha.

—¿Crees que no me he leído los libros?

Eso era exactamente lo que creía.

—¿Me estás diciendo que sí los has leído?

Se rio.

—¿Por qué crees que pedí interpretar el papel? Estoy totalmente de acuerdo con que Cinder es uno de los personajes más queridos de la historia. No podía dejar que nadie más se hiciera con el papel. Me muero de ganas de empezar a rodar *Reino de gloria*. Ese fue mi libro favorito de la serie.

Cerré la boca, que no sabía cuándo narices había abierto, y mis labios se curvaron en una gran sonrisa.

—*Reino de gloria* es bueno —convine—, pero *El príncipe druida* sigue

siendo mi favorito. Me encantan las buenas historias introductorias. La de Cinder es trágica y conmovedora y, aun así, le da esperanza a un reino desesperado. Eso por no mencionar que el misterio de quién es está hecho de forma excepcional en ese libro.

—Sin duda —convino Brian—. *El príncipe druida* es mi segundo libro favorito. Pero me encanta cuando Cinder por fin vuelve a casa, no como un granjero inútil, sino como un brutal guerrero druida. El tío reparte hostias como un profesional. La acción que hay en *Reino de gloria* es épica.

Ahora sí que puse los ojos en blanco.

—Escenas de lucha. Típico de tíos. Apuesto a que también te encanta lo que han hecho los productores de la película con el vestuario de la princesa Ratana.

Algo cambió en Brian. El fuego embargó sus ojos, una verdadera pasión que no sabría explicar. Su sospecha se convirtió en una sonrisa engreída y volvió a mirar a Ana y a Juliette antes de dedicarme una sonrisa libertina.

—Pues no me quejé, no.

Mientras gemía, Brian se echó hacia atrás y se cruzó de brazos. Me observaba con diversión.

—Dime una cosa. ¿Por qué te has vestido de Ellamara? ¿Ha sido porque va tapada de pies a cabeza? ¿Eres una especie de mojigata?

Me mofé y Juliette se llevó una mano a la frente.

—¡Oh, genial! Ya lo has conseguido. Ahora se quejará de esto durante *semanas*.

Mientras Brian procesaba las palabras de Juliette, agarré mi vara con fuerza y contuve las ganas de darle una colleja con él.

—No soy una mojigata. Pero no me gusta que Hollywood sacrifique la integridad de algo solo para que tíos pervertidos como *tú* compren entradas. En los libros, la princesa Ratana era una guerrera, pero seguía siendo una *princesa*. Tu padre ha convertido el personaje en una Barbie inútil que, además, es una zorra. ¡Es degradante para las mujeres! Podemos estar *guapas* sin enseñar carne, ¿sabes?

—Ya lo veo —bromeó Brian, mirándome con descaro. Juro que *sentí* sus ojos moverse por todo mi cuerpo, como una caricia. Contuve un escalofrío.

—¿Y por qué Ellamara? —preguntó otra vez.

—Porque es el mejor personaje de los libros.

Juliette se percató de que una de las charlas a las que quería asistir estaba a punto de empezar y me apartó.

—Vale, Ella, todavía hay gente esperando. No queremos acaparar todo el tiempo de Brian.

—Tiene razón, Brian —dijo Kaylee, sin molestarse en ocultar su fastidio—. Fírmale un autógrafo y pasa a la siguiente.

Brian ignoró a su novia.

—¿Crees que *Ellamara* es el mejor personaje del libro? ¿Y qué pasa con Cinder? Él es el héroe. Él salva a todo el reino.

La pregunta era una clara provocación. Quería sacarme de quicio a propósito. Por mucho que intentase no morder su anzuelo, no podía resistirme a discutir.

—Por supuesto que sí, porque tiene a *Ellamara*, que lo guía. Sin ella, él no sería nadie.

—¿Nadie? —se burló Brian—. Tenía su magia. Habría sido el héroe de todas maneras.

—Sí, pero se habría hecho dependiente de su poder y se habría convertido en otro príncipe idiota, esnob y egocéntrico, embriagado por su propio poder. —*No muy distinto al tipo sentado frente a mí.*

Por la cara que había puesto, Brian supo en qué pensaba.

—De todas maneras—continué antes de que respondiera—, decidí casarse con la tía buena, cuando realmente estaba enamorado de Ellamara.

—Pero Ellamara se convirtió en una sacerdotisa. Se debía al voto de celibato.

Gemí. Había tenido esta misma discusión con Cinder un millón de veces. De hecho, fue la primera discusión que tuvimos. La primera vez que me dejó un comentario en el blog fue para defender la decisión de Cinder de casarse con Ratana, aunque en realidad amara a Ellamara.

—Se convirtió en sacerdotisa porque Cinder la rechazó. ¡Le rompió el corazón!

—¡No tenía elección! —gritó Brian, tan apasionado por el asunto como yo. Estaba claro que era un verdadero fan—. Puede que amara a Ellamara, pero ella era una plebeya. Ratana era la princesa heredera de las Tierras

Llanas. Su unión traería la paz entre los dos reinos. Cinder hizo algo muy noble al dejar sus sentimientos a un lado por el bien del reino.

—¿Noble? —volví a gemir—. Lo que hizo no fue noble en absoluto. Fue un acto de cobardía. Hizo lo que se esperaba de él porque era lo más fácil. Un hombre *de verdad* habría luchado por estar con la mujer que amaba. Y que le dieran a la clase social.

Brian se recostó en la silla, sorprendido ante lo que había dicho, pero no lo iba a retirar. Su estupor desapareció enseguida, y una sonrisa satisfecha de complicidad volvió a aparecer en su rostro. No pillé el chiste, pero fuera cual fuera, Brian Oliver lo estaba disfrutando. Arqueó una ceja mientras me miraba y se cruzó de brazos rápidamente.

—Creía que habías dicho que Cinder era uno de los mejores personajes de la historia.

Iguale su terquedad.

—Todo gran personaje comete errores. Cinder fue sabio al final y capaz de gobernar a su gente solo porque *Ellamara* le enseñó cómo pensar en algo más que en sí mismo. Es un gran personaje, pero...

—Lo sé, lo sé —interrumpió Brian con un suspiro exagerado—. *Ellamara* era la verdadera heroína.

Me quedé de piedra. Mientras miraba atentamente a Brian a los ojos, él me devolvió la mirada con una sonrisa deliberada y esperó a que me recuperase. Frase clave pronunciada. El significado de sus palabras me golpeó con fuerza y el corazón dejó de latirme. ¡Ni de coña! ¡No era posible!

—¿Por qué has dicho eso? —Apenas podía hablar lo bastante alto como para que me oyera.

El rostro de Brian se suavizó y se encogió de hombros.

—Era lo que estabas a punto de decir.

—Sí, pero ¿cómo lo sabías? ¿Por qué has dicho esas palabras en concreto?

Los dos sabíamos que ya conocía la respuesta. Brian se inclinó hacia adelante en la silla y me observó con una nueva intensidad. Su sonrisa se tornó traviesa y susurró:

—Di «coche».

A mi lado, alguien ahogó un grito. Pensé que a lo mejor era Juliette, pero

no podía estar segura. Seguía demasiado sorprendida como para pensar con claridad.

¡Cinder! ¡Estaba hablando con Cinder! Cinder no *conocía* a Brian Oliver. ¡Cinder *era* Brian Oliver!

Sentía que me había alcanzado un rayo. La impresión fue tan grande que retrocedí varios pasos. Choqué con Rob, que me agarró cuando mis rodillas parecieron desistir. Me sujetó por la cintura para estabilizarme, lo cual me vino bien porque no sabía si podría tenerme en pie por mí misma.

Luego, me quedé mirando con incredulidad cómo la famosa y rompecorazones estrella de Hollywood, Brian Oliver, observaba con celos el brazo de Rob alrededor de mi cintura. El asomo de malicia en su expresión era tan sutil que dudaba que nadie a mi alrededor se hubiese percatado de ello. Bueno, tal vez Rob, porque me apretó ligeramente todavía más contra su cuerpo y prácticamente gruñó cuando dijo:

—¿Estás bien, Ella?

—Estoy bien. —Las cosas no iban nada, *nada* bien. ¡Brian era Cinder! ¡Había hablado con *Cinder*! ¡Estaba *viendo* a Cinder!

Cinder me miró a los ojos.

—¿Ella?

Estoy segura de que para los demás sonó como si simplemente me preguntara el nombre para firmarme un autógrafo, pero oí la sorpresa en su voz. Nunca nos habíamos preguntado cuáles eran nuestros verdaderos nombres. Seguramente pensaba que Ella era mi apodo, al igual que Cinder.

Asentí, aturdida.

—Ella —susurré. Se me había secado la boca—. A mi madre también le encantaban los libros.

El semblante de Brian se iluminó de deleite al saber mi verdadero nombre.

—¡Brian! —siseó una voz chillona con furia—. Cariño, estás montando un espectáculo. Deja de *tontear* con ella y fírmale el maldito autógrafo de una vez.

Rompí el contacto visual con Brian y vi que Kaylee Summers me estaba lanzando una mirada tan desagradable que hasta habría hecho llorar a *Anastasia*. Tantísimas cosas encajaron de repente en mi cabeza. Cinder se

quejaba de que su vida era una locura, complicada y descontrolada, porque era una *estrella del cine*. La chica con la que lo habían obligado a salir —la fierecilla— era su coprotagonista, Kaylee Summers. Su *prometida*.

Al comprender aquello, volví a quedarme de piedra.

—Felicidades por vuestro compromiso —le susurré a ella, tragándome la bilis que me había subido por la garganta—. Estoy segura de que serás una novia muy guapa.

No me percaté de que estaba temblando hasta que Rob me pegó contra su pecho.

—¿Estás bien?

Enterré el rostro en su hombro y negué con la cabeza. No, no estaba bien. Se me estaba partiendo el corazón. Ya se me había partido antes, cuando mi padre se fue y, luego, cuando supe que mi madre había muerto. Se me había roto una tercera vez, cuando Cinder se negó a conocerme en persona. Pero nunca se me había hecho añicos de esa manera.

—Tengo que salir de aquí.

Rob no hizo más preguntas.

Cuando nos giramos para marcharnos, Cinder me llamó con pánico en la voz. Yo lo miré y deseé no haberlo hecho. Clavó los ojos en los míos y me suplicó con la mirada que lo entendiese. Su dolor y frustración eran tan evidentes que los sentí hasta en el alma. O quizá solo fuera mi propia agonía.

Tras aquel instante en que los dos nos miramos a los ojos, Cinder bajó la mirada y garabateó su nombre en una foto. Cuando me la dio, no la soltó de inmediato. Contempló la imagen que ambos sosteníamos, como si quisiera que yo también le echara un vistazo. Bajé la mirada y estuve a punto de ahogar otro grito. En vez de firmarme un autógrafo, había escrito:

Puedo explicarlo.

Ven a verme a la Guarida del Dragón. A las seis.

Cinder.

—Ha sido un verdadero placer conocerte, Ella.

Pegué un bote al oír el sonido de su voz. Cuando alcé la mirada, él articuló en silencio las palabras «por favor» y soltó la foto.

—Gracias —murmuré, y luego dejé que Rob me sacara de allí para que todos los demás consiguiesen los autógrafos de Brian y Kaylee.  
Por algún motivo, me sentía como si me hubiese arrollado un tren.

## Capítulo 22

### Brian

Ellamara era la mujer más increíble que había conocido. Era ingeniosa, vivaz y mi fama no la intimidaba en absoluto. ¡Y era tan guapa...! Ya me había fijado en ella antes de que la charla comenzase. Ella y sus amigos destacaban entre la multitud con sus espectaculares disfraces; había visto cientos de personas disfrazadas de Ratana y Cinder en esos cinco días, incluso alguna reina Nesona, pero Ella había sido la primera en vestirse como la famosa sacerdotisa druida.

Me intrigó de inmediato y le seguí la pista durante todo el evento. Se notaba que era una fan acérrima y me sorprendí al impacientarme por que viniese a hablar conmigo tras la charla. Primero se dirigió directamente a L. P. Morgan y hablaron durante casi veinte minutos con Jason Cohen. Me dio muchísima rabia no formar parte de esa conversación.

En cuanto se situó frente a mí, vi por primera vez lo preciosa que era. Las otras chicas que la acompañaban eran guapas, pero Ella era muy diferente, con su suave piel morena y aquellos ojos grandes y brillantes que sobresalían bajo la capucha de su capa.

No sé por qué no se me pasó por la cabeza la posibilidad de que *mi* Ellamara viniese a la FantasyCon, ahora que vivía en Los Ángeles, o que aquella belleza exótica y misteriosa pudiese ser ella, pero tampoco me llevó

mucho atar cabos. Lo pensé cuando sus primeras palabras fueron un insulto. Era tan propio de *Ella* que mi coqueteo inofensivo no la impresionase... Después me dio el maldito libro e insistió en que lo *leyese*. ¡Solo Ella haría algo así! Y, claro, su comentario sobre la vestimenta de Ratana lo confirmó.

Era inteligente, increíble, todo lo que había soñado que sería... y estaba entre los brazos de otro tipo. Ahora entendía por qué Kaylee se había mostrado tan irritada conmigo todo el tiempo. Cuando ese malnacido enclenque jugador de fútbol le puso las manos encima a Ella, quise saltar por encima de la mesa y asfixiarlo. Y aquí estaba, por fin, el momento que había soñado durante años y lo único en que podía pensar era que ese chaval agarraba a Ella como si le perteneciera. ¡Y ella lo permitía! Cuando Ella superó el *shock* de saber que yo era Cinder y que estaba «comprometido» con Kaylee, se abalanzó a los brazos de ese gilipollas afortunado y le pidió que fuese su caballero de brillante armadura. El idiota incluso se había vestido de Cinder.

¡Se suponía que yo sería su Cinder! ¡Se suponía que Ella sería *mía*!

Le pedí que nos viéramos más tarde, pero por su expresión —y por el horror en sus ojos— no estaba seguro de que fuera a presentarse. Si no lo hacía, la buscaría, aunque tuviera que romper cada maldita puerta de todas las malditas casas de Los Ángeles.

Kaylee empezó a increparme en cuanto entramos en la *suite* al finalizar el encuentro con los fans.

—Brian —dijo con esa voz azucarada que me ponía de los nervios hasta desquiciarme—, deja que te explique cómo funciona una relación. Cuando se supone que estás enamorado, ¡no coqueteas con *cualquiera que te apetezca*! ¿Qué narices ha sido eso?

Me quité la camiseta y me dirigí al baño para examinarme en el espejo. ¿Me afeitaba o no? Sabía que a Ella le parecía *sexy* la barba de un día. Me lo había dicho varias veces cuando pasó por la fase de ver *Prison Break*. Pero si nos acercábamos —y yo deseaba que lo hiciéramos— sería mejor que estuviese afeitado.

—Lo de ahí fuera ha sido el final de esta farsa —respondí cuando Kaylee me siguió al baño, a la espera de una explicación.

Miré brevemente a Kaylee a los ojos y, después, cogí la cuchilla y empecé a afeitarme para tener la cara suave como un bebé.

—Lo dejo, Kaylee. —Lo había decidido al reconocer a Ella, y, en cuanto pronuncié en voz alta que el juego había acabado, me sentí aliviado—. Podemos terminar como tú quieras. Puedes decirle a la gente que has sido tú o que yo te he dejado y hacer como que te han roto el corazón, no me importa. Lo que quieras, pero hemos acabado. No voy a hacerlo más.

—¿Qué?

Lavé la cuchilla en el lavabo y volví a posarla sobre mi rostro mientras me preguntaba si sería buena idea tener esa conversación con Kaylee ahí al lado y con objetos cortantes a mano.

—La chica de la convención no era una chica cualquiera, era *Ella*.

Kaylee se quedó en silencio un momento, pero entrecerró los ojos y frunció los labios. Estaba recordando el encuentro y mi conversación con Ella y, entonces, lo vio con otros ojos.

—¿Esa era Ella? No lo dices en serio. —Su risa carecía de humor, era dura—. ¿Por esa zorra sarcástica has estado quejándote de todo?

Dejé la cuchilla y me di la vuelta para mirar a Kaylee, acorralándola contra la pared del baño.

—No hables así de ella. Hemos terminado, Kaylee, y voy a por ella. Puedes poner las cosas fáciles o difíciles, pero si intentas alguna mierda, contaré lo de la farsa. Contaré a todo el mundo que a la princesa consentida le dio un berrinche a lo Lindsay Lohan y me chantajeó para que nos comprometiéramos de cara a la galería. Les diré que amenazaste con arruinar mi carrera, despedir a mi padre y sabotear la película porque estás loca y obsesionada conmigo.

—¿Obsesionada contigo? —bufó Kaylee—. No vales tanto la pena. Hay cientos de chicos mucho más guapos y ricos que tú que estarían encantados de tener una oportunidad de estar conmigo.

—Bien. Ve a torturar a alguno de ellos.

Ignoré la mirada fulminante de Kaylee, terminé de afeitarme, me eché un poco de colonia con la esperanza de parecerle irresistible a Ella y me dispuse a elegir algo de ropa limpia para cambiarme.

—¿Sabes? Nadie te creerá —razonó Kaylee y me siguió hasta la habitación—. No con la reputación que tienes de ir de flor en flor.

Qué risa.

—Créeme, Kay, la gente sabe que eres una zorra sin corazón. *Diva mentalmente inestable* no sería una definición muy desencaminada.

Busqué entre mis cosas y encontré un suéter con el cuello de pico que parecía gustar a las mujeres. Ojalá le gustase también a Ella.

—¿Y qué pasa con la película de Zachary Goldberg? Los contratos aún se están negociando. No se ha firmado nada de momento. Todavía puedo hacer que mi padre se eche atrás.

—Sobrestimas tu importancia, *nena* —respondí mientras me pasaba el suéter por la cabeza—. Puede que hayas convencido a tu padre para que escuche la propuesta, pero yo también estaba en la reunión. Le encantó el guion y ya tiene al director más prestigioso y al actor emergente más atractivo. El proyecto será un éxito.

Me di una palmadita imaginaria en la espalda y me miré al espejo por última vez. Me satisfizo lo que vi y, entonces, me metí la cartera y el móvil en el bolsillo. Ya eran las seis, así que llamé al restaurante para decirles que llegaría un poco tarde y que no permitiesen que Ella se fuera a ninguna parte.

—Todavía puedo arruinar tu carrera —dijo Kaylee con malicia—. Puedo dejar tu reputación por los suelos. Puedo hacer que los *paparazzi* estén tan pegados a ti que necesites cirugía para despegártelos de encima.

Su ira aumentaba y cada vez se sentía más desesperada, pero ya había dejado de tener efecto sobre mí. Había dejado de importarme.

—Hazlo. El daño que hagas no será permanente.

—Perderás el Oscar.

Hace unos meses, eso me habría preocupado, pero ¿qué sentido tenía ganar una estatuilla si perdía a Ella? Me encogí de hombros.

—Puede. Pero aunque destruyas mis posibilidades este año, tengo tiempo para demostrar a la gente que soy bueno. Hay cuatro películas más de *Las crónicas de Cinder* y un proyecto con Zachary Goldberg que incluso podría llamarse *Brian Oliver es la leche*. Solo necesitaba que me hicieras parecer buena gente porque era un gilipollas inmaduro, pero ya no soy ese chico. Ahora tengo a Ella y, a su lado, no solo *parecerá* que soy serio. Con ella, será real.

Kaylee se quedó mirándome como un pasmarote al comprender que había perdido esta pelea. En un último intento desesperado por retener al chico que quería, cruzó la habitación hasta mí y me colocó las manos con

delicadeza en el pecho.

—Brian... —Me miró con ojos cargados de deseo al tiempo que subía sus brazos sobre mis hombros y pegaba su cuerpo contra el mío—. Cariño, no te vayas, por favor.

Mientras Kaylee me besaba la mandíbula recién afeitada, me pregunté cómo me había resultado atractiva en algún momento. Retiré sus brazos de mis hombros y me separé de ella.

—Lo siento, Kay. Ahora solo hay una mujer para mí, y no eres ella. Ni siquiera te acercas.

Por primera vez desde que la conocía, los verdaderos sentimientos de Kaylee emergieron a la superficie y fue incapaz de ocultar el dolor que le supuso mi rechazo. Me sentí mal durante dos segundos exactamente. Después, un golpe en la puerta hizo que el estómago se me llenase de mariposas.

—Será Scotty.

—Brian, ¿no puedes hacerme esto!

Ignoré a Kaylee y abrí la puerta todo lo rápido que pude. Scotty estaba en el pasillo con una gran sonrisa en el rostro. Sostenía el libro que le había pedido y una larga capa verde.

—Lo tengo todo.

—¡Eres mi héroe!

—¡Brian! —gritó Kaylee de nuevo.

—Lo siento, Kay, debo irme.

Me coloqué la capa sobre los hombros y me cubrí la cabeza con la capucha. La capa era más de *El señor de los anillos* que de *Las crónicas de Cinder*, pero con suerte el disfraz bastaría para llegar al restaurante sin que me descubrieran.

—Scotty se encargará de hacer las maletas y el *check-out* de la habitación por mí. Sé buena y deja sus partes masculinas intactas.

Kaylee me fulminó de nuevo con la mirada y yo le mandé un beso por el aire a modo de respuesta, entusiasmado por mi nueva libertad.

—Te veo en el plató de la secuela, *princesa*.

\*\*\*

La Guarida del Dragón era un restaurante que había en el palacio de congresos. Me quedé en el pasillo de la entrada para echar un vistazo. Ojalá hubiera elegido un lugar más privado para quedar, pero me entró el pánico cuando Ella empezó a alejarse de mí y el único sitio que se me ocurrió fue la cafetería donde había comido.

Teniendo en cuenta que el evento había congregado a muchísima gente, las opciones para cenar en la zona eran limitadas y, precisamente, era la hora de cenar, así que el restaurante estaba lleno. Había una cola de unas veinte personas en la zona de recepción. Menos mal que había reservado con antelación una mesa en la parte de atrás y, hasta ese momento, mi capa de invisibilidad élfica había funcionado. Me mimeticé con la multitud de los amantes de la fantasía. Nadie, excepto Ella y Scott, sabía que vendría, así que si ni Ella ni yo montábamos un espectáculo, todo iría bien.

Llegaba quince minutos tarde, pero no era el único. Cuando iba a entrar, cinco personas con disfraces increíbles que reconocí al instante llegaron a la zona de recepción y se detuvieron.

—Creo que no puedo hacerlo —dijo Ella al tiempo que miraba al restaurante.

Se me contrajo el estómago. Estaba a un metro de mí. Estaba demasiado tentado por conocer lo que sentía, así que me apoyé en la pared delantera del restaurante y me coloqué la capucha de modo que me cubriese todavía más la cara. Agaché la cabeza y fingí estar absorto escribiendo un mensaje a alguien mientras la miraba todo lo que podía.

—Claro que puedes —dijo la pelirroja con el disfraz de reina Nesona.

La rubia de pelo largo frunció el ceño.

—¿Por qué no?

Muy buena pregunta.

Ella soltó una risa que dejaba entrever que era una locura.

—¿Por qué no? Porque es *Brian Oliver*. Es el chico malo favorito del país. ¡Sale con *Kaylee Summers*, por el amor de Dios!

La pelirroja bufó.

—Claro, porque es una relación *tan* sana...

Contuve la risa. Por lo visto, Kaylee y yo no éramos tan buenos actores

como pensábamos.

—Los tíos como él no salen con chicas como yo, Vivian.

La violenta declaración de Ella fue sorprendente. ¿Cómo podía pensar eso?

—Pero es *Cinder*. Es tu mejor amigo —razonó la rubia.

Quise abrazarla por recordárselo, pero Ella respondió nerviosa.

—¡Porque no me conoce! Es diferente por internet. Si lo veo ahora, todo cambiará. ¿Y si lo decepciono y pierdo a mi mejor amigo?

*Imposible*. Me resultaba irónico que ahora fuera ella quien se preocupaba de perderme cuando el día que rechacé quedar con ella había sido al revés.

—No se sentirá decepcionado —prometió la pelirroja, Vivian—, pero, si eso ocurre, yo seré tu nueva mejor amiga y se lo daremos a los *gusanos carnívoros* como carnaza.

Sonreí al oír eso. Resultaba fácil ver por qué Vivian le caía tan bien a Ella.

La Ratana con el pelo largo envolvió a Ella con su brazo. Tenía que ser una de las mellizas —Ella había mencionado que eran mellizas—, y estaba claro que era la buena. La mala estaba alejada del resto, con una mueca muy a lo Kaylee.

—Es evidente que el chico está pillado por ti —dijo la hermana buena—. Coqueteaba un montón contigo incluso antes de descubrir quién eras. ¡Delante de su prometida!

Bueno. Al menos *alguien* apreciaba mi encanto. Claro que no era Ella, porque gimió y respondió:

—Coqueteó con *todas*. Ser amable con sus fans es parte de su *trabajo*.

Su enfado era divertido, pero la mofa de Míster Fantástico desvió mi atención. Menos mal que ya no estaba pegado a Ella, aunque se encontraba lo bastante cerca como para despertar en mí un ataque de celos.

—Su actitud era más que amable, Ella. Al tipo le ha faltado nada para saltar sobre la mesa y pegarme un puñetazo por estar cerca de ti.

El niño futbolista era muy perspicaz. Había estado a punto de hacerlo, pero no porque estuviera *cerca* de ella. La hermana maligna convino conmigo.

—Dirás *encima* de ella —murmuró—. Solo te ha faltado haberle meado

en los pies también.

Era divertido, y totalmente cierto, pero Ella palideció y su otra hermanastra se enfadó.

—¡Ana, no seas tan mala!

—Es culpa de Ella —razonó Ana—. Se ha pasado semanas engañando a Rob con respecto a su *querido Cinder* y ahora ni siquiera quiere conocerlo. ¡Qué mareona!

Antes de tratar de descifrar a lo que se refería, Ella estalló.

—¡Claro que quiero conocerlo!

—Entonces, ¿qué problema tienes? Salta a la vista que él también quiere, de lo contrario no te habría pedido que vinieras.

—Odio estar de acuerdo con Ana —dijo Vivian—, pero te pidió que vinieras y no tenía por qué hacerlo. Si no hablas con él, sabes que te arrepentirás el resto de tu vida.

—Pero él no sabe lo mío —contestó Ella de repente—. No he entrado en detalles sobre mi accidente. No sabe que soy... soy...

Alcé la mirada con tanta rapidez que me habrían descubierto de no ser porque los amigos de Ella estaban demasiado estupefactos por su confesión como para reconocerme. Sus expresiones iban desde la pena, la tristeza y la compasión a, por supuesto, la burla orgullosa de Kaylee júnior.

—¿No se lo has dicho? —inquirió Vivian en voz baja—. ¿En todo este tiempo?

Ella parecía tener ganas de llorar al negar con la cabeza. Me iba a volver loco si no descubría a qué se referían. Ella tenía que entrar para que yo mismo pudiese hablar con ella.

—Cinder era el único con quien no tenía que hablar de mi estado, así que no lo hice. No pensé que fuera a importar. No creía que algún día lo conocería.

La hermana buena sacudió la cabeza.

—No importará. Te querrá de todas formas.

Bueno. Eso era verdad.

Ana se echó a reír y sonó como un graznido.

—¡Claro! —chilló—. Va a dejar a Kaylee Summers por *ti*. ¡Será la versión real de *La bella y la bestia*, solo que al revés!

No se me cayó el teléfono porque lo agarraba con fuerza. Ella no bromeaba al decir que su hermanastra tenía mucho en común con mi novia. Estaba casi preparado para dejar de fingir y decirle cuatro cosas, pero Rob se me adelantó.

—¡Cállate, Ana, estoy hasta las narices de tu actitud!

Ana se quedó tan sorprendida con los gritos que me pregunté si en su vida algún chico había hecho lo mismo antes. Probablemente no. Pero Rob no se detuvo ahí.

—¿Sabes por qué no te pedí que fueras al baile conmigo? Porque no importa lo guapa que seas, cada vez que te miro veo a una zorra cruel y egoísta.

El grupo entero se quedó pasmado al oír la declaración de Rob. Incluso yo. Joder, el tío se había ganado parte de mi respeto.

Los ojos de Ana se llenaron de lágrimas y se fue sin decir nada más. Casi me sentí mal por ella, pero se me pasó enseguida porque, en cuanto se fue, Rob le cogió la cara a Ella y le plantó un beso apasionado. Si no hubiese dicho lo siguiente, lo habría golpeado:

—Eres *preciosa*, Ellamara —prometió—. Y ahora mismo estoy muy celoso porque vas a entrar y hacer que Brian Oliver se enamore de ti. No me cabe duda.

«Demasiado tarde», pensé y sonreí para mí mismo. Decidí que no podía envidiar a Rob por el beso que le había dado ya que al tipo parecía importarle Ella y, además, ese beso sería el único que le daría.

—A por él —le dijo Rob, y después le dio un suave empujón hacia la puerta.

Volví a colocarme bien la capucha y me separé del grupo cuando se acercaron a mí. Esperé unos minutos, porque Ella parecía necesitar un momento para calmarse tras la conversación que había mantenido, pero después entré, resuelto a reclamar por fin a mi sacerdotisa druida.

## Capítulo 23

Me sentía mal del estómago al entrar en el restaurante. Sabía lo que opinaban mis amigos, pero pensar que a alguien como Brian Oliver pudiese gustarle alguien como yo era una completa locura, aunque tratara de recordar que era el chico que conocía desde hacía años.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me percaté de que un hombre se acercó a mí hasta que dijo:

—¿Señorita Ella?

Di un paso atrás, sorprendida.

—Sí, soy yo.

—Bienvenida. Su mesa está lista. —El hombre me sonrió—. Por aquí, por favor.

Me extrañó un poco el trato especial. Pero, al fin y al cabo, todo cobró sentido cuando prosiguió:

—El señor Oliver también llegará unos minutos tarde. Me pidió que le transmitiese sus más sinceras disculpas, pero estará aquí en unos minutos.

—Vale. Gracias.

El restaurante era una gran sala de comedor abierta con mesas en la zona central y reservados en los extremos. No era el mejor lugar para tener intimidad, pero deduje que el encargado había hecho todo lo posible porque me llevó a una mesa del reservado más alejado. No estaríamos totalmente aislados, pero tampoco en medio de la multitud. Apreciaba el esfuerzo.

El encargado permaneció junto a mí durante un minuto y encendió una pequeña vela en el centro de la mesa. Antes de irse, tuve que preguntarle

algo.

—Disculpe, ¿cómo sabe quién soy?

El hombre volvió a sonreír.

—Cuando el señor Oliver reservó la mesa, describió lo que llevaría puesto. También dijo que sabría con certeza que era usted por sus «preciosos ojos». —El hombre no movió las manos, pero las comillas estaban implícitas en su tono.

—¿Acaso no tenía razón? —dijo una voz en tono bajo. Una voz que me hizo temblar.

Cinder se sentó con elegancia frente a mí y sonrió bajo la capucha de su pesada capa; era muy parecida a mi preciosa capa blanca, pero la suya era de color oscuro. Tenía la cara cubierta, aunque la suave luz de la vela hacía que sus ojos relucieran. Esos ojos no se apartaron de mi rostro mientras agradecía al encargado que nos hubiera reservado la mesa y pedía la cena. Esos ojos se clavaron en mí como rayos láser.

El encargado se apresuró a entregar nuestra comanda a la cocina y me dejó a solas —bueno, todo lo sola que se podía estar en ese restaurante— con mi mejor amigo, que casualmente era una estrella de cine. Durante un momento nos limitamos a mirarnos mutuamente.

—Ella.

Dijo mi nombre con adoración y satisfacción. Mi respuesta pareció nerviosa, insegura.

—¿Cinder?

—Llámame Brian, Ella. Por favor.

Se detuvo y esperó a que respondiese.

—Vale... Brian.

Sonrió, y el efecto fue devastador.

—Siempre he deseado que pronunciaras mi nombre. Cada vez que me llamabas Cinder, parecía mentira. Odiaba que no me conocieras.

Por fin, la sorpresa se disipó de mi cabeza. Sus palabras consiguieron que la realidad se estrellase con rabia contra mí.

—¿Entonces por qué no me lo dijiste nunca? —Era incapaz de mantener a raya mis emociones—. ¿Cómo pudiste no contármelo?

La sonrisa se le borró un poco.

—Si te lo hubiera dicho, no me habrías creído.

—Puede que hace tres años no, pero ¿y hace dos semanas, cuando me dijiste que no podíamos conocernos? Podrías haberme contado que eras famoso y que estabas demasiado ocupado con tu gran película y la loca de tu prometida como para pasar tiempo conmigo.

Cinder se encogió de hombros como si le hubiera dado una bofetada. Parecía aturdido por mi rabia, pero ¿qué esperaba? Su rostro se desmoronó y su expresión denotaba arrepentimiento.

—Ella, no es así. No lo entiendes.

—No, por fin lo hago. —La cabeza me daba vueltas al tiempo que todo encajaba con total claridad—. Ahora todo tiene sentido. Todo. Esa era la última pieza del puzle que me ha faltado durante todo este tiempo. Tu relación con Kaylee es un montaje. Es para daros publicidad, ¿no?

Brian hizo una mueca.

—No quería hacerlo, pero me encontraba en una posición vulnerable y todos insistieron en que resolvería mi problema. Además, había bastante gente con mucho que ganar si Kaylee y yo salíamos juntos. Por aquel entonces, no tenía ninguna excusa para negarme. No te tenía.

Su confesión me aturdió. No estaba segura de a qué se refería, pero era difícil no interpretar sus palabras y ver en ellas lo que quería ver. Cosas imposibles.

Estiró ambas manos sobre la mesa en un ademán de buscar las mías. Cuando no se las tendí, las retiró y empezó a jugar con su vaso de agua fría.

—Cuando empezamos a hablar, solo había hecho algunos programas de televisión y una película de Disney. Era un don nadie. Cuando pegué el salto a las comedias adolescentes, todo cambió. La fama era una locura. Conseguir el papel de *El príncipe druida* convirtió mi estatus de loco a *desquiciado*. No podía ir a ningún sitio sin que me atacaran. No tengo amigos de verdad. Nadie sabe tratarme como a una persona normal, y lo odio.

Cerró los ojos y tomó aire antes de proseguir.

—Desapareciste justo cuando mi vida empezaba a descontrolarse. No pude llevarlo bien. De repente tenía un montón de amigos, pero ninguno que importase. Me encerré en mí mismo. Dejé de preocuparme por las cosas. Cuando volviste a ponerte en contacto conmigo, mi vida era completamente superficial. Estaba prácticamente muerto en vida, era el mayor cabrón del

mundo. Aquella primera noche que hablamos sentí que despertaba de un sueño. Tú ahuyentaste mi insensibilidad. Me hiciste recordar cómo volver a sentir, cómo preocuparme por alguien que no fuera yo mismo.

Su discurso me dejó sin aire. Pensar que significaba tanto para alguien y que afectaba tanto a una persona no solo era sorprendente, sino abrumador. El corazón me latía con furia en el pecho y las mariposas revoloteaban en mi estómago como bolas del bingo. Tuve que apartar la mirada para recuperar el habla.

—¿Los actores sois tan pasionales todo el tiempo? —Centré mi atención en el vaso de agua mientras me sonrojaba de la vergüenza.

Esperaba que se riera de mí, pero no lo hizo. Su voz sonaba más seria que nunca.

—Cuando hablamos de cosas que queremos, sí.

Sorprendida, volví a mirarlo a los ojos. La emoción reflejada en ellos era indescriptible.

—Sin contar a mi madre, eres la única persona en mi vida que me importa —insistió, tratando de llegar a mi alma con su mirada—. Cuando descubrí que seguías viva, traté de terminar la farsa con Kaylee. Le dije que no seguiría con eso. Iba a viajar a Boston y contarte quién era.

—¿*En serio?*

Brian asintió.

—Pero Kaylee ya tenía el anillo y montó un espectáculo, fingiendo que le acababa de pedir que se casara conmigo. Había gente por todos lados, gente con la que trabajo y periodistas. No tenía alternativa. Después de eso, me chantajeó para que le siguiese el juego. Me amenazó con arruinar mi carrera y hacer que despidieran a mi padre de las secuelas de *El príncipe druida*. Es mala, Ella, es despiadada y odiaba que *existieras*. Yo no quería implicarte en esto, pero desde el primer momento planeé explicártelo todo en cuanto pudiese. Se suponía que íbamos a «romper» después de la temporada de premios. Solo esperaba hasta entonces para mantenerte alejada de la locura y de Kaylee. No quería que te hicieran daño.

—Eh... —Ni siquiera me molesté en ocultar lo avergonzada que estaba—. Supongo que entonces estás perdonado.

Cinder dejó escapar el aire de sus pulmones y su cuerpo se relajó. Volvió a estirar el brazo en busca de mis manos y dobló los dedos en una señal

inequívoca que equivalía a un «dámelas». Había algo tan vulnerable en él que hizo que esta vez no pudiese negarme. Solo le tendí la mano izquierda, consciente de que no podría estirar lo bastante la derecha como para llegar hasta él. No pareció importarle. Cogió la mano que le ofrecí y la colocó entre las suyas. Su toque ardía como el fuego a pesar del tejido de satén del guante.

—Me *alegro* de que nos hayamos visto —prometió—. Me alegro de que el destino interviniera para lograr lo que yo no fui lo bastante valiente de hacer.

De nuevo, no supe cómo responder. ¿Había sido el destino? ¿Creía en ello? Y la forma en que me miraba...

Me soltó la mano y se recostó en el asiento cuando percibió lo abrumada que estaba. En un abrir y cerrar de ojos, volvió a su yo juguetón, relajado e informal.

—Tengo algo para ti.

A mi cerebro le llevó un minuto cambiar el chip. Cuando procesé todo lo que había sucedido, estaba empujando un libro sobre la mesa. Se me escapó un grito ahogado porque lo reconocí al instante a pesar de no haberlo visto nunca. Era una primera edición de *El príncipe druida*.

Cogí el libro con cuidado y, con adoración, pasé la mano por la cubierta. Estaba en buenas condiciones y, a la vez, algo usado, como si el anterior propietario lo hubiera querido mucho y leído una y otra vez, aunque con cuidado de no dañarlo. Sabía que si abría la primera página encontraría la firma de L. P. Morgan. Era perfecto.

—En cuanto te vi en la convención, pedí a mi asistente que lo fuera a recoger a casa —comentó Cinder mientras escrutaba mi nuevo tesoro—. Por eso he llegado algo tarde. Estaba esperando a que me lo trajera.

Me llevé el libro abierto a la cara e inhalé su rico aroma sin preocuparme de que eso me hiciera parecer una friki. Siempre me había encantado el olor de los libros.

—¿Te acuerdas de ese día? —preguntó Cinder en un susurro; parecía angustiado.

Solo pude murmurar como respuesta.

—Solo de algunos momentos, pero me acuerdo de esto.

Abrí la cubierta y toqué la inscripción de la portada.

Aunque acababa de conocer a L. P. Morgan esa misma tarde y tenía otro libro firmado por él, este era diferente. Era infinitamente más especial. Ahogué las emociones que estaban a punto de estallar en mi interior.

—Me preocupaba que dártelo te recordase a aquel día, pero quiero que lo tengas.

Le devolví la mirada con ojos brillantes.

—Me encanta. Gracias.

El momento entre nosotros se interrumpió cuando una joven camarera nos trajo la comida. Al dejar los platos, se percató de quién se escondía tras la capa de invisibilidad élfica. Jadeó y casi se le cayó el plato de Cinder en su regazo. El plato aterrizó en la mesa con gran estruendo, lo cual fue vergonzoso, pero no pasó nada, ya que no se derramó la comida. La chica estaba abochornada.

—¡Lo siento, señor Oliver! ¿Está bien?

Cinder no vaciló. Sonrió y supo que la camarera soñaría con ello el resto de su vida.

—Ey, no te preocupes. Si una chica tan guapa me hubiera sorprendido, yo habría hecho lo mismo.

Me obligué a no gruñir. La mujer recibió la atención con alegría y se sonrojó.

—Gra-gracias, señor Oliver. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

¿Sería raro que todos supiesen tu nombre y hacer que la gente tartamudeara y actuara con torpeza todo el rato? Si todo el mundo lo trataba así, ahora entendía por qué le gustaba tanto el anonimato de nuestra relación. Solo había pasado quince minutos con él y ya sabía que odiaría la fama.

Cinder observó la comida sobre la mesa y empezó a negar con la cabeza, pero después me miró y cambió de opinión.

—¿Te importaría que nos hiciéramos una foto?

Por cómo se iluminó la cara de la camarera, parecía que le hubiese ofrecido llevarla a casa en su Ferrari.

—¡Claro!

Traté de no sonreír al ver cómo temblaban las manos de la chica al coger su teléfono. No pude esconder mi diversión, porque Cinder me guiñó un ojo de forma sutil. No era de extrañar que el chico tuviera un ego más grande

que la luna.

La chica dio unos pasos hacia atrás para que los dos saliéramos en la foto, pero antes de que la hiciera, Cinder se levantó de su asiento y se puso a mi lado. Me rodeó con un brazo y me pegó a su costado.

Dejé de respirar.

Me derretí.

¡Dios, era peor que la camarera!

Todo él inundó mis sentidos. El olor de su colonia —un aroma especiado, como de almizcle, que era cien por cien sexy, delicioso y masculino— dirigió el ataque, seguido del tacto de su piel. Ya no era una persona virtual. Ya no era solo un rostro de película. Era real. Era cálido, fuerte y muy, muy *agradable al tacto*. Me agarré las manos en el regazo para que no me traicionasen de manera vergonzosa.

—Espera. —Cinder se quitó la capucha de la cabeza y me miró—. ¿Te importa si...? —No terminó la frase antes de quitarme la mía de la cabeza—. No quiero que esa preciosa cara esté oculta en la foto.

Peinó mi pelo con los dedos para arreglarlo. Las yemas de sus dedos me rozaron la mejilla mientras me colocaba un mechón tras la oreja. Hice un esfuerzo para no jadear.

—Bien. —Noté el orgullo en su voz—. Ya está lista para rodar, señorita DeMille.

La famosa frase de Gloria Swanson apenas caló en mí. Sentía un hormigueo en la piel, justo donde me había tocado. Lo miré embelesada.

Él sonrió con arrogancia como si supiese lo que me hacía sentir y le gustase lo que provocaba en mí.

—No parecías tan asustada de mí antes, cuando te reías de mi coqueteo y llamabas cobarde a mi personaje.

—Entonces solo eras Brian Oliver y había una mesa de distancia entre nosotros —murmuré, y parpadeé como si eso fuera a hacer desaparecer la neblina de mi mente. No hubo suerte.

—¿Solo Brian Oliver? —Sacudió la cabeza y su risa ronca y profunda auguró problemas—. Solo tú, Ella.

De repente inclinó la cabeza y me acercó los labios a la oreja. Al hablar, su respiración cubrió mi cuello de forma cálida y sensual. Me hizo

estremecer y se me puso la piel de gallina.

—Sonríe para la cámara, Ellamara —susurró—. Prometo no morder. — Pero incluso al decirlo, me rozó suavemente la oreja con los dientes.

Entonces sí jadeé y él se echó a reír.

—No muy fuerte, al menos —se corrigió.

Se echó hacia atrás y me guiñó el ojo antes de sonreír a la camarera, que esperaba para hacernos la foto. Tenía los ojos abiertos de par en par. No sabía qué cara estaba más sonrojada, si la suya o la mía.

—Eh, ¿estáis listos?

—Sonríe, Ella —comentó Cinder, y me dio un suave apretón—. Esta foto será mi nuevo fondo de pantalla del ordenador.

La camarera esperó pacientemente a que me recompusiera de mi estupor y sonriera para hacer la foto. Después le devolvió el teléfono a Cinder y se marchó corriendo a la cocina para contar al resto del personal lo que había pasado. Sus mejillas seguían sonrojadas cuando desapareció.

## Capítulo 24

En cuanto la camarera se marchó, le di un codazo a Cinder. Con fuerza.

—¡Serás imbécil! ¡No puedo creer lo que acabas de hacer!

Le entró un ataque de risa y se dobló por la mitad.

—¡No soy ninguno de tus juguetitos, perverso! Deja de invadir mi espacio personal y vuelve a tu lado de la mesa. Se te está enfriando la cena.

Lo empujé y él se rio con más ganas todavía. Estiró el brazo por encima de la mesa y se acercó el plato; no volvería a su silla. De hecho, me agarró con más fuerza.

—No pensaba que fueras tan tímida, pero me gusta. Eres absolutamente irresistible cuando te ruborizas, ¿ves? —Con una sonrisa de oreja a oreja, levantó su teléfono para que examináramos la foto. Seguro que yo parecía un tomate—. Mira qué adorables estamos. Es la foto perfecta para tu primer artículo de Cinder y Ella.

—¿Mi qué?

—En tu blog. —Cinder cogió aire—. ¿Recuerdas las crónicas que publicabas en tu blog cuando tú y tu madre conocíais a un nuevo autor?

Por un breve instante, mis pulmones se congelaron al recordar, pero Cinder me abrazó con fuerza y por fin respiré de nuevo. Su voz se volvió suave, acorde a la situación.

—Tuve una idea hace algún tiempo. Pensé que, si alguna vez nos conociáramos en persona, podríamos inaugurar una nueva sección en tu blog. Sería parecida a la antigua, solo que, en vez de coleccionar los autógrafos de los escritores en libros, podríamos coleccionar fotos de nosotros con distintas personas famosas.

Me quedé mirándolo, sorprendida ante lo considerada que era su idea. Él respondió a mi mirada con una triste sonrisa.

—Sé que eso no reemplazaría todos los libros que has perdido, nada podría hacerlo y no quiero intentarlo, pero pensé que tal vez podrías empezar una nueva colección. —Tragó saliva, nervioso, y añadió—: Conmigo.

No sabía qué decir.

—Podría conseguir que asistieras a diferentes eventos y visitaras los sets de grabación de todo el mundo y presentarte a los actores de las películas que reseñas. Podríamos llamarlo «Las aventuras de Cinder y Ella». Hasta podríamos conseguir que un ilustrador nos dibujara como personajes para la sección, como si fuese nuestro propio cómic. Eso molaría mucho.

No respondí y él se removió en el asiento y se pasó una mano por su pelo oscuro. Me sentía mal por ponerlo nervioso, pero estaba tan impresionada que lo único que pude hacer fue quedarme mirándolo como un pasmarote.

—¿Qué opinas?

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto.

Solté una risotada nerviosa.

—No seas ridículo. Suena increíble, pero no podría dejar que hicieras todo eso por mí.

Por alguna razón, sus nervios se disiparon. Su expresión se suavizó y se transformó en otra que hizo que mi corazón diese un vuelco. La sonrisa en su rostro no reflejaba diversión, ni siquiera felicidad; transmitía muchísimo más que eso. Era como si, de algún modo, al decirle que no, hubiese hecho todos sus sueños realidad.

—Pero esa es la cuestión —dijo—. Sí que *puedes* dejar que lo haga por ti. Cualquiera otra chica lo haría. Joder, la mayoría *esperaría* que lo hiciera. Pero, por ti, *quiero* hacerlo.

Me soltó para girarse y quedar frente a mí por completo. Me agarró las manos.

—¿Tienes idea de lo mucho que me importas?

El estómago me dio un vuelco cuando se llevó las manos a sus labios y me besó en los nudillos enguantados.

—Te llevaría a cualquier sitio, Ella, y te daría todo lo que quisieras. Solo

tienes que dejarme hacerlo.

Era mi mayor sueño hecho realidad. No, era el mayor sueño de cualquier chica del mundo hecho realidad. Solo que era demasiado increíble como para ser real. Sabía que lo era. Cinder lo hacía parecer muy fácil, pero, en nuestras vidas, nada era tan simple.

Me solté de sus manos y puse unos cuantos centímetros de distancia entre nosotros.

—¿Y qué pasa con Kaylee? ¿Tengo que recordarte que, aunque sea una farsa, ahora mismo estás *prometido*?

Negó con la cabeza.

—Eso ya está solucionado. He cortado con ella en cuanto ha terminado el encuentro con los fans. Bueno, los medios no lo saben todavía, pero Kaylee sí. —Sonrió con suficiencia al recordar ese momento—. Se ha enfadado como una mona, en plan «alerta máxima del Estado».

No me lo podía creer. Había dejado a su novia supermodelo *por mí*. Mi corazón estaba más que listo para sucumbir, pero el cerebro no dejaba de gritarme advertencias. Yo sí que estaba en plan «alerta máxima del Estado»; hasta tenía el vello erizado en la nuca. No podía perder de vista la lógica.

—¿Y qué pasa con tu carrera? Dijiste que Kaylee te había amenazado con destruirla.

Cinder se encogió de hombros.

—Hará todo lo que esté en su mano. Puede que me haga algo de daño, pero nada de lo que no pueda recuperarme. Nada que no merezca la pena por estar contigo.

El corazón empezó a latirme con fuerza otra vez. En esos momentos, estaba ganando el combate cuerpo a cuerpo contra mi cabeza. Mi resolución estaba resquebrajándose.

—¿Y los jefes de los que me hablaste?

—Agentes, mánager, publicistas, abogados... Hay una gran lista de gente que controla mi vida.

Eso era lo que creía.

—¿Crees que todas esas personas aceptarán sin más que rompas con tu coprotagonista *por mí*?

Cinder vaciló lo suficiente como para dejarme entrever la verdad que

intentaba negar. Bajó la vista hasta su plato.

—Nos las apañaremos bien. —Sonaba como si quisiera convencerse a sí mismo—. Solo querían que saliera con Kaylee porque generaría publicidad y calmaría un poco los ánimos con respecto a mi reputación.

Arqueé una ceja y él sonrió, avergonzado.

—En mi defensa diré que he salido con tantas chicas porque ninguna se acercaba lo más mínimo a lo que realmente deseaba. —Me volvió a besar la mano—. Y el mundo lo descubrirá muy pronto.

Hablando de calmar cosas... Sentía la tentación de echarme un cubo de agua helada en la cara para enfriar un poco el calor que emanaba de ella.

Brian se rio entre dientes.

—La ruptura será mala para mi imagen porque Kaylee no actuará con elegancia, pero al público le encantará que salga con una chica normal y anónima. Los fans se volverán locos. Nuestra historia llamará la atención de los medios. Mi equipo tendrá que ceder.

Aparte del miedo que me daba la idea de «llamar la atención de los medios», sabía que nunca conseguiría la aprobación de su equipo —el gran y amenazador «ellos»—. El tipo de publicidad que yo le daría a Cinder solo le haría daño. No quería exponerme al mundo, pero mucho menos perjudicar su carrera. Yo era la última persona que debería estar en el punto de mira.

Cinder empezó a emocionarse, pero yo no podía compartir su optimismo.

—No lo creo, Cinder... eh, Brian. Soy la última persona a la que aceptaría tu gente, y menos tus fans.

Abrió la boca para rebatirme, pero no dejé que pronunciara palabra alguna. Debía decirlo antes de que perdiese el coraje, porque tenía derecho a saberlo. *Merecía* saberlo.

—Hay cosas que tú tampoco sabes de mí. Cosas que nunca te he contado, porque, al igual que tú con tu fama, temía que me trataras de forma diferente.

La cautela y la determinación parecían batallar en su rostro mientras esperaba a que continuara hablando. No quería hacerlo. Después de tenerlo tan cerca y de haberme dicho todas las cosas que había soñado que me dijese, me mataría cuando decidiera que ya no me deseaba. Y no exageraba. ¿Cómo podría...? Al menos, en lo referente a besarme los nudillos y mordisquearme la oreja.

—Desde el accidente, todos me tratan diferente. De repente me convertí en *aquella* chica. A la que todo el mundo mira y de la que todos hablan y cuchichean. Soy la chica con problemas. Cuya madre murió. La coja con cicatrices.

—¿Coja? —balbuceó Cinder, sorprendido. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo y frunció el ceño. No veía nada fuera de lugar.

—¿No te diste cuenta cuando me fui del encuentro con los fans?

Frunció el ceño mientras trataba de recordar nuestro encuentro anterior.

—Todo ocurrió muy rápido. Estaba confundido por haberte conocido en persona e intentaba prestaros atención a ti y a los fans al mismo tiempo. Además, ¿cómo se supone que iba a fijarme en algo si solo veía al tío que tenías *encima*?

Casi resoplé. Si no estuviese haciendo algo tan doloroso como revelar la verdad de las consecuencias del accidente, le habría dado una charla sobre lo idiotas que son los tíos celosos que rebosan testosterona. En cambio, cerré los ojos y respiré hondo.

—La vara no es solo por el disfraz. Lo he utilizado como mi bastón. Mi amiga Vivian se encargó de que la adaptaran para que pudiese dejar el bastón de siempre en casa.

—¿Usas bastón para andar?

Asentí.

—Los médicos me dijeron que era un milagro que volviese a andar tras el accidente. Doy gracias por ello, pero no es un camino de rosas. La cojera se me nota mucho y duele bastante. Y camino muy lenta. Por eso he estado a punto de llegar tan tarde como tú esta noche. He tardado mucho en venir andando hasta aquí desde la zona donde se ha hecho el encuentro con los fans. Soy discapacitada, Brian.

Su rostro perdió la ilusión a medida que empezaba a asimilar la noticia. Sus ojos volvieron a recorrer mi cuerpo y se centraron en mi regazo, pero, por supuesto, no había nada que ver. Todavía.

—Me dijiste que sufriste heridas, pero nunca mencionaste... —Su voz se apagó cuando las emociones se adueñaron de él.

Suponía que mi estado le afectaría, pero no esperaba que mostrase tanta aflicción. Y ni siquiera había llegado a la peor parte.

—Brian... —tragué saliva. Odiaba ser testigo de su tristeza—. Si no puedes lidiar con esto, es imposible que soportes el resto.

Levantó la cabeza de golpe.

—¿El resto? —preguntó, horrorizado—. ¿Hay *más*?

A pesar de mis mejores esfuerzos, las lágrimas terminaron inundando mis ojos.

—Hay muchísimo más.

Volví a cerrar los ojos porque no podía soportar la expresión en el rostro de Cinder. Entonces sentí un pulgar secándome una lágrima de la mejilla. Ese gesto tan tierno, cariñoso y sincero solo provocó que cayeran más.

—¿Qué más hay? —preguntó Cinder con un tono de voz tan suave como su caricia.

Sacudí la cabeza y me negué a abrir los ojos.

—No quiero contártelo.

Cinder me envolvió en la seguridad de sus brazos. Me abrazó con fuerza y apoyó la cabeza sobre la mía.

—Sea lo que sea, Ella, no me hará cambiar de opinión. No voy a pensar menos de ti.

Su promesa me dolió en el corazón. Sabía que lo decía de verdad, pero no tenía ni idea de a qué se enfrentaba.

—Sí que lo harás.

Incapaz de soportarlo más, me quité con cuidado el guante de mi brazo quemado.

—Las apariencias son importantes para ti —dije mientras me desprendía de la tela de los dedos—. Siempre sales con las chicas más guapas del mundo.

Con un tirón final, el guante desapareció y le mostré mi mano descubierta para que la viera. Brian intentó contener un jadeo, pero la cantidad de aire que respiró de golpe fue evidente.

—Yo no soy guapa —dije, apartándome y anticipándome a su rechazo—. Quizá antes lo era, pero ya no.

—Ella —pronunció con voz ahogada.

Con cuidado, me agarró los dedos heridos y me acarició la piel llena de cicatrices. Me quedé petrificada cuando levantó la mano, pero no la aparté.

Era la primera persona, aparte de mis médicos, que tocaba mis cicatrices. No sabía cómo sentirme ante ese hecho. El momento fue una pura tortura, en el buen y mal sentido de la palabra. La sensación fue increíble, pero me dolía el corazón.

Dejó mi mano libre sobre una de las suyas mientras la otra subía poco a poco por mi brazo y se percató de que las cicatrices continuaban. Cuando por fin habló, su voz tembló.

—¿Qué te pasó?

—El coche se incendió y sufrí quemaduras en más del setenta por ciento del cuerpo.

—El setenta por ciento...

Nuestros ojos se encontraron y, de pronto, sentí la urgencia de hacer algo que nunca había hecho antes. Quería enseñarle a Cinder mis cicatrices; en la medida de lo posible, claro. Ahora que conocía su verdadera identidad, quería que él también lo supiera todo sobre mí. No quería más secretos entre nosotros.

Estábamos en un reservado al fondo del restaurante y, como se había sentado a mi lado, me bloqueaba la vista del resto de la sala. Me hallaba bastante resguardada y nadie nos prestaba atención, así que me llevé las manos al nudo en la base de mi garganta que sujetaba la capa sobre mis hombros. Retiré la capa con manos temblorosas y, con los ojos fijos en mi regazo, dejé que me cayera por la espalda hasta el asiento.

Cinder no dijo nada. Me preguntaba qué estaría pensando, pero me negué a mirarlo a la cara. Era un chico bastante expresivo, así que lo que no pudiera decir con palabras lo transmitiría con la expresión de su rostro. No estaba preparada para verlo. Me sentía demasiado desnuda.

Me recogí el pelo y me giré para que me viera la espalda, a sabiendas de que el vestido era tan bajo por detrás que se haría una idea bastante acertada del tipo de daño que había sufrido.

—Continúa por todo el costado derecho y luego cubre toda la piel de cintura para abajo. Los pies se me quemaron tanto que se me deformaron los dedos.

—Ella. —Ahora su voz hacía más que temblar. Sabía que, si lo miraba, lo vería llorar.

Me volví a girar, pero, aun así, seguí sin alzar la mirada. No podía

mirarlo a la cara.

—Nunca le he enseñado esto a nadie, excepto a mis médicos y a Vivian —murmuré—. Siempre llevo las cicatrices tapadas. La gente es cruel conmigo. Se me quedan mirando, se ríen de mí y me dicen cosas horribles. Se meten conmigo en el instituto, y eso que mis compañeros solo han visto mi mano y cómo ando. ¿Y sabes qué es lo peor...?

Tomé aire y volteé los brazos. Dejé a la vista mis muñecas y las cicatrices tan distintas que tenía ahí. Cinder ahogó otro grito y me las agarró con manos temblorosas.

—¿Estás...? —Tragó saliva—. ¿Estás bien?

No tenía sentido que fuese deshonesto. Ya sabía la respuesta. Aun así, lo tranquilicé lo mejor que pude.

—Ya no quiero suicidarme. Te lo prometo, y te lo digo de verdad. No hay peligro en que vuelva a hacerme daño, pero tampoco estoy bien siempre.

Por fin levanté la mirada y me destrozó ver el dolor que reflejaban sus ojos. Las lágrimas surcaban sus mejillas sin oposición alguna. Mis propios ojos se inundaron de lágrimas para acompañar a los suyos.

—No puedo esconder esto. Tus fans y toda la gente que lleva tu carrera... se enterarán, y no lo aceptarán. Nunca me aceptarán *a mí*. Y aunque lo hicieran, no estoy segura de poder manejar toda esa atención. No podría soportar que todo el mundo se enterara de todo por lo que he tenido que pasar, de todo lo que *he hecho*.

Brian cerró los ojos y me apretó ligeramente las muñecas al mismo tiempo que respiraba hondo.

—Nadie te culparía por esto. Has pasado por algo horrible. Perdiste todo lo que querías, incluido tu propio cuerpo. —Me acarició las cicatrices despacio con sus pulgares—. Esto no es nada de lo que debas avergonzarte. Lo que importa es que sobreviviste y has mejorado. Mira qué lejos has llegado.

Aparté las manos de las suyas, incapaz de soportar más su contacto; era abrumador. Brian me observó atentamente mientras usaba mi servilleta para secarme las lágrimas que se me habían escapado. Había algo distinto en él ahora, algo en la forma en que me miraba. Su inocencia se había esfumado. Conocía la verdad y ahora me veía como todos los demás: como si esperase que me rompiera en cualquier momento. Por fin me veía como una criatura

frágil y herida que había que tratar con especial cuidado.

Acababa de cambiarlo todo. Sabía, por la expresión de sus ojos, que las cosas ya nunca volverían a ser igual entre nosotros.

## Capítulo 25

Cinder apartó su plato. Había perdido el apetito. Durante algo más de diez minutos, comimos en silencio, pero ninguno de los dos tomó más de un par de bocados. Él me miraba y pensaba en algo que decir. Su lástima me rompía el alma en pedazos.

—No me mires así, por favor.

—No lo puedo evitar. ¿Cómo se supone que tengo que reaccionar? No puedo creer que en todo este tiempo no me hayas contado nada de esto. ¿No confiabas en mí? ¿No pensabas que querría ayudarte a superarlo? ¿Preferías hacerlo *sola*?

El dolor en su voz me hizo sentir fatal. El miedo creció en mi interior junto con la necesidad de tranquilizarlo.

—Claro que confío en ti. Me has ayudado más que nadie.

—No es lo mismo. —La ira empañaba su voz, aunque intentaba mantener la espiral de emociones a raya. Sabía perfectamente cómo se sentía.

—Por favor, entiéndelo —le supliqué—. No quería que me trataras de forma distinta. Sé que sabes lo que es eso. —Brian frunció el ceño con la vista clavada en su plato—. No tenía a nadie, Brian; ni familia, ni amigos. Lo único que tenía era a un hombre que me había abandonado diez años antes y a su familia, que me había rescatado porque era su oscuro secreto. Lo único que me hizo seguir adelante estos últimos meses fuiste *tú*. No me tratabas como si estuviese loca, ni fuese frágil. No tenías miedo de bromear conmigo y de hacerme reír. No podía perder eso.

Volví a mirarlo a los ojos y perdí el control por completo. Me enfadó la pena y el miedo que vi reflejados en ellos.

—¡Sabía que, si te contaba la verdad, todo sería diferente! ¡Sabía que me mirarías exactamente como me miras ahora!

—¡Es mucha información que asimilar, Ella! Tienes que darme tiempo para que lo procese. Ahora mismo se me está *partiendo* el corazón.

Los ojos me empezaron a arder otra vez.

—No quería hacerte daño.

Cinder me apoyó las manos sobre los hombros. Me agarraba con suavidad, aunque parecía que quisiera sacudirme.

—No, Ella, se me está partiendo *por ti*. Sabía que perder a tu madre debió de ser duro, pero esto... ni siquiera puedo imaginar...

—Por favor, no. —Giré la cara—. No quiero tu compasión.

Cinder me soltó los hombros y colocó una mano bajo mi barbilla. Con delicadeza, me giró el rostro para obligarme a mirarlo y me sorprendió lo cerca que estaba de repente.

—No es lástima —aseguró con toda la ferocidad del poderoso príncipe druida que interpretaba en la película.

Me colocó el pelo detrás de la oreja y me secó las lágrimas otra vez.

—No sé cómo me siento ahora mismo —dijo—. Estoy abrumado.

Me agarró las manos y las levantó. Lo hizo muy despacio, tanto que sentí que el tiempo se detenía de golpe. Entonces, pegó sus labios contra el dorso de mi mano buena y, luego, de la mala.

Jadeé al sentir sus labios sobre las cicatrices. El contacto fue más íntimo que cualquier otra cosa que hubiese vivido antes. Cerré los ojos y las lágrimas me empaparon las pestañas.

—Ojalá hubiese algún modo de hacer desaparecer todo esto que te ha pasado.

Me besó cada uno de los nudillos, uno a uno, como si intentase curarlos con su contacto. Un gran sollozo se adueñó de mi pecho y escapó en forma de quejido.

—Ella. —Mientras Cinder susurraba mi nombre con un nuevo matiz de desesperación en la voz, sus manos escalaron hasta mi rostro. Sabía que iba a besarme y, aunque la agonía se había apoderado de mí, no iba a detenerlo.

Era Cinder, mi mejor amigo en todo el mundo, el chico del que llevaba años enamorada. Anhelaba ese beso más que cualquier otra cosa en la vida.

Sus labios se acercaron despacio a los míos, como si estuviese saboreando cada segundo de ese momento, como si quisiera guardar todas las sensaciones que lo embargaban y grabarlas a fuego en su memoria. Su boca rozó la mía y la exploró como si buscara permiso. Se lo concedí. Abrí los labios con un suspiro que lo despojó de todo autocontrol.

La pasión se apoderó de él y juntó nuestras bocas en un beso merecedor de un Oscar. Enterró los dedos en mi cabello mientras su lengua intimaba con la mía en un baile intenso. Mis manos, apoyadas sobre su pecho, subían y bajaban debido a su respiración salvaje. Su corazón bombeaba con fuerza bajo mi contacto, y el mío latía exactamente al mismo ritmo.

El momento fue mágico. De cuento de hadas. Y, al igual que en los cuentos de hadas, terminó demasiado pronto. El reloj que controlaba nuestra dicha dio las doce cuando una ráfaga de luz nos azotó la cara. A ello le sucedió una interminable oleada de *flashes* y gritos.

Brian y yo nos separamos y vimos nuestro reservado rodeado por unos cuantos hombres con cámaras. Tras ellos había una notable cantidad de fans que creaban una barrera impenetrable con sus cuerpos. El restaurante era un caos. Las chicas gritaban y la gente nos grababa con sus teléfonos móviles. Los hombres que bloqueaban el reservado, que nos grababan y nos hacían infinidad de fotos, le hacían toda clase de preguntas a Cinder.

No. No a Cinder. A Brian Oliver.

Fue en ese momento cuando «Cinder» se esfumó y por fin vi al chico que había besado como el rompecorazones de Hollywood, Brian Oliver. El calor que tanto me había embargado hacía tan solo unos momentos se convirtió en hielo. Empecé a tener sudores fríos cuando me fijé en todo el público que nos observaba.

Brian debía de estar acostumbrado a estas cosas, porque no se inmutó hasta que se percató del miedo reflejado en mi rostro. Entonces, al fin, levantó la mirada hacia el tumulto. Su atención se desvió de mi expresión de horror a la multitud y viceversa, unas cuantas veces, y su semblante perdió todo el color.

—Ella, lo siento mucho. No debería haberte besado aquí... No estaba pensando con claridad.

Volvió a echar otro vistazo a la aglomeración de gente y, a continuación, maldijo y sacó su teléfono.

—Scott —dijo de prisa al móvil—, ¿sigues por aquí? Bien. ¿Puedes traer guardias de seguridad del palacio de congresos a La Guarida del Dragón? Ella y yo vamos a necesitar escolta. Sí. Y date prisa, esto se va a poner feo. Gracias, tío.

Era incapaz de respirar y empezaba a temblar. Fui consciente de que estaba hiperventilando cuando la ansiedad me embargó, pero no me di cuenta de lo asustada que estaba hasta que Brian me agarró por los hombros y me miró fijamente a los ojos.

—Todo irá bien, Ella —murmuró con esa voz grave y relajante que normalmente reservaba para nuestras sesiones de lectura.

Devolví la atención al gentío, pero él me sujetó la barbilla y me obligó a mirarlo de nuevo.

—Ey, mírame a mí. Aquí. A los ojos.

Intenté hacer lo que me decía. Intenté concentrarme únicamente en sus preciosos ojos oscuros, pero era incapaz de aislarme de los gritos.

—¿Quién es la chica, Brian?

—¿Qué pasa con Kaylee?

—¿La has engañado?

—¡Dinos su nombre!

—¿Estás enamorado?

—¿Cómo la conociste?

—¡Brian!

—¡Brian!

Brian los ignoró a todos. Tenía toda su atención puesta en mí.

—Estás bien, Ella. Esto es normal. He vivido situaciones como esta un montón de veces. No pasará nada, ¿vale?

Deslizó sus manos por mis hombros, recorrió toda la longitud de mis brazos y me volvió a coger las manos.

—¡Oye, chica! ¿Cómo te has hecho esas cicatrices?

—¿Qué te ha pasado?

—Brian, ¿qué le pasa a tu nueva novia?

Ante la mención de las cicatrices, un nuevo miedo brotó en mi mente. No

llevaba ni la capa ni los guantes. Me volví a tapar con la capa, pero eso no me hizo sentir mejor. Ya era demasiado tarde. Justo en ese instante, me estaban grabando y haciendo fotos y, en cuanto llegara a casa, estaría en todos los canales de noticias. Mi peor pesadilla se había hecho realidad.

Brian tuvo que atarme la capa porque a mí me temblaban demasiado las manos. Después me abrazó como si me estuviese protegiendo de los buitres que ahora mismo me estaban desollando el alma.

Escondí el rostro en su pecho y sollocé hasta que oí los gritos de otras personas intentando apartar a la muchedumbre. Hice el ademán de levantar la cabeza, pero Brian me mantuvo pegada a él y me acarició el pelo.

—Espera, Ella. Ya casi ha terminado. Pasará en solo un minuto.

Sabía a lo que se refería, pero sus palabras sonaron como una mentira en mis oídos. No pasaría en solo un minuto. Nunca volvería a ser como antes.

Intenté obligarme a dejar de llorar mientras escuchaba al tumulto. Casi todo el griterío procedía ahora del encargado del restaurante, el hombre que me había ayudado al llegar, pero también oía otras tantas voces graves bramar a la gente que saliera de las instalaciones.

—¡Brian!

—¡Scott! —Brian soltó aire, aliviado—. Gracias por hacer que viniesen tan rápido. ¿Te puedes quedar para hablar con el encargado? Paga la cuenta y diles que los llamaré más tarde para asegurarme de que todo está solucionado.

—Sin problema. Les transmitiré tus disculpas.

—¿Cómo he podido vivir todo este tiempo sin ti?

—Pues muy desorganizado.

Brian se rio. Luego, una voz grave dijo:

—¿Señor Oliver? Los llevaremos a la sala de la unidad de seguridad, pero me temo que está al otro lado y hay que cruzar el vestíbulo principal.

Brian suspiró y me separó la cabeza de su pecho.

—¿Estás lista para correr?

No estaba lista en absoluto, pero asentí de todos modos.

—No pasará nada, Ella.

Brian se puso en pie y me tendió una mano. Me levanté despacio y alargué el brazo para coger mi vara. Di un paso en la dirección que el enorme

guardia de seguridad me indicaba y me quedé petrificada. Los miembros de seguridad del palacio de congresos habían obligado a todos los comensales a volver a sus mesas y se las apañaron para echar a todos los demás, pero había una gran multitud de gente apostada en la puerta, esperándonos.

—Brian —susurré con miedo—. No puedo hacerlo. ¿Por qué no te vas tú? Yo podría esperar aquí y llamar a Juliette cuando esto esté más despejado.

—Ni de coña.

—Pero...

—No te voy a dejar aquí para que te enfrentes a esto tú *sola*. —Brian me miró a los ojos, pero la ira que se reflejaba en ellos no tenía nada que ver conmigo. Desvió la mirada hasta las cámaras que seguían soltando fogonazos de luz y negó con la cabeza con vehemencia—. Y tampoco funcionaría. Se supone que estoy prometido. Tú y yo acabamos de iniciar uno de los mayores escándalos en Hollywood de los últimos años.

Intentó sonreírme, pero sin mucho éxito.

—En una convención como esta, todos los *paparazzi* de Los Ángeles están aquí. Esos fotógrafos quieren saber quién eres. Si me voy, algunos me seguirán a mí, pero el resto irían a por ti. Esperarían todo lo necesario y más, y luego te seguirían. Te seguirían hasta el coche y, luego, hasta tu casa, y, finalmente, acamparían frente a tu puerta.

Abrí los ojos como platos al comprender lo que sucedía. Me gustase o no, mi vida ya no volvería a ser la misma.

—Bienvenida a la fama, Ella —murmuró Brian con una voz cargada de arrepentimiento—. Siento que haya sucedido así, pero pasaremos por esto juntos, ¿vale?

Me tendió la mano, pero no pude cogérsela. Miré al gentío; parecía haberse duplicado desde que me había puesto en pie.

—Señor Oliver —interrumpió el guardia de seguridad—, cuanto más esperemos, más gente habrá en la puerta. Hoy hay *miles* de personas en el palacio de congresos.

Brian volvió a tenderme su mano.

Negué con la cabeza e intenté no entrar en pánico.

—No puedo.

—Ella, de verdad que lo siento, pero no hay alternativa. Tenemos que irnos.

—¡No lo entiendes! —espeté—. Me refiero a que no puedo *físicamente*. Apenas puedo andar. No seré capaz de abrirme paso entre toda esa gente.

Brian parpadeó como si justo entonces acabara de recordar mi minusvalía. Observó cómo aguantaba mi peso gracias al bastón y su rostro palideció. La expresión de dolor y de lástima reapareció en él. No soportaba verla, así que me giré y me percaté de que había llamado la atención de todo el mundo en el restaurante. Mi arrebato los había paralizado con el tenedor a medio camino de sus bocas.

Miré a mi alrededor y vi decenas de personas mirándome fijamente, juzgándome. Cerré los ojos y respiré hondo con la intención de no volver a llorar, pero las lágrimas regresaron de todas formas.

—Tampoco puedo extender el brazo por completo

—murmuré. La cara me ardía de la vergüenza—. Si me caigo o alguien me agarra del brazo, podría desgarrarme los injertos de piel. Ya me ocurrió hace poco. En enero tienen que operarme otra vez por culpa de eso.

No abrí los ojos hasta que sentí el suave contacto de Brian, que me secaba las lágrimas de mis mejillas.

—Lo siento mucho, Ella. No sé cómo se han enterado de que estábamos aquí. No debería haberte besado en público. Esto es culpa mía. No estaba pensando.

—Eso ahora no importa. Salgamos de aquí. —No pude mirarlo a los ojos cuando añadí—: Alguien tendrá que llevarme a cuestas.

Era muy humillante. Brian era un hombre tan perfecto, tan querido y adorado por tanta gente que, literalmente, había cientos de personas apiñadas a las puertas del restaurante para ver con quién estaba, y yo ni siquiera podía salir de allí a su lado.

—Eso no será problema, señorita. Puedo...

Brian gruñó al guardia de seguridad que había hablado.

—Me encargo yo. —Me cogió en brazos como si no pesara casi nada y me acunó contra su pecho.

Dos hombres que podrían jugar perfectamente de defensas en el amado equipo de Brian, los Green Bay Packers, se apostaron uno a cada lado para

protegernos.

—¿Preparado, señor Oliver?

—¿Y mis cosas? —pregunté.

—¿Scott? —llamó Brian.

—Ya las tengo.

Brian me dedicó una sonrisilla.

—Es increíble, de verdad.

Al ver que no podía corresponderle con otra sonrisa, inclinó la cabeza hacia mí y me besó en la sien.

—Lo siento mucho, Ella.

Asintió a los guardias de seguridad y nos encaminamos hacia el vestíbulo del palacio de congresos. Una multitud de personas con cámaras nos abordó cuando salimos del restaurante. Nos gritaron y alumbraron con sus cámaras mientras se movían para conseguir las mejores perspectivas de nosotros. Enterré la cara en el hombro de Brian para intentar evadirme, pero un grito estrangulado llamó mi atención.

—¡Ella! —gritó Juliette—. ¡Ella! ¡Déjame pasar, tú, zoquete! ¡Es mi hermana! ¡Ella!

—¿Juliette?

No la veía, pero Brian dijo a uno de los escoltas:

—Esos cuatro de ahí.

Segundos después, Juliette, Vivian, Rob y Anastasia aparecieron a mi espalda.

—¿Estáis bien? —inquirió Rob por encima de todo el ruido.

—¡Es una locura! —gritó Juliette.

Asentí a modo de respuesta para ambos y luego volví a esconder el rostro en el hombro de Brian. No levanté la mirada hasta que estuvimos resguardados y a salvo en la sala de la unidad de seguridad del palacio de congresos.

## Capítulo 26

**E**n cuanto Brian me dejó en el sofá de la sala de la unidad de seguridad, Juliette me abrazó con fuerza.

—¿Estás bien?

—No. —Las lágrimas regresaron al sentir su abrazo—. Quiero irme a casa. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

Un hombre que se presentó como el encargado de seguridad del complejo dio un paso al frente.

—¿Habéis venido en coche?

Juliette asintió.

—Se lo hemos dejado al aparcacoches.

—Pediremos que lo lleven al acceso que hay en la parte trasera, donde descargan los camiones. No está lejos de aquí y esa zona está bloqueada al público. Podréis marcharos sin que os descubran, pero, para asegurarnos, os acompañará un coche patrulla.

Suspiré aliviada. Si pudiéramos salir de allí sin que nadie nos persiguiera, tal vez no sería demasiado tarde para mantener un poco de privacidad. Nadie sabía quién era. Incluso Brian desconocía mi apellido y dónde vivía.

Rob le dio el resguardo del aparcacoches al hombre, que leyó el número a una radio que tenía en la mano. Respondieron rápidamente y nos volvió a sonreír.

—Estará aquí en unos diez minutos.

Me acomodé en el sofá en la medida que los cojines me permitieron, exhausta, porque la adrenalina había desaparecido de mi cuerpo. Tenía los

nervios tan a flor de piel que no sabía si podría recuperarme algún día.

Brian se sentó a mi lado y me tomó la mano. No dijo nada, pero se inclinó y me dio un beso en la mejilla. Unos minutos más tarde, su asistente, Scott, llegó.

—Lo de La Guarida del Dragón ya está solucionado

—informó a Brian mientras dejaba mis guantes, el libro y la vara que hacía las veces de bastón y que había dejado en el restaurante—. El encargado estaba avergonzado por que os hubiesen interrumpido así y se ha negado a que pagases la cena. Te ofrece sus más sinceras disculpas.

Brian asintió. Parecía tan cansado como yo cuando se puso en pie y le entregó a Scott un juego de llaves.

—Un último favor y después te ordeno que te tomes unos días libres. ¿Te importaría llevar a Tesoro sano y salvo a casa?

Me encantó la cara de sorpresa de Scott. Supuse que yo reaccionaría igual si me pidiese algo así.

—¿Tesoro? —inquirió Vivian, confusa.

Me miró para preguntarme si sabía a qué se refería y, por primera vez en horas, sonreí.

—Su Ferrari. Lo llama Tesoro. —Nadie lo entendió y suspiré—. Como... «mi tesoro»... Gollum... ¿El anillo?

Nada. Eché la cabeza hacia atrás y gruñí.

—¿Cómo puedo ser amiga de gente que no pilla esa referencia?

Brian se echó a reír.

—Es muy friki de *El señor de los anillos* —expliqué a mis amigos, que no tenían ni idea de quién era Tolkien.

—Fan —me corrigió Brian, y su sonrisa se transformó en un puchero—. No soy *un friki*. Y no eres la más indicada para hablar, señorita He-visto-la-película-en-el-cine-doce-veces.

Todos estallaron en carcajadas y Brian me guiñó un ojo antes de fijar su atención en Scott.

—¿Te importaría que nos cambiásemos los coches? Conduce a Tesoro para dejarlo en casa y quédate allí hasta que pueda llevar tu coche, por favor. Tendrás una recompensa extra por ello.

—Claro, no te preocupes.

—Pero como tenga un rasguño, te despido.

Scott tragó saliva al tiempo que miraba las llaves en su mano.

—Vale.

Brian se echó a reír y pegó a Scott en el hombro con suavidad.

—Es broma, tío. Sabes que no podría trabajar bien sin ti. Pero cuida de mi bebé. No tardaré mucho. Solo quiero llevar a Ella a casa y asegurarme de que está bien, pero los  *paparazzi*  conocen mi coche.

Cuando procesé lo que había dicho, mi corazón se desbocó y mi estado de ánimo juguetón se disipó.

—Preferiría que no lo hicieras. —Al decirlo, me tembló la voz.

Los ocupantes de la sala se quedaron quietos y, a continuación, Juliette y Vivian se situaron a mi lado mientras Brian me miraba con el ceño fruncido, confuso. Tragué saliva; ojalá fuera capaz de hacer lo que había que hacer sin herirlo.

—Lo siento, Brian. —Mi frase fue determinante y todos entendieron a qué me refería.

—¿Estás segura? —susurró Juliette.

No era lo que yo quería, pero sabía que era lo correcto. ¿Qué diría la gente cuando los periodistas publicasen fotos de mis horribles cicatrices en los medios de comunicación para que todo el mundo las viera? ¿Qué pasaría cuando descubrieran mi identidad? Mi dolor y sufrimiento, mi accidente, la pérdida de mi madre y mi intento de suicidio se retransmitirían a todo el mundo convertidos en cotilleos y entretenimiento barato. No podría vivir con ello.

—Sí, estoy segura. —Tomé aire un par de veces y me obligué a mirar a Brian a los ojos. Se merecía eso, como mínimo—. Podría aguantar casi cualquier cosa, pero esto... —Sacudí la cabeza—. Tenías razón al decir que no podría con tu mundo. No puedo. Lo siento, Brian. No soy la chica adecuada para ti.

Los ojos de Brian se abrieron como platos. Cruzó la sala en dos zancadas para llegar hasta mí y Juliette y Vivian se levantaron para dejarle sitio y que pudiera sentarse a mi lado. Volvió a tomarme de la mano y me rogó con un «No lo hagas» cargado de la pasión que lo había hecho famoso.

Su emoción me dejó rota por dentro. Entendí a la perfección por qué se

había hecho actor. Sus ojos transmitían más que cualquier palabra que pudiese pronunciar. Ahora mismo me decían lo confuso, dolido e incluso asustado que estaba. No podía soportarlo. Bajo el aspecto exterior de Brian Oliver, mi mejor amigo se encontraba en alguna parte; la persona más importante de mi vida. Nunca quise preocuparlo, pero sobre todo, nunca quise hacerle daño.

El dique que retenía las lágrimas tras mis ojos amenazó con volver a romperse.

—Hace dos semanas eras tú quien decía que lo que teníamos ya era suficiente —dije—. Ahora soy yo la que te pide lo mismo.

Brian sacudió la cabeza con fuerza.

—¿Crees que después de lo que ha pasado hoy podemos volver atrás? No podemos, Ella. Tenemos que estar juntos, y lo sabes.

No me lo estaba poniendo fácil, pero me incorporé, resuelta.

—No es tan fácil.

Brian se pasó las manos por el pelo con tanta energía que temí que se arrancase un mechón.

—Sé que la fama es difícil de manejar, sé que es pedirte mucho, pero te juro que haré que valga la pena.

Sabía que Brian lo intentaría, pero también que no tendría el control de la situación. Se quejaba constantemente de no poder controlar su vida. Era perfectamente consciente de que importaba con quién saliese, por eso estaba con Kaylee Summers.

Salir con una chica como yo arruinaría su imagen por completo. Ya lo había hecho. Al ser «infidel» conmigo, acababa de destruir todo lo que pretendía conseguir con el montaje de su relación. La gente no me lo perdonaría. Su mundo nunca me aceptaría. Yo era una don nadie. Era *peor* que eso. Era una discapacitada fea, deforme y con cicatrices.

Éramos unos Cinder y Ella reales. Yo era la plebeya y él, el príncipe. Aunque me quisiera, al final tomaría la decisión que se esperaba de él, la opción *noble*, como tantas veces me había comentado. Elegiría a Ratana. Quizá no fuera Kaylee Summers, pero sería alguna famosa. Guapa. Digna de él.

—No puedo. La gente critica a las personas más atractivas de Hollywood por no tener una nariz perfecta o tener un gramo de más. Aunque tú puedas

pasar por alto mis defectos, el resto del mundo no lo hará. No soportaré lo que digan de mí. No soy como tú. Soy tímida. Superficial. Demasiado débil.

—Ella, *no* eres débil. Puede que no sea fácil, pero nos enfrentaremos a ello juntos. Danos una oportunidad. *Por favor*.

Volví a cerrar los ojos y traté de no llorar más. Lo que iba a anunciar sería lo más duro que diría en toda mi vida, pero tenía que hacerlo.

—Todavía eres mi mejor amigo. Sabes que te quiero más que a nada. Siempre estaré ahí para Cinder, pero no puedo formar parte de la vida de Brian Oliver. Lo siento.

Reprimí mis emociones y miré al resto de mis amigos.

—¿Vivian?

Vivian supo qué necesitaba. Me acercó la vara y me ayudó a levantarme. Brian me detuvo antes de llegar a la puerta.

—Sé que lo de la fama te ha asustado un poco, pero...

—No estoy un *poco* asustada, Brian. —Mi último hilo de control se rompió y grité—: ¡Estoy *aterrorizada!* Ahora mismo mi terapeuta me tiene a *prueba*. Estoy a un ataque de ansiedad de que me encierren en un psiquiátrico. A un ataque de un abusón de que me expulsen del colegio, y ya llevo un curso de retraso por haber pasado ocho meses ingresada en el hospital.

—¿Ocho meses? —susurró Brian, sorprendido.

Dejé de gritar y la desesperanza que sentía se trasladó a mi voz.

—Sí. Y todavía me quedan años de recuperación. Mi *trigésimo séptima* operación está programada para enero. Aún estoy de luto por la pérdida de mi madre y todavía estoy tratando de aceptar y asimilar lo que me ha pasado. Apenas *sobrevivo*. No creo que pueda soportar el tipo de presión que me pides que aguante.

Brian respondió en voz baja. Era la primera vez que su voz sonaba insegura.

—No siempre será así. Lo que ha pasado hoy ha sido desafortunado, pero...

—¿Desafortunado? —respondí con un sollozo que me sorprendió—. Lo de hoy ha sido más que desafortunado. Los únicos que han visto mis cicatrices de ese modo han sido Vivian y mi familia, y *solo* mis médicos las

han tocado. ¿Te haces a la idea de lo grande que ha sido ese paso para mí? ¿Puedes imaginar lo vulnerable que me he sentido hoy contigo? Has roto todas las defensas emocionales que tenía. Me has abierto de par en par hasta dejarme más al descubierto que nunca.

—No quería... —Brian trató de buscar las palabras adecuadas—. Estaba muy abrumado por todo. No me he dado cuenta... —Se detuvo un momento para regular la voz—. Ella, lo siento *mucho*.

Me sentí fatal por hacerle sentir culpable.

—No te disculpes, Brian, por favor. Esta noche me has hecho sentir guapa, especial y querida cuando creía que nunca podría volver a sentirme así. Te lo agradezco. Estoy triste porque, por primera vez desde el accidente, he sentido un atisbo de esperanza, pero los *paparazzi* me lo han arrebatado. Lo primero que me han preguntado ha sido por qué estabas conmigo y *qué* me pasaba. Ese momento que hemos compartido ha sido uno de los más bonitos y especiales de mi vida.

Brian se acercó y me abrazó.

—Para mí también, Ella.

Finalmente me eché a llorar.

—Pero ese momento está a punto de ser compartido con todo el mundo para que la gente cotillee, juzgue y se burle a mi costa. Mi dolor y sufrimiento están a punto de convertirse en el entretenimiento nacional. No puedo soportarlo, Brian. No sé cómo gestionarlo emocionalmente. Lo siento.

Me liberé de su agarre y miré al tipo de seguridad.

—¿Ha llegado nuestro coche?

El hombre nos miró nervioso y después asintió.

—Ella, espera. Por favor.

Brian trató de razonar conmigo, pero dejé de escuchar. No podía soportarlo. De algún modo, Juliette comprendió que necesitaba irme.

—Aquí no, ¿vale? —le dijo a Brian—. Podréis buscar una solución, pero ahora no. Deja que Ella te llame cuando se haya tranquilizado.

—Pero...

—Deja que se marche —le dijo, seria, y le indicó al hombre de seguridad que nos acompañara hasta el coche.

## Capítulo 27

**A**l final dejé de llorar, pero en el trayecto a casa todavía se me escapó algún sollozo. Fue el único sonido que emití en todo el camino. Cuando llegamos a la entrada, Anastasia salió del coche y dio un portazo antes de que nosotros tuviésemos siquiera tiempo de quitarnos el cinturón. Desde que Rob le había contestado delante del restaurante, no había abierto la boca, al menos en mi presencia. No estaba segura de si seguía enfadada por eso o simplemente odiaba el discurso de Brian de «no me dejes, tenemos que estar juntos». Suponía que era por ambas cosas, así que dudaba que volviese a dirigirme la palabra.

Antes de que Vivian o Juliette sacasen mi vara del maletero, Rob me cogió en brazos y me llevó hasta la puerta principal. Estaba tan exhausta, con el corazón tan roto, que no me opuse. Mi padre y Jennifer nos esperaban en la puerta, abrazados con sendos semblantes colmados de preocupación.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Jennifer con voz ahogada.

No pude explicarlo. No era capaz de articular palabra.

Rob miró a Juliette.

—¿Por qué no se lo contáis vosotras dos? Yo voy a llevar a Ella a su habitación.

Rob cerró la puerta tras él antes de llevarme a mi dormitorio y dejarme en la cama, lo cual, creía, rompía una regla de casa, pero no lo mencioné. Se sentó a mi lado sin decir nada. El silencio era cómodo, pero, aun así, lo rompí.

—Gracias.

Rob estiró la mano para tomar una de las mías. Dudó un segundo porque la más cercana estaba llena de cicatrices, pero me la cogió de todos modos.

—¿Estás bien? —inquirió mientras me acariciaba el dorso de la mano y, después, la palma, explorando el tacto de mi piel.

Por alguna razón, su presencia y contacto me aliviaron. No sentía asco y ya no tenía miedo de que me tocara. Era como si hubiéramos alcanzado un nivel mayor de confianza y aceptación. Poder compartir este momento sin sentirnos incómodos significaba que era un amigo de verdad.

Permanecí sentada durante unos segundos; observé sus dedos sobre mi piel y disfruté del ambiente pacífico.

—Has sido un buen amigo, Rob. No lo merezco.

Rob entrelazó nuestros dedos y sonrió.

—Claro que sí.

Su respuesta fue tan sincera y relajada que me dolió.

—Rob... Agradezco muchísimo que trates de ayudarme a olvidar a Cinder, y quizá algún día esté lista, pero creo que no puedo salir contigo ahora mismo. Lo siento.

—No lo sientas —suspiró Rob, aunque me sonrió—. No es culpa tuya. No lo entendía, Ella. Pensaba que te habías pillado por el chico porque te gustaba el misterio. Creía que al final decidirías que un novio de carne y hueso era mejor que algo por teléfono, pero, por lo que he visto hoy, no solo estás pillada. Ni tú ni él.

Rob colocó su otra mano sobre nuestras manos enlazadas.

—No importa lo mucho que te espere. Podría esperar para siempre y me haría daño. Tu lugar está junto a él.

Me sonrojé y traté de disculparme de nuevo. Esta vez soltó una risita.

—No pasa nada, Ella. Podemos ser amigos. Y como amigo creo que debo decirte que no deberías renunciar a él.

Alcé la mirada, sorprendida, y me sonrió.

—Estáis enamorados. No os rindáis por estar asustados. Será duro, pero todo lo que vale la pena lo es, y tendrás a tus amigos para ayudarte.

—Sabes que lleva razón. —Vivian me sonrió desde la puerta de mi habitación. No la había oído entrar—. Siempre nos tendrás.

Juliette estaba a su lado y tenía una gran sonrisa en el rostro.

—También tendrás a tu familia. —Cogió el mando de la tele y Vivian y ella se subieron en la cama—. Venga, veamos las consecuencias de todo esto juntos.

La noticia saltó diez minutos después de encender la tele. Unos presentadores estaban sentados tras una mesa y en la pantalla mostraban una foto de Brian y yo besándonos. Además de hacerme sonrojar ante mis amigos, me dolió ver la foto. Me hizo pensar en el beso de Brian. Me recordó lo increíble que había sido ese momento y, a la vez, que nunca podría tenerlo.

«Y en las noticias de actualidad», dijo la mujer joven y de aspecto avisado, «la estrella de *El príncipe druida*, Brian Oliver, ha causado un alboroto en la FantasyCon esta tarde al ser descubierto besando a una mujer que *no* es su prometida, su compañera de reparto Kaylee Summers».

Como si una foto no fuese lo bastante malo, la pantalla cambió para dar paso a un vídeo de mi beso con Brian que alguien había grabado. A mi lado, en la cama, tanto Juliette como Vivian suspiraron. Y Rob suspiró en respuesta a ellas.

La imagen de la televisión nos mostraba a Brian y a mí en el momento en que rompimos el beso. Mi rostro dejaba entrever lo asustada que estaba. Parpadeé ante la cámara como una niña petrificada. Parecía tan joven y patética... Estaba alucinada mientras Brian trataba de consolarme. La imagen me dio todavía más pena cuando traté de cubrirme las cicatrices con la capa y empecé a sollozar contra el pecho de Brian.

La pantalla mostró a continuación el momento en que salimos del restaurante, con Brian llevándome en brazos, protegidos por los guardias de seguridad.

«Los tortolitos no han querido comentar nada ante las cámaras», dijo la presentadora, «pero más tarde el equipo de Brian ha emitido un comunicado donde afirman que “no era lo que parecía. Brian colabora con una organización benéfica que cumple deseos. La chica es una fan que estuvo a punto de morir quemada en un terrible accidente y se le había concedido un deseo: un beso de Brian Oliver. La señorita Summers conocía la situación y ha mostrado su apoyo. Ambos, aunque no han fijado fecha para su boda, están tan felices como siempre y entusiasmados por el estreno de *El príncipe druida* el mes que viene”».

Me quedé sin aire y me ardieron los ojos. ¿Le habían dicho a la gente que yo era una *obra de caridad*?

—¿Qué? —Juliette soltó un grito ahogado.

Miraba la televisión con los ojos como platos. Vivian se mostraba igual y negaba con la cabeza en señal de incredulidad.

—Tiene que haber una explicación.

—La hay —murmuré—. Control de daños.

—Pero os hemos visto juntos. Ella, te miraba de un modo... no creo que él hubiera...

La interrumpí antes de que pudiera defenderlo.

—Estoy segura de que no quería, pero hace lo que se le ordena. Solo salía con Kaylee porque su equipo lo obligó. Por supuesto, habrán pensado que dejar a Kaylee por una fea sin importancia no era bueno para su carrera.

—Ella... —exclamó Rob tras fruncir el ceño.

Negué con la cabeza; no quería que Rob me contradijera.

—Apágala.

Juliette cogió el mando, pero se detuvo cuando la presentadora informó:

«Puede que Brian no haya dicho nada, pero hemos estado con Kaylee y ella tiene mucho que decir sobre el tema».

«Por supuesto que sí».

El hombre mayor que había junto a la presentadora bromeó con una risita que me hizo hervir la sangre.

—Esto no va a ser bueno —murmuró Vivian.

La imagen cambió. Una mujer sujetaba un micrófono frente a Kaylee, que se mostraba perfecta y preparada para las cámaras.

«Por favor», respondió cuando se le preguntó por mi beso con Brian, «¿crees de verdad que Brian me engañaría con una chiquilla como esa?». Movié la mano en un gesto despectivo. «Había quedado con ella por una de esas cosas que hace para cumplir deseos de gente que necesita ayuda. La chica es una gran fan de Brian. Accedió porque tiene un blog que le gusta. Se pasó todo el viernes escribiendo *tweets* sobre el blog».

«¿Entonces no te importa que la besara?», inquirió la periodista.

La mirada gélida de Kaylee hizo que la periodista diese un paso hacia atrás. En cuanto logró esconder su molestia, sonrió.

«Es evidente que no me gustó mucho», comentó, «pero lo perdono. Estoy segura de que le daba pena. Es decir, ya la has visto, con todas esas cicatrices... Y ni siquiera puede andar. Por eso tuvo que llevarla en brazos. Créeme, no me preocupa».

—¿Cómo se atreve? —gritó Vivian, encolerizada.

—¡Es mala! —convino Juliette.

Rob entrelazó sus dedos con los míos al tiempo que la cara de Kaylee Summers exhibía una sonrisa burlona. Le apreté la mano tanto como pude.

Kaylee continuó con sus críticas.

«Brian es un buen hombre. Le cuesta decir que no, sobre todo a sus seguidores. Siempre trata de agradar a todo el mundo». Suspiró como si Brian fuese tonto. «Siempre intenta ser un héroe».

«Parece el candidato perfecto para interpretar al heroico príncipe Cinder», exclamó la periodista.

«Sí, es cierto», confirmó Kaylee. La sonrisa desapareció de su cara y clavó los ojos en ella. «Y si esa *acosadora* vuelve a acercarse a mi prometido, se va a enterar de por qué soy la mujer perfecta para interpretar a Ratana, la princesa guerrera feroz. Brian es *mío*».

Juliette por fin apagó el televisor.

Rob, Vivian y Juliette se unieron a mí en un abrazo en grupo. Se lo agradecía, pero cuando intentaron consolarme con palabras, les pedí que se marcharan y me dejaran sola. Había sido un día largo y quería que llegase a su fin.

\*\*\*

Puede que la mentira de Brian salvara su reputación, pero destruyó mi vida. Al día siguiente, cuando desperté, tenía el buzón de entrada del correo lleno de mensajes hirientes. A los fans de Brian y Kaylee no les gustó nada que una acosadora estuviese a punto de hacer romper a la pareja «perfecta». En mi blog y mis cuentas de Twitter y Facebook abundaban los comentarios ofensivos y malintencionados.

En el instituto fue peor, porque allí no era solo una acosadora. Para mis compañeros, además era una patética mentirosa. Todos me acusaron de

mentir sobre ser su amiga. No importaba que yo nunca hubiese admitido serlo.

En el aparcamiento del instituto, Rob y Vivian nos esperaban a Juliette y a mí. Sus semblantes serios me dijeron todo cuanto debía saber sobre cómo iría el día, aunque ya lo había supuesto. Los tres me acompañaron por el pasillo techado mientras fulminaban con la mirada y espantaban con gritos a cualquiera que se acercase a mí. Su presencia no detuvo a los más valientes de reírse y chillarme cosas horribles, pero al menos los mantuvieron a distancia.

Juliette fue la primera en llegar a mi taquilla y, con un grito ahogado, se dio la vuelta y la cubrió con su espalda para que no la viera.

—¿Por qué no vamos a clase y ya está? ¿Quién necesita libros?

—Aprecio el gesto, Juliette, pero necesito abrir la taquilla. De todos modos, veré lo que pone.

Juliette sacudió la cabeza.

—Jules, sea lo que sea, alguien me lo dirá hoy.

Cuando Juliette por fin se retiró de la taquilla, Vivian emitió otro grito ahogado y Rob hizo un sonido muy parecido a un gruñido. Mis encantadores compañeros habían decorado mi taquilla con rotulador permanente y palabras como «psicópata», «acosadora», «puta», «perdedora», «fea», «friki» y «coja».

Me dije que solo eran palabras y que no eran ciertas. Que mis compañeros estaban celosos y no sabían la verdad. Que tenía tres amigos a mi lado que me apoyaban y eso era lo único que importaba. Sin embargo, independientemente de lo que me dijera a mí misma, ver eso en la taquilla me dolió.

Cerré los ojos por culpa de las lágrimas que amenazaron con salir y tomé aire por la nariz al tiempo que una mano se posaba en mi hombro.

—Vamos a llamar a papá y mamá —dijo Juliette—. Dejarán que vuelvas a casa.

—¿Para qué? —pregunté. Mi voz temblaba mientras luchaba por controlar mis emociones. Abrí la taquilla y cogí los libros que necesitaba para la primera clase—. Si no estoy hoy en el instituto, esperarán a mañana para atacarme, o al día siguiente, o al día de después.

Rob me rodeó con un brazo mientras cerraba la taquilla. Me apoyé en él

y dejé que su presencia me reconfortase. Me besó en la frente y me acompañó a la primera clase.

—Estamos contigo, Ella.

Yo le apreté la mano y volví a tomar aire.

—Gracias.

Ojalá los tres hubiesen estado conmigo el día entero... Juliette estaría en mi segunda clase, pero me enfrentaría a la primera yo sola. Y nadie me acompañaría para ir a la segunda.

Mantuve la cabeza gacha para evitar miradas de odio mientras caminaba por el pasillo. Un grupo de chicos me seguía y no vi que lo hicieran con intención de crear problemas hasta que fue demasiado tarde.

—Eh, friki —me saludó uno.

Ese fue el único aviso que tuve antes de que me tirase el bastón por el pasillo.

Caí al suelo entre las risas de la gente. Afortunadamente aterricé sobre el brazo bueno, por lo que no dañé todavía más los injertos de piel. La cadera reconstruida, que era lo que me causaba la cojera, impactó contra el suelo y envió una corriente de dolor tan intensa por mi cuerpo que se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez.

Una chica de mi primera clase que había sido desagradable conmigo durante todo el año abrazó al chico que me había arrebatado el bastón para lanzarlo por el pasillo.

—¿Dónde está ahora Brian Oliver para salvarte, Ella? Ay, claro, está con su novia de verdad, porque no le importas. Solo eres una acosadora patética.

Traté de recuperar mi bastón para ponerme en pie, pero otro idiota lo lanzó todavía más lejos de mi alcance.

—Ups, ¡lo siento!

No podía levantarme sin apoyarme en algo, así que estaba, literalmente, condenada a quedarme en el suelo hasta que alguien sintiera pena por mí y me ayudase. Era humillante y lo más desagradable que me había sucedido en toda la vida.

Excepto por el momento en que Jason rasgó mis injertos de piel, nunca había llorado en el instituto y no quería empezar ahora. Eso era lo que querían, conseguir mis lágrimas. No iba a darles el gusto, pero me sentía tan

humillada que no pude evitar que mis ojos se humedecieran.

—Oh, no —se burló la chica mala—. ¿La pobre Ella va a llorar otra vez como anoche en televisión?

Fui incapaz de soportarlo más y les di lo que esperaban. Escondí la cara en las manos y empecé a sollozar.

Una chica que había sido testigo de todo aquello recogió mi bastón y trató de dármelo, pero otro gilipollas se lo quitó y empezaron a pasárselo de unos a otros.

—¡Eh, dejadlo ya!

La chica se inclinó para preguntarme si estaba bien y me dijo que su amiga había ido a buscar al director. A pesar de su gesto, no podía dejar de llorar.

—¿Qué demonios pasa?

Me sentí aliviada al escuchar la voz de Rob. Se agachó al suelo y me protegió con sus brazos.

—Ella, ¿qué ha pasado?

—No sé por qué te molestas, Rob. —No alcé la vista para ver quién había hablado. Supuse que sería mejor que no lo supiese—. ¿Has visto sus cicatrices, tío? Asqueroso. He oído que las tiene por todo el cuerpo. ¿En serio quieres tirártela?

Los brazos que me rodeaban desaparecieron y, pocos segundos después, hubo un gran golpe y muchos gritos. La conmoción solo duró unos treinta segundos, hasta que varios profesores terminaron la pelea, pero fue bastante para que Rob hiciese sangrar al tipo que me había tirado el bastón por el labio y la nariz.

En lugar de preguntar lo que había sucedido, los profesores mandaron a todos los presentes, once en total, al despacho del director.

La chica que me había defendido y dos personas más trataron de ayudarme a levantarme, pero Rob las ahuyentó y no dejó que nadie se me acercara. Él me puso en pie y me dio el bastón, pero la cadera me dolía tanto que no podía apoyar la pierna. Por segunda vez en dos días consecutivos, tuvieron que llevarme en brazos.

\*\*\*

Expulsaron durante tres días a los cuatro chicos que me quitaron el bastón y a las tres chicas que los animaron, se rieron y me dijeron cosas desagradables. Castigaron a Rob y al tipo que me apartó el bastón de una patada con una semana de expulsión y estaban valorando echar del centro a mi «atacante», ya que sus intenciones habían sido mezquinas y, como consecuencia, me había hecho daño. Mi destino aún no se había decidido.

Cuando mi padre apareció en el despacho —acompañado de Jennifer, Cody, Daniel y la doctora Parish—, me eché a sus brazos y le humedecí la camisa con mis lágrimas.

—Papá, sácame de este colegio. Me da igual si me gradúo o no. Se acabó.

Mi padre me abrazó con fuerza y me acarició el pelo.

—Vale, pequeña. Encontraremos otra manera de que acabes los estudios.

Le gruñó a alguien, seguramente al director Johnson.

—Voy a sacar a mi hija de este instituto. Espero la devolución íntegra de su matrícula y me aseguraré de que comprueben la calidad de esta institución educativa.

—Señor Coleman, lo sucedido hoy es inexcusable

—respondió el director Johnson—, pero ¿no cree que eso es un poco exagerado?

Mi padre se separó de mí y encaró al hombre.

—¿Exagerado? ¡Esta es la *segunda vez* que han atacado a mi hija en horario escolar! ¿Dónde demonios estaba el personal y por qué no puede mantener a sus estudiantes bajo control?

El director Johnson balbuceó y dio un paso hacia mi padre con las mejillas sonrosadas.

—Disculpe, señor Coleman, pero este es un excelente instituto y mi personal está más que capacitado. Hasta la llegada de su hija, nuestro índice de altercados estaba prácticamente en blanco.

—¿Insinúa que es culpa *de Ella*?

—Solo digo que los problemas la persiguen a donde va. No puede culpar a esta institución.

—¡Por supuesto que puedo! Ustedes son responsables de lo que sucede

aquí y les haré pagar por ello.

Mientras ambos discutían, Cody y Daniel me hicieron un montón de preguntas y me pidieron que realizase todo tipo de movimientos y estiramientos. Tras su corto examen, me dijeron que tenía la cadera magullada y que sentiría algo de rigidez que debería trabajar con Daniel en rehabilitación. Por lo demás, estaba bien.

Físicamente, al menos.

Mentalmente, estaba rota y la doctora Parish no tuvo que esforzarse mucho para confirmarlo.

—Ella, hablemos. ¿Cómo te sientes?

Esa mera pregunta hizo que explotara en sollozos de nuevo.

—¿Cómo se supone que debo sentirme? ¿Cómo es posible que la gente sea tan cruel? ¿Y por qué? ¿Por qué me tratan así? ¿Qué les he hecho para merecer esto?

—Nada, Ella. No lo mereces. Nadie lo merece.

La doctora Consuelo no me ayudó. Me sentía como si me hubieran abierto el pecho y los pedazos de mi corazón roto se hubiesen caído al suelo.

—Las cosas aquí estaban mejorando, pero en cuanto han tenido material nuevo para burlarse de mí, han vuelto a las andadas, ¡solo que peor! ¿Mi vida va a ser así a partir de ahora? ¿Me van a torturar siempre porque soy diferente?

Mi pregunta dejó en silencio a toda la sala. Me observaron sin articular palabra mientras me desahogaba. Y no me desahogué un poco, sino por completo. Lo que quedaba de mí —de mi corazón, mente y alma— se rompió. Un mar de desesperanza me engulló.

—No puedo más —dije entre sollozos—. ¿Por qué lo sigo intentando si no hay razón? Estoy cansada de sentir dolor. De luchar. De intentarlo. Nada ayuda. Ojalá hubiera muerto en el accidente con mi madre.

Mi padre volvió a mi lado y me abrazó de nuevo.

—No digas eso, Ella.

—Pero es la verdad.

La sala volvió a quedarse en silencio. Lo único que se oían eran mis sollozos. Unos minutos después, la doctora Parish recomendó mi ingreso en un centro. Me encontraba tan afligida que no me resistí. Cualquier cosa sería

mejor que esto.

## Capítulo 28

### Brian

Se oían unos golpes incesantes. Gemí y me di la vuelta en la cama hasta quedar tumbado bocarriba. En cuanto me limpié la baba de la cara, me arriesgué a abrir los ojos. Estaba oscuro. La oscuridad me gustaba. Ojalá pudiese hacer que ese sonido desagradable parara.

—¡Brian!

Fruncí el ceño. ¿Desde cuándo mi voz interior sonaba como la de mi asistente?

—¡Brian! ¡No me obligues a llamar a los empleados del hotel para que abran la puerta!

Parpadeé otra vez y miré a mi alrededor. Estaba solo en una habitación de hotel a oscuras en... ¿Las Vegas? Mi cerebro empezó a desperezarse y a hacer memoria. Después de que Ella me rechazara, había conducido hasta Las Vegas y me había cogido una buena borrachera. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Unas horas? ¿Un día?

—¡Brian!

Bueno, fuera el tiempo que fuese, había sido bastante como para que Scotty viniese a buscarme. Maldito era su entusiasmo.

—¡Creía que te había dicho que te tomaras unos días libres!

Me bajé de la cama con otro gemido y me acerqué a la puerta con paso

tambaleante. Cerré los ojos de inmediato ante el violento chorro de luz que invadió la habitación desde el pasillo.

—¿Por qué no pasas y me matas con un mazo? Deja de aporrear la puerta.

Abrí la puerta de par en par para que Scott entrara y volví a la cama entre gruñidos.

—Toma. —Scott me lanzó un bote de aspirinas mientras me dejaba caer sobre el colchón—. Te vendrán bien.

—Sí, me vendrán bien si las acompaño con una botella de *whisky*. No tendrás una en tu bolsa mágica, ¿verdad?

—Qué gruñón te pones cuando te emborrachas. —Scott sacó una botella de su bandolera y me la lanzó. Agua. Mierda.

Me la bebí para tomarme unos cuantos analgésicos y luego miré a Scott con el ceño fruncido.

—Soy un borracho muy adorable, muchas gracias. Solo me pongo un poco mal a la mañana siguiente.

—Dirás al cabo de dos días.

¿Dos días? Intenté pensar, pero eso solo aumentó mi dolor de cabeza.

—¿Tanto ha pasado? —Me di la vuelta en la cama y me acurruqué junto a mi bendita almohada—. ¿Qué he hecho durante dos días enteros?

—No responder al teléfono.

—No creo ni que haya salido de la *suite* desde que llegué.

—Eso seguro —respondió Scott—. De no ser así, habrías visto las noticias, y dudo que hubieses decidido vivir tu propia secuela de *Resacón en Las Vegas* si supieras lo que está pasando.

—Eso suena mal. —Me cubrí la cabeza con la manta. A lo mejor si no veía a Scott, el Asistente Maravilla, desaparecería y podría volver a dormir—. Entonces Kaylee está que trina, ¿no? ¿Ya me ha destrozado la vida? ¿Soy ya la persona más odiada de todo Estados Unidos?

Scott tiró de la manta hasta dejarla en el suelo.

—No, *tú no*. —Su voz sonó lo bastante molesta para que comprendiera lo urgente de su respuesta—. Ella.

Me incorporé tan rápido que la cabeza me dio vueltas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

No esperé a que Scott me contestara. Cogí el móvil de la mesita de noche y marqué el número de Ella.

—No funcionará —dijo Scott justo cuando la operadora me informaba de que el número marcado ya no existía.

El miedo hizo que la adrenalina me recorriera todo el cuerpo. Al instante, mi mente se activó de nuevo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no funciona el número de Ella? ¿Está bien?

—No lo sé. No he podido hablar con ella. He intentado contactar con ella por teléfono, por correo electrónico y por el chat que tienes en tu lista de contactos, y en todos lados aparece como fuera de servicio.

Si Scott no me lo explicaba todo en ese mismo momento, le iba a sacar las respuestas a la fuerza. Estaba tan enfadado por que Ella hubiese rechazado formar parte de mi vida que olvidé que la había convertido en una celebridad de la noche a la mañana. ¿Se habría descubierto su identidad? ¿La estarían acosando? ¿Había hecho algo Kaylee?

—Cuéntame qué ha pasado, Scotty. Si has venido hasta Las Vegas con tu mierda de Toyota es que pasa algo malo.

—En realidad, he venido en avión. Supuse que querrías ir directo a casa y no estaba seguro de que estuvieses en condiciones de conducir.

A juzgar por la mirada de Scott al evaluar mi aspecto desaliñado, probablemente tuviese razón.

—Buena idea.

Scott sonrió con suficiencia.

—Eso pensaba. También he usado tu tarjeta de crédito para comprar el vuelo y me he permitido el lujo de volar en primera clase.

Aunque estaba en plena situación de pánico, tuve que sonreír al oír ese comentario.

—Empiezas a pillarle el tranquillo a este trabajo.

Scott sacó su portátil y dio dos golpecitos en la mesa para que lo acompañara.

—Aprendo rápido. Coge una silla. Necesitarás estar sentado para ver esto.

\*\*\*

Llevaba diez minutos dando vueltas por la *suite* del hotel, demasiado enfurecido todavía como para hablar. Era una pesadilla.

Sabía que habría alboroto mediático por el incidente del domingo, pero di por hecho que Ella estaría a salvo. Nadie conocía su verdadera identidad. Ni siquiera yo la conocía. Pero sabía que *algo* pasaría. ¿Cómo pude marcharme sin esperar a ver cuáles serían las consecuencias?

La identidad personal de Ella no se había filtrado, pero, gracias a Kaylee, la identidad en la red sí se había difundido. Había borrado sus cuentas de Facebook y Twitter, y su dirección de correo electrónico ya no existía. El blog, no obstante, seguía ahí; era un milagro. Me habría roto el corazón ver desaparecer sus *posts* de los últimos tres años, pero la opción de enviar mensajes estaba desactivada y no había publicado nada desde el sábado.

No necesité imaginarme la clase de cosas que la gente publicó en sus redes sociales para que decidiera borrarlas, porque había un montón de páginas web donde se podían leer. ¿Una obra de caridad? ¿Una fan obsesionada? ¿Una acosadora psicópata? Y esas eran las más suaves. No quería pensar en las más desagradables.

Y encima fue mi propio maldito equipo quien había empezado los rumores. Ella debía de odiarme. De hecho, sabía que me odiaba, porque, aunque hubiera tenido que eliminar sus cuentas en redes sociales, el público desconocía su número de teléfono o su nombre de usuario en el chat. No tenía por qué deshacerse de estos, pero lo había hecho. Ahora me resultaba completamente imposible ponerme en contacto con ella.

No solo había eliminado su presencia en la red, sino que me había borrado *a mí* de su vida. Era inaceptable. Tenía que hacer algo. No podía dejar que me olvidara sin darme la oportunidad de explicarme. Necesitaba elaborar un plan, pero no lo haría con la gente a quien normalmente acudía en busca de ayuda.

Dejé de dar vueltas y me giré hacia Scott, que seguía sentado a la mesa frente al iPad, a la espera de que terminara con mi propia diatriba interior.

—Tengo un abogado, ¿verdad? Seguro que sí. Cabe la posibilidad de que tenga todo un bufete de abogados, ¿verdad?

Scott asintió.

—Candice Regan y asociados.

—Candice Regan. —Me grabé ese nombre en la memoria—. Llama a Candice Regan.

Scott tecleó algo en su iPad y luego marcó un número en mi teléfono móvil.

—Sí, tengo a Brian Oliver a la espera de hablar con Candice Regan. Entonces le sugiero que la interrumpa. No creo que el señor Oliver esté de humor como para esperar. Sí, aguardaré un momento, gracias.

Scott me tendió el teléfono justo cuando la voz animada de una mujer mayor que la anterior sonó al otro lado de la línea.

—¡Brian! Qué agradable sorpresa. Llevo siglos sin hablar directamente contigo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Todo mi equipo de gestión y representación —dije despacio, tratando de controlar la ira que hervía en mi interior—. Los quiero a todos despedidos antes de mañana, y no quiero que me demanden.

—¡Despedidos! ¡Bien! —Candice balbuceó durante un segundo y luego dijo—: Pero tienen un contrato firmado, Brian.

—Por ese motivo la llamo. ¿Está al día de lo sucedido el domingo por la tarde?

—¿La obra de caridad con la chica del beso?

Me rechinaron los dientes. No era culpa de esta mujer. No debería gritarle. Aun así, cuando hablé, soné sumamente peligroso.

—Era mentira. Todo. Ella *no* es una fan. Yo no colaboro con ninguna entidad benéfica, y ni siquiera seguía prometido con Kaylee cuando besé a Ella. Mi supuesto equipo se inventó la historia de la relación con Kaylee en una reunión en la que yo no estaba presente. Lo llevaron a cabo sin mi conocimiento ni consentimiento, en contra de las quejas de mi asistente personal, que les advirtió que nunca lo permitiría.

Candice parecía demasiado aturdida como para hablar.

—Seguramente se ha incumplido alguna cláusula.

—Estoy segura de que podremos encontrar algo, pero ¿y si no?

—Seguirán estando despedidos —dije con firmeza—. Solo que me costará más.

—Si realmente actuaron sin tu permiso, no debería de haber ningún problema.

—No he estado disponible. Acabo de enterarme de todo esto hace quince minutos.

—En ese caso, dame un par de horas para estudiar el caso y te informo de todo lo que encuentre.

—Se lo agradezco. Esperaré para darles la noticia hasta hablar con usted. Colgué y Scott sonrió.

—Eso ha debido de llenarte de satisfacción.

—No tanto como cuando los despida.

—¿Y ahora qué?

Reflexioné unos segundos.

—He estado con la misma agencia desde que empecé. Mi carrera ha crecido mucho desde entonces. Creo que me vendría bien un cambio para mejor, ¿tú qué opinas?

—Estoy totalmente de acuerdo. ¿Llamo a CAA, ICM o WME?

—A las tres. —Empecé a pasear por la habitación para mantenerme concentrado, pero mis pensamientos seguían desviándose hacia Ella—. Infórmalas de mi situación, *toda* la situación, y diles que, si me quieren, tienen hasta mañana por la mañana para proponer un plan sobre cómo lidiarían ellos con este problema. Diles que firmaré con la agencia que tenga la mejor idea. Y, ¿Scotty? —Scott alzó la mirada—. Asegúrate de que entiendan que Ella es mi mayor prioridad en este asunto, y no mi maldita carrera.

Scott asimiló la afirmación y negó con la cabeza, como si creyera que había perdido la cordura.

—Esto va a ser interesante —murmuró mientras volvía a teclear en su *tablet* otra vez—. Lo tendré todo listo para cuando salgas de la ducha.

Bajé la mirada hasta los pantalones de pijama que llevaba desde hacía, al menos, dos noches y me pasé la mano por el pelo, totalmente alborotado.

—¿Deduzco que eso es una indirecta?

—Tómalo más bien como una petición amistosa —dijo Scott sin apartar la vista de la brillante pantalla que tenía frente a él—. Apesta, jefe.

Me reí hasta que llegué al cuarto de baño.

## Capítulo 29

El centro de rehabilitación de Beverly Hills era silencioso, lujoso y sorprendentemente tranquilo. Solo había unos cuantos «huéspedes», como nos llamaban, entre los que se contaba alguien cuya música tenía guardada en mi iPod. Si no fuese por las sesiones obligatorias de terapia, pensaría que me habían enviado de vacaciones a un spa.

Tenía visitas diarias de la doctora Parish y a veces participaba en sesiones de terapia en grupo con otros pacientes. Mi dietista vino cuando me ya me había instalado y mantuvo una reunión con el jefe de cocina con respecto a mi dieta. Y mi enfermero, Cody, me visitaba cada semana.

Daniel el Delicioso trabajaba conmigo todos los días, como la doctora Parish. Aunque me hubiese magullado la cadera, no era necesario trabajar todos los días —antes hacíamos tres sesiones por semana—, pero creo que sentía lástima y quería hacerme compañía. Era así de guay. También sospechaba, no obstante, que tenía algo que ver la presencia de la preciosa estrella del pop que he mencionado antes, a quien le gustaba pasar el rato en el gimnasio, donde Daniel y yo llevábamos a cabo nuestras sesiones. Daniel negaba esa acusación, pero se ruborizaba cada vez que le decía que la miraba con demasiada atención.

Me alegraba de tener la compañía de Daniel, porque no me permitían mantener contacto con nadie del exterior, más allá de mis médicos. El propósito de pasar un tiempo en este centro, me informó la doctora Parish, era relajarme y descansar en un entorno sin estrés. No me dejaban recibir visitas porque mi familia era la mayor fuente de estrés para mí, y tampoco podía ver a mis amigos, tener teléfono, tele o conectarme a internet. Todas

esas medidas pretendían escudarme de la debacle de Brian Oliver. Aunque echaba de menos a mis amigos y me moría del aburrimiento, no podía decir que extrañara la atención mediática.

No obstante, la reclusión total en algún momento tuvo que terminar, y eso fue una semana después de haber ingresado. La doctora Parish autorizó a mi padre y a Jennifer a visitarme con la condición de que alguien supervisara nuestro tiempo juntos. La visita consistió básicamente en una sesión de terapia familiar, algo que la doctora Parish nos recomendó a mi padre y a mí que empezáramos a hacer con regularidad. Me sorprendió que mi padre accediera sin vacilar.

—Si eso es lo que necesitamos para arreglar las cosas entre nosotros, entonces por supuesto que lo haré —dijo cuando se percató de mi sorpresa—. Te quiero, Ella. Me ha encantado que volvieses a formar parte de mi vida este último año. Sé que una disculpa no es suficiente, pero lamento haberte abandonado.

—Entiendo que la gente se divorcia —susurré—, pero ni siquiera me dijiste adiós. Nunca me llamaste. Ni me visitaste. ¿Por qué me abandonaste sin más?

Se me había dado relativamente bien no llorar desde que había llegado a la clínica, pero empezaron a arderme los ojos.

Mi padre suspiró, derrotado, y luego empezó su explicación con una advertencia.

—Ojalá tuviese una buena excusa para justificar lo que hice y convertirlo en algo aceptable, pero no. La verdad no es bonita, cariño. No quiero hacerte más daño del que ya te he hecho.

Percibí la súplica silenciosa y desesperada para que dejara pasar el tema, pero necesitaba saberlo.

—No entender es lo que más daño me hace.

—Si no lo entiende, Ella no será capaz de perdonarlo, señor Coleman —dijo la doctora Parish con voz suave—. Le impide pasar página. Si no puede ser honesto con su hija, nunca será capaz de cimentar una verdadera relación con ella.

El cuerpo de mi padre pareció ceder por sí solo. Si Jennifer no hubiese estado sentada junto a él, abrazándolo con fuerza, puede que se hubiese derrumbado de desesperación.

—He cometido muchos errores en mi vida, Ella, y todos empezaron cuando conocí a tu madre. No debería haberme casado con ella.

Me tambaleé en la silla. La doctora Parish tuvo que acercarme un vaso de agua antes de poder hablar. Me temblaban tanto las manos que derramé un poco mientras bebía.

—¿Q-qué? —tartamudeé en cuanto fui capaz de pensar—. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que no la querías?

—Con el tiempo logré quererla, pero no cómo imaginas, y no creo que ella me amara a mí tampoco.

Empecé a tragar más agua y mi padre se giró hacia la doctora Parish con una expresión de miedo reflejada en su rostro.

—¿Está segura de que esto es una buena idea? ¿Está segura de que puede asimilarlo ahora? Su madre era su heroína, su mejor amiga. No será fácil para ella.

—Dímelo *ya*. —Si no se explicaba pronto, iba a volverme loca.

La doctora Parish, sin perder la calma, nos observó a ambos y luego miró a mi padre a los ojos con la seriedad típica y única de los médicos y de las madres.

—Sea lo que sea, señor Coleman, tanto usted como yo estamos aquí para ayudarla a lidiar con todo.

Mi padre tragó saliva y luego se giró hacia mí. Su cuerpo se encogió en cuanto me miró.

—Estaba en mi último año de carrera en una de las mejores universidades de abogacía del país. Era un programa competitivo y exigente. Estudiaba casi todo el tiempo que no estaba en clase. Mi vida era muy estresante. Conocer a tu madre fue como un soplo de aire fresco. Era muy divertida y exótica. Salíamos de vez en cuando, cuando encontraba el tiempo, y nos lo pasábamos genial juntos, pero las cosas nunca fueron serias entre nosotros. No estábamos enamorados. Nunca fuimos novios.

Mi padre se encogió de dolor cuando casi se me salen los ojos de las órbitas, pero continuó.

—Me impactó cuando tu madre me dijo que estaba embarazada. Lo último que quería por aquel entonces era un niño. Estaba a punto de hacer el examen final. Si lo aprobaba, tendría un trabajo muy exigente, lo sabía por las prácticas que había hecho, y absorbería gran parte de mi tiempo.

El estómago se me revolvió de repente.

—¿Le pediste que abortara?

Mi padre bajó la mirada hasta su regazo. Oí cómo tragó saliva. Al cabo de un minuto, volvió a mirarme a los ojos y susurró:

—Sí.

La sangre se me heló y tuve que recordarme a mí misma que debía respirar. No fue tarea fácil. El corazón me martilleaba en el pecho y el agua que me había bebido parecía no querer permanecer en el estómago. Nunca me había querido. Nunca.

—Tu madre era religiosa. Se negó tajantemente a interrumpir el embarazo y me pidió que me casara con ella. Le ofrecí pagar todos los gastos y ayudarla como pudiese, pero no quería casarme. Tu madre y yo no hacíamos buena pareja. Éramos demasiado diferentes. No estábamos enamorados. Pero tu madre insistió.

»Tus *abuelos* eran muy religiosos. Se llevaron las manos a la cabeza con todo el tema del bebé fuera del matrimonio y demás. Dijeron que, si no nos casábamos, repudiarían a tu madre. Ya sabes la relación tan estrecha que tenía con sus padres. Se puso histérica. Además, se habría quedado sola, y encima iba a tener un bebé. Mi bebé. Puede que yo no hubiese nacido en una familia religiosa, pero me enseñaron a responsabilizarme de mis actos.

—Y te casaste con ella.

Mi padre suspiró y asintió.

—Y me casé con ella.

Vine de penalti y provoqué una boda no deseada. Mis padres nunca se quisieron.

Mi padre atisbó la expresión que tenía en el rostro y puso una mueca.

—Fue mal desde el principio. Yo le guardaba rencor por haberme atrapado, ella me guardaba rencor a mí por sentirme así, y culpé al bebé... — Mi padre volvió a tragar saliva y se corrigió—. Te culpé *a ti* de mi infelicidad.

Cerré los ojos para contener las lágrimas, pero se escaparon y me cayeron por las mejillas.

—Me equivoqué al sentirme así, Ella. Tu madre y yo fuimos los únicos culpables de lo que pasó, no tú. Siento que haya necesitado tanto tiempo para

darme cuenta.

Mi padre y la doctora Parish me concedieron unos segundos para que recuperara la compostura. En cuanto pude hablar, pregunté algo de lo que no estaba segura de querer conocer la respuesta, pero tenía que saberlo igualmente.

—¿Alguna vez me has querido, papá? Sé que era pequeña, pero no recuerdo que las cosas fueran tan mal. Te recuerdo riendo y jugando conmigo a veces. ¿Fue todo mentira?

—Cielo, en la vida no todo es blanco o negro —respondió mi padre—. Sí que te quería, pero nunca pude olvidar el pasado, ni tu madre tampoco. Ella me echó en cara lo del aborto durante todo el tiempo que estuvimos casados. Nunca me perdonó que no quisiese tenerte, y tampoco dejó que me olvidara de ello. Siempre se enfurecía cuando tú y yo pasábamos tiempo juntos. Decía que no te merecía. Creó una brecha entre nosotros y, ante aquel escollo, me resultó más fácil alejarme. Trabajaba todo lo que podía y os dejaba a ti y a tu madre a vuestro aire. Me aparté de vosotras.

—¿Qué clase de brecha? —pregunté, completamente incapaz de imaginar a mi madre haciendo algo tan ruin.

—Te crio como si fueses *solo* chilena. Ignoró por completo el hecho de que eras mitad blanca; mitad hija *mía*. Te sumergió en una cultura que yo no entendía, te enseñó una lengua que yo desconocía. Prácticamente te crio con tus abuelos, e ignoró todas las tradiciones familiares a las que yo estaba acostumbrado. Solo visitamos a mi familia un par de veces mientras estuvimos casados. Era difícil porque ellos vivían en la costa oeste, pero tu madre tampoco hizo ningún esfuerzo por verlos. No quería que formases parte de mi familia. No te han vuelto a ver desde que tenías tres años.

—¿Tu familia? —pregunté, confundida.

Mi padre suspiró.

—Tienes abuelos, Ella, *mis* padres. Están vivos. Y un tío y una tía, y tres primos.

Ahugué un grito. Esto era nuevo para mí.

—¿*De verdad?*

Tenía sentido, por supuesto, que mi padre tuviese padres y hermanos y demás, pero no recordaba haber oído hablar de ellos en todos estos años, al menos desde que tenía uso de razón. Mi madre nunca los había mencionado.

Cuando mi padre se fue, apenas hablaba de él, excepto para echarle la culpa de algo o para maldecirlo.

—Supongo que debería haberte contado todo esto antes, pero sí. Mis padres y mi hermano pequeño, Jack, viven a las afueras de San Francisco. Nos hicieron una visita hace no mucho, cuando estabas en la clínica de rehabilitación en Boston. Cuando estés preparada, podemos ir a verlos, o ellos pueden venir a Los Ángeles. Tienen curiosidad y muchas ganas de verte; igual que yo cuando me llamaron del hospital.

Me encogí de dolor ante aquella confesión. No estaba segura de cómo debía sentirme.

—¿Tenías ganas de verme cuando te llamaron del hospital?

La incredulidad en mi voz hizo que mi padre se encorvara de hombros por la culpa.

—Sí, Ella. Eres mi hija. Puede que no hayamos tenido la mejor de las relaciones, pero te crié durante ocho años. No es algo que una persona pueda olvidar así, sin más. He pensado en ti durante todos estos años. Sabía que probablemente serías feliz, porque también sabía lo mucho que tu madre te quería, pero me preguntaba qué aspecto tendrías o cómo habrías crecido.

»Cuando fui a Boston, tenía mucha curiosidad por ver en qué clase de muchachita te habías convertido, y me aterrorizaba que no sobrevivieses y que nunca pudiese averiguarlo. Esto va a sonar fatal, pero me emocionó tener la oportunidad de poder pasar más tiempo contigo sin que tu madre estuviese por allí, envenenándote contra mí. Cuando viniste a casa, esperaba que fuese una oportunidad para poder empezar de cero.

Pero menudo comienzo.

—Todavía me gustaría que así fuera —dijo mi padre en voz baja—, si me das la oportunidad.

En ese momento, sus palabras me embistieron con fuerza. Oí la súplica en su voz y comprendí que la mala relación que tenía con mi padre era, en su mayor parte, por mi culpa. Él lo estaba intentando, pero yo no le había dado la oportunidad de poder acercarse a mí. Era extraño. Quería que me quisiera, que me conociese, pero nunca le había dejado hacerlo.

—A mí también me gustaría —admití—. Intentaré ser mejor, pero creo que me llevará algo de tiempo.

Mi padre asintió.

—Lo entiendo.

—¿Sí? —pregunté, incapaz de contener la animosidad de mi voz—. Estoy muy enfadada, papá. Y dolida. Me abandonaste. Crecí sin padre. Cuando vine aquí y vi lo feliz que eras con Jennifer, Juliette y Anastasia, eso me hizo pedazos. Te llaman «papá», mientras que yo siento que debería llamarte «señor Coleman». ¿Te haces a la idea de cómo me hace sentir eso? Quiero comenzar una relación contigo, pero odio vivir en tu casa, porque siento mucha envidia de tu familia.

La doctora Parish se levantó y me acercó la infame caja de pañuelos. Cogí uno y luego otros tres por si acaso. Estuve a punto de quedarme con la caja entera, pero entonces la doctora Parish se giró y se la tendió a mi padre y a Jennifer.

Me sorprendió ver los ojos de mi padre brillar por las lágrimas. Nunca lo había visto llorar.

—Lo siento, Ella. No puedo evitar querer a mi familia. Cuando conocí a Jennifer... —Su voz cedió y necesitó unos segundos para volver a recomponerse—. Cuando conocí a Jennifer, me enamoré por primera vez en mi vida. No supe lo que me estaba perdiendo, lo infeliz que era en realidad, hasta que Jennifer llenó el vacío de mi corazón.

Jennifer parpadeó y se le escaparon unas cuantas lágrimas mientras apretaba la mano de mi padre. Quería enfadarme con ella. Quería odiarla, odiarlos a los dos, pero cualquier idiota vería lo enamorados que estaban. ¿Cómo podía echárselo en cara? ¿Cómo podía no querer que mi padre fuese feliz? No se merecía ser infeliz para siempre, ni yo tampoco.

—Mis años en Boston eran un puñado de recuerdos llenos de dolor —dijo mi padre—. Jennifer y las niñas estaban muy felices de tenerme en sus vidas. Era una sensación tan genial que me necesitaran y me quisieran a mí, que decidí que empezar de cero con mi vida era lo mejor. Tu madre no había querido que formase parte de tu vida ni cuando estábamos casados. Así que ni de lejos dejaría que lo hiciese tras el divorcio. Sé que me equivoqué, pero después de aquello, me resultó muy fácil marcharme y dejaros a las dos en el pasado. Lo siento, Ella. Cometí un error. Cometí muchos errores. Es demasiado tarde para enmendarlos, pero quiero compensarte, así que al menos dime que eso puedo hacerlo. ¿Qué necesitas que haga?

Respiré hondo. Si íbamos a ser sinceros el uno con el otro, entonces solo

necesitaba que hiciese una cosa.

—Necesito que me dejes marchar.

Mi padre arrugó el ceño y la doctora Parish empezó a tomar notas de nuevo.

—¿Puedes explicar a qué te refieres, Ella? —preguntó la doctora.

—Me refiero a que necesito libertad. Cuando esté lista para salir de aquí, quiero que mi padre me devuelva la custodia. Soy adulta, pero no se me permite tomar mis propias decisiones. En cambio, las está tomando por mí alguien que es prácticamente un desconocido. Sé que intenta hacerlo lo mejor que puede, pero cabe la posibilidad de que lo mejor para él y su familia no sea necesariamente lo mejor para mí. Necesito personas que confíen en mí.

La doctora Parish me animó con una sonrisa a continuar, pero asintió mirando a mi padre. Ella ya sabía cómo me sentía. Quería que se lo dijera a mi padre.

Mi padre no apartó la vista cuando lo miré a los ojos. Incluso intentó imitar la misma sonrisa de ánimo que la doctora Parish, pero me percaté de lo duro que era para él. Vi su decepción.

—Intento mejorar —le dije—, pero estar con tu familia me lo impide. Siento que no puedo respirar en tu casa. Me siento como una desconocida y una intrusa. Tengo la sensación de que solo os ocasiono problemas y que no queréis que esté ahí.

—Ella, ha sido un cambio brusco, eso es evidente, pero te quiero.

—Sí —convine—. Pero ¿y Anastasia? ¿Y Jennifer?

Mi padre pareció sorprenderse cuando mencioné el nombre de Jennifer, y se giró hacia su mujer. Ella no dijo automáticamente que sí, y eso dejó a mi padre atónito.

—Lo intento —me prometió—. No es que no me gustes. Creo que eres una niña maravillosa. Pero no esperaba... Ha sido un cambio duro para mis hijas... —Alargó el brazo en busca de más pañuelos. La caja se terminaría antes de que la sesión acabase—. Lo siento, Ella. Nunca he pretendido que te sintieras excluida.

—No pasa nada —la tranquilicé—. Lo entiendo. De verdad. Sinceramente, no te culpo. Ninguno de nosotros pidió que esto sucediera. Por eso creo que lo mejor sería que me mudase. Vivian me ha dicho que puedo

quedarme con ella hasta que encuentre mi propio piso, y Juliette me ha dicho que puedo compartir habitación con ella el año que viene si me dejan irme de vuestra casa para empezar la universidad.

—Cielo...

Volví a mirar a mi padre y me esforcé por dedicarle una sonrisa de ánimo.

—Si de verdad quieres empezar a tener una relación conmigo, me parece genial. Conozcámonos. Salgamos a cenar de vez en cuando, o al cine. Hablemos. Pero, por favor, no me hagas lo que mamá te hizo a ti. No me atrapes. No me obligues a formar parte de una familia que, admitámoslo, no es mía. Si quieres que te quiera, entonces no me obligues a guardarte rencor.

Todos nos quedamos en silencio un momento, hasta la doctora Parish dejó de escribir. Luego mi padre soltó un suspiro tan grande que vi claramente su cuerpo desinflándose.

—¿Estás segura de que eso es lo que realmente necesitas? —preguntó.

No vacilé. No me hacía falta. Lo sabía.

—Sí. Es lo que necesito. También es lo que Ana necesita.

Aguanté la respiración y espiré cuando vislumbré la decisión de mi padre en sus ojos.

—Vale. Ahora, mientras estés aquí, lo importante es que te recuperes y, cuando estés preparada para salir, ya lo solucionaremos. ¿Es mucho pedir que me dejes que te ayude a pensar un plan? Me sentiría más cómodo si me dejaras, al menos, formar parte del proceso de toma de decisiones.

Se me quitó un gran peso de encima. Esta vez, cuando sonreí a mi padre, lo hice de corazón.

—Me parece un trato razonable.

## Capítulo 30

Siempre había odiado las sesiones con la doctora Parish, pero hoy tenía una sonrisa en los labios. Después de pasar un mes ingresada, me sentaría frente a la doctora Parish para mi última sesión en el centro de rehabilitación. Por la tarde me darían el alta.

—Te sienta bien sonreír, Ella —comentó la doctora Parish cuando tomé asiento.

Su comentario me hizo sonreír todavía más.

—Me siento bien.

La doctora Parish respondió con una sonrisa.

—Tienes ganas, ¿no? ¿Salir del centro no te provoca ansiedad?

Mentiría si dijese que no, así que no lo hice. Durante esas cuatro semanas había aprendido que avanzaba más con la doctora Parish cuando no me enfrentaba a ella. Sus preguntas y opiniones no eran acusaciones. Quería ayudarme, pero no podía hacerlo si yo no era completamente honesta sobre cómo me sentía.

Necesité ser franca con mi padre para aprenderlo. Tras nuestra primera sesión juntos, algo cambió entre nosotros. Aún nos quedaba un largo camino por delante y no había sido fácil, pero ambos nos esforzábamos para que las cosas funcionaran. Había cambiado nuestra relación por completo.

También había trabajado con la doctora Parish y había progresado. Mucho. Ahora era mucho más fuerte.

—Claro que estoy nerviosa por volver al mundo real. El accidente, las cicatrices, perder a mi madre y la relación inestable con mi padre siguen ahí.

Sé que enfrentarme a todo eso será más duro cuando salga, pero creo que ahora seré capaz de hacerlo. Estoy preparada para enfrentarme a ellos.

Por una vez, el bolígrafo de la doctora Parish no se movió en cuanto terminé de hablar. En lugar de ello, volvió a sonreír.

—¿Y estás segura de querer irte de casa de tu padre? No puedes huir de los problemas, Ella. Sé que lo sabes. Solo quiero asegurarme de que irte a vivir con Vivian no es un intento de escapar de una situación complicada.

Eché los hombros hacia atrás y la miré a los ojos.

—No es eso. —Confiaba en mí misma—. No escapo de nada, voy *hacia* algo. Usted dijo que necesitaba una red de apoyo. Vivian y sus padres quieren serlo. Yo quiero estar allí y a ellos les *entusiasma* que vaya. No escapo de mi padre o de su familia; nos doy el espacio que necesitamos.

La doctora Parish me miró de un modo que me hizo poner los ojos en blanco.

—Vale, quizá huyo un poco de Anastasia, pero estoy decidida a continuar las sesiones de terapia con mi padre y Juliette es una de mis mejores amigas. Seguiré siendo parte de su familia. He accedido a quedarme en Navidad y conoceré a mi familia paterna. Mis abuelos, mi tío y mis primos vendrán a Los Ángeles en vacaciones.

La cara de la doctora Parish se iluminó.

—Me parece genial. Creo que te vendrá bien. —Me observó durante unos segundos y a continuación dejó su cuaderno y se recostó en su silla—. Bueno, Ella, parece que has construido una buena red de apoyo y un plan sólido, al menos para un futuro próximo.

—Así es. Prometo que estoy lista.

—Sí, creo que lo estás. Pero hay un último tema que me gustaría comentar hoy.

Me encogí de hombros. Cuando decía eso no eran buenas noticias.

—Hablemos de Brian. —Mi corazón se detuvo—. Es un problema del que sigues huyendo.

No lo negué. Huía todo lo posible de Brian. No había hablado con él desde la FantasyCon. Cuando mi padre me trajo al centro, empezó a borrar cosas. Mi cuenta de Facebook, la de correo, el chat, mi Twitter e incluso canceló el apartado de correos de mi blog. No podía permitir que borrara

también el blog, así que lo dejó, pero eliminó todos los comentarios horribles y cambió las preferencias para que no pudieran dejar más comentarios. Hasta cambió el número de mi móvil porque le preocupaba que los chavales del instituto lo filtraran para gastarme otra broma cruel.

Juliette me contó que mi padre había ido al instituto y había hablado con todos los alumnos en una asamblea para explicarles lo que sucedería si alguien filtraba mi identidad a la prensa. Acudió con uno de sus buenos amigos del FBI para explicar cómo descubrirían quién había sido y las acciones legales que se tomarían. Sabía lo terrorífico que podía ser mi padre, el fiscal malo malísimo, y seguro que hizo que los alumnos se cagaran de miedo.

Hasta ahora, mi identidad no había sido revelada.

Adrede o no, mi padre había conseguido que Brian no tuviera forma de contactar conmigo. Aún recordaba el correo de Brian, su número de teléfono y su apodo en el chat, así que podía hablar con él en cualquier momento, pero no estaba segura de que fuera una buena idea.

—¿Has pensado en lo que harás respecto a Brian? —inquirió la doctora Parish—. ¿Te vas a poner en contacto con él?

Cuando pensaba en él, me dolía el corazón. ¿Cómo podría mantener una amistad con él?

—No creo que pueda.

—Es tu mejor amigo, Ella, y el enlace más fuerte de tu red de apoyo. Lo necesitas.

—Pero ahora que lo conozco en persona no creo que pueda recuperar la relación que teníamos antes.

—Entonces no vuelvas a ella —respondió la doctora Parish—. Deja que evolucione.

—Pero no puedo tener una relación real con él.

La doctora Parish frunció el ceño por primera vez en todo el día, pero no podía quejarme; nunca habíamos llegado tan lejos en una sesión sin que frunciera el ceño.

—*Puedes* tener una relación con él. Pero tienes miedo de ello.

—¿Tan malo es que quiera protegerme? Brian me advirtió que su mundo me haría daño y tenía razón. Estuve una hora con él y mire lo que pasó. Fui

el hazmerreír del país. La gente me odiaba tanto que Brian tuvo que mentir sobre nuestra relación para salvar su carrera. Tuvo que fingir que no era nada para él, que ni siquiera me conocía. Eso no cambiará. No quiero arruinar su carrera ni tener que escuchar a la gente decir lo fea y patética que soy durante el resto de mi vida.

La doctora Parish estiró los labios mientras pensaba. Al final suspiró.

—No, tienes razón. Sería una situación insana y estresante. Pero ¿y si no fuera así? ¿Y si tu relación con Brian fuera positiva? ¿Y si fueses buena para su imagen? ¿Lo considerarías?

Bufé, lo que hizo que la doctora Parish frunciera el ceño.

—Vale —gruñí—. *Si* por algún milagro la gente me aceptase y pudiese estar con Brian, lo perdonaría al instante y correría a sus brazos para no dejarlo escapar nunca.

—¿La fama no te importaría?

Volví a bufar.

—¿Bromea? Sería un infierno. Lo odiaría. Pero encontraría la forma de soportarlo porque Brian valdría la pena. —Y añadí—: Eso suponiendo que aún quisiera estar conmigo, lo cual probablemente ya no sea así. Vio mis cicatrices, descubrió la verdad sobre mí y fui yo quien no pudo aceptarlo por quien era. Yo hui. No puedo culparlo por dejar que sus agentes inventasen esa historia sobre mí. Es decir, fue como su compromiso con Kaylee. Yo lo rechacé, así que no tuvo una buena razón para negarse.

La doctora Parish volvió a mirarme seria.

—¿Eso crees? ¿Que no te querría porque te asustaste tras pasar por un hecho muy traumático la primera vez que os visteis? ¿Crees en serio que no entendió que te sentiste abrumada?

Honestamente, no sabía qué creer. Pero me asustaba tanto que no me sentía capaz de llamarlo. Me dio un ataque de pánico. Me pidió que le diera una oportunidad y le dije que nunca podría formar parte de su vida. Seguramente ahora me odiaba.

Empezaba a creer que la doctora Parish podía leerme la mente porque siempre veía a través de mí. Este momento no fue una excepción. Suspiró y se levantó.

—¿Te importaría acompañarme, Ella?

Me sorprendió un poco que se dirigiese a la puerta y la abriese. Solo llevábamos unos quince minutos hablando y ella *nunca* terminaba las sesiones antes de tiempo.

—¿Adónde vamos?

—Creo que deberías ver algo. Te hemos mantenida alejada de los medios de comunicación durante este mes y cuando te den el alta, ya no serás capaz de esconderte de ello. Así que lo mejor es que veas a qué te enfrentarás en cuanto salgas del centro.

Reprimí las ganas de vomitar que me habían entrado. Sabía que sería malo, pero si era tan malo como para que la doctora Parish quisiera enseñármelo antes de irme, le preocupaba que recayera.

No quería hacerlo, pero ella tenía razón. Lo mejor era quitármelo de encima ahora. La seguí por la pequeña sala de visitas donde realizábamos nuestras sesiones y caminamos por el pasillo hacia la sala de ocio. Al llegar me sorprendió verla abarrotada de gente que me importaba: mi padre, Jennifer, Juliette, Rob, Vivian, sus dos padres y el resto de mi equipo de rehabilitación.

Casi me eché a llorar. Mi padre y Jennifer venían cada semana para nuestras sesiones de terapia y habían permitido a Vivian y sus padres visitarme una vez con mi padre cuando hablamos de la posibilidad de quedarme a vivir con ellos. Pero excepto aquello, no había visto a los demás desde hacía un mes.

Perpleja, miré a la doctora Parish y su ceño fruncido se alisó hasta convertirse en una sonrisa.

—Son tu red de apoyo, Ella. Han querido estar aquí para ti.

Genial. Esto iba a ser peor de lo que pensaba. Dejé la ansiedad a un lado porque, si me rompía antes de ver nada, probablemente la doctora Parish me mandaría de vuelta a mi habitación y me dejaría aquí unas cuantas semanas más.

Entramos en la sala y Juliette fue la primera que me vio. Se abalanzó sobre mí como una gata loca, chillando, llorando, riéndose y gritando hasta que Cody la apartó de mí porque podía hacerme daño.

En primer lugar, hubo una ronda de abrazos y nos pusimos al día. Lloramos, hablamos y reímos. Daniel intentó que hiciera algunos estiramientos, pero le respondí que se los metiese por un sitio inapropiado

hasta nuestra próxima sesión de rehabilitación y, a continuación, tomamos asiento frente a la tele y la doctora abrió el menú para reproducir un vídeo.

Cuando me senté en el sofá, sentí la anticipación de todo el mundo, pero no era como la mía. Había una sensación de entusiasmo que no entendía.

—¿Qué pasa? —pregunté, incapaz de hacer desaparecer los nervios de mi estómago, convertidos en mariposas—. ¿Qué tipo de vídeo es?

Juliette me dedicó una sonrisa misteriosa mientras se sentaba a mi lado.

—Ya verás.

Vivian ganó a Rob para llegar a mi otro lado, pero subió los pies para que Rob se sentase en el suelo con la espalda apoyada en el sofá. Se sentó junto a mis piernas y puso su brazo en mi regazo mientras Vivian y Juliette apoyaron la cabeza en mis hombros.

Sonreí ante la necesidad de que mis tres mejores amigos me tocaran. Los aliviaba tenerme con ellos de nuevo tanto como a mí. Después de todo lo sucedido, los cuatro teníamos un vínculo especial. Éramos todo lo cercanos que podían ser los amigos y sabía que sería así el resto de nuestras vidas. Parecía un milagro que hubiese recuperado a mi padre y era una suerte tener dos amigos increíbles, además de la mejor hermanastra que pudiese desear.

Mi buen humor se esfumó cuando la doctora Parish puso un episodio grabado de un programa de entrevistas en horario de máxima audiencia presentado por Kenneth Long. El rótulo decía: «Nuestro invitado especial de hoy es Brian Oliver». En cuanto vi su nombre, el corazón empezó a martillearme y mi respiración se transformó en jadeos.

La doctora Parish me sonrió una última vez antes de darle al botón de reproducir. La preciosa cara de Brian apareció de inmediato en la pantalla. Era la primera vez que lo veía desde la FantasyCon y sentí mucho más de lo que esperaba. Mi corazón latía de añoranza.

Creo que empecé a temblar o algo parecido, porque Vivian me apretó el brazo y pronunció un «No pasa nada», a lo que Juliette añadió un «Confía en nosotros». Incluso Rob me apretó la pierna y me sonrió, pidiéndome a su manera, en silencio, que me dejara llevar.

Tomé una gran bocanada de aire al tiempo que observaba a Brian entrar en el escenario y estrechar la mano de Kenneth Long. Tras esperar a que los gritos del público terminasen, hablaron de forma distendida de la próxima película de Brian, *El príncipe druida*.

Ver la entrevista me rompió el corazón. No entendía por qué todo el mundo estaba empeñado en que pasase por esta tortura hasta que la conversación se centró en mí.

«He oído que pediste el papel de Cinder en cuanto se anunció la película», le comentó Kenneth a Brian.

Brian no era humilde, así que alzó el mentón y sacó pecho.

«Por supuesto. Nací para interpretar el papel. Cinder. Es uno de mis personajes favoritos».

«Entonces, ¿es cierto que eres el mayor fan del libro?».

La atención de Brian se desvaneció un momento. Su sonrisa se tornó triste y distante.

«Creo que solo hay otra persona en el mundo que adore este libro más que yo».

Por la reacción de Kenneth, supe que le habían dicho que no se hablara de mí. Pero ya que Brian había abierto la veda, tenía vía libre.

«¿Te refieres a la fan con la que quedaste en la FantasyCon? ¿A la que le habían concedido el deseo de besar a Brian Oliver?».

Se me secó la garganta, pero Rob volvió a apretarme la pierna en señal de consuelo.

Brian reaccionó y se obligó a sonreír.

«Exacto. De hecho, si te parece bien, me gustaría hablar de ella un momento. ¿Te parece bien si explico la verdad?».

Era evidente que Brian se había saltado el guion. Un sorprendido Kenneth Long se trabó al responder.

«Eh... ¡c-claro! Creo que los espectadores querrán saber lo que pasó de verdad. Tenemos mucha curiosidad después de haber visto el beso, tu ruptura con Kaylee y el cambio repentino de tu equipo. Ha sido todo un escándalo, Brian, incluso para tratarse de ti».

Por mucho que no quisiera, mi corazón me hizo hablar ante todas esas noticias.

—¿Ruptura? ¿Qué ruptura? ¿Ya no está con Kaylee?

Tanto Vivian como Juliette me callaron y señalaron la tele.

—¡Mira!

En la pantalla Brian sacó su querido teléfono y se lo entregó a Kenneth.

Kenneth lo alzó.

«¿Podemos hacer que aparezca en pantalla?».

Un técnico cogió el teléfono y al cabo de unos segundos, la foto que nos hicimos Brian y yo en el restaurante apareció en la gran pantalla. El público murmuró embobado por la foto tan adorable y me sonrojé igual que aquel día.

«Es preciosa», dijo Kenneth.

Brian asintió y miró mi cara en la pantalla que había tras él.

«Increíblemente preciosa». Su voz se mezcló con una especie de gruñido al proseguir. «*No es una fan que conocí en una organización benéfica. Se llama Ella y es mi mejor amiga*».

## Capítulo 31

Fue como si el tiempo se hubiese detenido. O, al menos, eso hizo mi corazón. Brian acababa de anunciar al mundo que era su mejor amiga. Había admitido la verdad. Una parte, al menos. Me quedé alucinada y, al instante, sentí esperanza. ¿Podría ser esa la motivación de las preguntas de la doctora Parish acerca de Brian? ¿Aquello que había dicho sobre que tal vez yo podría ayudar a su reputación y no perjudicarla?

Todos me miraban, pero fui incapaz de apartar los ojos de la pantalla. Era evidente que la confesión de Brian era algo nuevo, porque el público ahogó un grito y Kenneth no supo qué decir.

Brian explicó la historia enérgicamente.

«Conocí a Ella a través de su blog hace tres años, después de encontrar una entrada que había escrito sobre mi serie de libros favorita». La sonrisa al público fue devastadora. «Puede que hayáis oído hablar de ella, es *Las crónicas de Cinder*. de L. P. Morgan».

La gente comenzó a vitorear y, cuando el volumen disminuyó, Brian continuó hablando.

«Tenía una teoría loca sobre que el príncipe Cinder debería haber acabado con Ellamara en lugar de con la princesa Ratana, cosa que, por supuesto, *tuve* que debatir. Escribí un comentario amable y educado sobre lo disparatada que era su teoría».

Brian rio, pero yo bufé.

—¿*Amable y educada*? ¡Me llamó romanticona inocente, feminista y tozuda!

Los ocupantes de la sala se echaron a reír e incluso yo tuve que hacer lo mismo porque una sonrisa burlona se instaló en la cara de Brian. No cabía duda de que se acordaba de lo mismo que yo.

«Cuando me respondió, no fue amor a primera vista, sino amor a primera discusión», continuó, lo que hizo que el público ahogara otro grito.

Mi sorpresa fue mayúscula y todos volvieron a reír. Apenas había recuperado mi color habitual cuando volví a ponerme como un tomate.

«¡Amor!», exclamó Kenneth.

Brian volvió a reír y asintió.

«Lo fue para mí. Empezamos a mandarnos mensajes y enseguida se convirtió en mi mejor amiga, aunque nunca nos habíamos visto en persona. Lo sabía todo de mí, excepto mi verdadera identidad».

Kenneth se reclinó tanto sobre la mesa que temí que se cayera de la silla.

«O sea, ¿conocías a esta chica desde hace tres años y nunca os habíais visto?», inquirió, incrédulo. «¿Ella no tenía ni idea de que eras un actor famoso?».

Brian sacudió la cabeza.

«Solo conocíamos nuestros nombres de usuario». Volvió a sonreír para sí mismo. «Cinder y Ella».

El público se mostró tan encandilado que quise morir para evitar la vergüenza.

«Ella, que es una gran fan de los libros, vino a la charla de *El príncipe druida* de la FantasyCon. Hubo un encuentro privado. Ni ella ni yo sabíamos que el otro estaría allí. Cuando nos vimos, ella creía que hablaba con Brian Oliver y yo pensé que era una fan más. Pero cuando empezamos a hablar del libro, volvimos a caer en nuestra discusión de siempre». Negó con la cabeza y estalló en carcajadas. «Solo hablamos durante un minuto, pero con eso me bastó. Rompí con Kaylee justo después del encuentro porque no quería hacerle daño, y siento haberle hecho daño, pero no tuve elección. No podía seguir con ella cuando estaba enamorado de otra persona».

La sonrisa de Brian desapareció y la reemplazó una rabia apenas oculta.

«Fui yo quien le pidió a Ella que quedáramos para cenar esa noche. Yo la besé porque no pude evitarlo. Llevaba años enamorado de ella. Estaba intentando convencerla de que saliera conmigo cuando las cámaras nos

interrumpieron. Kaylee mintió sobre que seguíamos juntos porque estaba enfadada conmigo. Quería hacerle daño a Ella. Despedí a todo mi equipo por el comunicado que emitieron sobre Ella en el que explicaban que era una fan a la que habían concedido un deseo. Todo era mentira y lo hicieron público sin mi permiso».

Hubo otra ronda de exclamaciones de sorpresa por parte del público e incluso varios murmullos de rabia. Kenneth Long se quedó con la boca abierta. Sabía cómo se sentían. Estaba tan sorprendida como ellos.

—¿Lo hicieron a sus espaldas? —Parecía imposible—. Creía que había sido él quien había permitido que lo hicieran. He estado muy dolida todo este tiempo. —No podía creerlo—. ¡He sido tan estúpida! Si hubiera hablado con él y hubiese dejado que se explicase...

—Ella, era imposible —exclamó Vivian—. Te fuiste a la cama después de las noticias y al día siguiente viniste aquí.

Llevaba razón, pero aun así me sentía fatal.

—Necesito llamarlo. Hoy me dan el alta, eso significa que ya puedo usar el móvil, ¿no? Necesito hablar con él.

—¡Espera! —dijo Juliette—. Primero termina de ver el resto.

«La echo muchísimo de menos», comentó Brian. «Entre Kaylee y mi antiguo equipo, consiguieron que Ella se convirtiera en una broma. La gente ha sido muy cruel con ella. Le han dicho cosas horribles. Hay páginas web enteras dedicadas a fomentar el odio hacia ella y ha habido amenazas de muerte».

—¡Amenazas de muerte! —exclamé.

—Tranquila, Ella —me calmó mi padre—. Fueron injustificadas, era gente con ganas de bronca. No se ha revelado tu identidad.

«El blog de Ella era importante para ella y se lo arrebataron. No ha publicado en él desde el comunicado. Ha cambiado de número de teléfono, de correo y de cuenta de chat. Ha cerrado sus perfiles de Facebook y Twitter. Ha tenido que desaparecer». Brian se pasó una mano por el pelo y se movió en su asiento. «La he vuelto a perder», murmuró.

Todo el público se quedó en silencio.

«¿A qué te refieres con que la has vuelto a perder?».

Brian fue incapaz de quedarse quieto y estiró la mano para coger la

famosa taza que dan a los invitados en esos programas. Por cómo bebió, me pregunté si el contenido era *whisky*.

«Hace poco más de un año, Ella sufrió un terrible accidente de coche», explicó Brian. «De hecho, yo me estaba escribiendo con ella justo en aquel momento, y no, no era la persona que conducía. Nunca conduzcáis y mandéis mensajes por el móvil a la vez. Estábamos hablando y, de repente, desapareció. Al principio pensé que se había quedado sin batería, pero no volvió a ponerse en contacto conmigo. Simplemente desapareció».

Mi pecho se contrajo al observar a Brian perderse en su memoria y temblar. Cuando volvió a hablar, su voz era suave, pero no importó, porque el público estaba en silencio. Estaban completamente absortos en la historia.

«Nunca supe lo que le pasó. Pensé que había muerto».

El público murmuró al oír esa revelación y Kenneth por fin retomó la conversación.

«¿Eso *pensaste*? ¿Nunca averiguaste qué había sucedido?».

Brian sacudió la cabeza.

«No tenía ni idea de quién era. No conocía su verdadero nombre. No hallé el modo de encontrarla. Pasaron casi diez meses hasta que descubrí lo de su accidente. Ella había estado en coma y pasó más de ocho meses ingresada en el hospital, recuperándose de sus heridas».

Brian esperó a que los murmullos de la gente terminaran para proseguir.

«Cuando me escribió su primer correo, fue como si hubiese regresado de entre los muertos. Me quedé totalmente alucinado. Debería haber roto con Kaylee entonces. Sabía que Kaylee nunca me importaría tanto como Ella, pero no estaba seguro de qué sentía por mí. Nunca habíamos hablado de vernos en persona».

»Además, estaba el problema de mi identidad. No sabía cómo sacar el tema después de que hubiese pasado por una tragedia tan horrible. Perdió a su madre en ese accidente y tiene daños permanentes y cicatrices. No estaba seguro de que quisiera tener una relación con alguien, sobre todo una relación tan complicada como con un actor famoso. Pero cuando nos encontramos aquel día en la FantasyCon...

Brian cerró la mano en un puño y se golpeó el pecho como si le hubiesen disparado al corazón. El público se quedó embobado al ver ese gesto. Yo me quedé embobada al ver ese gesto.

«Ahora para mí solo hay dos tipos de mujer: Ella y todas las demás. Nunca podré conformarme con alguien que no sea ella, y ahora la he vuelto a perder».

El público murmuró otra vez y Kenneth preguntó lo obvio:

«¿A qué te refieres? ¿Por qué la has vuelto a *perder*?».

Brian cogió la taza otra vez. Esa cosa estúpida ya debía de estar vacía. Bebió de la bebida misteriosa y susurró:

«Ella cree que lo hice yo». Se aclaró la garganta y continuó: «¿Y por qué no iba a creerlo? Fue *mi equipo* el que mintió y se inventó que era una fan que había ganado un beso conmigo. *Mi equipo* dijo que trabajaba con una organización benéfica. *Mi prometida* lo confirmó y dijo que aún seguíamos juntos. Arruiné la vida de Ella y cree que lo hice para salvar mi reputación».

Mi pecho cedió. Esa posibilidad se me había pasado por la cabeza, pero tras oírlo de su boca, comprendí lo absurdo que era. Qué idiota había sido por pensarlo siquiera.

—¡Tengo que llamarlo!

—¡Chist! —me chistaron todos.

«¿No podrías llamarla y explicárselo?», inquirió Kenneth.

Brian suspiró.

«Me sentí fatal porque Ella me rechazó. Apagué el móvil y me fui a Las Vegas porque necesitaba despejarme. Tardé dos días en enterarme de lo que había sucedido y, entonces, ya era demasiado tarde. Había desaparecido».

Kenneth pensó en ello al tiempo que Brian cogió la taza otra vez. En esta ocasión, al llevársela a los labios, vio que estaba vacía. La puso boca abajo y la agitó como si eso fuese a rellenarla de café, agua o lo que contuviera. Al dejarla sobre la mesa, Kenneth pidió que trajeran otra.

Mientras Brian bebía de su segunda taza, Kenneth volvió al tema.

«¿Podemos rebobinar...?», pidió. «A la parte en que Ella te *rechazó*».

Mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que me pregunté si los que estaban en la sala lo oían.

—No pasa nada, Ella —susurró Vivian—. Te lo prometo.

«Mi fama no era un problema para ella», explicó Brian. «Ella tenía miedo de que la gente no la aceptara por su discapacidad y sus cicatrices. La gente se había portado tan mal con ella desde el accidente que no cree seguir

siendo preciosa. No se da cuenta de que sus cicatrices la hacen aún más guapa para mí. Muestran su fuerza».

»Ha pasado por mucho, sobrevivido a muchas cosas, perdido también mucho, y cuando le pedí que quedásemos, se preocupó *por mí*. Pensaba que la gente no la aceptaría, pero en serio, es al revés. No la merezco. Es la mujer más increíble y fuerte que conozco.

La mano de Rob encontró la mía y la apretó.

—Estoy de acuerdo —murmuró.

—Y yo —susurró Vivian.

Juliette asintió y me sonrió con los ojos llorosos.

Se me cerró la garganta y no estaba segura de si fue por Brian, mis amigos o ambos. Alguien me dio un pañuelo desde atrás. Jennifer. Mi padre y ella permanecían en pie tras el sofá, abrazados. Ambos me miraron con los ojos humedecidos.

«Guau», dijo Kenneth un momento después. «No bromeabas. Es amor con A mayúscula».

Brian se retorció como si intentara contenerse para no levantarse y empezar a caminar por el plató. Se sentó en el borde del sofá y negó con la cabeza.

«Es más que amor, Kenneth. Creo que es mi alma gemela».

Me alegró que su comentario enloqueciese al público, porque sus chillidos y vítores camuflaron mi propio grito.

«La *necesito*», prosiguió Brian, «pero no la encuentro. Aún no sé su apellido. No sé dónde vive. Nos interrumpieron antes de que llegásemos a todo eso».

Vivian me empujó con el codo y dijo:

—Claro, porque os saltasteis las presentaciones y fuisteis directamente al lío.

—¡Vivian! —chillé, y todos se echaron a reír.

—No te culpamos —añadió Juliette con un suspiro adorable.

Al volver a mirar la pantalla, vi que Brian volvía a pasarse las manos por el pelo. El chico parecía un manojo de nervios.

«Se ha marchado de mi vida y no puedo aceptarlo. Su lugar está junto a mí».

Brian dejó de mirar a Kenneth y fijó sus ojos directamente en la cámara. Reconocí la pasión que destilaba. Estaba igual que en el palacio de congresos, cuando me rogó que le diese una oportunidad.

«Ella, estés donde estés, si me estás oyendo, te quiero. Eres mi mundo. Siempre has dicho que creías que Cinder era un cobarde por hacer lo que la gente esperaba de él en lugar de seguir su corazón. Bueno, yo no soy un cobarde. Este príncipe Cinder elige a su Ellamara. Te elijo a *ti*, Ella, y no pienso dejar que tú seas una cobarde. No voy a dejar que la fama te asuste. ¡Somos *Cinder y Ella*, señorita! ¡Se supone que tendremos nuestro final de cuento de hadas!».

El público estalló en vítores.

Mientras mi mente iba a mil por hora y mi corazón latía desenfrenado, Brian sacó algo del bolsillo interior de su americana. No podía creer que tuviera los guantes blancos largos que me había quitado aquel día. Ni siquiera era consciente de haberlos dejado allí.

«No son zapatos de cristal», dijo Brian, balanceándolos, «pero si tengo que hacérselos probar a todas las chicas de Los Ángeles para encontrar a mi princesa, lo haré».

La multitud se volvió tan loca que tardaron mucho en hacerlos callar. Incluso Kenneth tuvo que levantarse y silbar fuerte. En cuanto hubo bastante silencio, estalló en carcajadas antes de volver a mostrarse serio.

«Creo que tienes al primer grupo de candidatas voluntarias aquí mismo», bromeó, y señaló al público, lo que hizo que las mujeres volvieran a chillar. «¿Las pongo en fila?».

Brian sonrió y sacudió la cabeza.

«Espero que no haya que llegar a eso. Tengo un plan».

Kenneth se frotó las manos.

«Suena interesante».

Brian tomó aire. Yo hice lo mismo y contuve la respiración mientras esperaba oír el plan que Brian intentaría llevar a cabo por mí.

«Aún necesito una acompañante para el preestreno de *El príncipe druida*», dijo, y se detuvo para que las fans se desahogaran chillando. «Quiero ir con Ella. Es nuestra película, nuestra historia. Quise el papel tanto por mí como por ella. *El príncipe druida* es la razón por la que nos conocimos. Sería horrible ir a verla con alguien que no fuese ella».

Brian volvió a mostrarse inquieto, pero esta vez se debía al entusiasmo y no al estrés.

«Aunque Ella no quiera venir, necesito encontrarla, así que aceptaré como acompañante a cualquiera que me diga cómo ponerme en contacto con ella».

«¿Cómo puedes hacer eso?», preguntó Kenneth por encima de los murmullos del público. «Habrá un millón de personas que afirmen conocerla».

Brian sacudió la cabeza.

«Aquella noche, Ella dejó algo más en la cafetería. Algo muy importante para ambos. Algo que le di. Estoy seguro de que quien sepa de qué regalo se trata sabrá cómo ponerse en contacto con Ella. Incluso si Ella no quiere venir, aunque no quiera saber nada más de mí, quiero devolverle el regalo».

—Mi libro —susurré. La primera edición firmada de *El príncipe druida*—. No puedo creer que me lo dejase allí.

—¿Sabía que era un libro! —gritó Juliette—. ¿Cuáles son los dos detalles? ¡Muero por saberlo!

—¿Detalles? —pregunté confusa.

Vivian chistó.

—Calla, Juliette. Nos lo dirá en un momento. Deja que lo vea.

Brian sacó algo más del bolsillo y se lo mostró a la cámara.

«Es una entrada para acudir conmigo al preestreno de *El príncipe druida*. La dejaré en la recepción de la oficina principal del estudio para la primera persona que sepa decirme exactamente qué objeto dejó Ella la noche que nos conocimos. Tendréis que ser concretos, saber dos detalles muy importantes para conseguir esta entrada».

Volvió a mirar a cámara y, antes de que hablase, supe que esa mirada iba dirigida a mí.

«O puedes dejar de ser tozuda y llamarme, señorita. Mi correo, mi usuario del chat y mi número de teléfono son los mismos de siempre». Curvó una comisura de la boca y me dedicó una irresistible sonrisa. «Perdóname, Ellumara, oh, sabia y mística sacerdotisa del reino, y deja que te dé el final que siempre has deseado».

El público volvió a descontrolarse y dieron paso a los anuncios. Eso

debió de ser el final de la entrevista o, al menos, de la parte interesante, porque la doctora Parish apagó la televisión y todo acabó.

La sala se quedó en silencio mientras todos esperaban a que reaccionase, pero no pude hacerlo. Necesitaba tiempo para convencerme de que no era un sueño. No había mentido. Había dicho que mis cicatrices me hacían más guapa. ¡Me había llamado su alma gemela!

Mi corazón estaba a punto de estallar.

—¡Vas a ir al preestreno! —ordenó Juliette, pensando erróneamente que mi silencio era vacilación.

Antes de que pudiese responder, todos me animaron. Incluso la doctora Parish asintió. Señaló la televisión, ahora apagada, donde Brian había confesado su amor por mí públicamente.

—Ese hombre te cuidará y te querrá. Hará más por tu autoestima de lo que yo podría hacer nunca. —Suspiró, algo raro en ella, y continuó—: Además, es demasiado guapo como para que lo rechaces.

Me sorprendí. Eso fue lo menos profesional que la doctora Parish me había dicho en todo este tiempo.

—¡Ja! —chilló de repente y me señaló—. ¡Una sonrisa! ¡Por fin la he hecho sonreír!

Los demás miembros de mi equipo de rehabilitación se echaron a reír.

—No sé si eso cuenta —se burló Daniel—. Creo que pensar en Brian Oliver la ha hecho sonreír, no tú.

Ahora ya no sonreía, me había sonrojado.

—Irás, ¿verdad? —preguntó Vivian.

Claro que iría. Me aterraba compartir su fama, pero tenía razón; escapar de ello me convertiría en una cobarde. Después de lo que había hecho en ese programa delante de todo el mundo, y por las muchas veces que había llamado cobarde a Cinder, tenía que salir con Brian, aunque fuera porque si no, no me dejaría en paz. Nunca me dejaría salirme con la mía en otra discusión, y eso no iba a pasar.

—¿Cuándo se emitió? Es casi Navidad. ¿Me lo he perdido?

—Lo emitieron hace dos semanas. El preestreno es dentro de tres días.

—¿Dos semanas? —pregunté horrorizada—. ¿Lo dijo hace dos semanas y cree que lo he ignorado todo este tiempo? ¡Debe de odiarme!

Juliette puso los ojos en blanco.

—Ese hombre jamás te odiaría y lo sabes. Toma. —Me devolvió el teléfono. El número de Brian ya estaba en la pantalla.

Cuando se dispuso a apretar el botón para llamar, chillé y se lo arrebaté de las manos.

—¡No, no lo hagas!

Todos se sorprendieron. Juliette y Vivian intercambiaron una mirada y la expresión de Juliette mostró desesperación.

—¡Pero Ella, *tienes* que ir con él!

—Oh, claro que voy a ir —me reí—. Pero será mucho más divertido *sorprenderlo* en el preestreno, ¿no crees?

—Qué cruel —comentó Rob.

—No es cruel, es dramático. Brian es actor. Vive para el drama.

—Es más romántico —convino Juliette—. ¿Entonces cuáles son las dos cosas?

—Era una primera edición en tapa dura de *El príncipe druida* y estaba firmada por el autor.

—Oh, qué bonito —sonrió Juliette—. Friki pero bonito. Y perfecto. Podemos mandar a papá a recoger la entrada mañana mientras nosotras vamos a comprar el vestido.

Stefan gritó horrorizado.

—¿*Comprar* un vestido? ¡Ellamara, ni se te ocurra!

—¡Oh, oh, claro! —Vivian saltó del sofá y empezó a dar saltitos—. ¡Deja que mis padres te hagan el vestido!

Si pudiese moverme sin dificultad, habría bailado con Vivian al pensar que tendría otro vestido confeccionado por sus padres. Me encantaba mi disfraz de Ellamara, pero me entusiasmó pensar en lo que diseñarían expresamente para *mí*.

Miré a Stefan y a Glen con esperanza.

—¿Tendríais tiempo?

Stefan y Glen parecieron ofendidos por la pregunta, pero antes de que contestasen, Jennifer dijo:

—No necesitan tiempo. —Al tener la atención de todos, me sonrió y prosiguió—: Ya tienes el vestido perfecto.

Solo podía referirse a un vestido, pero me costaba creer que hablase del vestido de mi madre.

—Te queda genial —dijo, consciente de que yo sabía a lo que se refería—. Y en una noche tan importante como esa, ¿qué sería más apropiado que llevar algo que perteneciera a tu madre?

No me sorprendí cuando Juliette y mi padre asintieron en señal de aprobación, pero no entendí por qué Jennifer lo había sugerido.

—¿Eres *tú* la que quiere que lleve el vestido de mi madre? ¿Frente a cientos de personas y cámaras? —ponderé—. Es... revelador, ¿recuerdas? La gente vería mis cicatrices.

La sonrisa de Jennifer se transformó en otra de dolor.

—Ella, nunca me has avergonzado. Siento que malinterpretaras mi preocupación. Siempre me han preocupado tus sentimientos. Sé lo cruel que es la gente. Soy modelo. He ido a cientos de *castings* donde han criticado mis imperfecciones: mis mulsos y el trasero no eran lo bastante firmes, mi nariz era demasiado grande, mis pechos demasiado pequeños, mis ojos estaban demasiado separados, necesitaba perder unos cuantos kilos... Siempre había algo.

El mundo era verdaderamente injusto si Jennifer no era lo bastante buena para él. Era la mujer más hermosa que había visto. No podía imaginar que la gente la criticase por cómo era. Yo no veía ni una sola imperfección.

—Cuando empecé mi carrera, me costaba mucho no tomarme en serio los comentarios. Me obsesionaba lo que decían de mí. Me deprimí. Y por todo eso, desarrollé un trastorno alimenticio. Me destruí porque me sentía insegura por mi aspecto.

Se le humedecieron los ojos.

—No quería que te sintieras así. No quería que la gente fuera cruel contigo. Estabas pasando por mucho, habías perdido a tu madre y tenías que adaptarte a una nueva familia. No quería que te doliese que la gente te observase o que dijese cosas malintencionadas. Intentaba protegerte. Siento haberte hecho daño.

—No pasa nada. —La volví a mirar y me pregunté si ahora sería muy distinta a cuando empezó a hacer de modelo. Evidentemente, el comentario de «poco pecho» la había llevado a conseguir el pecho perfecto y nada natural que tenía, pero me pregunté cuánto había cambiado. Creía que no

mucho.

—Aún trabajas de modelo —dije—, pero ahora estás segura de ti misma.

—A veces la gente todavía me critica, pero no necesito escucharlos. — Jennifer sonrió a mi padre con más amor y sinceridad que había visto nunca en una persona—. Tu padre me hace sentir preciosa, y con eso basta. —Se volvió para sonreírme—. Quizá Brian Oliver sea quien consiga eso en ti.

Lo que Jennifer dijo tenía sentido. Recordé la noche en que Brian y yo nos conocimos, cómo me dejó sin aire al besarme los nudillos llenos de cicatrices. Entonces me dijo que era preciosa y lo creí.

—Si te hace sonreír así —dijo Rob de repente—, entonces te merece.

No me había dado cuenta de que estaba sonriendo, pero mis mejillas se ruborizaron ante la mirada de todos.

—Bueno, vale —añadió Vivian—. Ya que no puedo ayudar con el vestido, al menos deja que te peine.

—Y yo te llevaré a hacerte la manicura —se ofreció Juliette—. Si no te sientes cómoda yendo a un salón de belleza, te la haré yo misma. Los pintañas se me dan bastante bien.

## Capítulo 32

Me temblaba todo el cuerpo mientras me miraba en el espejo de cuerpo entero de mi habitación. Los nervios no me habían dado ni un momento de tregua en los últimos tres días. A veces me sentía tan emocionada que creía que la espera me mataría y, en otros momentos, pensaba que lo haría el miedo a lo que estaba por llegar.

En estos últimos días no había visto mucho las noticias. La ciudad de Los Ángeles se moría de expectación por el preestreno de esa noche. Todos especulaban sobre si la Ella del príncipe Cinder aparecería o no. Reporteros de canales locales, presentadores de programas de televisión, locutores de radio... todo el mundo.

Lo más extraño era que sonaban emocionados. Todos querían que apareciese. La entrevista de Brian había sido un golpe maestro. Nos había convertido a los dos en los personajes de un cuento de hadas moderno, en los protagonistas de un romance sin igual. De la noche a la mañana, había pasado de ser la mujer más odiada de Estados Unidos a la última sensación nacional. Ya no era la acosadora loca y obsesionada, sino una superviviente guapa, lista, divertida y fuerte. Ahora el público me adoraba.

Por supuesto, también había sido una actuación magistral por parte de Brian, porque le garantizaba lo que él quería. Si no me presentaba en el preestreno, el país entero me odiaría otra vez, solo que un millón de veces más que antes. Los estadounidenses eran muy caprichosos. Y entusiastas. Frente al cine Westwood, donde tendría lugar el preestreno, se había reunido tantísima gente que la policía había cerrado el tráfico en dos manzanas enteras. Toda esa gente me esperaba *a mí*.

—Creo que voy a vomitar.

—¿Y echar a perder el pintalabios que te he puesto?

—preguntó Vivian desde mi cama, donde estaba despatarrada ojeando una revista—. Si haces eso, te mataré.

Juliette sonrió con suficiencia mientras me hundía en el pelo el adorno de plata y perlas que mi padre me había regalado.

—De todos modos, en cuanto Brian te vea, él mismo se encargará de echar a perder el pintalabios.

Vivian bufó y yo me ruboricé. Era la vigésima vez ese día, más o menos. Uno pensaría que, tras los centenares de comentarios graciosos que se habían dicho de mí esos últimos tres días, ya me habría acostumbrado, pero no. Cualquier referencia a Brian me daba la misma vergüenza que a un niño de primaria.

Vivian sonrió a Juliette a través del espejo con un brillo pícaro en los ojos.

—Brian puede echar a perder el pintalabios. Ella no. —Me miró otra vez a los ojos y luego frunció el ceño—. Te odio con toda mi alma por estar tan guapa con ese tono de rojo. Mataría por tener tu piel bronceada.

Me miré los labios. El rojo intenso con el que me había pintado contrastaba muchísimo con mi piel acaramelada y quedaba aún mejor con el amarillo chillón del vestido. Si le añadías al conjunto lo mucho que resaltaban mis ojos azules, tenía una apariencia un tanto exótica. Misteriosa. Perfecta para una mística sacerdotisa.

El pelo suavizaba un poco la imagen. Juliette decidió dejármelo suelto y darle un pequeño «empujón» a mis rizos naturales. Aquel «empujón» resultó ser un montón de productos para el cabello. Los rizos marrón chocolate me caían sobre los hombros y sobre la espalda desnuda, a excepción de un pequeño mechón que estaba recogido delicadamente gracias al adorno.

El adorno era precioso y combinaba de forma muy elegante con el collar de perlas de mi madre. Mi padre me había sorprendido con el regalo esa mañana diciendo que también quería estar conmigo por la noche, aunque fuera en espíritu, como mi madre. Lloré como un bebé y tanto a Juliette como a Vivian casi les da algo al ver lo hinchados que tenía los ojos. Parecía más bien el día de mi boda, y no una simple primera cita.

Bueno, era una primera cita muy a lo grande.

—¿Sabes? —dijo Vivian, pensativa, mientras me escrutaba—. Lo más extraño de todo esto es lo bien que le va mi bastón de chuches al modelito.

Sonreí.

—Te dije que quedaría bien.

Cuando accedí a ir al preestreno, lo primero que Vivian hizo fue exigir ver mi vestido. Se ofreció a customizar el bastón y decorarlo de amarillo, pero no la dejé. Me gustaba la personalidad que los colorines le añadían al vestido. A mi madre le habría encantado.

—¡Chicas! —vociferó mi padre desde el otro lado de la casa—. ¡Ha llegado el coche!

Un terror genuino se apoderó de mis rodillas en ese instante. También se me cortó la respiración.

—Lo harás bien —dijo Vivian—. Es Cinder. Vas a ver una peli con tu mejor amigo. Eso es todo.

—Sí. —Juliette soltó una risita y me giró la cabeza para que obsevara al enorme póster de Brian sin camiseta que había colgado tras la puerta de mi dormitorio—. Y Cinder tiene *ese* aspecto y quiere ser el padre de tus hijos.

—No ayudas —dije, y tomé aire.

Anastasia apareció en el umbral y suspiró.

—Brian Oliver está muy desaprovechado contigo.

Tanto Juliette como Vivian la fulminaron con la mirada, pero yo me negué a enfadarme. Anastasia no iba a estropearme la noche.

—Probablemente —convine, sorprendiéndola con mi jocosidad—. Aun así, a caballo regalado, no le mires el diente.

Pudo haber sido mi imaginación, pero juraría que las comisuras de los labios de Anna se agitaron. Me miró de arriba abajo y esperé su comentario desagradable y mordaz, pero esa vez me sorprendió. Se encogió de hombros y se apoyó contra el marco de la puerta, como si no quisiera irse, pero tampoco entrar. El silencio se volvió incómodo enseguida.

En realidad, me había impresionado verla. No me había dirigido la palabra desde que había llegado a casa. Se esforzaba por no coincidir en la misma habitación conmigo. Y ahora no parecía muy contenta, pero por primera vez desde que nos conocíamos, no vi animadversión en ella. Se notaba que intentaba esforzarse. Probablemente era obra de la doctora Parish.

Mi padre y Jennifer habían obligado a Ana a ver a mi psicóloga. Ya era hora, en mi opinión. Esa chica tenía tantos problemas como yo, si no más.

—Estás bien —dijo Ana de repente.

Intenté hacer como si nada, pero fracasé de forma lamentable. Aunque bueno, nunca había tenido muy buena cara de póker, así que...

—Esto... ¿gracias?

—Ya sabes —añadió—. Para ser una friki.

Sabía que estaba de broma, pero ni Vivian ni Juliette apreciaron el humor.

—¿Necesitabas algo? —espetó Juliette.

Ana fulminó a su hermana con la mirada, pero luego me miró a los ojos y vi determinación en los suyos. No supe decir qué significaba aquella mirada, pero no era de enfado. No pretendía desafiarme. Reflejaba algo más. Quería arreglar las cosas.

—Fui yo quien filtró a la prensa que estabais en el restaurante —dijo—. Os hice una foto con el móvil mientras cenabais y la envié a un par de páginas web de cotilleos. Os pillaron por mi culpa.

No me sorprendió que hubiese sido ella; siempre lo había sospechado. Lo que sí me sorprendió fue su confesión. No me lanzaba la información a la cara, sino que se estaba *disculpando*. Parecía tan cómoda como yo. Era como si el arrepentimiento y el hecho de admitir haber hecho algo malo fueran cosas completamente nuevas para ella.

Me alegré de que nadie saltara en su contra. Si alguien lo hubiese hecho, estoy bastante segura de que se habría puesto a la defensiva y el momento se habría ido al traste. Tanto ella como yo necesitábamos superar los problemas que teníamos la una con la otra.

—No era mi intención que pasara todo lo que ocurrió

—continuó.

Me encogí de hombros en un gesto que esperaba que reflejase indiferencia.

—La mentira que contó el equipo de Brian no fue culpa tuya —respondí. Negó con la cabeza.

—Pero no la habrían tenido que contar si los *paparazzi* no se hubiesen presentado en el restaurante.

—Puede que aquella noche no —convine—, pero tarde o temprano habría pasado si hubiese seguido viendo a Brian.

Vivian resopló.

—Ey... no estabais simplemente pasando el rato, os estabais liando.

Juliette se echó a reír.

—¡Buena esa!

Golpeé a las dos y volví a centrar la atención en Anastasia. Atónita, vi que sonreía.

—En fin, que... lo siento —dijo, intentando borrar la sonrisa de su rostro.

—Gracias.

Se giró para marcharse, pero yo la detuve.

—¿Vienes con nosotros esta noche?

Volvió a encogerse de hombros y logró adoptar una expresión aburrída en el rostro, pero entreví que mi invitación la conmovía.

—Puede. No tengo nada mejor que hacer.

Sonreí y volví a darle las gracias.

—Sí, lo que sea —contestó. Empezó a alejarse, pero luego se detuvo y añadió—: Cuando os separéis para respirar esta noche, pregúntale a Brian si puede liarme con Logan Lerman.

—Eso *si* se separan para respirar —bromeó Juliette.

—¡Chicas! ¡Parad ya! ¡En serio!

No lo decía de broma, pero por alguna razón las tres se rieron de mí.

Salimos de mi habitación. Mi padre y Jennifer nos esperaban en la cocina. Para mi sorpresa, Rob estaba sentado frente a la barra. En cuanto sus ojos se posaron en mí, se puso tan recto que casi se cayó de la banqueta. Por cómo le subía y bajaba la nuez, cualquiera habría dicho que acababa de intentar tragarse una pelota de béisbol.

—Estás impresionante —dijo con voz ronca.

Me sonrojé una vez más.

—Gracias. —Me acerqué y le di un abrazo. Él tardó un poco más de lo normal en soltarme—. ¿Qué haces aquí?

—Tenía que venir a despedirte. No podía dejar que te marcharas a tu gran cita sin desearte suerte.

Lo volví a abrazar, esa vez con mucho más sentimiento. Rob sabía calmar mis nervios. Era su seguridad y tranquilidad respecto a todo. Sufría por si las cosas se volvían raras entre nosotros, pero Rob se había mostrado siempre muy despreocupado. Se había adaptado sin problema al rol de «solo amigos» al comprender que Brian y yo realmente estábamos hechos para estar juntos. Daba mil gracias por que fuera uno de mis amigos. Tendría que buscarle una chica.

—¿Quieres venir en el coche con nosotros? —preguntó Juliette—. Papá ha alquilado una limusina para que vayamos todos juntos.

—Nos preocupa que pueda secuestrar el vehículo y salga huyendo si la dejamos ir sola —añadió Vivian.

Puse los ojos en blanco, pero en realidad llevaba un poco de razón.

Rob se limitó a responder con una sonrisa y me ofreció el brazo. Lo acepté e hice todo cuanto pude para no hiperventilar mientras nos dirigíamos a la limusina.

Nos llevó más de una hora llegar al preestreno con todo el tráfico que había. Muchas personas acudían al evento. Entonces, de pronto, *demasiado* pronto, la limusina se detuvo y la puerta se abrió, con lo que dejó a la vista un sinfín de ráfagas de luz y oí un griterío considerable. Miré al exterior y lo primero que vi fue algo rojo.

—¡Hay una alfombra roja! —chilló Juliette, botando de emoción tras fijarse en lo mismo que yo—. ¡Vas a recorrer la alfombra roja!

Había un hombre vestido con traje que esperaba para ayudarme a salir del vehículo. Era ahora o nunca. Di una rápida ronda de abrazos y dejé a mi padre para el final.

—Buena suerte, peque —susurró con la voz rebosante de emoción. Se aclaró la garganta y luego pronunció con voz de hombre—: Recuerda, jovencita, en casa antes de la una.

Juliette gimió.

—¿Toque de queda? ¿En serio? Papá, ¿tengo que recordarte que tiene diecinueve años y que desde ayer ya no tienes su custodia?

No me había importado, pero me encantó que Juliette sintiese la necesidad de discutir en mi nombre.

Mi padre suspiró.

—Déjame que lo diga al menos una vez. No he podido hacer de padre malo con Ella todavía, y ni siquiera voy a conocer a su cita.

Me reí y le di una palmadita a mi padre en el hombro.

—Pronto tendrás oportunidad de amenazarlo, estoy segura. —Sonreí a las chicas—. Voy a pedirle que venga a echarme una mano con las cajas cuando me mude.

Vivian, Juliette, Ana y hasta Jennifer suspiraron ligeramente.

—Si puedes, dile que lo haga sin camiseta —exclamó Juliette.

—¡Juliette! —Mi padre soltó un grito estrangulado y luego también suspiró—. Toda esta tontería con Brian Oliver va a hacer que me salgan canas antes de tiempo.

Me reí y abracé a mi padre. Nos sorprendí a ambos cuando también le di un beso en la mejilla.

—Te encantará —le prometí—. Y estaré en casa antes de la una.

Mi padre me abrazó otra vez y tuvo que carraspear antes de responder.

—Te quiero, peque. Déjalos a todos boquiabiertos.

Y con eso, respiré hondo y luego salí de la limusina. El hombre que esperaba para ayudarme me miró de arriba abajo y se detuvo un momento en mis cicatrices y el bastón. Su rostro se iluminó y sonrió de oreja a oreja cuando comprendió quién era.

—Espero que estés preparada para esto —susurró, y me indicó la dirección en la que debería caminar.

—Ni lo más mínimo —le aseguré mientras daba el primer paso hacia mi nueva vida.

La alfombra roja se extendía a lo largo de toda la manzana hacia la entrada de los cines. Alrededor de toda la tela había luces intensas, gruesas cuerdas de terciopelo y lámparas de infrarrojos. Sonreí para mí misma al ver las lámparas. Había intentado salir de la limusina con el abrigo puesto —solo faltaba una semana para Nochebuena, al fin y al cabo—, pero a Ana le dio una rabieta. Me quitó el abrigo e insistió en que nadie caminaba por la alfombra roja ocultando sus modelitos. Al final resultaba que tenía razón.

Había fotógrafos y reporteros con cámaras de vídeo y micrófonos a lo largo de todo el recorrido, detrás de las cuerdas de terciopelo, y tras ellos se encontraba una multitud de gente tan grande que sentí que estaba en el

campo de béisbol de Fenway Park.

Había bastantes personas caminando delante de mí. Reconocí a algunas, y otras me resultaron completamente desconocidas. Kaylee Summers sonreía a la muchedumbre mientras avanzaba agarrada de forma repulsiva del brazo de un actor que salía en una conocida película de vampiros. Por alguna razón, parecía tener sentido.

No vi a Brian por ninguna parte.

El estómago se me revolvió ante la idea de tener que caminar desde donde me encontraba hasta las puertas del cine, que parecían hallarse a kilómetros de distancia. No estaba segura de poder hacerlo, pero ya no había vuelta atrás. La gente que se encontraba más cerca de mí ya se había percatado de mi presencia y empezaba a susurrar.

Di un paso y luego, despacio, otro. Mis articulaciones no agradecían para nada el frío, así que tardé más de lo normal. Mi cojera llamó la atención de la gente y los murmullos se convirtieron en gritos de ánimo.

—¡Es Ella! —chilló alguien—. ¡Es Ella! ¡Ha venido!

Enseguida, una oleada de gritos ensordecedores estalló y se extendió hasta el final de la manzana, hacia la entrada de los cines y al otro lado de la calle. Fue tan estridente que bien podría haberse oído hasta en Boston.

La gente gritó y chilló. Extendían los brazos como si quisieran tocarme. Las cámaras me iluminaban el rostro, cegándome. El frenesí fue mucho más intenso de lo que podía imaginar. Abrumada, me tambaleé hacia atrás, lejos de las cuerdas. Un hombre dos veces más grande que mi padre, vestido con un caro traje de chaqueta y con una especie de pendiente, me agarró.

—¿Está bien, señorita?

Me quedé mirando a la multitud, incapaz de pensar.

—Esto es una locura.

El hombre se rio entre dientes y me volvió a dejar sobre mis pies.

—Nadie puede cruzar las cuerdas. Estará a salvo.

La gente que caminaba delante de mí en la alfombra se detuvo para averiguar el porqué de tanta conmoción. Me observaron con ojos llenos de curiosidad. Algunos sonrieron, mientras que a otros no pareció hacerles demasiada gracia que les hubiese robado toda la atención. Kaylee parecía querer hacerme pedazos con sus propias manos.

—Será mejor que se mueva, señorita —dijo el guardia de seguridad, que me dio un pequeño empujón—. La película empieza en quince minutos.

Asentí y empecé a andar otra vez, pero, cuando lo hice, los gritos aumentaron de volumen de manera imposible y sentí que el caos me había engullido. Temía que fuese a entrar en pánico, pero luego, delante de mí, vi otro revuelo en la alfombra roja que logró que todo desapareciera a mi alrededor.

Brian se abrió camino entre todos los famosos y venía en mi dirección. Intuí que gritaba mi nombre, aunque no lo oía con tanto ruido. Sus movimientos eran frenéticos; iban a juego con los nervios que sentía en mi interior. Pensé que explotaría si no lo abrazaba en menos de cinco segundos. Entonces se quedó ahí, en pie, justo delante de mí. No entendía la distancia que había dejado entre nosotros. Quería que desapareciese. *Necesitaba* que desapareciese. Necesitaba sentirlo, olerlo y perderme en sus ojos.

—Has venido —dijo sin aliento. Cuando habló, el gentío pareció enmudecer. La gente estaba desesperada por oír lo que decíamos. Por un momento, mi atención se desvió hacia el público, pero luego regresó de golpe a Brian cuando añadió—: Después del programa, como no me llamaste, pensé...

*Pensó que nunca volvería a saber de mí.*

No pudo decir las palabras, y yo no lo obligué a hacerlo.

—Yo... estuve fuera... durante un tiempo... después de lo que pasó.

No sabía si Brian entendía exactamente a lo que me refería, pero la expresión de culpabilidad y aflicción en su rostro me sugería que sus pensamientos no iban desencaminados, si es que no habían dado totalmente en el clavo. Esperaba que mi sonrisa lo tranquilizara y le confirmase que estaba bien. Tendríamos esa conversación, pero no ahora.

—Llegué a casa hace solo tres días —comenté. Mi sonrisa se volvió irónica—. Mi psicóloga me puso la entrevista delante de toda la gente que conozco. Yo era la única que no la había visto. No tenía ni idea de lo que estaba pasando y todos me observaron de cerca durante la entrevista. Tuve que verla con mi padre a mi lado. Fue muy embarazoso.

Brian se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

—¿Mi amor por ti es embarazoso?

Por un milagro, logré mantener el rostro serio.

—Hay algo llamado sutileza, Brian. Te vendrían bien unas cuantas clases.

Lo había hecho genial, pero cuando Brian hizo un puchero, me eché a reír.

—Me encantó.

Brian por fin dio un paso hacia delante y me abrazó.

—Eres muy mala. No puedo creer que me hayas tenido con el corazón en vilo hasta el último momento.

Me encogí de hombros.

—Después de ver la entrevista, supuse que íbamos a actuar de forma dramática. Sorprenderte me pareció la mejor forma de proceder.

Brian se rio entre dientes y estudió la pequeña revuelta que mi llegada había provocado.

—Sí. Te las has ingeniado para montar un buen espectáculo. —Entonces me sonrió de una forma que me derritió el corazón—. Apuesto a que puedo hacerlo mejor.

Sonreí con suficiencia.

—Por supuesto.

El brillo pícaro de sus ojos fue la única advertencia que me dio antes de inclinarme hacia atrás para besarme en los labios.

Nuestro primer beso había sido más tierno. Fue un beso para conocernos. Aquel fue totalmente diferente. Fue un beso salvaje. Brian me besó como si intentara fusionar nuestras almas para la eternidad. No lo hizo por el espectáculo. No tenía nada que ver con los cientos de personas que nos observaban y se volvían locas a nuestro alrededor. Tampoco fue posesivo. No estaba marcando territorio. Ni siquiera pretendía demostrarme sus sentimientos. Solo tomaba lo que necesitaba.

Sentía su anhelo, su dolor por mí, y aquello me derritió. Fuese lo que fuese que necesitaba, era suyo. Se lo daría encantada. Podía tenerme entera. De hecho, cuando volvió a alzarme y terminó de besarme, ya me tenía por completo.

—Te quiero mucho, Ella —susurró.

No sabía qué era más adorable: su expresión embelesada o el pintalabios rojo que tenía por toda la cara.

—Yo también te quiero, Cinder.

Me dio otro beso rápido y luego deslizó un brazo alrededor de mi cintura y me guio hasta las puertas del cine. Cuando llegamos, se detuvo y nos giró hacia la multitud.

—Di «patata», Ella —bromeó.

Me quedé ahí plantada, sonriendo, hasta que me dolieron las mejillas, pero no fue difícil sonreír porque estaba absolutamente feliz. Brian también se dio cuenta, porque cada vez que lo miraba, se reía entre dientes como si fuese lo más divertido del mundo.

Debí de haberme perdido la señal, pero al final Brian decidió que ya era hora de entrar. Cuando nos íbamos a dar la vuelta, un hombre al otro lado de las cuerdas de terciopelo nos acercó un micrófono.

—¡Brian! ¡Brian! ¿Nos concedes unas palabras antes de entrar al preestreno?

Brian dejó de caminar.

La multitud enmudeció. El ambiente se tornó casi reverente mientras el mundo esperaba para oír lo que Brian Oliver iba a decir. Deseé, por su bien, que fuera algo bueno. Tenía la sensación de que este momento nuestro pasaría a la historia de Hollywood.

Brian miró al hombre y luego fijó la vista otra vez en mí. Su sonrisa se extendió por todo su rostro y dijo:

—¿Qué tal algo así como «Y vivieron felices y comieron perdices»?

## Nota de la autora

**E**l boca a boca es crucial para que cualquier autor tenga éxito. Si os ha gustado el libro, por favor, dejad una reseña en internet. Aunque solo sea de una frase o dos. Es muy importante para mí y os lo agradecería enormemente.

¡Gracias!  
Kelly

# Agradecimientos

Muchas gracias, como siempre, a Josh, por tu apoyo infinito, tus comentarios, tus preciosas portadas, por complacerme cuando te pido que hagas imágenes de mis historias, por encargarte de muchas de las tareas de «madre» para que tenga tiempo para escribir y, sobre todo, por quererme a pesar de todas mis manías de escritora.

Y gracias a Josh Jr., Jackie, Matthew y Daniel, por preferir comidas como cereales fríos, gofres congelados, yogures y *pizza* antes que otras caseras para las que no tengo tiempo, ni energía, ni sé cocinar. Sois los mejores hijos que una madre podría desear. (Sí, aunque me deis mucha guerra).

A Jen (Literally Jen) y Lisa (A Life Bound By Books) por vuestros valiosos comentarios y vuestra emoción ante este proyecto, y a Heather por estar siempre dispuesta a sentarse y a escucharme hablar de distintas tramas de novelas. (¡Y por comerse mis donuts extra cuando yo termino con demasiados! Todas me ayudáis a que mis libros sean todo lo buenos que pueden ser).

Gracias a todos mis amigos y a mi familia por vuestro amor y apoyo durante estos años. No podría hacerlo sin vosotros. Y quiero agradecer especialmente a Dios, por bendecirme con un poco de talento y creatividad, con una sana dosis de paciencia y la insana cantidad de determinación que se necesita para ser escritora. Gracias a él, todo es posible.

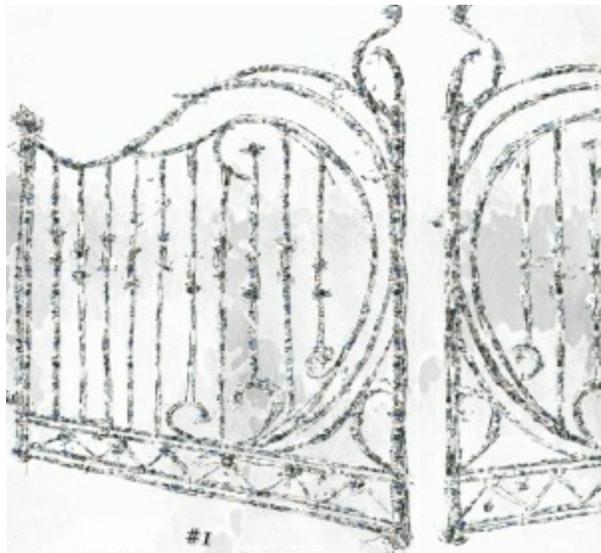
## **Sobre la autora**



**K**elly Oram escribió su primera novela con quince años, un fan fiction sobre su grupo de música preferido, los Backstreet Boys, y aunque sus amigos y su familia se metieron mucho con ella por eso, al cabo de unos

años Kelly cumplió su sueño de convertirse en escritora.

Es una apasionada de la lectura, habla demasiado y le encanta comer frosting a cucharadas. Vive en las afueras de Phoenix, en Arizona, con su marido, sus cuatro hijos y su gato, Mr. Darcy.



#1

AUTORA BEST SELLER  
DEL NEW YORK TIMES

erin watt  
EL PALACIO  
MALVADO

Oz  
EDITORIAL



LOS ROYAL  
LIBRO 3

# El palacio malvado

Watt, Erin

9788416224760

336 Páginas

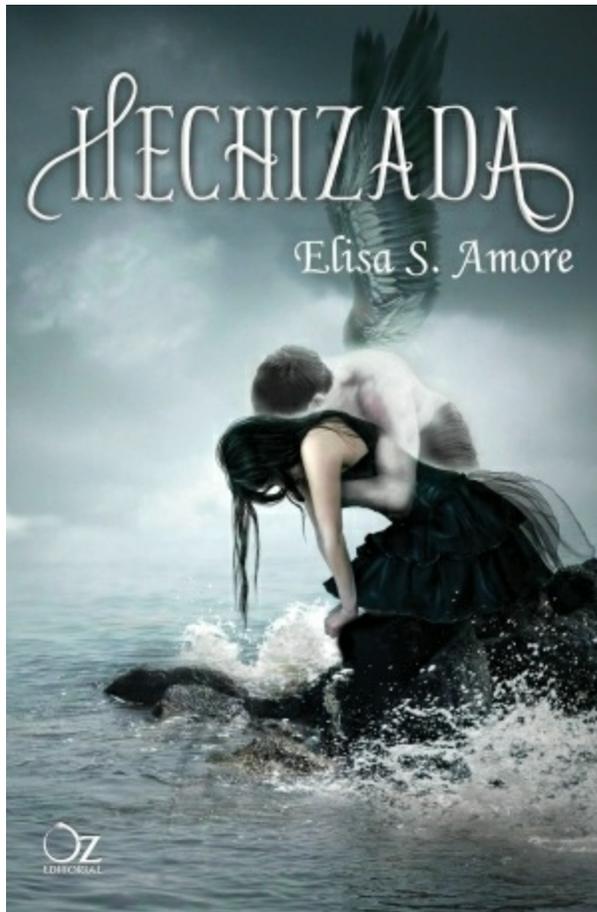
[Cómpralo y empieza a leer](#)

La joven Ella Harper ha sido la última en llegar al palacio de la familia Royal y, aunque los cinco hijos de Callum Royal intentaron hacerle la vida imposible, finalmente se ha hecho un hueco y ahora es la pareja de uno de ellos, Reed. Todo cambia cuando Brooke, la prometida de Callum, muere asesinada y todos los indicios apuntan a Reed.

Además, las preocupaciones de Ella no acaban ahí: su padre, supuestamente fallecido, está vivo, y la quiere fuera de la mansión de los Royal. Ella tendrá que descubrir al verdadero asesino si quiere salvar a Reed de la pena de muerte. "El final de El palacio malvado te dejará satisfecha en todos los sentidos." HYPABLE "Un libro increíble. Tengo muchísimas ganas de leer el próximo libro de Erin Watt."

SAMANTHA TOWLE, AUTORA BEST SELLER "La escritura de Erin Watt es brillante. ¿A qué esperas para conocer a los Royal?" MEGAN MARCH, AUTORA BEST SELLER

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# Hechizada

S. Amore, Elisa

9788416224111

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte es la misma que debe matarte? Evan es un ángel de la muerte y su misión es garantizar que el destino de los habitantes de la Tierra se cumpla tal y como está escrito. El tiempo de Gemma está a punto de acabarse y Evan es el elegido para asegurar que muera y acompañar su alma al otro mundo. ¿Pero qué sucede cuando entra en juego el amor? ¿Puede un ángel de la muerte renegar de sí mismo y desafiar al destino? Evan tendrá que enfrentarse a las leyes del cielo y del inframundo si quiere salvar a la chica de la que se ha enamorado perdidamente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Monica Murphy  
Segundas  
oportunidades

SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2



# Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica

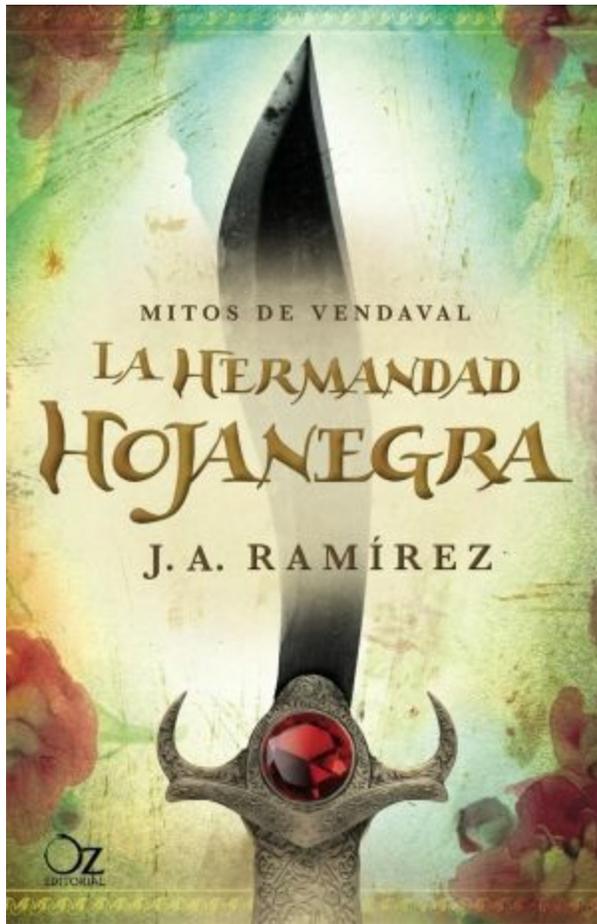
9788416224364

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla. Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin. Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo... Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



MITOS DE VENDAVAL

# LA HERMANDAD HOJANEGRA

J. A. RAMÍREZ

OZ  
EDITORIAL

# La hermandad Hojanegra

Ramírez, Jose Antonio

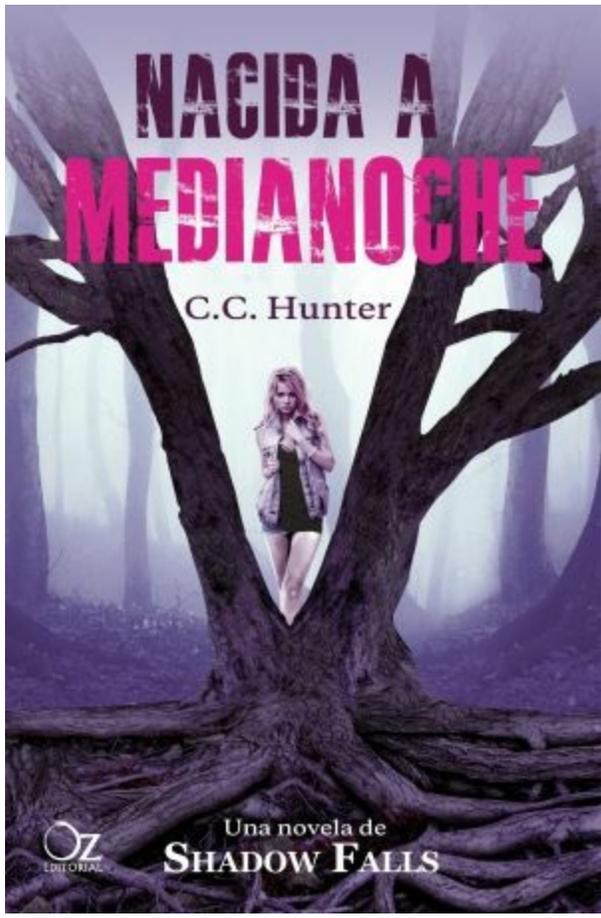
9788416224050

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Toda una población arrasada en un solo día. Más de diez ciudades en una semana. Nadie sabe de dónde viene la Plaga y mucho menos cómo detenerla. Si los cuatro reinos de Vendaval no dejan atrás las guerras y sus conflictos, no quedará nada por lo que luchar. ¿Dónde estás, Noah Evans? Los cuatro reinos de Vendaval viven en alerta máxima. La Plaga lo devasta todo, sembrando la muerte a su paso. Noah, un adolescente de Manchester, descubre la existencia de este misterioso mundo a través de sus sueños. Cuando los demonios del reino de la Discordia secuestran a su padre, Noah viaja hasta Vendaval para rescatarlo. Con la ayuda de dos soldados de la legendaria Hermandad Hojanegra, emprende una peligrosa búsqueda en la que descubrirá que su vida está ligada a Vendaval de un modo que nunca habría imaginado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



**NACIDA A  
MEDIANOCHÉ**

C.C. Hunter

Oz  
EDITORIAL

Una novela de  
**SHADOW FALLS**

# Nacida a medianoche

Hunter, C.C.

9788416224012

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En Shadow Falls nada es lo que parece Kylie va a pasar el verano en el campamento Shadow Falls para adolescentes con problemas. Allí no tardará en descubrir que todos sus compañeros poseen poderes sobrenaturales: vampiros, hombres lobo, cambiaformas, brujas y hadas aprenden en el campamento a controlar sus habilidades para poder convivir con los humanos. Pero Kylie no tiene ningún poder. ¿O sí? En Shadow Falls conoce a Derek, un fae dispuesto a todo con tal de conquistarla, y a Lucas, un fascinante hombre lobo con quien comparte un secreto. Derek y Lucas son muy diferentes, pero ambos luchan por su corazón. Cuando Kylie por fin comprende que Shadow Falls es el lugar al que pertenece, el campamento corre el riesgo de ser destruido por una amenaza mayor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)